



Lord Byron

Diarios

Traducción, introducción y notas de Lorenzo Luengo

Edición al cuidado de Jordi Doce

Traducción del inglés: Lorenzo Luengo Regalado

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© de la traducción, la introducción y las notas: Lorenzo Luengo, 2018

c/o DOSPASSOS Agencia Literaria

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Imagen de portada: Richard Westall, *George Gordon Byron,*
6th Baron Byron, 1813

Óleo sobre lienzo. 91.4 x 71.1 cm

National Portrait Gallery, Londres

Conversión a formato digital: Maria Garcia

ISBN: 978-84-17355-83-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Introducción

HAMLET EN EL CAMERINO

Para comprender al Byron escritor de diarios (no al poeta ni al *poseur*, sino al hombre sentado en camión ante su mesa) lo mejor es que nos acerquemos un momento al Byron escritor, prolífico escritor, de cartas, al huraño retratista amigo de la espuma y del trazo espontáneo al que tanto divertía su falta de cuidado¹.

El cuidado, de hecho, no es algo que Byron apreciara o aprendiera con los años. Desde muy joven, sus cartas abundan en indiscreciones, confidencias y salidas de tono que no sólo lo comprometen a él, sagaz y hasta implacable narrador de los hechos, sino también a la fauna social que conforma el amplísimo mosaico de sus corresponsales. A la rapidez con que respondía a cada nueva entrega postal atribuía el poeta Thomas Moore –amigo íntimo y uno de los nombres más asiduos de su epistolario– la virtud de que sus cartas poseyeran un refrescante tono conversacional, esa familiaridad inmediata que envolvía a sus lectores en una telaraña de paradojas frívolas, hallazgos metafóricos, golpes de puro ingenio, citas literarias adaptadas para la ocasión y observaciones de especie epigramática, juegos cosméticos, generalmente encontrados por detrás de un comentario pasajero o al azar de una frase, que en manos de Byron no encubren las debilidades propias o ajenas, sino que parecen tener más bien el propósito de realzarlas. Enredados en ese encantamiento, sus corresponsales se nos muestran muchas veces igualmente proclives a la falta de cautela, aplicados en el minucioso desglose de sus almas con una ingenuidad que Byron destila a conciencia para extraer sus gotas más secretas y edificantes. Así, maridos engañados, doncellas –y no tan

doncellas— de todo escalafón social, políticos y poetas laureados, ya sea de ofrendas florales o meras cornamentas, desfilan ante el curioso lector desprovistos de blindaje, configurando un zoológico humano en el que las criaturas que lo habitan se entremezclan sin concesiones a la alcurnia, unidas por el rasero común de sus debilidades y contradicciones, sus entrañables vilezas y sus flaquezas demasiado humanas. Al igual que Proust, Byron consideraba que un secreto compartido es un secreto que aspira a ser revelado, y a esa voluntad de exponer al aire libre la lavandería íntima de sus corresponsales y la suya propia debemos el que tanto sus cartas como sus diarios, además de seducir, sorprender y divertir a sus lectores, compongan un delicioso fresco de la sociedad de la Regencia y un admirable retrato en primera persona en el que su autor —en su siempre obstinado y muchas veces doloroso esfuerzo por buscar la verdad— prefiere mostrarse menos «complaciente que fidedigno»: «¡Cómo me divierte observar la vida tal y como es! Y yo mismo, al cabo, soy el peor de todos. Pero no importa: debo evitar el egotismo, que en este caso no significaría vanidad».

Por supuesto, no es una particularidad exclusiva de Byron este afán por recrearse en el detalle humano que anima buena parte de su obra confesional. Los años de la Regencia —periodo que se inicia con el traspaso de poderes de Jorge III a su hijo, el disoluto caballero Jorge IV, Príncipe Regente— nos han legado un abundante intercambio de secretos mayores y menores, peligrosos e inofensivos, por lo general inconfesables pero arbitrariamente confiados al papel, primer paso para que la confesión apenas bisbiseada a un solo oyente pasara a ser pasto del dominio público. Reputaciones sociales, políticas o conyugales podían quedar destruidas de la noche a la mañana por una cita robada a un corresponsal o arrancada de un diario privado, en un tiempo en que las alianzas personales se hallaban sometidas a los azarosos vientos que levantaba la política insular (sólo entre 1790 y 1820 diecinueve miembros del parlamento se suicidaron, y otros veinte fueron recluidos en manicomios), pero, aun así, pocos se sustraían a la tentación de traficar con sus secretos, a cambio por lo general de intimidades mucho más placenteras que las suyas (y mucho más interesantes, naturalmente, porque no eran suyas). Como un método para proteger a sus autores de filtraciones indeseadas, además del

estratégico ocultamiento de nombres y apellidos bajo asteriscos significativos, existía la convención tácita de que las cartas no pertenecían a quienes las recibían, sino a quienes se habían tomado el trabajo de escribirlas: no hay más que echar un vistazo a la literatura de la época para asistir a un buen número de candorosas y divertidas escenas en las que un corresponsal traicionado exige la devolución de sus cartas a quien hasta entonces ha sido su amigo, su confesor o su amante.

Con todo, no siempre podía confiarse en la prudencia de los destinatarios, y menos aún en la honorabilidad de los amigos. Mientras rebuscaba en sus cornucopias en busca de documentos con que aprovisionar a Moore para su monumental biografía de Byron, Walter Scott se lamentaba del robo de algunas cartas que este le había hecho llegar desde su exilio en Venecia: «La que lamento en particular es la que me envió junto con una calavera. Alguna sabandija vil y poco hospitalaria la sustrajo de su mismo cuenco, pues un criado jamás pensaría que ese hurto merecería la pena»². De esas *sabandijas viles y poco hospitalarias* estaba llena la alta sociedad inglesa: ladrones de Shady Hill que aprovechaban una visita al baño o la confusión de un encuentro más tumultuoso que de costumbre para prensar entre el chaleco y la camisa unos cuantos pliegos firmados por un réprobo. Pero si el robo de cartas era un ritual que se celebraba en secreto, la difusión de sus contenidos podía llegar a tener carácter público, con bujías a media luz y sillitas en círculo para el ávido respetable. En 1828, la condesa de Granville escribía una alarmada carta a su hermana tras enterarse de que algunos pasajes de su epistolario habían sido aireados entre sus más directos conocidos, en una lectura para entendidos que contó con su propia y festiva puesta en escena: «¿Cómo puedes preguntarme lo que pienso de la conducta de Francis Levenson? ¿Puede haber dos opiniones al respecto? [...] Nuestras cartas fueron leídas bajo la consciente luna, el jardín iluminado por las lámparas, endulzado por la flor de los naranjos»³. El aparato escénico no es más que una pobre compensación del horror que la condesa debió de sentir al saber que sus secretos ya no pertenecían al marco de su vida privada, por más que la plateada luna, las lámparas y los naranjos nos inviten a pensar en secretos más bucólicos y fragantes que hediondos. Pero, en una medida u otra, sus

temores eran compartidos por buena parte de la sociedad inglesa, que se sabía indefensa ante el uso que amigos y enemigos podían hacer de sus confesiones más intrépidas. En el prefacio a su *Diario londinense*, Boswell comentaba a su amigo Erskine «que un proyecto de este género [la confección de un diario] es peligroso pues, en su franqueza, una persona puede decir muchas cosas y descubrir muchos hechos susceptibles de perjudicarla no poco si el diario llegara a caer en manos de sus enemigos»⁴. John Cam Hobhouse, otro de los escasos íntimos de Byron, se escandalizaba de la ligereza con la que este trataba en sus cartas los asuntos carnales, en particular cuando aludía a intercambios de naturaleza homoerótica –«he empleado la mayor parte del día conjugando el verbo ‘amar’», le escribía desde Atenas en agosto de 1810, «pero [con Nicolo Giraud] debo llegar al pl & opt C»⁵–, una ligereza que no le abandonaría, sino que incluso aumentaría, con el paso de los años.

Desde un punto de vista puramente artístico, Byron tardó en advertir las posibilidades creativas que tenían tanto ese rasgo de su personalidad como el incisivo estilo coloquial de sus cartas y diarios, y hasta la composición de *Beppo*, en septiembre de 1817, no alcanzó un moderado equilibrio entre fondo y forma, entre esa inclinación por contemplar el mundo y sus flaquezas con corrosiva frivolidad y un modo de expresión que se ajustase convenientemente a la ligereza de su pensamiento, más propia de la prosa que de la poesía, o al menos de la poesía que había escogido como modelo. Él mismo era muy consciente de la falta de vuelo de que adolecían sus primeras sátiras –«a decir verdad», escribía a Moore en 1814, «mis sátiras no son tan traviesas»⁶– y, pese a su predilección por Pope, comprendía que la fórmula de la poesía augusta no parecía precisamente la más adecuada para un «manierista de mil demonios»⁷ como era él. Ese manierismo, que puede resumirse en una endiablada búsqueda de lo efectista, lo exagerado y lo exótico para satisfacer el gusto de los lectores (y un gusto, dicho sea de paso, que el propio Byron se había encargado de «adulterar» por medio de sus obras⁸), hacía resaltar por simple contraste la naturalidad con que sus trabajos en prosa, ya fueran cartas, artículos o pasajes de sus diarios, mostraban su verdadero carácter, eclipsado generalmente en el verso por la artificiosidad y las limitaciones del personaje byroniano. Aun así, y tras el deslumbramiento

inicial que le supuso la composición de *Beppo*, donde por primera vez atraparía la frescura de su prosa en un adecuado molde métrico —«parte de mí se inclina por la prosa / pero escribiré en verso, que está algo más de moda»⁹—, Byron siguió insistiendo en que la única poesía realmente elevada había sido escrita en la época augusta, y admitía sentirse perplejo y hasta «mortificado por la inefable distancia en cuestión de sentido, armonía, efecto e incluso *imaginación*, pasión e *invención*, que existe entre el hombrecillo de la reina Ana [Pope] y nosotros los del Bajo Imperio»¹⁰.

Pero las dificultades a la hora de abordar cada nueva obra no se limitaban tan sólo a cuestiones de forma y de estilo. Byron no tenía reparos en reconocer que el aburrimiento «es parte de mi naturaleza» («nunca consigo hacer que la gente entienda que la poesía es la expresión de las *pasiones excitadas*, y que no hay tal cosa como una vida de pasión, así como no existe un continuo terremoto o una fiebre eterna. Además, ¿quién podría siquiera *afeitarse* en tal estado?»¹¹) y, ciertamente, sólo hay que echar un vistazo a su correspondencia para observar cómo desde muy joven se lamentaba de ese estado de apatía constante que le hacía contemplar la escritura no como un fin en sí mismo, ni siquiera como un esfuerzo digno o una «verdadera vocación»¹², sino como un mal menor e incluso un «penoso consuelo»¹³ ante la imposibilidad de llevar una vida más activa. Escribir era, si no el único, sí al menos el mejor medio que tenía a su alcance para dar salida a las tensiones derivadas de una existencia que siempre parecía tomar el rumbo menos deseado, aunque el carácter generalmente extremo de tales conflictos le impedía entregarse a esa labor de autodisección sobre el papel a la manera desahogada y feliz en que, a su juicio, parecía hacerlo la casi totalidad de la «hermandad poética». Dos días antes de iniciar el diario de Rávena, y en respuesta a una carta de Moore en la que este mostraba su asombro por la exaltación con que cierto amigo suyo se entregaba a la confección de versos con un divertido símil —«[para mí, escribir] es como lo que el marido francés dijo cuando encontró a un hombre haciendo el amor con su esposa (la del francés): ‘Cómo, señor, ¡y sin estar obligado!’»¹⁴—, Byron explicaba que se sentía

exactamente como tú respecto a nuestro «arte», pero a mí me sobreviene de vez en cuando en una especie de ataque [...] si no escribo entonces para vaciar mi mente, me vuelvo loco. Respecto a ese constante e ininterrumpido amor por la escritura que describes en tu amigo, no me cabe entenderlo. Para mí es una tortura de la que debo librarme, pero nunca un placer. Al contrario, pienso que componer es muy doloroso.¹⁵

Esta confesión, que también despunta con obsesiva regularidad en muchas de sus cartas y diarios, resulta tanto más sorprendente al contrastarla con la abundante obra que Byron escribió en los casi veinte años que abarca su carrera literaria –si tomamos como punto de referencia su primer libro publicado, *Fugitive Pieces*, que apareció en noviembre de 1806–, a la que hay que sumar un vastísimo epistolario, varios proyectos diarísticos, decenas de cuentos y poemas destruidos o desaparecidos y sus hoy perdidas memorias, un conjunto de textos, no pocas veces trabajados en las antípodas de la tranquila vida doméstica, que nos presentan la imagen de un Byron casi en permanente contacto con el papel, por más que en sus manifestaciones públicas y privadas abjurara del «inútil linaje de los escritores». Sin embargo, su propósito al acumular tan abultada obra escrita no era precisamente hacer carrera literaria –de hecho, y pese a las deudas que lo atosigaban, hasta su exilio en Venecia se negó a cobrar los beneficios adquiridos por la venta de sus obras, y, a la manera de Dante o de (su denostado) Petrarca, siempre mostró un enorme desprecio por quienes tildaba de «escritores de oficio»–, sino algo tan humilde y humano como evitar verse acorralado por la melancolía y el aburrimiento. No cabe duda de que Byron es un poeta melancólico (si nos atenemos a su poesía lírica más conocida y al carácter de sus personajes hasta *Beppo* y *Don Juan*). Pero no es menos cierto que el Byron más dueño de su talento y sus recursos es el que se ampara detrás de esa mirada frívola, humorística y bastante a menudo paradójica que posaba sobre «las pequeñas cosas de este mundo», tan frecuente en sus cartas y diarios pero que aún tardaría en penetrar en su obra poética.

No sin asombro, pero con aún más reservas, Byron era muy consciente del lugar que sus lectores le habían asignado como protagonista de las experiencias que relataba en sus poemas –«Hobhouse me ha contado algo bastante curioso: que *yo* soy el verdadero Conrad, el corsario real, y que parte

de mis viajes hay quien supone los he realizado en corso»—, asunto que se repetiría con cada nuevo libro que enviaba a su editor y que con el tiempo se resignaría a aceptar: «Ni siquiera *ahora* —escribía a Moore desde Venecia en 1817, un año después de su ruptura con Annabella Milbanke— soy ese misántropo y lúgubre caballero por el que se me toma, sino un compañero bastante divertido que se lleva bien con aquellos con los que intima, y tan locuaz y propenso a las risas como para parecer un tipo mucho más listo»¹⁶. Pero, frente a la artificiosidad que sin duda abunda en su obra en verso (y de la que sólo se aleja en sus poemas de madurez, donde por fin quedan establecidas las distancias respecto al héroe byroniano), las cartas y los diarios nos ofrecen un documento de primera mano para conocer a Byron desde el otro lado de sus versos, ese Byron introspectivo y solitario al que casi oímos morderse las uñas en las reuniones de sociedad («y de esta forma medio Londres pasa lo que llamamos vida. Mañana hay fiesta en casa de lady Heathcote. ¿Iré? —se pregunta, a lo que responde de inmediato—: Sí: para castigarme por no tener ninguna ocupación») o mientras aguarda una revolución que nunca llega, pero sobre todo a ese Byron de mirada lúcida —y lúdica— que busca en los claroscuros de la realidad un motivo para la carcajada. Peter Quennell ha descrito muy acertadamente esa vastísima cantidad de páginas confesionales —alrededor de diez mil folios de obra conocida— en las que «se nos muestra a Byron detrás del escenario. No es que se abandonase [en ellas] del todo», más que con el «autocontrol de un actor en la soledad de su camerino»¹⁷; unas palabras que no quedan muy lejos de lo que el propio Byron afirmaba de sus memorias, un libro en el que había resuelto omitir «tantas cosas importantes» que el experimento se le antojaba algo similar «a una representación de *Hamlet* ‘con el papel de Hamlet suprimido por deseo particular’»¹⁸. En todos sus escritos de naturaleza confesional, desde las cartas y los diarios hasta los breves (y en muchos casos divertidísimos) pasajes de sus memorias que han llegado hasta nosotros, encontramos a ese Hamlet en el camerino, que «desviste ante nuestros ojos su portentosa mente»¹⁹ y ahonda en sus misterios inspirado por un desasosiego que, ya que no otra cosa, al menos le permite comprobar que hay algo en él que es «más que la apariencia»: ese Byron que purga su alma o la vuelca sin

miramientos sobre la página en blanco no es ya el corsario, ni el peregrino sentimental, sino un hombre en su más inmediata desnudez, que puede permitirse incluso ser «un necio que duda», aunque sin envidiarle a nadie «la confianza en una autoacreditada sabiduría».

LA REDACCIÓN DE LOS DIARIOS

Pese a la frase con que arranca su primer diario, escrito en Londres entre 1813 y 1814 («si esto lo hubiera empezado hace diez años, y lo hubiera seguido fielmente [...]»), existe al menos un testimonio que apuntaría a que Byron comenzó un diario, o un cuaderno de memorias juveniles, antes del largo *tour* oriental que emprendió junto a Hobhouse el 2 de julio de 1809 y concluyó en solitario el 14 de julio de 1811. Tras la muerte de Byron en Missolonghi, George Finlay, un joven erudito que se unió a la causa griega y que llegaría a escribir una procelosa *Historia de Grecia* en siete volúmenes, afirmó que Byron «había llevado un diario muy preciso acerca de cada circunstancia de su vida, y de muchos de sus pensamientos de juventud, que había dejado ver en Albania al señor Hobhouse, el cual al final le persuadió de que lo quemase. [Byron] decía que Hobhouse había robado un placer al mundo». En la segunda edición de su obra *Greece in 1823 and 1824*, publicada en 1825, el coronel Leicester Stanhope, destinatario de la carta en la que Finlay hacía pública esa cuando menos curiosa confidencia de Byron, aporta un poco más de información y precisa que «fue Hobhouse –o eso se decía– quien destruyó el manuscrito, al haber en él pasajes censurables, pensando que resultaría dañino permitir que se difundiese algún extracto»²⁰. Por su parte, Hobhouse, el único que podía acreditar o refutar el relato de Finlay, sólo tenía palabras de elogio para el retrato que este había hecho de Byron en un pequeño fragmento titulado *Reminiscencias*, y ni siquiera se defendió de las acusaciones lanzadas por Finlay en los últimos volúmenes de la *Historia de Grecia*, dedicados a la revolución de 1824, a menos que, como sugiere Doris Langley Moore, «[Hobhouse] nunca hubiera llegado a enterarse de lo que en última instancia Finlay escribió sobre él»²¹, en particular su

responsabilidad en los retrasos y los gastos que Byron se vio obligado a afrontar durante su frustrada campaña en Grecia. Si realmente no llegó a conocer estas palabras de Finlay (escritas en 1861, cuando Hobhouse ya había sido nombrado lord y llevaba diez años de vida política), es posible que tampoco supiera lo que Finlay le contó a Stanhope en relación a la quema del presunto primer diario de Byron, algo a lo que sin duda hubiera sido no poco sensible dada la más que directa implicación que sí tuvo en la desaparición de sus memorias, asunto en el que puede verse un intento no ya de proteger la reputación de su autor como la suya propia²². Sea como fuere, cabe entender, por su correspondencia de 1811, que al menos en su viaje por tierras de Oriente Byron no había «llevado diario alguno»²³, y tampoco en sus escritos posteriores, ya sean cartas o reflexiones privadas, hace mención al diario que Hobhouse supuestamente habría destruido en Albania. El texto más cercano a esa fecha que puede asemejarse a una anotación diarística (pero sin pasajes previos ni continuidad) es el sucinto prontuario que escribió a bordo de la fragata *Volage* el 22 de mayo de 1811, titulado *Cuatro o cinco razones a favor de un cambio* (que luego, en un ejemplo de arbitrariedad byroniana, se ampliarían a siete), cuando ya ponía rumbo a Inglaterra después de dos años de peregrinación oriental:

1º A los veintitrés lo mejor de la vida ha pasado y sus amarguras se recrudecen.

2º He visto a la humanidad en diferentes países y en todos ellos la encuentro igual de despreciable, en todo caso la balanza se inclina a favor de los turcos.

3º Estoy asqueado.

Me jam nec *faemina*...

Nec *Spesanimi credula mutui*

nec *certare* juvat *Mero*²⁴.

4º Un hombre que está cojo de una pierna se encuentra en un estado de inferioridad corporal que aumenta con los años y habrá de hacer su vejez más desagradable e insoportable. En cualquier caso, en otra existencia espero tener dos si no *cuatro* piernas como compensación.

5º Me estoy volviendo egoísta y misántropo, algo así como el «jovial Miller»: «Nadie me importa, no a mí, y a nadie le importo yo.»

6º Mis asuntos en casa y en el extranjero son lo bastante deprimentes.

7º He saciado todos mis apetitos y muchas de mis vanidades, ay, incluso la vanidad de ser

autor.²⁵

Fuera de este fragmento, no hay ninguna evidencia, al margen de la indemostrable afirmación de Finlay, que nos haga pensar en la existencia de una memoria o un texto diarístico escrito con anterioridad a 1811, de modo que debemos considerar el cuaderno de Londres como el primer diario propiamente dicho en el que Byron se decide a dejar constancia tanto de su vida cotidiana como de algunos episodios de su pasado, y eso cuando, ya de entrada, considera que en su vida hay «demasiadas cosas que desearía no tener que recordar». El asunto no deja de ser contradictorio. Pero, desde este momento, haríamos bien en no olvidar que la verdadera esencia de la personalidad de Byron no es la angustia ni la melancolía, sino la contradicción.

LONDRES

Byron inicia la redacción de su cuaderno londinense el 14 de noviembre de 1813, coincidiendo con el final de una serie de peripecias sentimentales que, casi inadvertidamente, lo abocan a un estado de melancólica introspección, antesala de la persistente depresión de ánimos que lo azota en rachas intermitentes y a la que tampoco parece poner remedio su reciente consagración como «autor de éxito». Aunque veladamente, las razones que motivan su redacción asoman en una carta fechada diez días atrás, donde Byron desgrana un episodio de la última aventura amorosa en la que se ha visto envuelto para reconocer, ya de paso, la necesidad de «vaciamiento por la rima» que interviene en su labor literaria:

Los últimos tres días los he pasado casi en pleno encierro; a causa de sucesos *pasados y presentes* mi mente se ha encontrado en tal estado de fermentación que, como siempre, me he visto obligado a vaciarla mediante la rima, y ya estoy inmerso en otro cuento oriental, algo según el *molde* de *El Giaour*, aunque no será tan *sombrío* y sí mucho más truculento. Este es mi recurso habitual: de no contar con una ocupación semejante para dispersar mis pensamientos durante la *inacción*, creo de veras que me volvería loco bastante a menudo.²⁶

Un eco de esta reflexión lo encontramos en la carta que dirige una semana después a William Gifford, editor y crítico de la revista *Quarterly Review* y, pese a las opiniones políticas y literarias que los separan, ferviente admirador de la obra de Byron: «[El poema] lo escribí [...] en un estado mental originado por circunstancias que en ocasiones nos afectan a ‘nosotros los jóvenes’ y que en mi caso hacían necesario que aplicara mi mente en algo, cualquier cosa excepto la realidad: bajo esta no muy brillante inspiración es como lo compuse»²⁷. Dado que las circunstancias que Byron insinúa en su carta no hubiera sido sensato llevarlas al papel (al menos con vistas al conocimiento del público, pues su naturaleza es mucho más escabrosa de lo que Gifford se hubiera atrevido siquiera a imaginar), cabe suponer que la redacción del diario no coincide por casualidad con la culminación del poema mencionado a ambos corresponsales –*Zuleika*, que finalmente recibirá el ambiguo título de *La novia de Abydos*–, y que dicho proyecto es en realidad una prolongación del acto compensador de escribir aunque distanciado esta vez de la poesía, esa «lava de la imaginación cuya erupción evita un terremoto»²⁸.

Ya en la intimidad de su diario, Byron insistirá en esta idea recurrente, que por fin queda destilada en su expresión más significativa: «separar *mi yo* de *mí* ha sido siempre mi único, mi absoluto, mi más sincero motivo para dedicarme a la escritura», una disociación que sin embargo no admite la usurpación de la experiencia personal por parte de la fantasía pura. En abril de 1817, inmerso en la reconstrucción del tercer acto de *Manfred*, «un alocado drama»²⁹ en cuyo origen Byron reconocía una inspiración mucho más sustanciosa de lo que sus críticos podían «inventar o adivinar»³⁰, manifestaba su rechazo hacia «las cosas que son total ficción [...] hasta la más etérea de las estructuras debe tener siempre un fundamento en los hechos: la invención pura no es más que el talento de un mentiroso»³¹. Paradójicamente, esa intención de desmarcarse del predio de la imaginación desatada para mezclar en los intersticios de sus obras el detalle biográfico supondría para Byron un motivo de constante preocupación, y buena parte de sus esfuerzos a la hora de defender ante crítica y público cada nueva producción poética que «lanzaba a la arena»³² –pues publicar le suponía casi

siempre el inicio de una encarnizada batalla «contra todo y contra todos»— los dedicaba a refutar las presuntas similitudes entre él y sus personajes, aunque esa tentativa de borrar sus propias huellas sólo servía a la larga para alimentar las sospechas de que Byron y sus creaciones, si de veras no conformaban un todo inseparable, sí al menos se complementaban y explicaban por puro contraste.

Byron comprendió esto muy pronto, e incluso trató de desalentar a futuros intérpretes en vísperas de la publicación de *Childe Harold*. El prefacio a los dos primeros cantos del poema, fechado en febrero de 1812, contiene un alegato sobre el carácter ficticio de su héroe que resultaría del todo innecesario de no mediar el temor a verse identificado con los manierismos de un personaje hacia el que tampoco él miraba con mucha simpatía, al menos de cara al lector. Esos temores habrían sido infundidos por su círculo más cercano³³ y, de hecho, el párrafo exculpatorio por el que se desentiende de cualquier parecido con Harold es una refundición del contenido de una carta escrita tres meses atrás, en respuesta a algunas consideraciones que Robert Charles Dallas, pariente lejano reconvertido por obstinación propia en agente literario, había hecho sobre la naturaleza de su personaje. Así se expresaba Byron con palpable fastidio:

De ningún modo pretendo identificarme con *Harold*, es más, *niego* toda conexión con él. Si en algunas partes puede pensarse que lo he dibujado a semejanza mía, créeme que no es sino en partes, y ni siquiera eso lo admito. En cuanto al «*hogar monástico*», etc., pensé que esas circunstancias encajarían con él tanto como con cualquiera, y que podría describir lo que había visto mejor que cuanto pudiera inventar. Yo no sería un tipo como he hecho a mi héroe para el mundo.³⁴

Aun así, muchas de las cartas que Byron recibió durante los siguientes meses iban encabezadas por un más que elocuente «querido Childe Harold», entre otras expresiones «de gran admiración y consejos para que fuese feliz»³⁵, prueba todo ello de que las precauciones tomadas para evitar la identificación entre autor y personaje habían sido ignoradas por sus lectores.

Pero las sospechas de que Byron se retrataba de manera soterrada en sus poemas resultarían pocas veces tan bien fundadas como en el caso de *La novia de Abydos*. Todo tenía que ver con una historia de amor, pero qué

historia. Creo que cualquiera está en condiciones de imaginar la farsa que habría podido inspirar el «pequeño volcán» de lady Caroline Lamb, «la más lista, amena, absurda, adorable, desconcertante y peligrosamente fascinante criaturita viva, o que debe haber vivido en los últimos dos mil años»³⁶, o las églogas y los romances en honor de esa lady Oxford que era capaz de hacer sentir a un hombre «como los dioses en Lucrecio». Pero este era un amor que iba más allá de los géneros (Byron tuvo que escribir dos cuentos en verso, un diario, varios poemas líricos y posiblemente una novelita en prosa para poder atraparlo: no logró hacerlo). Estaban las semejanzas, la sombra del Paraíso, las convenciones burladas y aplastadas. Estaban la noción del pecado y los monstruos que acechan en el encuentro de una misma sangre. Es verdad que Byron apenas conocía a su hermana, Augusta Leigh. También lo es que sólo eran hermanos por parte de padre y que apenas habían tenido otro trato que el epistolar hasta julio de 1813. Pero nada de aquello suavizaba las implicaciones de semejante aventura, y Byron debió de sentirse razonablemente alarmado al constatar que su intimidad con Augusta empezaba a desbordar las orillas del escaqueo esporádico para convertirse en un amor genuino, aunque desde luego poco fraternal. Tal era su desconcierto, su inquietud por que aquello realmente estuviera ocurriendo, que decidió confiar los pormenores de su relación a lady Melbourne, y quizá también a lady Caroline Lamb, como más adelante se los confiaría –posiblemente en mayo de 1814– a Thomas Moore, a quien ya había dejado caer alguna insinuación al respecto en una carta fechada el 22 de agosto de 1813:

Percibo que he escrito una carta frívola y bastante insensible; bueno, dejémoslo pasar. Tampoco he dicho nada del bello sexo; pero lo cierto es que, en estos momentos, estoy en un lío mucho más serio, y enteramente nuevo, de los que he tenido en los últimos doce meses. Y ya es decir mucho.³⁷

Tal y como el propio Byron registra en su diario –en lo que casi parece una copia al trasluz de algunas de sus cartas de noviembre–, *La novia de Abydos* fue escrito «en cuatro noches para distraer mis sueños de Augusta. De no haber sido por eso, ni lo habría escrito; y de no haber hecho algo entonces me habría vuelto loco». El 12 de noviembre añadió algunas correcciones al

poema y posteriormente lo remitió a Gifford y Francis Hodgson para tantear su opinión sobre lo que no era sino «el trabajo de una semana, y escrito *stans pede in uno* (el único pie, por cierto, sobre el que puedo apoyarme)»³⁸. Ante otros corresponsales describía el poema como una obra menor, adelantándose a lo que tres años después afirmaría sobre su colección de cuentos turcos, pues «no cabe tener en mucha estima unos versos que pueden ser encadenados tan aprisa como los minutos»; pero, añadía, «es mi historia y mi *oriente*», lo cual por sí solo justificaba su creación —«la imaginación es un alivio [...] pensar tanto en aquellos que están lejos de nosotros es una prueba inútil de cariño, y algo tan doloroso como vano»³⁹—, aunque en la intimidad de su diario se mostraba bastante menos tímido al defenderlo; en él admitía, nada menos, que «componerlo es lo que me ha permitido seguir vivo», una afirmación que podría parecer exagerada, pero que responde a sus esporádicas, y no siempre ocultas, inclinaciones suicidas, y a esos sentimientos de desconcierto y de culpa que aparentemente produjeron en él sus relaciones con Augusta. En cualquier caso, y si bien los préstamos de la vida privada de Byron a su obra apenas pueden rastrearse en la versión definitiva del poema, no sucede lo mismo en sus primeros borradores (todavía bajo el título provisional de *Zuleika*), acerca de cuyos contenidos nos aporta una reveladora clave la carta que dirige el 15 de diciembre al profesor Edward Daniel Clarke, dos semanas después de la publicación del libro:

Como usted bien sabrá, ninguna otra cosa puede llevar [en Oriente] a ese grado de intimidad que origina el amor auténtico, así que casi hice ser mucho más próximos [a los protagonistas][...] pero la época y el *norte* me indujeron a alterar su consanguinidad y dejarlos como primos.⁴⁰

Considerando el temor que Byron sentía a verse confundido con los héroes de sus poemas, y teniendo en cuenta que al menos dos personas conocían su secreto —y Caroline Lamb no era precisamente de las que se resignaban a guardar silencio: véase *Glenarvon* (1816)—, no es de extrañar que decidiese retocar el «truculento» parentesco entre Selim y Zuleika en lugar de entregar el poema a las llamas o al resguardo de su escritorio. A fin de cuentas, Byron no contemplaba otra opción que la de publicar cuanto

escribía: lo contrario, señalaba, «es *físicamente* imposible», sin duda «por la acción que [publicar] suscita en la mente, que de otro modo se encierra en sí misma». Cabe entender, pues, que ese tortuoso proceso de vaciado que para Byron suponía componer un poema no terminaba en su escritura, sino que se prolongaba –y con suerte culminaba– en el momento de su publicación.

Sin embargo, aquel trabajo de cuatro noches no parece que tuviera el efecto deseado, y casi de inmediato da comienzo a la redacción del diario, al tiempo que se plantea «expectorar una novela, o mejor un cuento en prosa», proyectos que no llegaría a finalizar ante la imposibilidad de «igualar a la realidad» con los artificios de la ficción. El diario pasa a ser de este modo una actividad ideal para poder meterse libremente «en realidades», pues su carácter privado debía permitir el recuento de sucesos sin la necesidad de maquillarlos con los afeites de la «invención pura»; aún así, y ya desde la primera entrada, Byron no puede sino reconocer en ello una nueva limitación, y tan pronto como las primeras reflexiones y los indicios confesionales se acercan a ese «nombre querido, sagrado» de su hermana Augusta, repara en que, «incluso aquí, mi mano temblaría al escribirlo». Ciertamente, es muy improbable que Byron hubiera decidido abordar la redacción del diario con el propósito de hacer un más o menos riguroso seguimiento de la relación que mantenía con su hermana, pero no resulta menos cierto que tanto esta relación como la incapacidad de Byron para confiarse en otro medio con meridiana libertad le confieren el primer impulso para volcarse en la hoja en blanco y examinar el curioso reflejo que le ofrecen sus actos antes de su disolución en el pasado, único momento en el que estos apenas «soportan la retrospección». En otras palabras, el diario puede perder el pulso que mantiene con su propósito inicial –en realidad, lo pierde desde el momento en que lo escribible se revela como no publicable–, pero sólo para ahondar, a cambio, en una más amplia introspección confesional: poco a poco, sus páginas se transforman en un inquieto oscilógrafo por el que Byron evalúa sus cambiantes estados de ánimo, sus recuerdos más tiernos o melancólicos, sus profundas zozobras o sus malestares más o menos cotidianos, que a menudo quedan fijados mediante citas transcritas de memoria y –como sucede en sus cartas– adaptadas para la ocasión. Los sucesos de cada día

conforman así un pretexto para desgranar sus opiniones acerca del «oficio de escribir» –una labor de quisquillosos, aunque también un consuelo doloroso pero necesario–, o abundar en divagaciones sobre lo inútil de decidir entre las alternativas que la vida propone porque, al fin y al cabo, no es menos rudimentaria y absurda que «el verano de un lirón». Pero, pese a la inanidad que le supone ese otro oficio no menos doloroso que es vivir, Byron deja fluir sus reflexiones con un empeño creciente y en ocasiones hasta adictivo, convencido de que «este diario es un alivio. Cuando estoy cansado –como me ocurre por lo general– saco esto, y lo demás viene solo», aunque él mismo admite que cada nueva entrada responde únicamente al capricho del momento:

No puedo releerlo, y Dios sabe qué contradicciones albergará. Si soy sincero conmigo mismo (pero me temo que uno se engaña a sí mismo más que a los demás), cada página habrá de confutar, refutar y abjurar por completo de su predecesora.

Palabras que reflejan como pocas el conflictivo carácter de Byron, construido sobre cimientos tan inestables y arbitrarios como la mayoría de sus opiniones, y que hallarán una acertada cristalización en la carta enviada a su editor, John Murray, en mayo de 1817, cuando, con sólo veintinueve años, comienza ya a contemplar su vida con una suerte de «sensación póstuma»: «Las opiniones están para que las cambiemos, ¿o cómo, si no, podemos alcanzar la verdad? No llegamos a ella manteniéndonos sobre una sola pierna»⁴¹.

Entre otros síntomas de aburrimiento, las entradas pierden fluidez a partir de la segunda semana de diciembre y se interrumpen entre el 19 de diciembre y el 18 de febrero de 1814, un silencio que sólo rompe la anotación del 16 de enero. Quizá tras constatar que el diario no se presta por completo a sus fines, Byron inicia el 18 de diciembre la composición de *El Corsario* –«escrito *con amore*, y mucho procede de la *existencia*»–, que se prolongará hasta el 16 de enero, un día antes de partir rumbo a Newstead junto con Augusta, embarazada de seis meses. Para redondear su felicidad, un temporal de nieve los recluye en la abadía familiar hasta el 6 de febrero, desde donde Byron

escribe a lady Melbourne en unos términos que incluso a una confidente tan libre y atrevida como ella no dejarían de alarmarla:

Te mencioné ayer que Augusta está aquí, lo cual hace todo mucho más agradable, pues nunca bostezamos ni discutimos, y reímos mucho más de lo que sería apropiado en una mansión tan seria, y la timidez propia de nuestra familia nos hace ser el uno para el otro una compañía más divertida de lo que seríamos para cualquiera.⁴²

El 15 de abril, Augusta da a luz en Six Mile Bottom a una niña que será bautizada como Medora, nombre sofisticado y hasta audaz para la época que resulta no menos osado al saber que Medora es la amante de Conrad en *El Corsario*, lo que para los iniciados en el secreto se antojaba una provocativa alusión al vínculo que existía entre Byron (recordemos, «el verdadero Conrad») y Augusta. Quizá para no dar más pistas que pudieran «paralizar a la posteridad», el nacimiento de la niña no aparece registrado en el diario: cuatro días antes, Byron ha puesto punto final a sus páginas con una exclamación del rey Lear, ese «¡oh bufón! Me voy a volver loco» en el que resume el escaso éxito de su «cuaderno de bitácora» como amuleto protector contra los altibajos de la cordura.

SUIZA

De inspiración similar, aunque de contenido muy distinto, es el pequeño cuaderno de viaje recogido bajo el título de «Diario alpino». En él, Byron registra algunas impresiones de su excursión a los Alpes suizos en compañía de un viejo amigo de Cambridge, John Cam Hobhouse, con quien ya había visitado España, Constantinopla y Grecia entre 1809 y 1810. Tras atravesar «Holanda, y la ruta del Rin, y Basilea, Berna, Morat y Lausana»⁴³ en un exilio forzoso al que lo abocan los rumores que se extienden por los salones de la aristocracia liberal londinense (locura, sodomía e incesto), Byron había adoptado Ginebra como su nueva residencia, y su intención era permanecer allí hasta las primeras semanas del otoño de 1816. La célebre amistad entre Byron y Percy Bysshe Shelley data precisamente de esas fechas y fue en

realidad fruto de un azar (dudoso azar para algunos) que había empezado a fraguarse en los preparativos hacia el exilio.

La historia es tan famosa, y al mismo tiempo tan mal conocida, que será mejor limitarse a enumerar los hechos probados, que no son menos atractivos que los (en ocasiones interesadamente) fantásticos. Y lo que sostienen los hechos probados es que Byron, en efecto, mantuvo relaciones con una joven de diecisiete años llamada Claire Clairmont semanas antes de abandonar Inglaterra; que Claire Clairmont vivía bajo el techo de la familia Godwin desde los tres años, y que, pese a algunas pequeñas (y no tan pequeñas) rivalidades personales, consideraba a Mary Godwin, la hija de su padrastro, algo más que una hermanastra; que Mary Godwin se enamoró de Shelley y Shelley de Mary Godwin; que Shelley y Mary abandonaron Inglaterra tras un enfrentamiento en el que Shelley defendió ante Godwin el derecho de Mary a decidir su vida libremente y Godwin el suyo de poner libremente un precio a su hija; que Claire huyó con ellos; que Shelley, Mary y Claire recorrieron «a pie parte de Francia y de Suiza, y navegaron el Rin poblado de castillos... persiguiendo, como la golondrina, ese inconstante verano de placer y belleza que envuelve en todas partes el mundo de lo visible»⁴⁴; que Claire tenía celos de Mary, que Mary los tenía de Claire, y Shelley posiblemente un deseo no del todo disimulado hacia las dos; que Claire coqueteaba con Shelley y Shelley coqueteaba con Claire; que los coqueteos (véase el interesante «no cohabitaba en esas fechas» de la carta citada más abajo) seguramente llegaron a más; que Shelley pretendía organizar junto a Claire y Mary una comunidad de practicantes del amor libre similar a la nunca fundada sociedad pantisocrática de sus admirados poetas de los lagos; que Byron no había dejado de ser en todo este enredo una figura periférica, un cuerpo rodante, un humilde exiliado, hasta que en un hotel de paso cayeron en sus manos varias cartas procedentes de París en las que Claire, firmando como Madame Clairville, le emplazaba a un próximo encuentro en algún hotelito de los alrededores, cuando él la imaginaba (y eso con suerte) en Inglaterra. Estos son muy someramente los hechos probados, a falta de una última evidencia, sin duda la más importante de todas: que Byron no tenía ninguna intención de dejarse engatusar por Claire. Se mantuvo firme, se enrocó en su odio hacia lo

inglés, siguió viajando. Pero Claire era demasiado seductora, demasiado tozuda, y Byron se olvidó de toda buena o mala razón y dejó que fuera su propia naturaleza quien hiciera los planes. En resumen, y tal y como le contó a su amigo Douglas Kinnaird algunos meses después,

ya sabes [...] de esa chica con la cabeza a pájaros que se me presentó poco antes de partir de Inglaterra, pero lo que no sabes es que me la encontré con Shelley y su hermana en Ginebra: nunca la amé ni pretendí amarla, pero un hombre es un hombre, y si una chica de dieciocho se pasa las horas brincando a tu alrededor, no puedes hacer más que una cosa. El resultado de todo esto es que ahora está *preñada*, y que ha vuelto a Inglaterra para ayudar a repoblar tan desolada isla. Ignoro si la inseminación tuvo lugar antes de mi marcha de Inglaterra o después: la conexión (carnal) había comenzado con anterioridad a mi partida, pero más o menos por estas fechas ya habrá producido, o estará a punto de producir. La siguiente cuestión es: ¿es mío el mocoso? Tengo razones para pensar que sí, pues sé (o al menos tanto como uno puede saber tal cosa) que la chica *no cohabitaba* con Shelley en las fechas de nuestra relación, y que sí lo hizo, y bastante, conmigo.⁴⁵

Ya en Ginebra, Claire no dejó de examinar los registros de cada hotel en pos de algún rastro de su esquivo amante, hasta que por fin dio con él en el Hôtel d'Angleterre, donde, junto a su nombre, Byron había garabateado «cien años» en el apartado correspondiente a su edad. Sorprendentemente segura de sus encantos, dejó en la recepción una nota tan graciosa como escasa de tacto para que Byron la leyera a su regreso:

Lamento ver que te has hecho tan viejo, en realidad sospechaba que ya tendrías doscientos años, a tenor de la lentitud de tu viaje. Supongo que tu venerable edad no podía aguantar un avance más rápido. Bueno, que el cielo te envíe dulces sueños... soy tan feliz.⁴⁶

Byron no respondió a la notita de Claire y siguió su peregrinaje por los alrededores de Cologny en busca de algún espacioso palacete en el que alojarse durante los siguientes meses. La casa que escogió, una mansión situada en lo alto de una colina que precipitaba su sombra sobre el lago Lemán, era la Villa Diodati, propiedad de Édouard Diodati, descendiente de un amigo de John Milton; casualmente (o no), los tres jóvenes ingleses que paseaban por las orillas del lago eran Shelley, su novia Mary y la recalcitrante Claire, a cuyo tesón tenemos que agradecer la creación de un mito, una

amistad legendaria y una colección de maravillosos poemas, destellos de aquel «año sin verano» que Mary recordó con profundo cariño hasta el fin de sus días:

En el verano de 1816 visitamos Suiza y fuimos vecinos de lord Byron. Al principio pasábamos horas maravillosas en el lago, o paseando por sus orillas, y de todos nosotros sólo lord Byron, que estaba escribiendo el tercer canto de *Childe Harold*, volcaba en el papel sus pensamientos [...] Muchas y muy largas eran las conversaciones entre lord Byron y Shelley, en las cuales me limitaba a ser una devota pero poco menos que silenciosa audiencia.⁴⁷

La única nota discordante en aquel pequeño paraíso era Polidori, el médico personal de Byron. Escribía poesía, escribía teatro, estaba convencido de ser un genio. Era, sin duda, un joven bastante singular, medio drogadicto, el médico más joven jamás licenciado. También llegó a ser el autor sin obra escrita mejor pagado: quinientas libras por uno de los diarios personales más desganados, insulsos y desaprovechados en la historia de la literatura. Todo el mundo le auguraba un gran futuro, pero, después de tener a Byron a su cuidado, «no tuvo más pacientes porque sus pacientes no eran más»⁴⁸; y debemos entender este «eran» en el sentido de que fueron, lo conocieron y cesaron de ser. Era irritable y quisquilloso. Era enamorado (se encaprichó de Mary y estaba seguro de que ella le correspondía: Mary, varios años menor que él, lo llamaba «mi hermanito pequeño»). Byron le apodó «Pollydolly», lo sacó de la cárcel, le trató una fiebre y un tobillo herido. Byron fue realmente el médico de su médico y, bromas y motas aparte, nunca dejó de mostrarse cariñoso y atento con él, pese a que las contribuciones de Polidori a la armonía del grupo eran generalmente de este tenor:

5 de septiembre. No he escrito en mi diario hasta ahora por desidia y disipación. Mantuve un largo intercambio de palabras con Shelley y lord Byron por mi conducta hacia lord Byron; amenacé con disparar a Shelley un día en el agua. Los caballos han sido en dos ocasiones objeto de discusión [...] al haberseme acusado de dejar tullido a uno de ellos.⁴⁹

Por más que intentó apreciarlo sin contrariarlo, las amenazas de Polidori terminaron por colmar la paciencia de Byron, cuya receta para aplacar al

doctor resultó de lo más efectiva, habida cuenta de su bien conocida destreza con la pistola: «Recuerda –le dijo– que, aunque Shelley tiene algunos escrúpulos respecto a los duelos, yo no tengo ninguno, y estaré en todo momento preparado para ocupar su lugar»⁵⁰. Fue Shelley, por cierto, quien acompañó a Byron en sus primeras visitas a Clarens y «el bosque de Juliet», y quien, con sus poco convencionales reflexiones sobre religión, política y arte, provocó ese extraño efecto en las inquietudes estéticas de Byron, cuyo resultado, una mezcla de sensualidad y metafísica, se vería plasmado principalmente en el tercer canto de *Childe Harold* y el poema *El prisionero de Chillon*, compuesto durante las borrascosas noches del 27 y el 28 de junio en el Hôtel de l'Ancre, a orillas del lago de Ouchy.

Un viaje algo más prosaico, pero que dio lugar a ese largo telegrama pictórico titulado «Diario alpino», lo emprendería casi tres meses más tarde, después de recibir en Diodati la visita de Matthew G. Lewis (14 de agosto) y, al cabo de doce días, de John Cam Hobhouse y otro de sus amigos de Cambridge, Scrope Davies. Para Byron, la finalidad de aquel diario era llevar un registro «de los progresos de cada día para mi hermana Augusta», cuyo recuerdo, inevitablemente idealizado, proyectaba una sombra demasiado alargada sobre sus vicisitudes de peregrino sentimental. Lo que Byron desde luego ignoraba era que las cosas habían cambiado mucho desde su marcha de Inglaterra. A tres semanas de su excursión a los Alpes, y al hilo de ciertos rumores que Caroline Lamb había difundido por los salones donde Augusta todavía era una presencia bienvenida, aunque sospechosa, Byron había escrito a su hermana una carta impregnada de melancolía para recordarle que ella era la única dueña de su amor, pese a la distancia y los obstáculos que el destino se empeñaba en poner entre ambos:

¿A quién le importa una infeliz como Caroline, o quién va a creer a una mentirosa condenada setenta veces? [...] No te inquietes, y no «te odies»: si odias a alguien, que sea a *mí*. Pero no, eso me mataría; tú y yo somos las últimas personas en este mundo que deberían o podrían dejar de amarse el uno al otro.⁵¹

Byron planeaba reunirse con Augusta en Inglaterra durante la primavera

de 1817, como había prometido a su marcha –aunque no era ajeno a lo «inútil de urdir planes, y menos hacerlos en mi caso [...] pues ‘nada de lo mío salió jamás adelante’»⁵²–, e incluso seis semanas después aún insistía en que «ningún poder humano, salvo completo desastre, me impedirá verte cuando, donde y como me plazca [...]; tú eres el único consuelo que me queda [...] y soportaré lo demás en tanto tú estés ahí»⁵³. Poco podía imaginar Byron que, mientras él se afanaba en transmitir aquellos testimonios de amor inmortal, Annabella había iniciado meses atrás una campaña para ganarse la voluntad de la maleable Augusta, y menos aún que sus maniobras habían obtenido como resultado la rendición incondicional de «la pobre criatura»⁵⁴, para quien Byron empezaba a mostrarse como una presencia demoníaca a la que era mejor evitar:

Todavía me parece un *horrible sueño*, mi querida Annabella –escribía una arrepentida Augusta en julio de 1816–, que *yo* haya sido la causa de tus sufrimientos [...] Me siento perfectamente incapaz de decidir *el mejor modo* de actuar respecto a *él* y su conocimiento de lo sucedido entre nosotros [...] Sólo deseo que reflexiones sobre lo que he de hacer [...] Lo cierto es que *ahora debo* desconfiar por completo de mi propio juicio.⁵⁵

La respuesta de Annabella, escrita, revisada y corregida con el asesoramiento de sus consejeros legales, recomendaba interrumpir toda comunicación con Byron así como «considerar los motivos para no mantener una futura relación entre él y tú [...] perdónale, deséale lo mejor, pero renuncia a la perniciosa opinión de que eres su amiga»⁵⁶. Sin la menor sospecha de que las cartas que enviaba a Augusta recalaban directamente, y a veces sin abrirse, en las manos de Annabella, a cuya escrupulosa supervisión era sometido el intercambio epistolar entre hermano y hermana, Byron siguió confiándole el odio que sentía hacia quien calificaba como su «Clitemnestra moral» –«no olvides que ella ha destruido a tu hermano»⁵⁷–, al tiempo que le hacía partícipe de los vaivenes emocionales que trastornaban lo que pretendía ser una tranquila y curativa estancia en Ginebra:

En cuanto a mí, tengo buena salud y ánimos algo llevaderos, aunque muy cambiantes [...] Ella, o mejor dicho, la separación, me ha roto el corazón: me siento como si un elefante lo hubiera

pisoteado, y estoy convencido de que no me recuperaré jamás de ello; pero lo intento [...] Aún tengo el mundo ante mí, sea este o el que viene.⁵⁸

El propio cuaderno alpino se verá ensombrecido por esa voluntad confesional que tiñe el contenido de sus cartas, y de hecho las últimas líneas que asoman a él son una melancólica constatación de que ni siquiera la Naturaleza, esa «comunidad de toda belleza»⁵⁹ que exaltaba al incommovible Harold, basta para reparar las enfermedades del alma. Poco o apenas nada quedaba ya, pues, de aquella personalísima celebración panteísta que (influido por Wordsworth vía Shelley) había dejado entrever en sus últimas obras:

Pero, con todo, el recuerdo de ciertas amarguras, y muy especialmente de recientes y más domésticos desconsuelos, que habrán de acompañarme mientras viva, me han asaltado aquí, y ni la música del pastor, el estrépito de la avalancha o el torrente, la montaña, el glaciar, el bosque o la nube han logrado por un instante aliviar el peso de mi corazón, ni me han permitido perder mi propia y maltrecha identidad en la majestad y el poder y la gloria que hay a mi alrededor, encima y debajo de mí. Ya no me afectan los reproches, y hay un tiempo para cada cosa: ya he superado el deseo de venganza y no sé de nadie que haya pasado por lo que yo he sufrido. Pero llegará la hora en que se habrá de sentir lo que yo siento, y el [...] pero basta. Para ti, mi queridísima Augusta, envío, y *por* ti he llevado, esta memoria de lo que he visto y sentido. Ámame como yo te adoro.

Con el tiempo, Byron comprendería que tanto la excursión a los Alpes como el diario de viaje habían servido para brindar un cambio de aires a su obra poética durante ese período de tanteos estilísticos que supusieron los años posteriores a su marcha de Inglaterra: «En cuanto al germen de *Manfred* –escribe a su editor en octubre de 1817–, se puede rastrear en el diario que envié a Mrs. Leigh [...] Tengo ante mí el escenario al completo de *Manfred* como si fuera ayer, y podría describirlo punto por punto, con torrentes y todo»⁶⁰. Una afirmación que prácticamente repetiría (aunque con un interesante añadido) casi tres años después, cuando supo que Goethe había calificado de absurdas las acusaciones de plagio que pesaban sobre *Manfred*, considerado por la crítica poco menos que una descarada copia de *Fausto*:

Nunca leí su *Fausto*, pues no sé alemán, pero en 1816, en Coligny, Matthew «Monje» Lewis me

tradujo la mayor parte *viva voce*, y naturalmente me sentí muy impresionado; pero fue el Staubauch y el Jungfrau –y algo más–, en mayor medida que *Fausto*, lo que me hizo escribir *Manfred*.⁶¹

A primera vista, las similitudes entre *Manfred* y la experiencia alpina no parecen ir más allá de ciertos préstamos paisajísticos y ese mismo tono de resignado desencanto que el Byron narrador del diario comparte con el Byron desdoblado en el personaje de Manfred. Sin embargo, es imposible no advertir en Astarté, la enigmática mujer «cuyas facciones eran las mías [...] / mías sus faltas, tuyas sus virtudes», a la que Manfred confiesa haber «amado y destruido», los rasgos de la propia Augusta (ese «algo más» al que Byron alude como origen del poema, y que sin duda constituye una inspiración mucho más rica de lo que los críticos jamás podrían «inventar o adivinar»), como se observa en la invocación que Manfred realiza ante Arimanes y en la cual aquel torturado «hijo del barro», que desde su juventud «no caminó junto a las almas de los hombres ni miró a la tierra con ojos humanos», emplea casi las mismas palabras que Byron dedica a Augusta en sus cartas de 1816:

Me amaste
demasiado, como yo te amé: no estábamos hechos
para torturarnos el uno al otro, aunque fuera
el más mortífero pecado amar como nosotros nos amamos.
Di que no me odias, que soy yo quien sobrelleva
este castigo por los dos [...]⁶²

Que Augusta es una presencia obsesiva durante la confección del diario y la composición de *Manfred* resulta evidente –entre septiembre y diciembre Byron le dirige catorce cartas, casi la mitad de las que envía al conjunto de sus corresponsales–, y, de hecho, sólo tras instalarse en Venecia, «la isla más verde de mi imaginación»⁶³, empezará a liberarse de su recuerdo, hastiado y no poco perplejo de no recibir respuesta a sus últimas cartas:

No tienes ni idea de lo absoluta que ha sido mi desdicha desde el día en que me separé de ti hasta hace casi un mes, si bien la he combatido con alguna fuerza. A día de hoy estoy mejor, gracias a Dios allá arriba, y a la mujer aquí abajo [...]⁶⁴

Pero las semejanzas acaban ahí, y el diario alpino, lejos de ser ese taller de pruebas en el que Byron pone a punto la carpintería para sus próximas obras, se revela más bien como un apresurado cuaderno de dibujo al servicio de su «yo literario» donde el peregrino, antes que el poeta, se entretiene en recoger algunos apuntes del natural, algunas pigmentaciones del crepúsculo, algunas combinaciones de color, sin más propósito artístico que el que le brindaría la redacción de una carta o la rutinaria anotación de un sueño: los escenarios que se esculpen en el horizonte son retratados a vuela pluma, bien sea mediante pinceladas tan rápidas que rozan el trazo grueso («el valle de Simmental [...] bosques hasta la cima, río, nuevas montañas con hermosos glaciares»), bien recreándose en el detalle aislado para ilustrar un recuerdo o un estado de ánimo, generalmente poco optimista («atravesamos *bosques repletos de pinos marchitos, todos marchitos*; los troncos, desnudos y sin corteza, las ramas sin vida, obra de un solo invierno: su apariencia me hizo pensar en mí y en mi familia»), creando por acumulación un efecto de tapiz impresionista donde el paisaje de fondo no llega del todo a distraer nuestra atención de las figuras del primer plano. Sólo algunas notas de humor, que Byron deja caer en chaparrones intermitentes –desde su aventura con el niño en el cantón de Berna hasta la torpeza de Hobhouse con las puertas, pasando por algunas metáforas caricaturescas, como esa en la que las avalanchas le hacen pensar que Dios está «echando al Diablo del cielo a bolazos de nieve»–, ponen de manifiesto que el diario tenía como fin principal entretener a Augusta, aunque más bien parece un recordatorio, cada vez más ácido y desencantado, del tortuoso amor que le consume, un amor tan puro que exigiría un nuevo Edén o la desaparición del resto de los mortales para disfrutarlo. O, dicho en otras palabras: «Este país es en conjunto el paraíso de lo salvaje: ojalá estuvieras en él conmigo, y el resto del mundo lejos de él»⁶⁵.

RÁVENA

Tras el interludio suizo, la estancia en Venecia, que se prolongó desde noviembre de 1816 hasta diciembre de 1819, fue una de las etapas más

disipadas y al mismo tiempo más creativas en la vida de Byron. Sólo en ese período escribió el Canto IV de *Childe Harold*, los poemas narrativos *El lamento de Tasso* y *La profecía de Dante*, el tercer acto de *Manfred* y buena parte de sus memorias, junto con al menos una novelita en prosa y varios poemas sueltos, además de la sátira *Beppo* y los dos primeros cantos de *Don Juan*, compuestos según «la excelente manera de Mr. Whistelcraft (quien a mi entender es Frere)»⁶⁶. El volumen de obras escritas, sumadas al ingente número de cartas que conforman su correspondencia veneciana –las más divertidas de cuantas escribió–, resulta todavía más asombroso si se tiene en cuenta que Byron pasó dos tercios de su tiempo postrado en la cama: un tercio acompañado por las más variopintas mujeres y otro tercio entre bolsas de agua caliente y rodeado de médicos italianos, «los peores del mundo, así que aún hay opciones»⁶⁷, decía, de sobrevivir. Su iniciadora en los asuntos horizontales de la cultura italiana fue Mariana Segati, una joven casada de veintidós años en cuyo hogar, próximo a la Plaza de San Marcos, Byron había alquilado varias habitaciones provisionales nada más llegar a Venecia. La descripción que brinda de ella a sus corresponsales en los primeros días de su relación, lejos de recordar a las fantasmagóricas bellezas inglesas («tan pálidas, tan insignificantes, tan *rubias*»), irradia tal encanto que, al menos para quien esto escribe, la menuda y dulce Mariana sigue tan viva ahora como entonces, a más de doscientos años de distancia:

En conjunto, su aspecto es el de un antílope. Tiene esa clase de ojos grandes, negros, orientales, dotados de esa expresión peculiar que rara vez se ve entre los *européos* –ni siquiera entre los italianos–, y que muchas mujeres turcas consiguen sombreándose los párpados: un arte desconocido fuera de ese país, o eso creo. Dicha expresión es *natural* en Mariana, y no sólo eso. No soy capaz de describir en pocas palabras el efecto que causa ese tipo de ojos, al menos el que causa en mí. Sus rasgos son proporcionados y bastante aquilinos, la boca pequeña, la piel clara y suave, de color sanguíneo, la frente extremadamente bonita; su cabello tiene el mismo brillo oscuro, los rizos y la tonalidad del de lady Jersey; su silueta es menuda y agraciada, y es una reconocida cantante... su voz natural (en conversación, quiero decir) resulta muy dulce; y el candor del dialecto veneciano siempre es agradable en los labios de una mujer.⁶⁸

Los testimonios de amor aumentarían con el paso del tiempo, y cuatro meses después Byron aún hablaría de Mariana en unos términos que explican

los motivos de su apasionamiento, por si el deleite en airear para los amigos sus atributos físicos no lo había dejado suficientemente claro: «Ya en la primera semana me enamoré de Mariana Segati, y así he seguido hasta ahora, pues es muy bonita y agradable, y habla veneciano (lo cual me divierte mucho), y es ingenua, y además puedo verla y hacer el amor con ella a cualquier hora: algo muy conveniente, dada mi naturaleza»⁶⁹. Cosas todas ellas que, si bien hubieran podido enamorar a cualquier hombre, a Byron no le impedían seguir recelando del matrimonio: «La *contessa* Albrizzi es de Corfú –escribía a Thomas Moore en vísperas de la Navidad de 1816–, pero se casó con un veneciano muerto: es decir, muerto desde que se casó»⁷⁰.

Con algunos altibajos, y entre cacería y cacería de otros antílopes, su relación con Mariana Segati se prolongó hasta marzo de 1818 («he roto mi antigua relación con la Segati –comenta como de pasada a Douglas Kinnaird en el mes de mayo– y en su lugar he tomado a otras doce»⁷¹), tras apurar un carnaval tan lleno de excesos que a punto estuvo de costarle la vida. Por si daba «el salto hacia lo oscuro» antes de lo pensado, y para que al menos quedase constancia del modo en que había despachado los últimos días de su paso por el mundo, Byron adoptó la personalidad de su criado de siempre, William Fletcher, y escribió en su nombre una divertida carta dirigida a Hobhouse en la que se reprendía a sí mismo por su vida inmoral mientras fustigaba a sus amigos ingleses por la indolencia que mostraban en el envío de cartas:

Señor: Con gran dolor le informo de la muerte de mi último y muy querido amo, Milord, que murió esta mañana a las diez en punto tras un rápido declive y una lenta fiebre causados por los nervios, los baños de mar, las mujeres y montar a caballo a pleno sol contra mis consejos... Murió papista pero será enterrado entre judíos en un cementerio judío, no me pregunte por qué: nunca pudo soportarlos en vida, ni a ellos ni a ninguna otra persona, al margen de las putas, que le pidiera dinero. Sufrió su mal con santa paciencia, salvo en los estertores de la agonía, pues maldijo por dos veces a sus amigos y afirmó que eran una pandilla de perros egoístas, usted, señor, en particular, y también Mr. Kinnaird, ya que nunca respondían a sus cartas ni hacían caso a sus reiteradas demandas... Sus nueve putas han quedado servidas, así como el resto de sus criados.⁷²

Salvo en los pedidos de polvos dentífricos, magnesio y cepillos de

dientes, las demandas a las que Byron alude en su carta son casi siempre de naturaleza pecuniaria, pues la vida disoluta no sólo exigía el máximo de su capital de simiente sino también del financiero: «Todo el dinero que podáis conseguirme a cuenta de Murray os ruego me lo remitáis», escribía en una carta conjunta a Hobhouse y Kinnaird el 19 de enero de 1819:

nunca consentiré en perder lo que me *he ganado*: es *mío*, y lo que gano con mi cerebro me lo gastaré en mis cojones mientras me quede un penique o un testículo. No viviré mucho tiempo, y por esa razón debo vivir mientras pueda: así que haced que él desembolse y que yo lo reciba, «pues se acerca la noche». De haber tenido veinte mil al año a estas horas no estaría vivo, pero no todos los hombres nacen con una cucharilla de plata o de oro en la boca... No *me* importa nada salvo los «dineros».

Los gastos de aquellos meses tuvieron que ser memorables, a juzgar por el número de mujeres que circuló por su cama: «¡Así que Lauderdale ha estado contando historias!», exclamaba en la misma carta:

Supongo que esa es mi recompensa por presentarlo en la casa de la condesa Benzzone y dispensarle cuantas atenciones pude. ¿A qué «pieza» se refiere? Porque desde el año pasado he sufrido toda una prueba de resistencia. ¿Se trata de la Tarruscelli, la Da Mosti, la Spineda, la Lotti, la Rizzato, la Eleanora, la Carlotta, la Giulietta, la Alvisi, la Zambieri, la Eleanora da Bezzi... la Theresina de Mazzurati, la Glettenheimer y su hermana, la Luigia y su madre, la Fornaretta, la Santa, la Caligari, la Portiera, la figurante boloñesa, la Tentora y su hermana, *cum multis aliis*? Algunas de ellas son condesas y algunas mujeres de zapateros, algunas nobles, algunas de medio pelo, algunas de baja estofa y todas putas...⁷³

Sólo tras conocer a Teresa Guiccioli, una delicada jovencita «de diecinueve años», unida a «un conde de cincuenta», a la que siguió hasta Rávena persuadido de que su amor por ella no era de una naturaleza tan evanescente como la que le había inspirado el resto de la pirámide social, Byron pudo dejar a un lado su particular recreación del catálogo de Leporello y sobrellevar una rutinaria existencia conyugal, si bien sometida «al más estricto adulterio»⁷⁴, pues, hasta el divorcio de Teresa en 1820, por cuestiones de etiqueta sólo podía mantener esa rocambolesca existencia de «caballero sirviente» que había descrito en *Beppo*:

Teresa es guapa –escribió a Hobhouse a los pocos días de su encuentro en la casa de la condesa Benzoni–, pero carece de tacto: responde en voz alta cuando debería susurrar, menciona la edad a ancianas damas que pretenden hacerse pasar por jovencitas, y esta bendita noche horrorizó a la distinguida compañía que había en casa de la Benzona al llamarme «*mio* Byron» en clave audible, durante un silencio mortal producido por la pausa de las otras cotorreadoras, que miraron y susurraron a sus respectivos *serventi*. Una de las condiciones que me ha puesto es que nunca debo abandonar Italia: no tengo deseos de abandonarla, pero no me gustaría verme condenado a un convencional chichisbeo. ¡Qué hacer! Estoy enamorado y cansado de la promiscuidad y el concubinato, y esto me ofrece la oportunidad de llevar una vida asentada.⁷⁵

Una vida asentada en la que, sin embargo, empezaría a perder el interés ante las primeras señales de «acción». El 9 de diciembre de 1820, apenas cuatro semanas después de dar comienzo al diario de Rávena, Byron se ve involucrado en un suceso que tiene lugar a las puertas de su propia casa. Horas después de escribir una carta a su amigo Moore, en la que expresa algunos particulares sobre sus obras más recientes y se lamenta de la situación política de Inglaterra, al tiempo que pasa un poco de puntillas sobre las convulsiones que agitan Italia en los últimos meses –y que desde abril ha ido reportando a sus correspondientes en Inglaterra como el anuncio de una futura «libertad» y «constitución»⁷⁶–, Byron se apresura a añadir una posdata, casi una crónica de sucesos, para describir lo que sigue:

[He aquí] un hecho que te mostrará el estado de este país mejor de lo que yo podría hacerlo. *En estos momentos*, el comandante de la guarnición yace *muerto* en mi casa. Le dispararon ya pasadas las ocho, a unos doscientos pasos de mi puerta. Me estaba poniendo el sobretodo para visitar a *madame la contessa G.* cuando oí el disparo. Al salir al vestíbulo, descubrí que todos mis sirvientes estaban en el balcón gritando que un hombre había sido asesinado. Inmediatamente corrí escaleras abajo, mientras llamaba a Tita (el más bravo de ellos) para que me siguiese. Los demás quisieron impedirnos el paso, pues aquí parece ser costumbre de todo el mundo dejar tirado al «ciervo herido».

Pese a la oposición de sus criados, Byron se precipita a la calle y junto a Tita acude en socorro del comandante, desoyendo las advertencias de un grupo de soldados que tratan de impedirle el paso pistola en mano; incluso a esa distancia, es suficiente un vistazo a las heridas que presenta el cuerpo del oficial –«una en el corazón, dos en el estómago, una en el dedo y la otra en el

brazo»— para advertir que ya poco se puede hacer por reanimarle:

Dado que nadie podía, o quería, hacer nada salvo aullar y rezar, y como nadie iba a mover un dedo para retirarle de allí por miedo a las consecuencias, perdí la paciencia: hice que mi criado y dos hombres de entre el gentío levantasen el cuerpo... y ordené que llevasen al comandante escaleras arriba hasta mis propias habitaciones. Pero ya era demasiado tarde, había muerto.

En el pormenorizado recuento de los hechos, Byron aún tiene tiempo de observar que una especie de serena belleza ha iluminado el rostro del oficial, aunque las observaciones de índole poética se extienden sin apenas transición al ámbito forense, pues también se entretiene en «examinar el cadáver» pese a haber ya un médico en su dormitorio. Tras ese breve interludio, en el que por fin encontramos a un Byron febril de acontecimientos y deseoso de «acción, acción, acción... y no escribir» al que algunos amigos íntimos habían dado por perdido en los últimos meses⁷⁷, la carta recupera su vertiginoso tono de boletín de guerra y pasa a sobrevolar las razones por las que el comandante ha sido asesinado: «Todo el mundo imagina por qué lo han matado... Era un bravo oficial, pero se había granjeado la antipatía de la gente. Le conocí personalmente y lo traté muy a menudo tanto en tertulias como en otros sitios... La ciudad está sumida en la mayor confusión, como podrás suponer». El motivo de que Byron oscurezca las causas del asesinato y apele poco menos que a la clarividencia de Moore para discernirlas se aclara cuando averiguamos que casi desde su llegada a Milán, en 1816, el «*notissimo* lord Byron»⁷⁸ había sido acusado de ser un peligro público para el orden interno de Italia: alarmados ante la fastuosa entrada en el país, a bordo de un carruaje napoleónico, de ese «inglés libidinoso e inmoral hasta el exceso» que (paradójicamente) «nunca sale de casa y está siempre escribiendo», y cuya «pretensión es establecer una sociedad secreta en Bolonia y destruir nuestro país»⁷⁹, los poderes políticos y las autoridades eclesiásticas no se demoraron en poner sobre su pista a la policía de Roma, Florencia, Milán y Viena, que al menos entre agosto y diciembre de 1819 tuvo a varios agentes encargados exclusivamente de interceptar su correspondencia y seguir todos sus pasos («os engañáis los que creéis que sólo se dedica a *fare le corna a Guiccioli*»). Salvo por un explícito

comentario a Annabella Milbanke, achacable a uno de esos ataques de vanidad reivindicativa a los que era tan propenso cuando se dirigía a su esposa, Byron sólo admitirá en el secreto de su diario que el asesinato del comandante esconde un «crimen político» –a Annabella le dirá, con una transparencia quizá demasiado audaz, que su muerte ha sido causada por «ser estricto con los carbonarios... los muchachos que luchan por la libertad del país»⁸⁰– y hasta dará por sentado que tales acontecimientos bastarán para que los sentimientos de la población fermenten en una imparable revolución. No obstante, la carta del 9 de diciembre también apunta premonitoriamente a la temerosidad y la indolencia de los italianos, que no parecen haber sido fraguados con la materia de la que «surgen los héroes»:

Debes saber –termina explicando a Moore– que si no hubiera hecho que trasladasen el cuerpo, lo hubieran abandonado en la misma calle hasta la mañana por miedo a las consecuencias. Yo no hubiera permitido siquiera a un perro morir de ese modo, sin prestarle socorro: y, respecto a las consecuencias, me importan poco cuando se trata de un deber... El teniente que está de servicio junto al cuerpo fuma su pipa con la mayor compostura. Una gente muy rara esta.⁸¹

El asesinato del comandante –que Byron relata hasta en seis cartas a lo largo del mes de diciembre, incluye en sus cuadernos de Rávena y recrea en siete estrofas del Canto v de *Don Juan*– parece ser lo que le infunde esa «idea repentina» de escribir un nuevo diario, justo cuando más aparenta precisar de un estímulo para sobrellevar una vida que ahora, más que nunca, se reduce a «dormir, comer y beber, abotonarse y desabotonarse», cuando no a observar el monolítico cielo del invierno italiano que se agolpa con «todas las incalculables combinaciones del clima» al otro lado de las ventanas. A decir verdad, pocas veces protesta Byron de su adormecedora vida en Rávena, e incluso en muchos momentos reconoce en ese agradable *far niente* un consuelo para quien ya contempla sus días «con las sensaciones de un anciano»; pero se tiene la impresión de que Byron no es del todo sincero al expresarse así («uno se engaña a sí mismo más que a los demás», no lo olvidemos), o eso es lo que cabe deducir de la irritación y el fastidio que muestra ante las bromas de Hobhouse cuando este le reconviene maliciosamente por la futilidad de su vida diaria:

Hobhouse escribe una carta muy graciosa sobre mi *indolencia* y mi amor por la vagancia. Bien puede hacerlo, tan inmerso como está en el más activo de los ajetreos: escribe panfletos contra Canning en los que no pone su nombre, se abre paso en Newgate y en el Parlamento, honorables lugares ambos para tomar refugio, y «con grande arrojo cena» en cualquier taberna... ¡y viene y me escribe para poner a prueba mi vagancia! Vamos a ver, que no digo que no me atraigan uno o dos vicios... pero mi amigo Hobhouse, cuando viajábamos juntos, solía quejarse amargamente de la dureza de las camas y lo afilado de los insectos, mientras yo dormía como un tronco y sin que me despertasen siquiera sus juramentos contra ambos: solía maldecir sus cenas a diario tanto por la calidad y cocción como por la cantidad, y me reprochaba lo que él calificaba como una suerte de indiferencia «brutal» hacia estos detalles; y ahora el tipo me escribe todas esas bromitas desdeñosas porque *no* me levanto pronto por la mañana, cuando no hay ocasión para ello: si la hubiera, bien sabe que siempre estaba *en pie* antes que *él*, aunque es cierto que mis abluciones me entretenían al arreglarme más de lo que a él le permitía su noble desprecio por esa «escrupulosidad oriental».⁸²

No es menos cierto que muchas de las cartas que Byron escribe desde Rávena abundan en trivialidades domésticas, y que las aventuras que relata en ellas son más bien de tipo sedentario (la composición de *Don Juan* y *Marino Faliero* o los quebraderos de cabeza que le supone la traducción de Pulci). Parece, incluso, disfrutar mucho más con los asuntos frívolos y mundanos que con las gestas para la historia, como se aprecia en la carta que escribe a Augusta lamentándose, entre bromas y veras, de la muerte de su dentista y de su peluquero favorito: «Murray me ha escrito para decirme que Waite ha muerto: pobre hombre, él y Blake, ambos fallecidos. ¿Qué *va* a ser de nuestros pelos y dientes?... Tales individuos deberían ser inmortales y no vuestros estúpidos héroes, oradores y poetas»⁸³. Aunque hasta las divagaciones más terrenales le sirven para urdir inesperadas reflexiones filosóficas, si bien menos en la línea de su muy leído Pascal que de Alfred Jarry o Bouvard y Pécuchet:

¡Pobres tipos! Tenía planes para verlos a ambos, y ahí los tienes, en ese lugar donde tanto los dientes como el cabello duran más de lo que duran en esta vida: he visto miles de tumbas abiertas y siempre me percaté de que, al margen de cuanto hubiera desaparecido, los *dientes* y *el cabello* seguían presentes en quienes habían muerto con ellos. ¿No es curioso? Son lo primero que desaparece en la juventud y lo que más perdura en el polvo, ¿es que la gente tiene que *morirse* para conservarlos? Es una vida extraña, y una muerte extraña, la de los mortales.⁸⁴

Era la clase de lógica que le llevaba a reconocer su incapacidad para ver el lado serio de las cosas sin exponerlas «al punto de vista más ridículo», una predisposición «que me sobreviene muy a mi pesar de tanto en tanto»⁸⁵, pero que desaparece por completo en las cartas enviadas desde Rávena cuando apela con total seriedad a la sedición, secretamente esperanzado de que el pueblo italiano se levante en armas y pueda unirse a él en su lucha contra los enemigos del «*espíritu* de la libertad».

En realidad, Byron nunca escondió su preferencia por la vida militar frente a la vida literaria –no sin razón, los escritores le daban la impresión de formar «un grupito de quisquillosos» del que deseaba «no formar parte»–, y el diario de Rávena ilustra esos sueños marciales con el telón de fondo de la Italia de 1821, un puzzle político cuyas piezas encajaban a duras penas no sólo en el abigarrado mosaico que era la vieja Europa, sino también entre sí, y a costa de muchas fricciones que si facilitaban la unión de los elementos era por pura fuerza bruta. La revuelta en Nola el 2 de julio de 1820 y el congreso de Laibach en octubre del mismo año eran buena prueba de que aquel connubio de gobiernos antípodas, obligados a hervir en el mismo caldero, constituía una sementera de futuras sublevaciones que los déspotas de uno u otro color no dudarían en aplacar a la fuerza. A Byron, que como se ha visto en la aventura con el comandante no era especialmente aprensivo, le inquietaba muy poco el precio que pudiera pagar por su activa posición contra el gobierno; muy al contrario, aquella Italia de rompecabezas se le antojaba un escenario ideal no ya para disipar el creciente hastío que le invitaba a deprimirse «en total quietud», sino también para dar rienda suelta a los ensueños que había cultivado desde niño, cuando aspiraba a cabalgar un día por bosques y calles devastadas al frente de su propio ejército, los *Byron's Blacks*, que el mundo reconocería por sus corceles y ropajes negros y sus «prodigios de valor»⁸⁶. A los veintinueve años, esos sueños no se habían marchitado tras un fracaso matrimonial, un exilio de casi un lustro y una vida de indisciplina y despilfarro que, si bien no hubiera encajado en los rigores de la profesión militar, sí mostraba cuando menos un espíritu poco dúctil a los desengaños de la existencia adulta: «Si vivo diez años más –le escribía a Moore en febrero de 1817–, verás que no he dicho mi última palabra: no me

refiero en literatura, pues eso no es nada; y, por extraño que suene, ni siquiera la considero mi vocación»⁸⁷. Aunque esa voluntad de estar en el centro de la acción o, dicho en sus propias palabras, «en el corazón del viento»⁸⁸, no debe interpretarse literalmente –las fantasías marciales de Byron tenían más que ver con la vida anárquica de los piratas y los bandoleros que con la disciplina castrense–, sino como una faceta más de ese impulso cardinal, enunciado ya en 1813, de vivir «la sensación, sentir que existimos, aunque sea por medio del dolor»: expresión que resuena como un antepasado directo del «embriagaos» de Baudelaire y que habla, precisamente, de ese estado de semidelirio que «nos arrastra al juego, al combate, al viaje, a toda suerte de proyectos desahorados pero vivamente sentidos cuya principal atracción es la agitación inseparable de sus logros»⁸⁹. Logros que –dicho sea de paso– sólo tres años más tarde se le mostrarían esquivos y le llevarían a afirmar que «nada de lo mío salió jamás adelante».

Convencido por las revueltas en Nápoles contra Fernando I de que las recientes convulsiones en España y Francia «habían puesto a los italianos en pie de guerra»⁹⁰, Byron se presentó ante el pueblo napolitano como «un inglés, amigo de la libertad», que «deseaba le hicieran el honor de aceptar dos mil luises» para «contribuir a la buena causa», una suma ciertamente elevada que, sin embargo, no era lo único que aspiraba a ofrecer:

Si como simple voluntario su presencia no fuera una carga para la persona a cuyo servicio estuviese, obedecería las órdenes y participaría en los mismos peligros de su superior, sin otro motivo que el de compartir el destino de una nación valerosa que resiste ante lo que se hace llamar Santa Alianza, la cual combina la hipocresía con el despotismo.

Las invectivas de Byron no sólo iban dirigidas a los tiranos que regían los estados pontificios; en su cada vez más flambeante proclama, austriacos y sobre todo borbones eran descritos como «déspotas bárbaros», cuya vileza resultaba todavía más vil al compararla con «la gloriosa determinación de los napolitanos» y con su propio entusiasmo, «natural en un hombre cultivado»⁹¹. Por desgracia para la revolución, si en algo no acertó Byron fue en confiar en el emisario que debía hacer llegar su mensaje hasta Nápoles, no el miembro del gobierno constitucional de esa ciudad que él suponía sino un

agente a sueldo de la trama pontificia, uno de esos espías de juguete, mezcla de hampón y títere de la Comedia del Arte, que la policía papal había puesto tras sus huellas para impedir que extendiese en Italia los tentáculos de su sociedad secreta: tan pronto se vio lejos del palazzo Guiccioli (donde Byron tenía una planta para él solo, generosamente ofrecida por el marido de Teresa), el espía rompió aquella arenga en pedacitos y se los comió minuciosamente.

No había ningún afán didáctico en esa exhibición de censura papirofágica, pero a veces la vida parece condensar en los gestos más nimios enseñanzas sólo comprensibles desde la atalaya del futuro, ese rasero que iguala los sucesos más grandes y los más pequeños para demostrarnos que la Historia no es sino un vasto océano cuyas convulsiones a veces puede ocasionarlas el simple aleteo de una mariposa. Así, aquel manuscrito que terminó abonando los regatos de Rávena o la andrajosa floresta de sus cunetas se nos puede antojar ahora, encaramados al balcón que nos prestan casi doscientos años de distancia, un lúcido presagio del futuro que aguardaba a los proyectos marciales de Byron, todos propicios a la metáfora escatológica, como demostrará también su incursión en Grecia y como él mismo, sin la ventaja que otorga la distancia temporal, llegó a vaticinar; pero es precisamente esa comprensión intuitiva de lo infructuoso y hasta inútil de ciertos gestos, y ese seguir en pie, sin embargo, para defender cuanto es justo aunque sea una causa perdida, lo que añade grandeza y patetismo a las páginas de un diario en el que asoman decepciones, perplejidades, sorpresas ingratas pero estoicamente recibidas y, sobre todo, fracasos: pese a la valiente resolución de Byron, que hará «lo que pueda para colaborar en el combate», por más que esté «falto de práctica» en el manejo de armas, los amagos de revuelta se ven abortados uno tras otro, los mensajes enviados por los líderes romaiones son cuidadosamente interceptados y el ejército austriaco, bastante más astuto que las tropas napolitanas, impide un nuevo levantamiento al iniciar sus operaciones «una semana antes de lo anunciado», para asombro del ejército rebelde, cuyo alegre intercambio de datos en las mismas narices del enemigo demostraba, o bien una proverbial candidez en «los usos de la guerra», o bien una indiferencia suicida hacia el factor sorpresa.

Agotado, indignado, impaciente, pero fiel a su convencimiento de que el tiempo siempre hermana lo grande y lo pequeño, Byron sazonará en el cobijo de su diario esos sucesos de proyección histórica con andanzas domésticas, lecturas dispersas, malestares digestivos y avances meteorológicos prácticamente intercambiables de una página a otra, de manera que el lector, como tal vez llegó a sucederle al propio Byron, acaba por formarse la idea de que la sucesión de acontecimientos repite en realidad un mismo día interminable, en el que las peripecias cotidianas se funden y reconstruyen para que el fracaso alcance poco a poco el máximo grado de perfección estética. Por suerte, Byron escapa a tiempo de esa pesadilla y cierra su diario antes de que la revolución de Nápoles se vea sofocada por el inminente asalto de las tropas austriacas, el 23 de marzo de 1821, un final sin nobleza y sin gloria para una revolución que nunca lo fue y del que Byron ya tenía malos augurios con un mes de antelación, convencido de que tarde o temprano «todo acabaría *pifiándose*». En parte, así fue. Pero, por encima de todo, prevalece esa sensación (tan esencialmente romántica) de que bastaría la voluntad de un solo hombre para lograr lo que sólo es posible desde la esperanza y el sueño.

PISA

El fallido desenlace de la revolución supuso un importante revés para Byron, que ansiaba una oportunidad de distinguirse en la lucha armada y, a ser posible, morir en el intento. El 28 de abril de 1821, cuando no había pasado todavía una semana desde que los sucesos más recientes frustraran su convicción de que «aquí sucedería algo importante», Byron vuelve a escribir a Moore para transmitirle esta vez, más que una temporal resignación, su desencanto:

No puedes haberte sentido más decepcionado que yo, ni tan defraudado. Me he sentido así aun sufriendo cierto riesgo personal, que ni siquiera todavía ha pasado por completo. Con todo, ni el tiempo ni los sucesos van a cambiar mi tono ni mis sentimientos de repulsa hacia la tiranía triunfante. Lo que ha ocurrido aquí ha sido tanto la obra de la traición como de la cobardía... De

momento no puedo escribir mucho, pues todas las cartas están siendo abiertas. En las *mías* siempre encontrarán *mis* sentimientos, pero nada que pueda conducir a la opresión de otros.

Dicho lo cual, no le queda otro remedio que cerrar el asunto y pasar a cuestiones más inocentes y divagatorias: «Y ahora pongámonos literarios: un penoso bajón, pero siempre es un consuelo»⁹².

Para consolarse, tres días después inicia un nuevo texto de contenido biográfico –pero retrospectivo, ya que el presente es «demasiado lúgubre como para plasmarlo sin dolor»⁹³– que de momento ignora cómo abordar: «Pero ¿qué voy a escribir? ¿Otro diario? Mejor no. Cualquier cosa que vaya saliendo, y lo llamaré ‘mi diccionario’». La idea, más bien contraria a la oscilante y poco organizada personalidad de Byron, resulta tan atractiva que cuesta trabajo disculpar su decisión –si acaso lo fue– de aparcarla en el mismo arranque. Las dos únicas entradas recogidas en el cuaderno –una dedicada al emperador Augusto y la otra a la ciudad de Aberdeen– traslucen el propósito de evocar reflexiones y recuerdos íntimos al hilo de una serie de palabras clave, ordenadas más o menos alfabéticamente, cuyo registro favorecería la catarata retrospectiva a través de la libre asociación de ideas. Por lo que se desprende de dichas entradas, las palabras escogidas permitirían tanto la reflexión acerca de algunas vivencias personales –Aberdeen fue una de las ciudades en las que Byron vivió de niño– como las meditaciones arbitrarias, pero también cabe la posibilidad de que, a medida que el proyecto fuese creciendo, los nombres de personajes contemporáneos a los que agasajar o vapulear eclipsaran a aquellos que suscitasen comentarios de un sabor menos polémico, o eso al menos es lo que dan a entender algunos testimonios que, de ser ciertos, revelarían que Byron continuó el proyecto de su diccionario más allá de esas dos solitarias entradas⁹⁴. Fuera como fuese, lo que se conserva del fallido prontuario, se trate o no de una obra inconclusa, manifiesta el empeño de Byron por revisar las vicisitudes de su vida y, según comentaría posteriormente a Disraeli, contar lo que «hasta donde alcanzo es la verdad, no toda la *verdad*... pero, en cualquier caso, nada más que la verdad, tanto como el cuidado por terceras personas permite que aparezca»⁹⁵.

No es, sin embargo, repentino este interés de Byron por echar un vistazo

al pasado distante y dejar cumplida cuenta de sus vivencias. Los cinco años de aparente silencio confesional que transcurren desde el diario alpino hasta los cuadernos de Rávena –que por otra parte, y junto al diario de Londres, ya abundan en material retrospectivo– los había empleado en confeccionar, en paralelo a su obra literaria, la escritura de sus célebres memorias, un trabajo destinado a la publicación póstuma que se prolongaría interrumpidamente desde julio de 1818 hasta junio de 1821, pero cuyas páginas acabarían en la chimenea de su editor en Albemarle St. (la chimenea todavía se conserva) el 17 de mayo de 1824, destruidas por un sanedrín de amigos –y no tan amigos– que creía velar así por la posteridad del poeta y el buen nombre de su familia⁹⁶. Como apoyo documental a sus trabajos memorísticos, que mediante diversos añadidos alcanzaron lo que sería un libro de más de cuatrocientas páginas, Byron fraguó a su vez un conjunto de obras en prosa, algunas de las cuales resultan hoy de casi imposible localización, ya que no las menciona en sus cartas y, en el mejor de los casos, sólo las conocemos por los extractos que Moore hizo de ellas en su biografía. Con la salvedad, por supuesto, de las memorias, la pérdida más dolorosa del conjunto de manuscritos es una novela corta inacabada, «de unas cien páginas», donde se «contaban las aventuras de un joven aristócrata andaluz, que Byron comenzó en Venecia en 1817»⁹⁷. El pasaje que Moore extracta en la biografía es una divertida reconstrucción de la separación de Byron y Annabella Milbanke –reencarnados en una pareja de sevillanos de zarzuela– relatada en el estilo ligero de *Don Juan*. A juzgar por las semejanzas tanto estilísticas como argumentales entre una obra y otra, es muy posible que Byron abandonara su plan de escribir una novela pensando precisamente en emplear el escenario en su poema –cuyo inicio data del 3 de julio de 1818–, convencido tras su experimento en *Beppo* de que en la rima sacaría mayor partido a su timbre más ácido y humorístico.

De todo este vasto material autobiográfico, la única obra que ha sobrevivido a la criba del tiempo –o a la no menos destructiva diligencia de Moore– es ese vademécum de reflexiones improvisadas, anécdotas de personajes públicos y recuerdos íntimos recogido bajo el título de *Pensamientos aislados*. Inspirado tal vez por los *Pensamientos* de Pascal –

que en esos meses Byron leía y releía a menudo—, la primera noticia de su redacción aparece en una carta a John Murray, fechada el 20 de octubre de 1821, donde anuncia estar completando «otro [cuaderno] con pequeñas anécdotas que conozco de primera mano o han sido ya acreditadas [...] acerca de varios hombres públicos»⁹⁸ con los que había tenido un trato frecuente en Londres desde su «reinado en la primavera de 1812»; iniciado cinco días atrás, mientras esperaba reunirse con Teresa Guiccioli en Pisa, tanto allí como en Rávena continuaría sumando entradas a sus páginas de manera regular hasta mediados de diciembre, si bien inevitablemente las anécdotas ajenas van poco a poco perdiendo terreno frente a las propias. Una última entrada, aislada del resto, es incorporada al libro el 18 de mayo de 1822, fecha en la que Byron da el texto por concluido: no estará de más señalar que el final en falso redactado en diciembre coincide con la proximidad del cumpleaños de su hija Ada (Byron también concluirá su diario de Cefalonia al recibir noticias desde Inglaterra acerca de la precaria salud de la niña) y que la entradilla de mayo la redacta un mes después de la muerte de su hija natural, Allegra, noticia que menciona el día anterior en carta a Moore⁹⁹. No es menos reseñable, por otro lado, que Allegra no aparezca mencionada en todo el cuaderno, como tampoco en sus obras (cuando poco a poco se había convertido en una compañía constante y nada molesta), contra lo que sucede en el caso de Ada, cuyo resignado recuerdo —«hija única de mi hogar y de mi corazón»¹⁰⁰— abre el Canto III de *Childe Harold*.

El cuaderno consta de 121 fragmentos numerados —contando omisiones, reiteraciones y supresiones, pues tan pronto Byron elimina una entrada como pierde la cuenta de las que lleva escritas— en los que se aprecia una clara mezcla de contenidos, ajena a cualquier método de organización conscientemente elegido: hasta el fragmento 19, Byron todavía se muestra fiel a su idea de componer un anecdotario de personajes famosos, más interesante por la vivacidad de la prosa, los remates epigramáticos y las digresiones reflexivas que por su propio contenido, sobre todo cuando toca personalidades y asuntos parlamentarios; pero será al recordar a Matthew G. Lewis y Scrope Davies, amigos de largo recorrido con los que había

compartido alguna que otra experiencia «de la vida» digna de ser plasmada en su cuaderno, cuando se anime a asomarse a los primeros planos, un escenario del que ya no se ausentará excepto si le lleva a ello alguna repentina «cerebración inconsciente», cuya exégesis, en estos casos, no elude. A partir de ahí, el contenido del libro descansará casi exclusivamente sobre el cimientamiento de los recuerdos y los pensamientos a vuela pluma, muchos de los cuales brindan una imagen no muy conocida del poeta en ciernes. Frente a ese Byron sin apenas infancia que ha paseado su fantasma por tantas biografías, vemos a un Byron colegial que prefiere pegarse con sus compañeros y discutir sobre política antes que frecuentar el aula o memorizar sus lecciones; le vemos, también, con poco más de doce años, perpetuando su nombre entre los jugadores de cricket que conformaron el «Once de Harrow» y perdieron contra el eterno rival, el colegio de Eton, en un recordado encuentro que –aunque Byron no lo menciona aquí– concluyó con ambos equipos compartiendo alcohol y putas en las tabernas y teatrillos de Haymarket; o le vemos escribiendo sus primeros versos en una colina a cuyos pies la lejana Londres se desmenuza en un archipiélago de luces y sombras, al abrigo de una tumba destartalada junto a la que años más tarde quiso que la pequeña Allegra fuera enterrada; incluso le vemos presumiendo de ser «un buen actor», como había demostrado en los discursos de Harrow y en los escenarios amateur de Southwell, o de no haber leído una sola revista hasta los dieciocho años, lo que no le había impedido escribir una reseña sobre «la basura del Wordsworth de entonces». Muchos lectores se sorprenderán al descubrir en estas páginas a un Byron que acude religiosamente a un monasterio con el propósito de estudiar armenio, o que es contratado por el teatro Drury Lane para leer obras inéditas de escritores generalmente anónimos y entrevistarse con los más extravagantes aspirantes a actores, o que reniega del juego y las disipaciones incluso en su juventud, o a ese otro Byron, ya de vuelta de todo, que afirma no esperar nada nuevo de lo que puede aportarle la existencia, salvo más años, y «estos poco de bueno tienen salvo que se acaban». A través de esos fragmentos, servidos en una prosa rápida, sin tachaduras ni retoques, asoma un hombre reflexivo y cercano que poco o nada tiene que ver con su propia leyenda, ante la que él mismo se

empeñaba «en trazar una línea que nadie parece resuelto a percibir»¹⁰¹.

Siempre al azar del momento, la mayoría de las veces Byron resuelve cada fragmento del cuaderno en un solo párrafo de longitud variable: unas veces le bastan dos líneas para expresar una idea, mientras que otras rellena dos o tres páginas de reflexiones trenzadas sobre la marcha sin concluir en otra cosa que un encogimiento de hombros (y eso cuando no se desentiende del asunto con un pensamiento cualquiera), pese a sus intentos por esclarecer la proposición principal: «¿Y todo esto –se pregunta, al reparar de pronto en que la Historia suele ser bastante proclive a recordar las circunstancias más trágicas, y a olvidar precisamente las épocas de mayor prosperidad– es porque la naturaleza es mezquina o porque es salvaje? ¿O la humanidad desagradecida? Que los filósofos decidan. Yo no lo soy». Otras veces se muestra enigmático, como cuando alude a sus memorias y decide no pronunciarse más sobre ellas por temor a dejar «escapar algún que otro secreto como para paralizar a la posteridad», o da muestras de un arraigado cariz supersticioso que adorna de belleza y de misterio, como puede apreciarse en los fragmentos 99 y 100, contiguos en la inspiración pero no tanto en el resultado; puede que Byron se sienta «más religioso en un día soleado» y eso le conduzca a una fe instintiva en la existencia de Dios, pero el propósito de la Creación y su propia condición humana se difuminan al mirar por el telescopio de Herschell «la luna y las estrellas» y descubrir «que son mundos», tal vez con su propia familia de criaturas a cuestas. Aunque a veces un pensamiento al azar se ve sucedido por una revelación epigramática que es plasmada como corolario a tantas pesquisas: «Si las tonterías de los tontos fueran escritas como lo son las de los sabios, los sabios (que en la actualidad parecen sólo un tipo mejor de tontos) resultarían casi inteligentes». Lo cierto es que ni el propio Byron sabía muy bien qué se traía entre manos con aquel cuaderno. Que al menos no contemplaba su publicación íntegra, aunque sí en la forma de notas sueltas, queda demostrado en la carta que el 6 de junio de 1822 dirige a John Murray; en ella, Byron explica que ha hecho entrega a su «más antiguo y querido amigo, lord Clare, de un libro de anécdotas, medio lleno, que al menos *parcialmente* servirá de ayuda en el futuro para las memorias... Hay partes que no guardan relación ni responden

a ese propósito, pero quizá sí lo hagan algunas otras»¹⁰². Sólo cuando está a punto de concluirlo lo define como «una especie de diario», aunque más atrás había dado una descripción mucho más acertada al referirse a él como «una colección de cosas dispersas». De hecho, las anotaciones diarísticas aparecen únicamente en las últimas páginas, cuando Byron no puede evitar dejar constancia de esa «extraña coincidencia» que hay «en las pequeñas cosas de este mundo» y decide abandonar la digresión retrospectiva para relatar su fortuito encuentro con lord Clare en las cercanías de Bolonia, «después de no haberle visto en siete u ocho años»; un lord Clare cuya semblanza acababa de escribir en el cuaderno sólo unos días atrás, con una emoción intacta pese a los años que habían transcurrido desde que su amistad fuera «interrumpida por la distancia». A partir de ese momento, Byron se inclinará por recoger en el cuaderno algunos pasajes de su vida cotidiana, aunque con una libertad de enfoque de la que carecían sus anteriores diarios. El experimento, sin embargo, no dura mucho, y será probablemente ese intento de dar un giro a la obra y conferirle una naturaleza que no tiene lo que le resuelve a renunciar por fin a su redacción, en un gesto de hartazgo tan característico en él como lo es el impulso de escribir «a lo que salga»¹⁰³.

CEFALONIA

En las páginas de aquel penúltimo cuaderno, Byron se preguntaba «si, después de todo, hubiera encajado en una vida tranquila y sin agitaciones». A mí me parece la pregunta de un hombre que sabe que no va a llegar a viejo. Conscientes como somos, más de doscientos años después, de que ese hombre en particular iba a ver cumplidos sus augurios demasiado pronto, una parte de nosotros no puede dejar de lamentarse por la enorme pérdida que supone su muerte en plena madurez artística para nuestras noches entregadas al ensueño con un libro entre las manos. ¿Qué nos hemos perdido con la muerte tan temprana de Byron? El final de *Don Juan*, nada menos, y otros siete u ocho cantos de *Childe Harold*: el quinto en Grecia, el sexto en América, el séptimo y el octavo en Inglaterra, ambos dedicados a la vejez y la

muerte del antiguo peregrino; un sinfín de poemas líricos y épicos y alguna novela en prosa, unas memorias salvadas de las llamas y, muy probablemente, su segunda parte medio siglo después, cuyo protagonista, me temo, se parecería mucho al Rimbaud que pretendía hacerse rico en los desiertos de Abisinia. Nuestra pérdida en términos de prosa y verso es atroz e incalculable. Nuestra ganancia en términos humanos, sin embargo, es un poco más dudosa. La imagen de un Byron de ochenta y cuatro años estrechando la mano de, por seguir con el ejemplo, un Rimbaud de dieciocho queda muy bien para la fantasía de los escritores descontentos con la Historia, los X e Y de todo lugar y una sola condición (la literatura para veraneantes y jubilados) que etiquetan con nombres universalmente conocidos a personajes de cartón piedra en mamotretos a la venta en su supermercado favorito, pero cualquier posible Byron que no sea el que conocemos da la impresión de que le roba una porción de verdad y esperanza a nuestra propia condición humana.

No digo esto desde la parcialidad del entusiasta, y mucho menos desde la convicción del crítico social que acecha únicamente el interés sociológico en la vida y en la obra de un artista; estoy tan lejos de ambos como puede estarlo quien, en cuestiones de vida y de arte, reconoce «su parcialidad por el espíritu», y, en todo caso, mi entusiasmo es el de cualquier lector agradecido hacia aquellos autores que en algún momento de su vida le dieron la oportunidad de ampliar e iluminar los confines de su propia percepción. Mi visión, claramente, es la de ese lector entusiasta y perceptivo. Y, desde ese punto de vista, imaginar a un Byron que sobrevive a la guerra, a sus depresiones, a sus enfermedades, que sobrevive en general a su propia juventud, traiciona grotescamente el concepto de juventud misma. Alguien, mucho antes que yo, intuyó esta misma apreciación en el momento en que más difícil era reconocerla. Me estoy refiriendo a Goethe. Cuando en 1827 dijo de Byron que era la modernidad («no es ni antiguo ni romántico, sino la época misma»), a lo que realmente se estaba refiriendo era a una condición mítica: «Era necesario un hombre como él –dijo–. Y era también el indicado por su naturaleza insaciable y su tendencia guerrera». «Me produce la sensación de verle salir entre las ondas del mar, fresco y penetrado de nuevas

energías creadoras»¹⁰⁴, le contestó Eckermann, y, aunque no lo dice, yo estoy seguro de que al hablar así tenía los ojos brillantes y un poco pasmados, y que realmente veía a Byron surgir de una espuma incomprensible más allá de la figura transparente de su amigo y maestro. Hacerle salir del mar, mezclarlo con él, fue una respuesta verdaderamente inspirada por su parte. Byron era el tiempo que no pasa, detenido en un estado ideal de maravillosa y brillante perfección.

Me gustaría que hiciésemos por un momento el esfuerzo de imaginar que Orfeo nunca volvió la cabeza y que vivió el resto de sus días tocando el arpa a los pies de su adorada Eurídice. Sin duda hubiera sido un marido y un poeta feliz, pero ¿qué sería de nosotros, los que, por torpeza o por curiosidad, sentimos la necesidad o la tentación de volver la mirada? Creo que no es necesario conocer la vida de Byron ni el mito de Orfeo para reconocer nuestra simpatía por los que dudan, por los que tropiezan, por quienes se lanzan a hermosas y arriesgadas aventuras a pesar de que los peligros que aguardan en ellas son más grandes que nuestra propia dimensión humana. Esto también es una condición de la juventud, así como lo es de toda obra o pensamiento que trata de acercarse al foco mágicamente iluminado de cualquier belleza transitoria o cualquier victoria pasajera. Si Byron sigue estando entre nosotros, a más de dos siglos de su nacimiento, no es sólo porque sus versos tengan una naturaleza menos mortal que los de esos contemporáneos suyos, ya bastante olvidados, a los que a menudo cita en sus diarios: Sotheby, Southey, Campbell; lo está porque apela a nuestro sentido de la grandeza en los términos maravillosamente humanos que miden la importancia de las gestas en virtud del camino, plagado de temibles y hermosas fantasías, que tratamos de cruzar para llegar hasta ella, a pesar de que el resultado más común con el que vayamos a encontrarnos sea el fracaso. Dudamos, tropezamos, caemos. Seguimos adelante. Pero nadie podría dar siquiera el primer paso si no encontrase dentro de su ser la ilusión, el candor, el arrojo y hasta cierta indispensable ceguera juvenil que nos hacen sentir por un instante la dicha de sabernos a la vez divinos y mortales. Byron era todo eso, y encontró la manera de serlo para varias generaciones de taciturnos y de soñadores que lo reconocen allí donde resplandecen las

nociones eternas de libertad, juventud y belleza, aunque no conozcan una sola palabra de sus obras.

Curiosamente, el primero en imaginar un Byron entrado en años, retirado de la vida activa y posiblemente calvo, fue el propio Byron. En 1819 había empezado a hacer planes para marchar a Venezuela, «donde no me costará nada aprender español», con la idea de convertirse en terrateniente y «plantar allí la tienda para siempre»¹⁰⁵ en compañía de su hija Allegra. La penosa muerte de la niña, sin embargo, le hizo olvidar sus planes, y tras la muerte de Shelley se diría que comenzó a hacerlos apresuradamente para la suya:

Me crearás más supersticioso que nunca –llegaría a decirle a lady Blessington en sus melancólicos paseos a la sombra de los naranjos que rodeaban la mansión de Casa Saluzzi, en Génova– si te confieso que tengo el presentimiento de que moriré en Grecia. Espero que sea en plena acción, pues sería un buen final para una muy triste existencia, y tengo horror a las escenas en el lecho de muerte; pero como no he sido muy famoso por la suerte que he corrido en la vida, probablemente no tenga mucha más en la forma de morir, y puede ser que dé mi último suspiro no en el campo de la gloria, sino en el lecho de la enfermedad.¹⁰⁶

Lo cierto es que la Historia ya le estaba calentando el lecho, y uno tiene la impresión de que Byron simplemente se limita a seguir el rastro de calor de la chimenea encendida. Entra en escena, por ejemplo, el personaje de Edward Blaquiere, miembro del Comité Griego de Londres que acababa de fundarse en Inglaterra para ayudar a Grecia en su lucha por la independencia. Alentado por Hobhouse, Blaquiere había acudido a Génova con el fin de recabar información de primera mano sobre el desarrollo de la revuelta griega, y por muchos motivos (relaciones, alcurnia, conocimiento del lugar y del idioma, medios económicos) Byron parecía la persona ideal para establecer un contacto directo entre Londres y Grecia. No sin razón, Hobhouse tenía la esperanza de que esa colaboración reparase el nombre de su amigo en Inglaterra, y conocía a Byron lo suficiente como para saber que no iba a permitir que Blaquiere viajase a Grecia con las manos vacías; le conocía lo suficiente, también, como para aventurar que no aportaría esa ayuda desde la periférica comodidad de su residencia genovesa. No se equivocaba; tan pronto como Byron supo de la llegada de Blaquiere, dejó de lado cuanto tenía

entre manos, resuelto a acudir al campo de batalla o, si era necesario, «encasquetarse el morrión» y hacer la guerra por su cuenta:

Querido señor –le escribió el 5 de abril de 1823–, estaré encantado de recibirle [...] cuanto antes mejor, pues llevo tiempo esperándole. Me encontrará en casa. No puedo expresarle lo mucho que me interesa su causa, y nada excepto algunas relaciones italianas que he forjado en Italia – relaciones que en cierto grado también conciernen a la situación política de este país– me han impedido desde hace mucho volver a hacer lo poco que, como individuo, podría hacer en esa tierra que es incluso un honor sólo haber visitado.¹⁰⁷

El encuentro resultó mejor de lo esperado, como sabemos por la carta que Byron dirigió a Hobhouse dos días después:

Mi querido Hobhouse. El sábado vi al capitán Blaquiere... Por supuesto compartí de corazón el propósito de su viaje, e incluso me he ofrecido a partir al Levante en julio, si el gobierno provisional griego piensa que puedo ser de utilidad. No es que pretenda tener alguna capacidad militar: no tengo la presunción del filósofo de Éfeso, que sermoneaba ante Aníbal sobre el arte de la guerra, ni es mucho lo que un extranjero puede llegar a hacer; pero quizá como informador del estado en que hoy por hoy están allí las cosas, o tramitando la correspondencia entre ellos y sus aliados occidentales, podría ser útil. En cualquier caso, lo intentaría. El capitán Blaquiere (que va a escribirte) desea que se me haga miembro del Comité en Inglaterra: no he dudado en decirle que allí mi nombre, dada mi actual impopularidad, podría causar más mal que bien, pero esto puedes juzgarlo tú, y desde luego sin que yo vaya a ofenderme [...] Tampoco tendría ningún sentido ir sin medios a un país donde los medios son tan necesarios, aparte de que tampoco a mí me gusta ser un estorbo, vaya donde vaya [...] Si hay algo que deba ser remitido a los griegos, sean cirujanos o medicamentos [...] me encontraréis dispuesto a seguir cualquier indicación al respecto y, lo que sería aún de mayor utilidad, a contribuir con los gastos de mi propio bolsillo.¹⁰⁸

Que el interés de Byron en zarpar cuanto antes era sincero lo demuestra la impaciencia que empezó a mostrar apenas diez días después de su entrevista con el capitán Blaquiere. Ante Hobhouse, no pudo evitar quejarse del tiempo que había pasado sin recibir noticias suyas, lo que le hacía suponer que, «o bien se había excedido en sus poderes, o se había arrepentido, por una u otra razón», de la oferta que le había hecho llegar en nombre del Comité. En su carta, Byron añadía una serie de documentos sobre sus finanzas que probaban «que yo sí hablaba en serio y, o bien hubiera ido a Grecia en persona, o enviado ayuda a su causa»¹⁰⁹. Tanto esos cálculos como las posteriores

peticiones a su agente financiero, Douglas Kinnaird, para que transfiriese a sus cuentas en la Webb & Co. de Génova «toda la liquidez que puedas reunir, tanto del dinero ya recibido o por recibir» (peticiones que se repetirían casi obsesivamente hasta sólo unos días antes de su muerte), demostraban mucho más que la solvencia de Byron para abordar su incursión en el campo de batalla: eran una prueba de que para él aquel viaje carecía de regreso, y que únicamente salvaría de su fortuna lo justo para que al menos sus descendientes («y adhesiones legítimas») no heredasen de él tan sólo un nombre¹¹⁰.

Byron al menos recuperó una parte de su entusiasmo con las noticias procedentes de Blaquiere, que se hallaba en Roma y marchaba con destino a Ancona al haberle sido denegada su entrada en Nápoles, y enseguida comenzó a hacer sus propios planes para el pueblo griego, siempre entre el zafarrancho y una mal disimulada paciencia: «He encargado unas cien libras esterlinas de pólvora y algunos suministros médicos que serán expedidos a la sede del gobierno provisional... Mr. Barry (agente de la casa Webb & Co. y muy buen tipo) [...] me dice que podemos contar con un surtido de barcos a elegir en cualquier momento a un módico precio». En la misma carta, Byron hacía especial énfasis en que Kinnaird enviase el monto de sus finanzas «a los más convenientes lugares tanto de Italia o Levante», pero esta vez sin reservas:

Cualquier arreglo en torno a Rochdale¹¹¹, por escaso que sea en proporción a su valor real, me permitirá partir con los medios precisos para prestar verdadero servicio, o incluso vaya o no, me servirá para responder a los propósitos del Comité y del pueblo griego. Si voy, haré lo que esté en mi mano para civilizar el trato que se da a los prisioneros, y si puedo salvar una sola vida, sea turca o griega, viviré *mihi carior*, y confío en que no menos en lo que respecta a mis amigos.¹¹²

A medida que pasaban las semanas, Byron iba añadiendo nuevos objetivos a su plan de contribuir a la lucha: «Si me uno a los griegos –escribía a Douglas Kinnaird–, se habrá de pagar el rescate por los prisioneros, adelantar dinero en efectivo, [habré de] comprar armas [...] y formar mi propia tropa [...] Cualquiera de esas cosas o todas ellas requerirán el manejo

de dinero y exigirán mis recursos»¹¹³. De hecho, parte del dinero lo había utilizado ya en adquirir un inventario bastante prolijo de equipamiento militar¹¹⁴, así como en tramitar la compra de varias naves, pues las informaciones que recibía de sus contactos en el Comité, pese a la oficiosidad de la correspondencia, le habían persuadido de que debía «zarpar tan pronto sea posible»¹¹⁵, un deseo, sin embargo, impracticable cuando aún ignoraba si el Comité decidiría contarle finalmente entre sus miembros. Sin las credenciales necesarias, su llegada a Grecia sólo podía ser vista como un obstáculo para la administración inglesa, una posición nada cómoda que le obligaba a esperar noticias y postergar entretanto los planes más inmediatos. Contra su costumbre, Byron aprovechó pacientemente el receso y, al tiempo que seguía remitiendo órdenes a Kinnaird sobre sus «asuntos monetarios», dedicó varios días a corregir las pruebas del Canto X de *Don Juan*, componer algunos poemas sueltos y actualizar la correspondencia con sus amigos ingleses.

Por fin, el 12 de mayo recibía un comunicado oficial firmado por John Bowring, secretario del Comité Griego en Londres, en el que se le anunciaba su elección. Byron respondió de inmediato, incluyendo en su extensa carta algunas indicaciones de naturaleza militar:

Es para mí un gran placer responder a su carta y al honor que me brinda el Comité. Intentaré merecer su confianza con todos los medios que tenga a mi alcance. Mi primer deseo es acudir al Levante en persona [...] mi familiaridad con el lenguaje italiano (que allí es de habla común, o al menos en la misma extensión que el francés en las partes más refinadas del Continente) y mi *no* absoluta ignorancia del griego moderno me confieren algunas ventajas en términos de experiencia.

Tras algunas observaciones sobre el «obstinado carácter» de los turcos, que «volverán a la carga durante años y años, aun si son derrotados», Byron detallaba los movimientos de Blaquiere desde Ancona hasta Corfú, las necesidades logísticas de los helenos junto con las vías más convenientes para remitirles ayuda («por Hidra, y dirigida al ministro, Mr. Negris»), ofrecía información de primera mano sobre los intentos del pueblo griego por organizar un gobierno interno («esto parecería indicar *seguridad*, pero la guerra está lejos de haber acabado»), proponía «formar una brigada», que en

su mayoría habría de estar compuesta por «*oficiales* con experiencia, y no de soldados británicos novatos, pues estos son susceptibles a la indisciplina», y por último auguraba que una victoria helena contribuiría a abrir un mercado hasta entonces desconocido en Europa, y a ofrecer nuevos destinos a los emigrantes ingleses, que «ya no necesitarían cruzar los mares americanos» para buscar el refugio que trataban de hallar «al otro lado de las aguas». Byron concluía aquella prolija información con el ruego de que el Comité le enviara cuanto antes «las órdenes discrecionales, si acaso desea favorecerme con instrucciones», pues prometía poner su empeño «en obedecerlas al pie de la letra, estén o no en conformidad con mi propia opinión»¹¹⁶.

Sin embargo, la inquietud de Byron aumentaba a medida que pasaban los días. A sólo seis semanas de embarcarse rumbo a Grecia, algunas muestras poco alentadoras del carácter de los griegos y de las desavenencias que iba a encontrar a su llegada a Cefalonia las vería plasmadas en la carta que recibió de su contacto en la resistencia, un melifluo equilibrista a dos aguas que respondía al nombre de Nicolas Karvellas:

En este mismo correo –le contaba el 24 de mayo a Kinnaird– he escrito a Hobhouse y le he reenviado una curiosa carta de un griego al que ambos conocemos, el cual primero *ofreció*, y ahora *declina* dar, información alguna, por simple que sea, en nombre de sus compatriotas, aparentemente a causa del temor del gobierno, pero no dice si el suyo o el de los toscanos: ¡y encima acaba exigiendo un *préstamo* para *él*! Espero que esto no sea un ejemplo del comportamiento general.

Una esperanza más bien vana, cuando, a renglón seguido de aquella sospecha, Byron se preguntaba por primera vez si la ayuda que deseaba prestar iba a ser del agrado de los griegos:

No tengas *prisa* con los créditos hasta que sepa algo más positivo, ya sea por medio del Comité o de Blaquiere, acerca de la clase de recepción que me va a hacer el gobierno griego, pues si va a ser como la correspondencia de Karvellas más me vale que espere a saber hasta qué punto voy a ser bien recibido, antes de aventurar una ingente suma de dinero y mi seguridad personal en provecho de quienes no agradecerán ni una cosa ni otra. Pero estoy preparado y ansioso por cumplir cuanto he propuesto si el Comité opina que tal cosa servirá de algo; e incluso en ese caso no me plantearé si mi presencia será o no aceptada por los propios griegos.¹¹⁷

Byron cumplió su promesa, pero pronto advertiría que no se había equivocado en sus recelos. El diario de Cefalonia, escrito fundamentalmente en septiembre de 1823, cuando ya se encontraba plenamente implicado en el conflicto, es la crónica de un último desencanto, que resulta todavía más desolador al ver los esfuerzos de Byron por deshacer esa nebulosa de desencuentros y malos augurios que fue la expedición griega. Tan pronto la fragata *Hércules* toca el puerto de Argóstoli, Byron se sorprende de que Blaquiere no esté allí para recibirle y, lo que es peor, «descubrí que se hallaba de vuelta a casa, pese a que en las últimas cartas que me remitió desde la península, tras expresar el vehemente deseo de que no retrasase mi llegada, afirmaba su pretensión de permanecer por el momento en el país [...] Envié un bote a Corfú con la esperanza de encontrarle todavía allí, pero ya había zarpado hacia Ancona».

Byron intenta desechar los oscuros presagios que asoman en su llegada a la península viajando por los lugares que frecuentó en 1809, «una pequeña excursión por las montañas a través de los peores caminos que jamás he visto en varios años de viaje por las tierras más agrestes de muchos países. En Santa Eufemia embarcamos rumbo a Ítaca, e hicimos una excursión por esa hermosa isla, apropiado complemento para la Tróade que yo ya había visitado algunos años atrás». De ahí marcha a la fuente de Aretusa, «lo que de por sí ya merecía el viaje, pero el resto de la isla no es inferior en atractivo para los admiradores de la naturaleza». Todo cambia, no obstante, cuando su atención se dirige de nuevo a los griegos y su deslavazada revolución:

Puesto que no he venido aquí para unirme a una facción sino a una nación, y para tratar con hombres honestos y no con especuladores o prevaricadores (los griegos se pasan las culpas casi a diario de unos a otros), necesitaré mucha circunspección para evitar caer en el partidismo, y percibo que esto será tanto más difícil cuanto que ya he recibido invitaciones de más de uno de los bandos contendientes, siempre bajo el pretexto de que *ellos* son «el auténtico Simón Puro».

Era fácil, desde luego, ver lo que se escondía detrás de aquella pretendida pureza: «Lo peor de ellos es (empleando un exabrupto, pues es la única expresión que no quedará lejos de la verdad) que son unos jodidos mentirosos: jamás hubo tamaña incapacidad para decir la verdad desde que

Eva vivió en el Paraíso».

El cuaderno se interrumpe por dos veces, la primera de ellas a causa de las noticias de la enfermedad de Ada, que devuelve a los primeros planos a ese Byron introspectivo que llenaba la escena en los anteriores diarios:

Ignoro, de hecho, por qué lo retomo ahora [el diario] si no es porque mirar desde la ventana de mis aposentos este hermoso pueblo, la calmada, aunque fría, serenidad de esta bella y transparente luz de luna que muestra las islas, las montañas, el mar, con el lejano perfil de Morea dibujado entre el doble azur de las olas y los cielos, me ha sosegado lo suficiente como para poder escribir, lo cual (por difícil que pueda antojarse en alguien que ha escrito tanto públicamente, el contenerse) es y ha sido siempre para mí un empeño doloroso. Podría citar testimonios si fuera necesario, pero mi letra es suficiente: es la de alguien que piensa mucho, rápidamente, quizá profundamente, pero rara vez con placer.

Casi parece que estamos saludando a un viejo amigo cuando nos reencontramos con ese Byron estoico y contemplativo en la adversidad, rendido nuevamente a los encantos de la naturaleza casi a las mismas puertas de la muerte. Es tanta la tranquilidad que le rodea que más bien parece estar viendo una realidad aumentada por la cercanía de la muerte, con las cosas como pausadas y expectantes, hasta el punto de que ni a él ni a nosotros llega el más ligero chapoteo del mar. Está enfermo y tiene frecuentes dolores de cabeza. Tose a menudo y duerme mal, pero, aun sabiendo del «precario estado de salud» que le aflige, rechaza toda sugerencia de que abandone Grecia, convencido de que es mejor «morir haciendo algo que no haciendo nada»¹¹⁸.

A pesar del goteo de citas y referencias literarias que asoman a sus páginas, más comedido que en ocasiones anteriores, el diario no contiene alusión alguna a otras obras en marcha, lo que demuestra que no había ninguna impostura en Byron cuando, en 1814, se refería a la creación poética como una suerte de sucedáneo de la vida activa: «¿Quién que tuviera algo mejor que hacer escribiría? ‘Acción, acción, acción’, dijo Demóstenes: ‘Acciones, acciones’, digo yo, y no escribir... y menos aún rimar». Sin embargo, Edward John Trelawny, aquella especie de corsario moderno que había encontrado en los poemas de Byron un modelo de vida, brinda un

testimonio diferente en su poco fiable libro de charlas y recuerdos; ya embarcado en el *Hércules*, y a la espera de entrar en combate, Byron habría insinuado que la empresa griega no tenía otro objeto que inspirarle de cara a sus futuras obras o a sus poemas en marcha: «Hazme saber de ti a menudo – le ruega a Trelawny, antes de que ambos se separen por última vez–, vuelve pronto. Si las cosas tienden a la farsa, servirán para el *Don Juan*; si son heroicas, tendrás otro canto de *Childe Harold*»¹¹⁹. Trelawny afirmó encontrar esos nuevos cantos del *Don Juan* entre los papeles que Mavrocordatos ordenó precintar tras la muerte de Byron (una orden, dicho sea de paso, acatada con anterioridad a que Trelawny hubiese podido poner la vista en ellos), además de la segunda parte de *El deformado transformado* y una nueva entrega de sus memorias, textos sin duda enormemente atractivos pero que por desgracia sólo debieron de existir en su imaginación, un tanto desbordada a juzgar por el modo en que reconstruye la realidad en su libro de fantasiosos recuerdos. Más creíble resulta en su terrible relato de la agonía de Byron, y no tanto por mérito propio como porque fue William Fletcher, que no se separó del lecho de su amo, quien le confió los pormenores. El 10 de abril de 1824, dos meses después de la segunda y definitiva interrupción del diario, como consecuencia de un ataque «de tipo convulsivo» que ni siquiera los médicos saben dictaminar «si es epiléptico, paralítico o apopléjico», Byron sufre una nueva crisis tras salir a cabalgar durante un aguacero:

El 14 [de abril] se levantó y tomó sus medicinas habituales, píldoras y magnesio. Mucho peor; la cabeza le daba vueltas y sentía los nervios agitados. Tan pronto le hicieron la cama volvió a ella [...] Le aconsejaron el sangrado, pero tenía una aversión natural o adquirida a las sangrías [...] Byron dijo: «¿Dónde están mis zapatos? Sólo alcanzo a ver tres, y he estado mirando todo este rato». Fletcher respondió: «Hay cuatro». Byron replicó: «Estoy en manos de asesinos, van a matarme». Esto sucedió en la mañana del 15. Fletcher le dijo que estaba en peligro. Byron repuso: «Que se pudran; todo es un complot»... Cuando se le pidió que permitiese que le sangraran, dijo: «¡Malditos seáis todos! Mi sangre recaerá sobre vosotros»... El 17 empeoró, y fue aún a peor. Se envió un barco a Zante para recabar consejo médico. Lord Byron preguntó si creían que estaba en peligro. Le dijeron: «Sí». A lo que replicó: «Bien, pues que hagan lo que quieran. No me importa una mierda. Lo único que sé es esto: un hombre no puede vivir más allá de cierto tiempo sin dormir, a partir de eso o muere o se vuelve loco; pero evitaré ambas cosas mientras tenga una pistola»; con lo cual le retiraron las armas que tenía junto a la cama.

En los breves destellos de lucidez que interrumpían su delirio, Byron encontraba cierto alivio en las burlas que dirigía a sus médicos, a quienes – siempre según el testimonio recogido por Trelawny– acribillaba con la misma mordacidad que afilaba los versos de *Don Juan*. También hizo prometer a sus criados y ayudantes que no permitirían que los médicos le cortasen en pedazos. Pero los intervalos de claridad sólo duraban unos instantes y enseguida se veían eclipsados por la certeza de que era la víctima de una conspiración; entonces volvía a arremeter contra aquellos médicos empeñados en sangrarle, por más que, tan desconcertados como él, ignorasen cuál era el origen de sus dolencias:

«Estos doctores –dijo– no saben nada de lo que me aqueja. Quiero saber cuál es mi enfermedad. Esta gente nada sabe de mi mal». No tenía confianza alguna en sus médicos [...] Hacia las siete de aquella misma tarde consintió en que se le sangrase, y sólo unos minutos después se desmayó. Le sacaron cerca de medio litro. Muy frágil y debilitado, con dolor de cabeza durante toda la noche, habló confusamente de Fleming, Hobhouse y Douglas Kinnaird... Bebió un vaso de vino con agua. Tras esto empeoró y comenzó a delirar y a mostrarse violento; se puso a hablar y a dar órdenes; tomó las manos de Fletcher y Tita. Fletcher dijo: «¿Escribo?». Byron murmuró durante media hora, moviendo los labios, pero de forma inaudible. Dijo: «Con esto ya te lo he dicho todo; cuatro mil dólares para el... y...; pero es demasiado tarde. Ya está todo dicho, ¿me entiendes? Si no me obedeces, vendré a perseguirte desde la tumba si puedo hacerlo». «No he entendido una palabra», dijo Fletcher. «Es una lástima –replicó Byron– pues ya es demasiado tarde. Ve a Mrs. Leigh... y dile, dile que... y todo esto, y sus hijos... Y dile a lady Byron». Lanzó entonces un profundo suspiro, pero sólo murmuró: «son mis últimas palabras». De nuevo, Fletcher dijo que no había entendido nada. «¡Por Dios bendito!», respondió, y trató de repetir lo dicho, pero sus labios tan sólo se movieron... Pasadas las seis de la tarde dijo: «Ahora quiero dormir». Le habían suministrado opiáceos, y a partir de ese momento no emitió una palabra más, ni movió una mano o un pie, ni mostró la menor apariencia de vida... ¹²⁰

La muerte de Byron produjo una gran conmoción en el pueblo heleno; incluso antes de conocer el desenlace de su enfermedad, «todas las clases sociales abandonaron sus habituales esparcimientos de la Pascua» mientras aguardaban las noticias procedentes de Missolonghi, en una de las pocas muestras de adhesión que mostrarían durante todo el conflicto. La mañana del lunes, «a la misma hora en que lord Byron murió», el doctor Parry fue testigo de «una de las más terribles tormentas que jamás había presenciado.

Los relámpagos eran grandiosos. Los griegos, que son muy supersticiosos, y que por lo general creen que un suceso así sólo concurre cuando un hombre superior o, como ellos dicen, un hombre supremo, muere, exclamaron de inmediato: ‘¡El gran hombre ha muerto!’»¹²¹. El 19 de abril de 1824, aún bajo los estertores de la tormenta, Alexander Mavrocordatos, como jefe del gobierno provisional de Grecia Occidental, firmó un edicto en el que, tras subrayar «las obras benéficas de lord Byron», a quien el pueblo debía recordar como «un auténtico benefactor», ordenaba en señal de duelo el cierre de todas las oficinas públicas, los tribunales y las tiendas durante tres días, al tiempo que suspendía «las manifestaciones de diversión pública y demás prácticas de las festividades de Pascua»¹²². Aquella mañana se dispararon treinta y siete salvas de cañón en recuerdo de Byron como preludio a los veintiún días de luto que el gobierno había decretado en su honor. Para el pueblo griego, aquella había sido la muerte de un verdadero soldado. Desde entonces su nombre es recordado en canciones, poemas, calles, plazas, cafeterías y hoteles de toda Grecia. Hace algunos años existía una cadena de hamburgueserías llamada «Lord Byron» que ignoro si aún existirá. También, por cierto, hay una pequeña iglesia en San Spiridione (Missolonghi) que forma parte de la «ruta de Byron». Hasta hace poco, el viajero interesado podía encontrar algunos bonitos retablos, un par de conocidos versos en inglés y en griego, y un jarro de cristal que contenía los pulmones de Byron en una sencilla hornacina, justo detrás del altar.

Sobre la traducción

No todos los diarios de Byron se conservan en su forma manuscrita. Es preciso tener esto en cuenta al abordar sobre todo la lectura de los diarios de Londres y Rávena, cuyos originales, hoy perdidos, fueron transcritos por Thomas Moore en su biografía de Byron con la supresión de numerosos nombres y hasta mutilaciones de pasajes completos. Moore, que también había intervenido en la quema de las memorias de Byron –en un principio tratando de evitarla y luego resignándose a permitirla, con amago de duelo por medio–, justificaba en el respeto a terceros su decisión de ocultar la información más sustanciosa de ambos manuscritos:

Ocupado mayoritariamente, como por su naturaleza un registro tal ha de ser, en personas aún vivas y sucesos todavía recientes, sería desde luego imposible entregarlo a la atención del público sin la omisión de diversas partes de su contenido, y, por desgracia, también de esas partes que, por su alusión a los proyectos más recónditos y a los sentimientos del autor, estimularían y gratificarían muy vivamente la curiosidad del lector. No obstante, confío en que aun así quedará suficiente, incluso tras este necesario expurgo, para ahondar todavía más en [...] la vida del poeta y sus costumbres [...] y para regocijarnos con el descubrimiento, tan reconfortante para el orgullo humano, de que incluso los más grandes, en sus momentos de relajo y flaqueza, no son distintos de nosotros.¹²³

Dado que las ediciones que posteriormente se han realizado de dichos diarios toman como arquetipo la versión expurgada por Moore, y puesto que no existe copia alguna de los originales que pueda contribuir a una posible reconstrucción de los textos, la mayor parte de esas omisiones –ya sean simples nombres o pasajes censurados– aún presentan una incógnita para los estudiosos. Dicho esto, conviene no olvidar que todo el que se adentra en el

estudio de la vida de Byron tiene una deuda impagable con Rowland E. Prothero y Leslie A. Marchand, quienes, en sus ya clásicas ediciones de las cartas y diarios, no sólo han esclarecido muchas de las identidades que Moore eliminó en sus transcripciones o han allanado el camino para despejar muchas otras; también han situado en su debido contexto la mayoría de las citas literarias, adaptadas o no, que Byron deja caer a lo largo de su correspondencia. Sólo en muy pocos casos, y en estos casi siempre por estar incardinadas al contexto de la traducción, me he visto en la tesitura de buscar las fuentes de algunas citas que Prothero y Marchand pasan por alto, pero, en comparación, mis aportaciones son tan escasas que no tiene sentido destacarlas. Debe pues entenderse que el mérito de localizar las citas originales corresponde principalmente a Prothero y, en una medida no mucho menor, a Marchand. A los demás sólo nos queda continuar el camino que ellos abrieron y mirar con envidia la pasmosa erudición de quienes son, junto con Peter Quennell, Doris Langley Moore y actualmente Peter Cochran (cuyos trabajos son una constante invitación a nuevas interpretaciones para los estudiosos), los «sumos sacerdotes del misterio Byron»¹²⁴.

Para la traducción y anotación de los textos he manejado principalmente los doce volúmenes de los diarios y cartas de Byron editados por Leslie A. Marchand, en lo que sin duda es la recopilación definitiva tanto de su vastísima correspondencia como de su obra diarística: todo lo definitiva, al menos, que puede aspirar a ser la edición de cartas de un corresponsal tan prolijo –y de relaciones tan dispersas– como lo fue Byron. Con el propósito de ofrecer al lector una idea lo más aproximada posible de lo que debieron de ser los textos originales, he contrastado los diarios de esta edición (realizada entre 1973 y 1982) con las transcripciones originales de Moore (1830) y la edición de Prothero (1898-1901); en las discrepancias entre unas versiones y otras, y salvo casos esporádicos y muy concretos, he decidido subordinarme a la autoridad de Marchand, quien, siempre en la medida de lo posible, trató de reproducir en su edición dichos textos lo más fielmente a como fueron escritos. En ese sentido, cabe hacer notar que ni en la composición de su obra poética ni en sus cartas o diarios Byron sigue las reglas ortográficas de uso común en el siglo XIX; ni siquiera lo hace según un criterio propio. Muy

consciente de ello, el propio Byron pediría a su editor, al entregarle el manuscrito de *El Giaour*, que revisara «la puntuación: yo no puedo, pues no sé ni de comas, por lo menos dónde ponerlas»¹²⁵, arbitrariedad esta en el uso ortográfico que aparece con mayor asiduidad en los textos no escritos con vistas a una eventual publicación, ya que carecen de las revisiones que sí acompañaron a la edición de sus poemas; por mi parte, para esta nueva encarnación de los diarios he decidido facilitar la lectura y retirar las mayúsculas innecesarias, los compulsivos guiones, las comas paralizantes y las reatas de puntos que en la edición anterior creaban un interesante tapiz tipográfico pero de cuya curiosa compañía, en esta ocasión, me ha parecido más apropiado prescindir.

Para terminar con las observaciones: una traducción como la que el lector tiene ahora en sus manos contempla numerosas dificultades no sólo en el apartado lingüístico, sino también en el cultural y, sobre todo, el cronológico. Puesto que el problema cronológico de momento es insalvable, me he esforzado en resolver tanto los problemas derivados de la distancia cultural como –por innecesario que sea decirlo– la distancia lingüística, agravados además por la propia naturaleza de los textos (si Byron prefería no corregir sus poemas, imaginemos lo que pensaría de retocar sus escritos proyectados para el cajón) y los casi doscientos años de aboliciones e introducciones semánticas que nos separan de los textos originales. Para minimizar esos problemas en lo posible, una lectura constante durante la traducción han sido los dos volúmenes del delicioso *Club Life of London, with Anecdotes of the Clubs, Coffee-Houses and Taverns of the Metropolis*, de John Timbs (Londres, Richard Bentley, 1866), los ensayos de Joshua E. White recogidos bajo el título de *Letters on England* (Filadelfia, William Fry, 1816) y dos interesantes estudios sobre la época de la Regencia: *Life in Regency England*, de R.J. White y *Social England under the Regency*, de John Ashton (Londres, Chatto & Windus, 1899): en una medida u otra, todos ellos han facilitado la comprensión de numerosas referencias históricas, necesarias para la correcta interpretación de algunos pasajes del texto y, por supuesto, para lograr la máxima proximidad en la traducción de ciertos términos lingüísticos allí donde no podía aventurarse el *Oxford English Dictionary* (2ª edición) o, en la

terminología más recóndita, el *1811 Dictionary of the Vulgar Tongue*, versión aumentada del clásico de Francis Grose *Lexicon Balatronicum*¹²⁶ (1795); inevitablemente, en las ocasiones en que la comprensión de ciertos pasajes rebasaba el marco de la traducción, he creído conveniente añadir notas explicativas para aclarar lo que el texto no siempre puede esclarecer por sí solo. Para las cuestiones que entrañaban mayores dificultades, incluso contempladas a la luz de esos libros, he utilizado una de las más antiguas traducciones al francés de los diarios, *Journaux Intimes de Byron* (París, Gallimard, 1930), bastante anárquica con respecto al método crítico pero muy útil a la hora de iluminar expresiones oscuras o de poco menos que esotérica comprensión.

Por último, y no menos importante, quiero señalar que entre esta edición y la publicada hace diez años hay tantas diferencias como las que uno puede encontrar, por ejemplo, entre la imagen que le ofrece el espejo y la que arroja su propio retrato juvenil escondido en el altillo. Ya entonces describí este trabajo como «una obra abierta y, en algunos aspectos, eminentemente conjetural», y nunca he dejado de hacer correcciones marginales a tantas y tantas frases que, a mi modo de ver, podían sonar infinitamente mejor sólo con que relajase un poco la promesa que me hice en su día (entre la primavera y el verano de 1999) de ser todo lo fiel que la doble distancia del tiempo y el idioma pudiera permitirme serlo al estilo de Byron. Sin embargo, a lo que creo que fui excesivamente fiel es a la gramática inglesa, que expresa mucho con una envidiable economía de medios (la flexibilidad inventó a Shakespeare, más que al contrario), y ahora puedo decir que Byron ha ganado con creces cada vez que he redondeado su ingeniosa vuelapluma con la más ligera y contenida de las perífrasis. Su diario londinense sigue siendo igual de saltarín y frívolo, el de Suiza igual de impresionista y albino, los de Rávena y Cefalonia igual de presurosos y entrepardos (excepto en la descripción de hechos y las reflexiones personales, que son la mayor virtud de Byron), los de Pisa igual de fluidos y maravillosamente coloquiales, pero todos ellos son ahora mucho más cercanos tanto al poeta inglés como al lector español. También he corregido algunos errores de interpretación y he cambiado alguna cosa por otra que me parecía mejor: un escritorio, como quien dice, por un

bargueño. Pero no hay nada que temer: los muebles que dejó Byron siguen estando en su sitio (y yo diría que hasta su sombra también). Aun así, seguimos remando hacia la remota y, por desgracia, inalcanzable perfección, de modo que el lector hará bien en considerar este trabajo como una obra abierta y, en algunos aspectos (por suerte cada vez menos), eminentemente conjetural.

A la vista de la exactitud y el monolítico rigor que presiden los diarios de la mayoría de sus contemporáneos, Byron era cualquier cosa menos un escritor de diarios al uso. En cierto modo, estos nos pueden traer a la memoria al Boswell del *Diario londinense* y, con mayor razón, al Walter Scott de los diarios íntimos, pues fue precisamente la lectura de los cuadernos de Byron lo que le hizo ver, desde un punto de vista más acorde con su sensibilidad literaria, el mejor modo de confeccionar sus propias anotaciones diarísticas, como se observa ya desde la primera frase, escrita el 20 de noviembre de 1825:

Toda mi vida he lamentado no haber llevado un diario más o menos constante [...] Se me ha ocurrido, al ver hace poco algunos volúmenes de las notas de Byron, que este probablemente acertó en lo que ha de ser la mejor manera de llevar tal registro, al dejar de lado toda pretensión de regularidad y orden y apuntar los sucesos según le venían a la memoria. Voy a intentar este plan.¹²⁷

Pero, en lo fundamental, Byron sólo se parece a sí mismo. Ya el arranque de su diario de Londres («¡Si esto lo hubiera empezado hace diez años, y lo hubiera seguido fielmente!») constituye un aviso de lo que el lector debe esperar en las siguientes páginas. No es el diario de un hombre cuyas opiniones puedan calificarse de sólidas, ni siquiera prometen una regularidad en el empeño, pero sí es el de alguien que cree en los valores de lo inconsistente para mostrar en toda su verdad «las cosas existentes»¹²⁸. Ese mismo Byron que, en 1819, afirmaba: «No puedo arrepentirme (lo intento a menudo) de nada que haya hecho tanto como de lo que he dejado sin hacer. ¡Ay! No he sido más que un vago, y veo que llegaré a una temprana decrepitud sin haber atrapado cada instante disponible de nuestra placentera juventud»¹²⁹.

Notas

1. Leslie A. Marchand, *Byron's Letters & Journals*, v. X, p. 33: «No soy un escritor de cartas muy cauto, y generalmente suelto lo primero que me viene a la cabeza».

2. *The Journal of Sir Walter Scott*, David Douglas, Edimburgo, 1891, v. II, p. 216.

3. *Letters of Harriet Countess Granville (1810-1845)*, edited by her son, the Honourable Edward Frederick Leveson-Gower, Longmans, Green, and Co, Londres, 1894, v. II, p. 23.

4. James Boswell, *Diario Londinense*, trad. José Manuel de Prada Samper, Ediciones del Bronce, Barcelona, 1997, p. 66.

5. Marchand, *op. cit.*, v. II, p. 14. Bajo la expresión «pl & opt C» Byron encubre una cita del *Satiricón* de Petronio, «*coitum plenum et optabilem*», cuyo significado podría traducirse como «coito completo y a voluntad». Marchand menciona en su biografía de Byron que fue el profesor Gilbert Highet quien localizó el origen de la cita.

6. *Ibidem*, v. IV, p. 80.

7. *Ibidem*, v. V, p. 185.

8. En una carta a Shelley, Byron se lamentaba de que en sus «primeras composiciones» hubiera hecho más que ningún otro poeta «por crear un gusto tan falso y exagerado» (*ibidem*, v. IX, p. 161).

9. *Beppo*, LII, vv. 415-6.

10. Marchand, *op. cit.*, v. V, p. 265. Ese esfuerzo por conciliar un método personal de expresión completamente novedoso respecto al que había empleado hasta entonces, con sus juicios sobre el camino que debía seguir la poesía de su tiempo –mucho más afín a los modelos métricos utilizados en sus anteriores sátiras, y para los que había descubierto que no se sentía especialmente dotado–, le llevó a reconsiderar la poesía de la vieja escuela desde la perspectiva de sus nuevos hallazgos y a retrasar en tres años su perfeccionamiento de la técnica de la octava real, sólo a medias desarrollada en *Beppo* y en el recién iniciado *Don Juan*. Lejos de reconocer en el modelo de Pulci la estructura más adecuada para conseguir un todo inseparable entre fondo y forma, sobre todo tras releer los Cantos III y IV de *Don Juan* y encontrarlos inesperadamente aburridos, Byron hizo lo que menos se hubiera esperado de él: escuchó el clamor contra la impudicia procedente de Inglaterra y cedió al juicio de la mayoría. Comenzó entonces un largo peregrinaje por los metros y los géneros en busca de aquel elusivo territorio formal de su nueva poesía: retomó, por ejemplo, la métrica de la sátira augusta, aderezándola esta vez con los juegos humorísticos a los que había llegado en *Beppo* (en la abortada revisión de 1820 de *Hints of Horace*); recuperó la fórmula de sus cuentos turcos, pero confiriendo a la gesticulación de su personaje principal un aire de mundana ligereza (en *Mazepa*), e incluso dejó de lado cualquier intento de trasladar a la poesía sus teorías críticas para ensayar nuevas formas de abordar el drama (en

Marino Faliero y Sardanápalo), inseguro no obstante de los resultados, dado su creciente convencimiento de que, con poco más de treinta años, ya «había explotado del todo su talento» (*ibidem*, v. VII, p. 98). Resulta curioso cuando menos que, durante ese largo paréntesis de forcejeos estilísticos, la única obra de la que Byron se sentía plenamente orgulloso fuera una traducción de Pulci, *Morgante Maggiore*, sobre la cual hiperbolizó hasta el extremo de asegurar que era «lo mejor que he hecho en mi vida» (*ibidem*, p. 182).

11. *Ibidem*, p. 146.

12. *Ibidem*, v. V, p. 177.

13. *Ibidem*, v. VIII, p. 104.

14. Thomas Moore, *Notices of the Life of Lord Byron*, v. II, p. 255n.

15. Leslie A. Marchand, *Byron's Letters & Journals*, v. VIII, p. 55. Comparemos esta afirmación con lo que, acerca de su manera de escribir, Byron confiesa en *Pensamientos aislados* («[escribo] con celeridad y rara vez con sufrimiento», p. 224) y en el diario de Cefalonia (mi letra... es la de alguien que piensa mucho, rápidamente... pero rara vez con placer», p. 293).

16. *Ibidem*, v. V, p. 186.

17. Peter Quennell, *Byron, The Years of Fame*, The Reprint Society, Londres, 1943, p. 180.

18. Marchand, *op. cit.*, v. VI, p. 236.

19. Moore, *op. cit.*, v. I, p. 340.

20. Colonel Leicester Stanhope, *Greece in 1823 and 1824; Being a Series of Letters, and other Documents of the Greek Revolution... A New Edition*, Londres, 1825, p. 526. Cit. Leslie A. Marchand, *Byron, a Biography*, nota 22.

21. Doris Langley Moore, *The Late Lord Byron*, p. 191.

22. El 1 de julio de 1824, Hobhouse apuntaría en su diario que «a Sam Rogers y, sospecho, a los Holland, no les gusta la parte que suponen he tenido en el asunto» (cit. Marchand, *op. cit.*, p. 1253). Su parte consistió exactamente en negarse a leer el manuscrito de las memorias y en presionar a Thomas Moore —de una forma tan poco caballerosa que la discusión casi acaba en duelo— para que lo entregase a los abogados de lady Byron vía Murray, el camino más directo, como él bien sabía, para que aquel montón de problemas acabase en el fuego. Hobhouse siempre insistió en que su propósito al impedir la publicación del libro había sido velar por la reputación de su viejo amigo; es posible que fuera así. Pero también es verdad que le había llegado el rumor de que Byron había relatado con todo detalle los capítulos más picantes de sus aventuras orientales (algo que los lectores de las memorias, por cierto, siempre negaron), en las que Hobhouse parece que tuvo una participación bastante activa. El 23 de noviembre de 1821, Byron había escrito a Hobhouse preguntándole por qué le había turbado tanto la noticia de que, tras su muerte, el manuscrito de las memorias sería publicado: «Si te sientes *personalmente* aludido, puedo decir que, por lo que recuerdo, no menciono de ti nada que pueda irritarte, y si así fuera lo que sea será expurgado». Hobhouse se obstinó desde entonces en no leer el manuscrito, pero, por si acaso, lo expurgó del todo (cfr. Leslie A. Marchand, *Byron's Letters & Journals*, v. IX, p. 68).

23. Leslie A. Marchand, *Byron's Letters & Journals*, v. II, p. 75. Anteriormente, Byron ya había comentado que «Hobhouse versifica y diariza. Yo miro y no hago nada, a menos que fumar pueda considerarse una distracción activa» (*ibidem*, v. I, p. 241).

24. Cita más o menos aproximada de Horacio (*Odas*, IV, i):

En cuanto a mí, ni mujer...
ni esperanza crédula de un corazón que me corresponda,
ni muchacho, me agradan [...]

(trad. José Torrens Béjar)

25. Leslie A. Marchand, *Byron's Letters & Journals*, v. II, pp. 47-8.

26. *Ibidem*, v. III, p. 157.

27. *Ibidem*, p. 161.

28. *Ibidem*, p. 179.

29. *Ibidem*, v. V, p. 179. Byron lo compara a una tragedia en «veinticinco actos y unas cuantas escenas» escrita supuestamente por Nathaniel Lee en el manicomio de Bedlam.

30. *Ibidem*, p. 249.

31. *Ibidem*, p. 203.

32. *Ibidem*, v. VIII, p. 103.

33. «He introducido un personaje ficticio con el propósito de otorgar cierta coherencia a la obra [...] Algunos amigos, a cuyas opiniones doy un gran valor, me han señalado que este personaje ficticio, Childe Harold, puede despertar la sospecha de que pretendo evocar con él un personaje real; me gustaría negar esto de una vez por todas: Harold es un producto de la imaginación para el fin que ya he comentado. En algunos aspectos triviales, y estos meramente puntuales, puede haber razones para concebir esa idea; pero en los aspectos principales, o eso espero, ninguna en absoluto» (*The Works of Lord Byron*, John Murray, Londres, 1823, v. I, pp. 3-4).

34. Marchand, *op. cit.*, v. II, p. 122. Por «hogar monástico» se refiere a la mansión familiar de Childe Harold, trasunto de la abadía de Newstead, casa solariega de los Byron.

35. Robert Charles Dallas, *Recollections of the Life of Lord Byron*, Charles Knight, Pall-Mall East, Londres, 1824, p. 227.

36. Marchand, *op. cit.*, p. 171.

37. *Ibidem*, v. III, p. 96. En este punto, la transcripción de la carta se ve interrumpida por la poda de Moore, lo que invita a sospechar que Byron desgranó algunos detalles concretos sobre la naturaleza de su nueva conquista. Sin embargo, es más probable que Moore no supiese de la relación entre Augusta y Byron hasta casi un año después, de manera que, si Byron le insinuó algo, tuvo que hacerlo omitiendo el nombre. Moore, posiblemente, creyó entender, y más posiblemente aún prefirió no creerlo. Cfr. Jeffery W. Vail, *The Literary Relationship of Lord Byron and Thomas Moore*, pp. 142-4.

38. *Ibidem*, p. 162. Byron no tenía problemas en mencionar su cojera, aunque naturalmente no era igual de comprensivo cuando otros la mencionaban por él.

39. *Ibidem*, p. 168.

40. *Ibidem*, p. 199.

41. *Ibidem*, v. V, p. 221.

42. *Ibidem*, v. IV, p. 40.

43. *Ibidem*, v. V, p. 86.

44. Mary Shelley & Percy Bysshe Shelley, *History of a Six Weeks Tour*, Hookham and Ollier, Londres, 1817, pp. iv-v.

45. *Ibidem*, p. 162.
46. Leslie A. Marchand, *Byron, A Biography*, p. 620.
47. Mrs. Julian Marshall, *The Life and Letters of Mary Wollstonecraft Shelley*, v. I, pp. 139-41.
48. Leslie A. Marchand, *Byron's Letters & Journals*, v. V, p. 210.
49. *The Diary of Dr. John William Polidori in 1816, Relating to Byron, Shelley, etc.*, ed. William Michael Rossetti, Elkin Mathews, Londres, 1911, p. 135.
50. Leslie A. Marchand, *Byron, A Biography*, p. 626.
51. Leslie A. Marchand, *Byron's Letters & Journals*, v. V, p. 89.
52. *Ibidem*, p. 93.
53. *Ibidem*, p. 119.
54. Lord Broughton (John Cam Hobhouse), *Recollections of a Long Life*, John Murray, Londres, 1909, v. I, p. 348.
55. Ralph Milbanke, Earl of Lovelace, *Astarte, A Fragment of Truth Concerning George Gordon Byron, Sixth Lord Byron, Recorded by his Grandson*, p. 233.
56. *Ibidem*, pp. 246-7.
57. Marchand, *op. cit.*, p. 95.
58. *Ibidem*, pp. 91-2.
59. *The Works of Lord Byron*, v. I, p. 248.
60. Marchand, *op. cit.*, p. 268.
61. Marchand, *op. cit.*, v. VII, p. 113.
62. *The Works of Lord Byron*, John Murray, Londres, 1823, v. IV, p. 92.
63. Marchand, *op. cit.*, v. V, p. 129. El mismo tono, también, de *Epistle to Augusta*. Cfr. Thomas Moore, *Notices of the Life of Lord Byron*, Lippincott, Grambo & Co., Filadelfia, 1855, v. I, pp. 560-4.
64. Marchand, *op. cit.*, p. 141.
65. *Ibidem*, p. 94.
66. *Ibidem*, p. 267. Se refiere a John Hookham Frere y su obra *Whistlecraft* (1817), escrita supuestamente por William y Robert Whistlecraft. Frere era una de las plumas habituales del *Anti-Jacobin*.
67. *Ibidem*, p. 179.
68. *Ibidem*, pp. 129-30.
69. *Ibidem*, p. 193.
70. *Ibidem*, p. 148.
71. *Ibidem*, v. VI, p. 42.
72. *Ibidem*, pp. 44-5.
73. *Ibidem*, p. 92.
74. *Ibidem*, p. 238.
75. *Ibidem*, pp. 107-8.
76. *Ibidem*, v. VII, p. 245.
77. En concreto, Hobhouse le reprochaba que su vida ya no era tan activa como la que incluso él podía llevar en Inglaterra. Cfr. *Ibidem*, pp. 221-2.

78. Citado por Peter Cochran del original en posesión del Archivio Stato di Roma; KSHR Gay Papers Box 36A. Prothero ofrece la traducción de este y otros documentos sobre las peripecias de la policía italiana y vienesa en sus seguimientos a Byron en *The Works of Lord Byron, with his Letters and Journals*, v. IV, Appendix VI, pp. 454ss.

79. *Op. cit.*, p. 454. La sociedad de la que Byron era miembro insigne recibía por nombre «Roma Antica», una alusión más que evidente, en opinión del Gobierno Pontificio, al propósito que le inspiraba de resucitar el viejo Imperio Romano y acabar con la religión católica. Las interpretaciones que los espías pontificios hacían del contenido de las cartas de Byron les habían impedido caer en la cuenta de que tras esa sociedad «Roma Antica» no se ocultaba ninguna peligrosa secta de nostálgicos del Imperio, sino una clase diferente de soñadores, hermanados bajo el nombre de «escuela romántica».

80. Marchand, *op. cit.*, v. VII, p. 249.

81. *Ibidem*, pp. 245-6.

82. *Ibidem*, pp. 223-4.

83. *Ibidem*, p. 227.

84. *Ibidem*, p. 228.

85. *Ibidem*, v. IX, p. 123.

86. Moore, *op. cit.*, v. I, p. 78.

87. Marchand, *op. cit.*, v. V, p. 177.

88. *Don Juan*, Canto X, IV, v. 25.

89. Marchand, *op. cit.*, v. III, p. 109.

90. *Ibidem*, v. VII, p. 77.

91. *Ibidem*, p. 187.

92. *Ibidem*, v. VIII, p. 104.

93. *Ibidem*, p. 105.

94. En diciembre de 1818, Byron escribió una semblanza sobre Henry Brougham, quien había lanzado algunos de los rumores sobre las causas de su separación con Annabella Milbanke. La semejanza del retrato con las dos entradas de «Mi diccionario» anima a pensar que, efectivamente, Byron habría podido confeccionar un prontuario algo más extenso sobre amigos y conocidos. Cfr. *Ibidem*, v. VI, p. 86.

95. *Ibidem*, v. IX, p. 172. En su carta a Disraeli, Byron se refiere exclusivamente a sus memorias, pero en líneas generales su comentario también puede extenderse al resto de sus trabajos autobiográficos.

96. Para una crónica bastante completa de la quema de las memorias, véase Jeffery Vail, *The Literary Relationship of Lord Byron & Thomas Moore*, pp. 225-7.

97. Moore, *op. cit.*, v. II, p. 313.

98. Marchand, *op. cit.*, v. VIII, p. 245.

99. *Ibidem*, v. IX, p. 160. En la carta, fechada en Pisa el 17 de mayo de 1822, apenas se limita a decir que «he perdido a mi pequeña Allegra, algo que me ha supuesto un duro golpe». Allegra, nacida de su unión con Claire Clairmont, murió de tifus cuando apenas contaba cuatro años. Ante Augusta la describía como «mi pobre nenita natural».

100. *The Works of Lord Byron*, v. I, p. 225.

101. *Op. cit.*, v. I, p. 224.

102. Marchand, *op. cit.*, v. IX, p. 168.

103. *Ibidem*.

104. Johann Peter Eckermann, *Gespräche mit Goethe*, Brockhaus, Leipzig, 1837, p. 364. Resulta curioso, cuando menos, comparar las palabras de Eckermann y Goethe con las que en 1878 le dedican Menéndez y Pelayo y Juan Valera: «Usted –escribe Valera– dice que valdría más, acaso, traducir los poemas cortos de Byron: *El Corsario*, *El Giaour*, etc. Sin duda que valdría más; pero hallo que también es malo. Tiene usted razón: Byron *no es todo lo inmortal que nos conviene*» (el subrayado es mío).

105. *Ibidem*, v. IV, pp. 225-6.

106. Lady Blessington, *A Journal of the Conversations of Lord Byron with the Countess of Blessington*, pp. 353-4. Lady Blessington recabaría aún más pruebas de la naturaleza supersticiosa de Byron. Cfr. Marchand, *op. cit.*, v. X, p. 192.

107. Marchand, *op. cit.*, p. 139.

108. *Ibidem*, pp. 143-4.

109. *Ibidem*, p. 149.

110. En cartas anteriores había señalado nuevamente a su hermana como principal beneficiaria: «En particular tengo que pedirte –escribía a Douglas Kinnaird el 31 de marzo de 1823– que cualquier pago grande o pequeño que recibas a mi nombre debes dejarlo en el *banco*, y no emplearlo para pagar a nadie hasta que el *total* de los retrasos de los Noel haya sido saldado, o en cualquier caso hasta final de año. Para entonces sabré con mayor claridad de cuánto dinero dispongo y qué debo gastar para hacer las liquidaciones. Mi propósito, tan pronto como haya asegurado unos pocos miles de libras, es contratar una renta vitalicia para mí y para mi *hermana*, por supuesto aislando una parte para liquidar las deudas pendientes en Inglaterra, que no pueden ser *ya muchas*, y no tengo deudas en el extranjero» (cfr. *ibidem*, pp. 132-3). Posteriormente, Byron volvería a escribir a Kinnaird, anunciándole, no sin asombro, que Augusta «confía en que no vaya a dejarle nada en el testamento a *sus* hijos»; del mismo modo, Teresa Guiccioli le había exigido que no le hiciese beneficiaria de su herencia, no sólo por ser «injusto para la hija que tengo con lady Byron y para la familia de mi hermana, sino también un insulto póstumo a ella misma, e insistió tanto que me he visto obligado a dejar mi testamento como estaba» (cfr. *ibidem*, p. 162).

111. Su tío-abuelo, el quinto lord Byron, había vendido las minas de Rochdale por un precio irrisorio. Siguiendo el consejo de sus abogados, Byron llevaba algunos años litigando para invalidar la transacción y poder venderlas a su vez por un precio más acorde con su verdadero valor.

112. *Ibidem*, pp. 151-2. Aquí Byron probablemente parafrasea una cita de la correspondencia de Samuel Johnson: «*I shall now live mihi carior, with a higher opinion of my own merit*» («Ahora viviré con un mayor aprecio hacia mi propia persona, y una opinión más elevada de mi propio mérito»).

113. *Ibidem*, p. 178.

114. Entre el abultado ajuar bélico que Byron encargó para la expedición en Grecia se incluían dos casacas bordadas de cuadros escoceses, cuatro pares de pantalones, una chaqueta de tela roja bordada en negro, una casaca de tela roja bordada con cordones de oro, dos pares de pantalones azules bordados, también, con cordones de oro, un tocado militar con ornamentos en plata, cuatro fajines de plata, dos cascos con ornamentos dorados, cuatro tocados con ornamentos en oro, plata y cimera de plumas, seis pares de charreteras de cordón dorado, un par de charreteras de cordón de plata, cinco empuñaduras de espada con cordones dorados, además de varias pistolas, diez sables y un bastón

espada (Cfr. Leslie A. Marchand, *Byron, a Biography*, p. 1098n). Existe un libro muy curioso acerca del extraño camino que siguió uno de los cascos mencionados en el inventario tras la muerte de Byron, y cuyo subtítulo constituye una sinopsis bastante completa: «La romántica historia del casco de lord Byron, traído de Grecia [a América] por Samuel Gridley Howe, quien, inspirado por lord Byron, consagró cinco años de su vida a la causa por la independencia griega, y devuelto [a Grecia] un siglo después por su hija» (Maud Howe Elliott, *Lord Byron's Helmet*, The Riverside Press, Cambridge, Massachusetts, 1927).

115. Leslie A. Marchand, *Byron's Letters & Journals*, v. X, p. 162.

116. *Ibidem*, pp. 169-71. Byron matizaría más tarde esa afirmación, señalando que aun cuando el Comité había reconocido que sería de utilidad en Grecia, «*no dependo* de ellos en modo alguno, y aunque es mi intención declarada servirles hasta donde lleguen mis fuerzas, como voluntario me reservo obviamente una cierta libertad de movimientos» (cfr. *ibidem*, p. 188).

117. *Ibidem*, pp. 184-5.

118. *Ibidem*, v. XI, p. 126.

119. Edward John Trelawny, *Records of Shelley, Byron and the Author*, p. 240.

120. *Ibidem*, pp. 248-50.

121. William Parry, *The Last Days of Lord Byron*, Londres, 1825, p. 128n. Cit. Leslie A. Marchand, *Byron, a Biography*, p. 1230.

122. Pietro Gamba, *A Narrative of Lord Byron's Last Journey to Greece*, pp. 268-9n.

123. Moore, *op. cit.*, v. I, pp. 339-40.

124. Lord Broughton (John Cam Hobhouse), *Recollections of a Long Life*, v. I, p. xii. Si en la anterior edición de los diarios daba entre corchetes las identidades que Marchand y Prothero restablecían en sus respectivas ediciones de los diarios (salvo cuando se trataba de conjeturas, que sigo reservando a las notas a pie de página), en esta ocasión, y siempre con el propósito de allanar la lectura, he decidido incorporarlas directamente al texto; las identidades que no ha sido posible esclarecer siguen ocultas tras la sombra de tres asteriscos. Las omisiones de pasajes completos realizadas por Moore, tanto en el diario de Londres como en el de Rávena, aparecen indicadas mediante los habituales puntos suspensivos entre paréntesis. En cuanto a las traducciones de pasajes de Shakespeare, he utilizado las versiones de la editorial Cátedra (Manuel Ángel Conejero, Juan Vicente Martínez Lázaro y Jenaro Talens) y la edición clásica de Luis Astrana Martín; sin embargo, he preferido traducir libremente cuando Byron no da una cita exacta, ya sea por simple descuido o por su interés en adaptarla al contexto en el que la recoge.

125. Leslie A. Marchand, *Byron's Letters & Journals*, v. III, p. 166.

126. No me resisto a dar aquí el título completo de la edición de 1811, que sin duda sabrá degustar el lector iniciado en algunos divertidos misterios de la época de la Regencia: *A Dictionary of Buckish Slang, University Wit, and Pickpocket Eloquence. Unabridged from the original 1811 edition with a foreword by Robert Cromie. Compiled originally by Captain Grose, and now considerably altered and enlarged, with the modern changes and improvements, by a member of the Whip Club. Assisted by Hell-Fire Dick, and James Gordon, Esqrs. of Cambridge; and William Soames, Esq. of The Hon. Society of Newman's Hotel.*

127. *The Journal of Sir Walter Scott*, v. I, p. 1.

128. *Don Juan*, Canto XV, LXXXVII, v. 696.

129. Marchand, *op. cit.*, v. VI, p. 211.

Bibliografía

EDICIONES DE LAS CARTAS Y DIARIOS

- Marchand, Leslie A. (ed.), *Byron's Letters and Journals*, Londres, John Murray, 1973-1982, 12 vols.
- Moore, Thomas, *Letters and Journals of Lord Byron: with Notices of His Life*, Filadelfia, Lippincott, Grambo & Co., 1855, 2 vols. [1ª ed., Londres, John Murray, 1830, 2 vols.].
- Prothero, Rowland E. (ed.), *The Works of Lord Byron. A New, Revised and Enlarged Edition, with Illustrations. Letters and Journals*, Londres, John Murray, 1898-1901, 6 vols.

EDICIONES DE LA OBRA POÉTICA

- Coleridge, Ernest Harley (ed.), *The Works of Lord Byron. A New, Revised and Enlarged Edition, with Illustrations. Poetry*, Londres, John Murray, 1898-1904, 7 vols.
- McGann, Jerome J. (ed.), *Lord Byron. The Complete Poetical Works*, Oxford, Clarendon Press, 1980-93, 7 vols.

ESTUDIOS CRÍTICOS Y OBRAS DE REFERENCIA

- Bettany, W.A. Lewis, *The Confessions of Lord Byron*, Londres, John Murray, 1905.
- Blessington, Lady, *A Journal of the Conversations of Lord Byron with the Countess of Blessington. A New Edition, Revised and Annotated*, Londres, Richard Bentley, 1893.
- Broughton, Lord [John Cam Hobhouse] y Dorchester, Lady (ed.), *Recollections of a Long Life*, Londres, John Murray, 1909-11, 6 vols.
- Burnett, T.A.J., *The Rise & Fall of a Regency Dandy. The Life and Times of Scrope Berdmore Davies*, Boston, Little, Brown and Company, 1981.
- Elledge, Paul, *Lord Byron at Harrow School. Speaking Out, Talking Back, Acting Up, Bowing Out*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2000.

Elwin, Malcolm, *Lord Byron's Wife*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1963.

Galt, John, *The Life of Byron*, Londres, Cassell and Company, Ltd, 1911 [1ª ed.: Filadelfia, 1830].

Gamba, Pietro, *A Narrative of Lord Byron's Last Journey to Greece*, Londres, John Murray, 1825.

Lovelace, Ralph Milbanke, Earl of, *Astarte. A Fragment of Truth Concerning George Gordon Byron, Sixth Lord Byron. Recorded by his Grandson*, Londres, Christophers, 1921.

Marchand, Leslie A., *Byron, a Biography*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1957, 3 vols.

Moore, Doris Langley, *The Late Lord Byron*, Nueva York, J.B. Lippincott Company, 1961.

Moore, Thomas y Russell, Lord John (ed.), *Memoirs, Journal, and Correspondence*, Londres, Longmans, 1853-56, 8 vols.

Quennell, Peter, *Byron. The Years of Fame*, Londres, The Reprint Society, 1943.

Rutherford, Andrew, *Byron. A Critical Study*, California, Stanford University Press, 1961.

Shelley, Mary Wollstonecraft y Marshall, Mrs. Julia (ed.), *Life & Letters*, Londres, Richard Bentley, 1889, 2 vols.

Trelawny, Edward John, *Records of Shelley, Byron & The Author*, Middlesex, Penguin, 1973 [1ª ed., Londres, Basil Montagu Pickering, 1878, 2 vols.].

Vail, Jeffery W., *The Literary Relationship of Lord Byron & Thomas Moore*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2001.

LORD BYRON

Diarios

Diario de Londres

(14 de noviembre, 1813–19 de abril, 1814)

14 de noviembre

¡Si esto lo hubiera empezado hace diez años, y lo hubiera seguido fielmente!
¡En fin! Demasiadas cosas hay ya que desearía no tener que recordar. Bien, he tenido lo mío de lo que se conoce como los placeres de esta vida, y he visto más del mundo europeo y asiático que buen uso he hecho de ello. Se dice que «la virtud no necesita recompensa»; la verdad es que debería estar bien pagada, por las molestias. A los veinticinco, cuando lo mejor de la vida ha quedado atrás, uno debiera ser *algo*. Y ¿qué soy yo? Nada sino estos veinticinco... y unos cuantos meses. ¿Qué he visto? Al mismo hombre por todo el mundo; ¡ay, y a la misma mujer! Prefiero a un musulmán, pues nunca hace preguntas, y a una mujer de la misma raza, que le ahorra a uno el esfuerzo de hacerlas. Pero de no ser por esa plaga (la fiebre amarilla) y el retraso con Newstead¹, a estas alturas ya tendría que estar por segunda vez cerca del Euxino². Si logro superar lo segundo, no es que vaya a importarme mucho pestilencia alguna; pero sea como sea la primavera habrá de verme allí... siempre y cuando no me case –ni descase a nadie– en el intervalo. Si deseara ser algo... ni yo sé lo que deseo. Resulta curioso que nunca me haya tomado en serio desear algo sin alcanzarlo, y arrepentirme por ello. Empiezo a creer, como los viejos *magi*, que uno sólo debe rezar por la nación y no por el individuo. Pero, según mis principios, esto no sería muy patriótico.

Basta de reflexiones. Veamos: anoche terminé *Zuleika*, mi segundo cuento turco³. Estoy seguro de que componerlo es lo que me ha permitido seguir vivo, pues fue escrito para alejar mis pensamientos del recuerdo de

Nombre querido, sagrado, jamás seas revelado.⁴

Al menos, incluso aquí mi mano temblaría al escribirlo. Esta tarde he quemado las escenas de una comedia que acababa de empezar. Se me ha pasado por la cabeza expectorar una novela, o mejor un cuento en prosa. Pero qué novela podría igualar a la realidad:

*quaeque ipse... vidi,
et quorum pars magna fui.*⁵

Hoy ha venido a visitarme Henry Byron con mi primita Eliza. Esta niña va a convertirse en una belleza y un tormento; pero, entre tanto, ¡es una chiquilla de lo más bonita! Ojos oscuros y pestañas negras y largas como el ala de un cuervo. Creo que es incluso más bonita que mi sobrina Georgina, por más que me cueste admitirlo; y, aunque sea mayor, no es tan lista.

Dallas vino a casa antes de que me levantase, de modo que no nos vimos. También Lewis, que parece asqueado de todo. ¿Qué motivo tendrá? Si no está casado. ¿Habrá perdido a su amante, o a la esposa de otro? También vino Hodgson. Va a casarse, y es la clase de hombre que será más feliz así. Tiene talento, jovialidad, todo cuanto puede hacer de él una compañía agradable; y su futura es joven, bonita, etcétera. Pero no sé de nadie al que haya mejorado el matrimonio. Todos los emparejados de mi tiempo son calvos e infelices. Wordsworth y Southey se han quedado sin pelo y sin humor, y mira que Southey tenía en cantidad. Pero lo de menos es qué se *desprende* de las sienes de un hombre en tal estado.

Nota recordatorio: mañana he de comprar un juguete para Eliza y enviar el emblema para que nos hagan los sellos a mí y a Augusta. Nota recordatorio: visitar mañana, también, a la Staël y a lady Holland, y a Dallas, que me ha aconsejado (sin verlo, por cierto) no publicar *Zuleika*; creo que está en lo cierto, pero la experiencia tendría que haberle enseñado que no imprimir es *físicamente* imposible. Nadie lo ha visto salvo Hodgson y Mr. Gifford. Nunca en la vida *leo* una composición, excepto a Hodgson, pues él me paga con la misma moneda. Resulta horrible hacerlo con demasiada

frecuencia. Mejor imprimir, y quienes así gusten leerán, y, si no les gusta, al menos a uno le queda la satisfacción de saber que han *adquirido* el derecho de decirlo.

He decidido no presentar la petición del deudor, harto como estoy de farsas parlamentarias. Tres veces he hablado desde la tribuna, pero dudo que me vaya a convertir en orador. Mi primera vez gustó; la segunda y la tercera... no sé decir si sirvieron de algo. De momento no me he entregado a ello *con amore*: uno debe reservarse algún pretexto que excuse su vagancia, su incapacidad o ambas cosas, y este es el mío. «La compañía, la mala compañía, ha sido mi ruina»⁶: y, además, «he bebido pócimas»⁷, no para hacerme amar a otros, pero sí desde luego suficientes para odiarme a mí mismo.

Hace dos noches vi cenar a los tigres del Exeter 'Change⁸. Salvo el león del bajá Veli en la Morea, que seguía al cuidador árabe igual que un perro, nada me ha divertido tanto como el cariño que la hiena profesaba a su cuidador. ¡Menuda tertulia! Había un hipopótamo clavado a lord Liverpool⁹, y el oso perezoso tenía la misma voz y los modales de mi criado. Pero el tigre hablaba demasiado. El elefante tomó mi dinero y me lo devolvió, me quitó el sombrero, abrió una puerta, *hizo restallar* un látigo con la trompa y se condujo tan bien que deseé fuese mi mayordomo. El más hermoso de los animales terrestres se encuentra entre las panteras; pero los pobres antílopes estaban muertos. Aborrecería ver uno *aquí*: la visión del *camello* me hizo suspirar otra vez por Asia Menor. «*Oh quando te aspiciam?*»¹⁰.

16 de noviembre

Anoche fui con Lewis¹¹ a ver el estreno de *Antonio y Cleopatra*. Admirable puesta en escena y muy buena interpretación: una ensalada de Shakespeare y Dryden. A Cleopatra la veo como el epítome de su sexo: cariñosa, alegre, triste, tierna, socarrona, humilde, altiva, hermosa, ¡el diablo! Coqueta hasta el final, lo mismo con el áspid que con Antonio. Tras hacer todo lo posible para persuadirle a ello, ¿por qué, sin embargo, todos le injurian a él por cortarle la cabeza a ese cobarde de Cicerón? ¿No le dijo Tulio a Bruto que había sido

una lástima perdonarle la vida a Antonio? Y ¿acaso no pronunció las Filípicas? ¿Y no son las «*palabras cosas*»¹²? ¿Y tales «*palabras*», «*cosas*» verdaderamente pestilentes, además? De haber tenido cien cabezas, habrían merecido (por parte de Antonio) un estrado (allí clavaron la suya) por barba, aunque, al fin y al cabo, también Antonio podría haberlo perdonado, por el crédito del asunto. Pero, resumiendo, Cleopatra, tras tenerlo ganado, dice: «No obstante, alejaos», «es por vuestro bien», etc. ¡Qué propio de su sexo! Y las preguntas acerca de Octavia, típicas de mujer.

Hoy recibí invitación de lord Jersey para visitar Middleton¹³: ¡viajar sesenta millas para ver a Madame de Staël! Una vez hice tres mil para rodearme de gente silenciosa; y la susodicha señora escribe octavos y *habla* folios. He leído sus libros: la mayoría me gustan y el último me encanta¹⁴. Así que no lo escucharé, además de leerlo.

Leo hoy a Burns. ¿Adónde habría llegado de ser un patricio? Nos habría deparado la misma cantidad de versos, si bien más pulcros –menos vigorosos–, aunque carentes de inmortalidad. Un divorcio y un duelo o dos, de haber sobrevivido a los cuales (y de haber sido sus libaciones menos alcohólicas) podría haber vivido tanto como Sheridan y malvivido tanto como el pobre Brinsley. ¡Qué ruina de hombre, este! Y todo por su mal pilotaje; pues nadie ha tenido jamás mejores vientos, aunque alguna vez hayan sido un tanto borrascosos. ¡Pobre y querido Sherry! Nunca olvidaré el día que él y Rogers y Moore y yo pasamos juntos; cuando *él* habló, y *nosotros* escuchamos, sin un bostezo, desde las seis hasta la una de la madrugada.

Ya tengo mis sellos [...] Otra vez me he olvidado del juguete para *ma petite cousine* Eliza; pero mañana haré que traigan uno. Espero que Harry venga con ella. Remití a lord Holland las pruebas del último *Giaour* y *La novia de Abydos*. Este último no le va a gustar, y creo que en breve tampoco me gustará a mí. Lo escribí en cuatro noches para distraer mis sueños de Augusta. De no haber sido por eso ni lo habría escrito, y de no haber hecho algo entonces me habría vuelto loco de devorar mi propio corazón: horrible dieta. A Hodgson le gusta más que *El Giaour*, pero esto no le ocurrirá a nadie más, y a él nunca le agradó el fragmento¹⁵. Estoy seguro de que *jamás* habría

sido publicado de no ser por Murray, pues las circunstancias que le sirvieron de inspiración lo hacen [...] ¡En fin!

Esta noche he visto a las dos hermanas de lady Frances Webster. ¡Dios! ¡La pequeña se le parece tanto! Pensé en largarme a la otra punta de la sala, y no puedo sino alegrarme de que no hubiera nadie conmigo en el palco de lady Holland. Aborrezco esos parecidos –el pajarraco, pero no el ruiseñor– tan cercanos que evocan, tan lejanos que duelen. Nos irritan por igual los rasgos que asemejan como los que diferencian.

17 de noviembre

Sin carta de ***; pero no debo quejarme. El respetable Job dice: «¿Por qué el mortal se queja?»¹⁶. La verdad es que no lo sé, a menos que sea porque el muerto ya no puede; y él –el mencionado patriarca– *se quejó*, dicho sea de paso, hasta hartar a sus amigos y hacer que su mujer le aconsejara aquel piadoso prólogo: «Maldice... y muere»¹⁷; el único momento, supongo, en que uno puede encontrar poco alivio en maldecir. He recibido una carta muy amable de lord Holland a propósito de *La novia de Abydos*, que le gusta, y lo mismo a lady Holland. Es muy bondadoso por parte de ambos, pues no merezco de ellos ni un ápice de bondad. Sin embargo, por aquel entonces *estaba* seguro de que la animadversión que se me tenía se originaba en la casa Holland, y me alegra haberme equivocado, y quisiera no haber tenido tanta prisa con aquella condenada sátira¹⁸, de la cual borraría hasta el recuerdo. Pero la gente, sobre todo ahora que no puede hacerse con ella, arma un escándalo, lo creo firmemente, sólo por discrepar¹⁹.

George Ellis²⁰ y Murray han estado hablando de Scott y de mí; George, con toda razón, a favor de Scoto. Si lo que pretenden es derrocarlo, confío al menos en que no me erijan en su contrincante. Aunque me dieran la oportunidad de elegir, preferiría ser el conde de Warwick²¹ antes que cualquiera de los *reyes* que este hizo. Jeffrey y Gifford son como hacedores de regentes en prosa y poesía²². El *British Critic*, en su reseña del *Rokeby*, plantea una semejanza en la cual, a buen seguro, no han pensado mis amigos, y que los súbditos de W. Scott tienen la imprudencia de rebajarse a hacer. Me agrada el hombre y admiro sus obras hasta lo que Mr. Braham²³ llama

entusymusy. Este asunto sólo valdrá para irritarle y a mí no me aporta nada. Muchos odian sus ideas políticas (yo odio toda idea política); y aquí las ideas políticas de un hombre son como el *alma* de los griegos, un *ειδωλον*²⁴, independientemente de Dios sabe qué *otra alma*. Pero, por regla general, a ambas se las valora por igual.

Harry no ha venido con *ma petite cousine*. Quiero llevarla al teatro; no ha ido más que una vez. Otra notita desde Jersey, por la cual se nos invita a Rogers y a mí el 23. Esta noche debo ver a mi abogado²⁵. Me pregunto cuándo acabará el embrollo este de Newstead. Me costó lo que no está escrito separarme de ella, ¡y *haberme* deshecho de ella! ¿Qué le importa a ella lo que yo haga o lo que sea de mí? Pero dejad que recuerde el dicho de Job y me consuele por «ser mortal».

Me gustaría recuperar el hábito de la lectura. Mi vida es de lo más rutinaria y aun así irregular. Libro que cojo, libro del que enseguida me deshago. Empecé una comedia y la arrojé al fuego porque el escenario se parecía demasiado a la *realidad*; una novela, por la misma razón. En rima se me da mejor guardar las distancias respecto a los hechos; pero el pensamiento siempre ahonda, ahonda... sí, sí, ahonda. He recibido una carta de lady Melbourne: el mejor amigo que he tenido en la vida, y la más inteligente de las mujeres.

Ni una palabra de lady Frances Webster. ¿Se habrán marchado ya de **²⁶? ¿O es que mi preciosa última epístola ha caído en las fauces del león? Si es así (y este silencio se antoja de lo más sospechoso) tendré que encasquetarme «mi mohoso morrión» y «blandir el hierro»²⁷. He perdido práctica, pero no voy a empezar ahora a visitar otra vez el Manton's²⁸. Aparte, tampoco devolvería el tiro. Tiempo atrás fui un tirador de primera²⁹, pero en aquella época los matones de la sociedad lo hacían necesario. Tan pronto empecé a darme cuenta de que no defendía una buena causa, abandoné el ejercicio.

¡Qué noticias extrañas llegan del Anaq³⁰ de la anarquía, Bonaparte³¹! Desde que en Harrow defendí el busto que de él tenía de los sinvergüenzas y los oportunistas, tras estallar la guerra de 1803 Bonaparte ha sido para mí un *héros de roman*... en el continente; no lo quiero aquí. Lo que no me gusta es

esa especie de huida, ese abandonar ejércitos, etc. etc. Seguro que cuando en el colegio luché en defensa de su busto no pensaba que fuera a renegar de sí mismo. Pero no me extrañaría nada que a estas alturas hubiera devuelto el golpe. Ser derrotado por hombres significaría algo; pero por tres estúpidos, tres bobos legitimados por una vieja dinastía de soberanos nacidos en cuna plebeya... ¡Ay del príncipe! ¡Ay del príncipe!³² Tiene que ser cosa, como dice Cobbet, de su unión con esa camada *autrichienne* de labios gruesos y cabezas grandes³³. Hubiera hecho mejor en mantener a su lado a la mantenida de Barras. Que yo sepa, nada bueno ha traído vuestra joven esposa –y adhesiones legales– salvo para vuestro «flemático muchacho» que «come pescado» y «no toca el vino»³⁴. ¿No era suya toda la ópera? ¿Todo París? ¿Toda Francia? Pero una querida resulta igualmente desconcertante. Me refiero a *una*; dos o más de dos son manejables por repartición.

He comenzado, o había comenzado, una canción, y la he arrojado al fuego. Era en recuerdo de Mary Duff, la primera de mis llamas, antes de que la mayoría de la gente comience a arder. Me pregunto qué diablos pasa conmigo... No puedo hacer nada y... por suerte no hay nada que hacer. Últimamente me ha sido dado llevar a dos personas (y sus parientes) el bienestar, *pro tempore*, y hacer a una feliz, *ex tempore*; me felicito en particular por esta última, ya que se trata de un hombre excelente³⁵. Ojalá hubiera más inconvenientes y menos gratificación para mi amor propio en ello, pues así tendría más mérito. Todos somos egoístas, y yo creo –¡oh dioses de Epicuro!–, yo creo en Rochefoucauld acerca de los *hombres*, y en Lucrecio (no en la traducción de Busby)³⁶ en lo que a vosotros respecta. Vuestro bardo os ha hecho muy *despreocupados* y dichosos; pero, dado que *nos* ha exonerado de toda condena, no envidio vuestra dicha *demasiado*; un poco, sin duda sí. Recuerdo que el año pasado, en Eywood, lady Oxford me dijo: «¿No hemos pasado nuestro último mes como los dioses de Lucrecio?». Y así fue. Conoce como nadie la versión original (que a mí también me gusta), y, cuando ese bobo de Busby le remitió un folleto publicitario sobre su traducción, se suscribió. Pero, urgido por el diablo a añadir un extracto, lady Oxford le transmitió de seguido una respuesta, diciendo que, «tras leerlo con atención, su conciencia no le permitiría que su nombre permaneciese en

la lista de suscriptores»³⁷.

Anoche, en casa de lord Holland: Mackintosh, los Ossulston, Puységur³⁸, etc. Traté de recordar una cita (creo *yo*) de la Staël, tomada de algún sofista teutón acerca de la arquitectura. «La arquitectura –afirma este macarrónico tudesco– me hace pensar en música congelada»³⁹. Está en alguna parte, pero ¿dónde? El demonio de la confusión sabrá, aunque no lo dirá. Pregunté a Mackintosh y este aseguró que no se hallaba en la Staël; pero Puységur adujo que debía de ser *suya*: era tan *propia de ella*... H. rió, como se ríe de *De l'Allemagne* al completo, en lo cual, sin embargo, me parece que se pasa un poco. He oído que B. también lo desprecia. Pero tiene pasajes muy buenos y, después de todo, ¿qué es una obra –cualquier obra– sino un desierto con fuentes y, quizá, una arboleda o dos en el trayecto de cada jornada? Sin duda, lo que en Madame a menudo confundimos, «resollando por ello», con la «fría corriente»⁴⁰, se revela como un «*espejismo*» (criticé *verbosidad*)⁴¹; pero llegamos, por fin, a algo parecido al templo de Júpiter Amón, y entonces el yermo que acabamos de cruzar sólo se recuerda para regocijarnos con el contraste.

Visita de C** para explicar [...] Es muy hermosa, al menos para mi gusto; pues desde que regresé del extranjero no recuerdo haber sido capaz de mirar a otra mujer salvo ella: eran todas tan pálidas, tan insignificantes, tan *rubias*... Su tez oscura y la perfección de sus facciones me recordaban a mi «Jannat al Aden»⁴². Pero esa impresión desapareció, y ahora puedo mirar a cualquier pálida mujer sin suspirar por una hurí. Estaba de muy buen humor, y todo quedó explicado.

Gran noticia la de hoy: «Los holandeses han tomado Holanda»⁴³; lo cual, supongo, se verá seguido por la mismísima explosión del Támesis. Cinco provincias se han declarado a favor del joven Stadt⁴⁴, así que habrá inundación, conflagración, violación, consternación y toda clase de nación y naciones luchando a brazo partido, hundidas hasta las rodillas, en las deplorables ciénagas de este ilusorio nido de patanes. Se dice que Bernadotte también se cuenta entre ellos⁴⁵; y, dado que Orange no tardará en llegar allí, tendrán al (Coronado) Príncipe Cigüeña y al Rey Madero en su Leñera al mismo tiempo. ¡Dos contra uno por la nueva dinastía!⁴⁶

Mr. Murray me ha ofrecido mil guineas por *El Giaour* y *La novia de Abydos*. No voy a aceptar: es demasiado, aunque me siento poderosamente tentado, sobre todo por el *qué dirán*. No es mal precio para una quincena (a semana cada uno) de... ¿qué? Los dioses sabrán: fue hecho con la intención de que se le llamase poesía.

Hoy he cenado con normalidad, por primera vez desde el domingo pasado, siendo también *sabbat*. Los demás días, té y bizcochos: seis *per diem*. ¡Dios, ahora me arrepiento de haber cenado! Me da una pesadez mortal, somnolencia y sueños horribles; y encima no era más que pescado y una pinta de vino de Bucelas⁴⁷. La carne ni la toco, ni tomo demasiados vegetales. Preferiría estar en el campo para hacer ejercicio, y no que a falta de ello me vea obligado a *conservarme* mediante la abstinencia. No debería importarme tanto entrar un poco en carnes: mis huesos bien pueden sostenerlas. Pero lo peor es que el diablo no dejaría de rondarme, hasta que le quitase el hambre, y *no* seré el esclavo de *ningún* apetito. Si me equivoco, será mi corazón, al menos, quien guíe mi camino. Oh, mi cabeza, ¡qué dolor! ¡Los horrores de la digestión! Me pregunto cómo tratarán a Bonaparte sus cenas⁴⁸.

Nota recordatorio: mañana he de escribir al «Juez Shallow⁴⁹, que me debe mil libras», y parece, a juzgar por su carta, temer que se las pida. ¡Como si fuera a hacerlo! En primer lugar, no las necesito (ahora mismo, al menos); y aunque a menudo he precisado esa suma, jamás en mi vida he reclamado la devolución ni de diez libras a un amigo. Su pagaré no expirará este año, y le dije que cuando lo hiciera tampoco le obligaría a pagar. ¿Cuántas veces quiere que se lo repita?

Me equivoco: una vez pedí a Hobhouse que me devolviera cierta suma. Pero era en circunstancias que me exculpaban *ante él* como lo hubieran hecho ante cualquiera. No reclamé intereses ni exigí garantías. Me pagó muy pronto, o al menos su *padre*⁵⁰ lo hizo. ¡Mi cabeza! Creo que me la dieron sólo para que me doliese. Buenas noches.

22 de noviembre

«¡Orange Boven!»⁵¹. Así pues, las abejas han alejado al oso que destruyó la

colmena. Bueno... si es para tener nuevos De Witts y De Ruyters⁵², ¡que Dios ampare a la pequeña república! Quisiera ver La Haya y el pueblo de Brock⁵³, donde ostentan tales hábitos primitivos. Aunque no sé: sus canales presentarían una estampa muy pobre frente al recuerdo del Bósforo; y el Zuiderzee parecerá un guiñapo comparado al Ak-Denizy⁵⁴. Qué más da: merecería la pena sólo por ver al populacho burgués soltando penachos de libertad por sus pequeñas pipas; aunque yo prefiero un cigarro, o el narguile, con el pétalo de rosa mezclado con la hierba más suave del Levante. Ignoro qué es la libertad, pues nunca la he visto, pero la riqueza equivale a poder en cualquier parte del mundo; y mientras el chelín haga las veces de la libra (y encima tengas sol y cielo y belleza a cambio de nada) en el Este, *he aquí* el país por excelencia. ¡Qué envidia me da Herodes Ático! Más que Pomponio⁵⁵. Y, con todo, un poco de *tumulto* de vez en cuando resulta un agradable avivador de sensaciones, ya sea una revolución, una batalla o una *aventure* de alegre tenor. Creo que habría preferido ser Bonneval, Ripperda, Alberoni, Jeireddín u Horuc Barbarroja, o incluso Wortley Montagu⁵⁶, antes que el mismísimo Mahoma.

¿Llegará pronto Rogers a la ciudad? El 23 es la fecha fijada para nuestra visita a Middleton. ¿Iré? Uf... En esta isla, donde uno no puede cabalgar un poco sin toparse con el mar, lo mismo da a dónde vas.

Recuerdo el efecto que obró en mí el *primer Edinburgh Review*⁵⁷. Supe de él con seis semanas de antelación; lo leí el día en que emitió su condena, cené y bebí tres botellas de vino blanco (con S.B. Davies, me parece), no comí ni dormí lo más mínimo, pero, en cualquier caso, tampoco fue fácil hacerlo hasta haber descargado mi cólera y mis rimas, en las mismas páginas, contra todo y contra todos. Como a George, en *El vicario de Wakefield*, «el destino de mis paradojas»⁵⁸ me permitió comprobar que no hay ningún mérito en los otros. Sólo tuve que recordar la máxima de mi profesor de boxeo⁵⁹, que en mi juventud encontré útil para toda clase de jaleos: «Quien no está contigo está contra ti, ¡golpea a izquierda y derecha!», y eso hice. Al igual que Ismael, mi mano estaba contra todos los hombres, y las de todos los hombres me señalaban. Me asombré, por supuesto, de mi propio éxito: «Y maravilla que tanto ingenio sea suyo»⁶⁰, como Hobhouse afirma con

sarcasmo de alguien (no es improbable que sea yo, pues somos viejos amigos). Pero, si todo volviera a ocurrir, *no* actuaría igual. Alguna vez he vuelto a leer lo que motivó mis pareados y no es para tanto. C.⁶¹ me confesó la opinión generalizada de que había aludido al desorden nervioso del pobre lord Carlisle en uno de mis versos. Doy gracias al cielo de no haber sabido de ello; aunque ni lo habría hecho, ni habría sido capaz, de haberlo sabido. Debo ser por naturaleza la última persona que podría señalar los defectos o las enfermedades de nadie.

Rogers es callado y, según dicen, adusto. Sabe hablar cuando se decide a hacerlo; y, en cuestiones de gusto, su delicadeza de expresión es pura como su poesía. Cuando entras en su casa (su salón, su biblioteca) te dices a ti mismo: este no es el hogar de una mente común. No hay una joya, una moneda, un libro abandonado en el testero, en el sofá o en la mesa, que no manifieste la casi maniática elegancia de su propietario. Pero esa misma exquisitez habrá de ser el drama de su existencia. ¡La de contrariedades con que su sensibilidad se habrá topado en la vida!

A Southey no lo he tratado tanto. Su aspecto es *épico*, y es el único hombre enteramente de letras que existe. Los demás tienen algún otro propósito vinculado a la escritura. Sus modales son suaves, si bien no los de un hombre de mundo, y sus talentos de primer orden. Su prosa es perfecta. Sobre su poesía existen opiniones de lo más diversas: quizá haya en ella demasiado para la generación actual; la posteridad probablemente escogerá. Tiene *pasajes* que son de lo mejor. De momento posee *partidarios*, pero no un *público*, excepto en sus obras en prosa. La vida de Nelson es bellísima.

Sotheby es un *littérateur*, el Oráculo de la Camarilla Literaria de las hermanas Berry: Lydia White (la «Virgen Tory» de Sidney Smith⁶²), Mrs. Wilmot (esta, al cabo, es un cisne y podría frecuentar corrientes más puras), lady Beaumont y todos los *blues*, con lady Charlemont⁶³ a la cabeza. Pero de *ella* no digo nada: «Mira su rostro y los olvidarás a todos»⁶⁴, junto con todo lo demás. ¡Oh, ese rostro! Juro por «*te, Diva potens Cyprì*»⁶⁵ que, si esa mujer me amase, construiría e incendiaría otra Troya.

Hay un rasgo de rareza en el talento, o más bien talentos, de Moore: poesía, música, voz, todo lo hace suyo; y un estilo en cada uno de ellos que

nunca fue ni será detentado por otros. Pero donde es capaz de volar más alto es en la poesía. Por cierto, ¡cuánto humor, cuánto... de todo hay en el *Post-Bag*⁶⁶! Si se lo propone en serio, no hay nada que Moore no pueda hacer. En sociedad es todo un caballero, gentil y tan encantador en general como ningún otro individuo que haya conocido. De su honor, principios e independencia, su conducta hacia *** habla «con voz de trompeta»⁶⁷. Sólo tiene un defecto, y este me reconcome a diario: no está *aquí*.

23 de noviembre

Ward... Me gusta Ward. ¡Por Mahoma! ¡Empiezo a pensar que me gusta todo el mundo! Una inclinación que no conviene alentar, una suerte de glotonería social que engulle todo lo que le ponen delante. Pero me gusta Ward. Es *piquant* y, en mi opinión, llegará *muy* alto en la cámara⁶⁸, y en todas partes, si le pone *constancia*. Dicho sea de paso, mañana cenó con él, lo que puede haber influido en mi opinión. Por idéntico motivo es mejor no confiar en la gratitud de nadie *después* de una cena. He tenido que oír cómo más de un anfitrión era denostado por sus invitados cuando el aroma de su borgoña todavía brotaba de los maledicentes labios.

He adquirido el palco de lord Salisbury⁶⁹ en el Covent Garden para la temporada; y ahora debo prepararme para ir a reunirme con lady Holland y compañía en el suyo del Drury Lane, *questa sera*.

Holland no cree que el hombre *sea Junius*⁷⁰; pero sí que el diario, aún inédito, arroja mucha luz sobre las tinieblas de esa parte del reinado de Jorge II. ¿En qué concierne eso al de Jorge III? No sé qué pensar. ¿Por qué dar por muerto a Junius? Si lo hubiera fulminado una apoplejía, ¿podría descansar en su tumba sin enviar a su *ειδωλον* a gritar en los oídos de la posteridad: «Junius fue el ilustre caballero X. Y. Z. y está enterrado en la parroquia de... Reparad su monumento, ¡oh sepultureros! Imprimid una nueva edición de sus cartas, ¡oh librereros!»? Imposible: el tipo ha de estar vivo y no va a morir sin desenmascararse. Me gusta: fue un buen odiador.

Vine a casa con algún malestar y me metí en la cama; sin demasiado sueño, como sería deseable.

Martes por la mañana

¡Me ha despertado un sueño! Bueno, ¿es que no he soñado antes? Pero ¡qué sueño! Aunque ella no ha podido conmigo. Me gustaría que los muertos descansasen, eso sí. ¡Ugh! Cómo se me ha helado la sangre, y no podía despertar... y... y... ¡en fin!

Las sombras de esta noche
han aterrorizado el alma de Ricardo
más de lo que podrían hacerlo diez mil ***s en carne y hueso
armados hasta los dientes, dirigidos por ese idiota ***.⁷¹

No me gusta este sueño, aborrezco su «final cantado». Y ¿he de verme turbado por las sombras? Ay, cuando nos traen recuerdos de [...] no importa; pero, si vuelvo a soñar así, comprobaré si *todo* sueño contiene visiones similares. Además, desde que me levanté, el cuerpo me ha estado doliendo considerablemente; pero ya pasó, y ahora, como lord Ogleby⁷², tengo cuerda para el resto del día.

Una nota de Mountnorris⁷³: ceno con Ward. Estarán Canning, Frere⁷⁴ y Sharp, quizá Gifford. Voy a ser uno de «los cinco» (o más bien seis), como lady *** dijo ayer con cierta socarronería. Siempre es agradable verlos, en especial a Canning y a Ward... cuando quiere. Ojalá me encuentre lo bastante bien para escuchar a todos estos intelectuales.

No he recibido ninguna carta en el día de hoy. Tanto mejor: así no hay respuestas. Tengo que dejar de soñar, amarga incluso la realidad. Saldré de casa, a ver qué puede hacer la niebla por mí. Jackson pasó por aquí: en general, el mundo del boxeo sigue como siempre, pero el Club prospera⁷⁵. Mañana ceno con Cribb⁷⁶. Me gusta la energía, incluso la energía animal, de todo tipo; y yo necesito tanto de la mental como de la corporal. Últimamente no he salido a cenar ni, de hecho, he cenado *siquiera*; no he escuchado música, no he visto a nadie. Ahora, *a zambullirse*: vida alta y vida baja. «Amant *alterna* Camoenae!»⁷⁷.

He quemado mi *roman* –como ya hice con las primeras escenas y el guión de mi comedia– y, por lo que veo, el placer de quemar no es menos grande

que el de imprimir. Ninguna de las dos habría funcionado. Me introduje en *realidades* más que nunca, y unas habrían sido reconocidas y otras adivinadas.

Leí el *Ruminator*, una antología de ensayos de un viejo extraño pero hábil (sir Egerton Brydges⁷⁸), y a un joven medio loco, autor de un poema sobre las Highlands titulado *Childe Alarique*⁷⁹. La palabra «sensibilidad» (siempre mi aversión) se repite como mil veces en dichos ensayos; y, por lo que parece, va camino de servir como excusa para todo tipo de descontento. Este joven nada puede saber de la vida; y, si persiste en ser la clase de persona que dejan ver sus escritos, llegará a ser un inútil, y tal vez ni siquiera poeta después de todo, algo que parece resuelto a ser. ¡Que Dios le ayude! Nadie que pueda llegar a ser algo mejor debería ser poeta. Y esto es lo que le irrita a uno: ver a Scott y Moore, a Campbell y Rogers, que podrían haber sido personas influyentes y líderes, como meros espectadores. Pues, aunque en principio posean otras aspiraciones, estas han quedado relegadas a un interés secundario. También ***, que malgasta su tiempo entre viudas potentadas y muchachas solteras. Si la cosa se concretara en algún *affaire serio*, ya le serviría de pretexto; pero con las solteras esa es una especulación arriesgada, y bastante fatigosa, además; y con las veteranas no merece la pena ni intentarlo, a no ser, tal vez, una entre mil.

Si tuviera algún proyecto en este país, probablemente sería en el parlamento. Pero no tengo ambición: y, de tenerla, sería «*aut Caesar aut nihil*». Mis esperanzas se limitan a dejar zanjados mis asuntos y establecerme en Italia o en Oriente (mejor esto último) y embeberme profundamente de los idiomas y literaturas de ambos. Algunas cosas del pasado me han dejado insensible, y lo único que ahora puedo hacer es convertir la vida en diversión y observar mientras otros actúan. Después de todo, ¿qué significa incluso ese teatro supremo de coronas y cetros? *Vide* los últimos doce meses de Napoleón. Ha puesto patas arriba mi concepto de fatalismo. Pensaba que si era vencido sólo caería cuando «*fractus illabatur orbis*»⁸⁰, y no que le vería perderse poco a poco en la insignificancia; que todo esto no era un mero *jeu* de los dioses, sino un preludio de cambios más drásticos y sucesos más imponentes. Pero el hombre nunca da un paso más allá de cierto punto, y así

nos va: retrocedemos hacia ese orden anticuado, embotado y estúpido, el equilibrio de Europa, poniendo palitos sobre las narices de los reyes en lugar de retorcérselas. Prefiero una república o la tiranía de un hombre antes que un gobierno híbrido de uno, dos, tres. ¡Una república! Examinemos la historia de la Tierra: Roma, Grecia, Venecia, Francia, Holanda, América, nuestra breve (*ehéu!*) Commonwealth, y comparemos lo que hicieron cuando estaban gobernadas por tiranos. Los asiáticos no nacieron para ser republicanos, pero se sienten libres de acabar con los déspotas, que es lo más cercano a ello. Ser el primer hombre: no el dictador, ni el Sila, sino el Washington o el Arístides, el líder en talento y verdad, ¡es ser casi un Dios! Franklin, Penn, y al lado de estos o Bruto o Casio, incluso Mirabeau o Saint Just. Nunca seré algo, o más bien siempre seré nada. A lo máximo que puedo aspirar es a que alguien diga de mí: «Quizá podría, si él quisiera».

Medianoche

Heme aquí ante dos malditas pruebas de imprenta⁸¹. He echado un vistazo a una, pero por mi alma que no puedo ni volver a mirar siquiera *El Giaour*: al menos justo ahora, y a esta hora, y encima no hay luna.

Ward habla de viajar a Holanda y hemos medio discutido la posibilidad de una expedición *ensemble*. Tendría que ser en diez días, en todo caso, si queremos estar presentes en la revolución. Y ¿por qué no? *** se muestra distante, y hasta la primavera estará en..., todavía más distante. Aparte de ella, nadie salvo Augusta se preocupa por mí: sin ataduras, sin obstáculos, *andiamo dunque, se torniamo, bene, se non, ch' importa?* El bueno de Guillermo de Orange habló de morir en «la última acequia» de su lúgubre país. Para mí es una suerte saber nadar, o supongo que no podría capear ni la primera. Pero veamos: he oído hienas y chacales en las ruinas de Asia y sapos gigantes en sus pantanos, además de lobos y musulmanes encolerizados. Ahora quisiera escuchar el grito del holandés libre.

¡Alá! ¡Viva! ¡Por siempre! ¡Hurra! ¡Huzza! ¿Cuál es el más racional o musical de estos gritos? «Orange Boven», según el *Morning Post*.

Miércoles, 24 de noviembre

No he soñado con muertos la noche pasada, ni tampoco con vivos: así pues, me veo «compacto como el mármol, firme como la roca»⁸²... hasta el próximo terremoto.

Todo bien en la cena organizada por Ward. No había ni una sola persona desagradable, a menos que *yo* ofendiese a alguien, lo cual estoy seguro que no ocurrió por pura lógica, pues hablé poco y no me opuse a nada. Sharp (un hombre de mente distinguida y que ha vivido mucho con los grandes: Fox, Horne Tooke, Windham, Fitzpatrick y todos los agitadores de otros tiempos y lenguas) nos refirió los pormenores de su última entrevista con Windham, pocos días antes de la fatal operación que «lanzó aquel noble espíritu a los cielos»⁸³. Windham –el primero en cuestión de oratoria y talento, cuya única falta fue poseer un refinamiento superior a la inteligencia de la mitad de sus oyentes–, Windham –que pasó media vida participando de manera activa en los asuntos del mundo y fue uno de aquellos que gobernaban a las naciones– *se* arrepentía (y subrayaba mucho tal arrepentimiento) de «no haberse dedicado por completo ¡a la literatura y la ciencia!». No dudo que su mente lo hubiera llevado hasta la cima más alta, en eso y en lo que se le hubiese antojado; pero no comprendo qué debilidad había en ella que le empujara a abrigar semejante deseo. A mí, que le he escuchado, no me cabe arrepentirme de otra cosa que no sea la de no poder escucharle de nuevo. ¡Venga ya! ¿Ser un sabelotodo, un metafísico? ¿Tal vez un rimador, un escritorzuelo? Sólo la enfermedad le haría aspirar a un intercambio así. Pero murió, y las Eras «ya no verán otro como él»⁸⁴.

Llevo un atraso tremendo con mis cartas, excepto con las de ***⁸⁵, y mis pensamientos respecto a ella me abruman, mis palabras no pueden contenerlos. A lady Melbourne la escribo con el mayor placer, y sus respuestas son tan prudentes, tan *tactique*... No he conocido a nadie con la mitad de su talento. Si fuera unos cuantos años más joven, en qué idiota me habría convertido si para ella tal cosa hubiera merecido la pena; y yo habría perdido un *amigo* valioso y verdaderamente encantador. Nota recordatorio: una querida nunca es ni puede ser un amigo. Dos son amantes mientras se lleven bien, y, cuando todo ha acabado, cualquier cosa excepto amigos.

No he respondido a la última carta de W. Scott⁸⁶, pero lo haré. Lamento

haber sabido por terceros de la mala suerte que ha tenido últimamente en asuntos pecuniarios. Sin duda alguna él es el rey del Parnaso y el más *inglés* de los bardos. Entre los vivos, situaría a Rogers el siguiente en la lista (lo considero el último de la *mejor* escuela), Moore y Campbell los *terceros*; Southey y Wordsworth y Coleridge; el resto, *οι πολλοι*⁸⁷. Así:

W. Scott

Rogers

Moore – Campbell

Southey – Wordsworth – Coleridge

-----Los muchos-----

¡He aquí un triangular *Gradus ad Parnassum!* Demasiados nombres hay para la base del triángulo. El pobre Thurlow ha perdido la cabeza por la poesía del tiempo de la reina Bess: *c'est dommage*. He ordenado los nombres que aparecen en mi triángulo siguiendo lo que considero la opinión pública más que atendiendo a un claro criterio personal. Pues, para mí, algunas piezas del último *Erin* de Moore –«Cual un rayo en la lumbre del agua», «Cuando él que os adora», «Oh no culpéis» y «Oh no digáis su nombre»– están a la altura de los mejores poemas épicos jamás compuestos.

Rogers piensa que el *Quarterly* me atacará en breve. Adelante. En mi vida me han «acribillado tanto»⁸⁸, de *ambas* formas, que nada salvo la guindilla o el acíbar me hará percibir un sabor. Sinceramente puedo decir que *ya* no soy tan sensible a las críticas. Pero –por buscar una causa– tiendo a creer que tal cosa procede de la nula importancia que le doy al hecho de ser escritor frente a la que otros le dan, algo en lo que de joven también yo incurrí. «Uno se cansa de todo, ángel mío», dice Valmont⁸⁹. Los «ángeles» son las únicas cosas de las que aún no me he cansado ni un ápice; pero sí considero que la preferencia que se tiene hacia los *escritores* por encima de los *individuos activos*, el formidable revuelo, propio y ajeno, que se monta

alrededor de los escribas y su garabateo, es un signo de afeminamiento, degeneración y debilidad. ¿Quién que tuviera algo mejor que hacer escribiría? «Acción, acción, acción», dijo Demóstenes: «Acciones, acciones», digo yo, y no escribir... y menos aún rimar. Echemos un vistazo a las lloriqueantes y monótonas vidas del «género». Salvo Cervantes, Tasso, Dante, Ariosto, Kleist (que fueron ciudadanos activos y valientes), Esquilo, Sófocles y también algunos otros de la antigüedad, ¡qué indigno y holgazán linaje es este!

Mezza Notte

Acabo de volver de cenar con Jackson (el emperador del pugilismo) y otros de los elegidos en el local del campeón Cribb. He bebido más de lo que acostumbro y me he pulido unas tres botellas de un clarete muy bueno, pues no tengo dolor de cabeza. Tom Cribb se nos unió tras la cena; es muy divertido, aunque un tanto prolijo. Le disgusta su empleo y quiere luchar de nuevo: ¡que Pólux (o Cástor, si era este el *más duro*⁹⁰) le oiga! Ha sido marinero –cargaba sacos de carbón– y ha desempeñado otras refinadas profesiones antes de calzar los guantes⁹¹. Ha combatido en el mar, y sólo cuenta treinta y tres años. ¡Todo un hombre⁹²! Tiene mujer y querida, y buena conversación, pasando por alto algunas pobres omisiones y un uso equivocado de las consonantes aspiradas. Tom es un viejo amigo mío; asistí a algunos de sus mejores combates cuando era menor de edad. Ahora trabaja como tabernero y es, me temo, un pecador, pues Mrs. Cribb percibe una pensión alimenticia y quien vive con el campeón es la hija de ***. Eso me dijo ***. Tom, que tiene su propio parecer sobre mis criterios morales, la hizo pasar por su cónyuge. Al hablar de ella dijo que se trataba de «la más virtuosa de las mujeres», de lo cual deduje de inmediato que *no* podía ser su esposa, como luego se comprobó.

Esos panegíricos no pertenecen al matrimonio; pues, de ser «virtuosa», un hombre no tiene necesidad de decirlo, y si no, cuanto menos se diga mejor. Cribb es el único hombre, aparte de ***, al que he oído arengar sobre la virtud de su esposa; y a ambos los escuché concediéndoles gran crédito y paciencia, y me embutí el pañuelo en la boca cuando me vi incapaz de

reprimir los bostezos. Por cierto, estoy bostezando ahora, así que buenas noches a todos. Μπαρων⁹³.

*Jueves, 26 de noviembre*⁹⁴

He despertado con un poco de fiebre, pero sin dolor de cabeza: tampoco he soñado, ¡gracias sean dadas al sopor etílico! Dos cartas, una de lady Frances Webster, la otra de lady Melbourne: excelentes las dos en sus respectivos estilos. La de lady Frances venía acompañada además de un poema muy bonito sobre «un oculto pesar»; si no es suyo, es muy de ella. ¿Por qué no aclara si las estrofas son de su invención? No sé si quiero que sean *suyas*. No siento mucha estima hacia las personas poéticas, en especial si se trata de mujeres; tienen tanto de «ideal» en la *práctica* como tienen de *ética*.

Desde hace un tiempo no he parado de pensar en Mary Duff⁹⁵. Qué extraño que haya estado tan total y devotamente prendado de esa chica a una edad en la que ni podía sentir pasión ni conocer siquiera el significado de dicha palabra. ¡Y sus efectos! Mi madre solía reírse de mí a causa de aquel amor infantil hasta que un día, varios años después, cuando contaba yo dieciséis, me comentó: «Oh, Byron, he recibido una carta de Edimburgo, de Miss Abercromby, y resulta que tu antiguo amorcito, Mary Duff, se ha casado con un tal Mr. Coe»⁹⁶. Y ¿cuál fue mi respuesta? La verdad es que no puedo entender ni explicar los sentimientos que me invadieron en aquel momento, pero casi me hicieron sufrir convulsiones, y tanto alarmaron a mi madre que, cuando por fin me repuse, evitó por lo general tocar ese tema... *conmigo*, y se limitó a relatarlo a sus conocidos. Y bien, esto ¿qué pudo ser? No volví a ver a Mary desde que cierta metedura de pata de su madre en Aberdeen fuera el motivo de que la trasladasen al hogar de su abuela en Banff. No éramos más que unos críos. Estuve y he estado enamorado más de cincuenta veces desde entonces; y aun así recuerdo todo lo que nos dijimos, todas nuestras caricias, los rasgos de su rostro, mi turbación, el insomnio, el martirio que le infligía a la criada de mi madre para que le escribiese en mi nombre, cosa que acabó por hacer, para calmarme. La pobre Nancy pensaba que yo era una fiera, y, puesto que no podía escribir por mí mismo, la convertí en mi secretaria. Recuerdo también nuestros paseos y la dicha de

sentarme junto a Mary, en el cuarto de los niños, en su casa no muy lejos de Plainstones (Aberdeen), mientras su hermana pequeña, Helen, jugaba con sus muñecas y nosotros nos comportábamos con gravedad, haciendo el amor a nuestro modo.

¿Cómo demonios ocurrió esto tan pronto? ¿Dónde pudo originarse? Por supuesto, tuvieron que pasar años para que empezara a pensar en el sexo; y aun así mi dolor, mi amor por aquella niña eran tan violentos, que a veces dudo si de veras he estado enamorado desde entonces. Sea como fuere, saber de su matrimonio tantos años después me sentó como un tiro: casi no podía ni respirar, para espanto de mi madre y la perplejidad y poco menos que la incredulidad de los demás. Y es un fenómeno de mi existencia (pues yo no tenía ni ocho años) que me ha confundido y me confundirá hasta mi última hora; y no sé por qué, pero desde hace un tiempo el *recuerdo* (no el enamoramiento) me ha sobrevenido con más intensidad que nunca. Me pregunto si ella albergará el menor recuerdo de aquello o de mí, o si recordará los lamentos de su hermana Helen por no contar también con su propio admirador. Qué bonita y qué nítida es la imagen que de ella guardo en mi memoria: su cabello castaño oscuro, sus ojos de color avellana... ¡hasta su vestido! Me produciría mucha congoja *verla ahora*; la realidad, por bella que fuese, destruiría, o al menos confundiría, los rasgos de la adorable Peri⁹⁷ que entonces existió en ella y que todavía vive en mi imaginación, a más de dieciséis años de distancia. Ahora tengo veinticinco y unos cuantos meses...

Creo que mi madre refirió las circunstancias (lo que me pasó cuando supe de su matrimonio) a los Parkyns, y sin duda a la familia Pigot, y probablemente habló de ellas en su respuesta a Miss Abercromby, que ya conocía de sobra mi infantil *penchant* y me había enviado aquellas noticias a propósito, ¡cosa que le agradezco!

Aparte del comienzo, la conclusión de aquello ha ocupado a menudo mis pensamientos en forma de análisis. Los hechos son como son, eso lo saben otros aparte de mí, y además mi memoria también me lo dice en algo más que un susurro. Pero, cuanto más reflexiono, más me desconcierta tratar de asignar alguna causa a esa precocidad de afectos⁹⁸.

En todo lo demás, no me diferenciaba en nada de otros niños de mi edad;

no era ni alto ni bajo, ni perezoso ni agudo, pero sí bastante inquieto, salvo en mis momentos de mal humor, y entonces me comportaba como un demonio. Cierta vez (en una de mis furias silenciosas) me arrancaron de las manos un cuchillo que había sustraído de la mesa durante la cena de Mrs. Byron (yo siempre cenaba más temprano⁹⁹) y me había llevado al pecho; pero esto fue tres o cuatro años después, justo antes de la muerte del último lord Byron.

Sin duda, mi *notorio* mal genio ha mejorado en los últimos años; pero hasta mi última hora habré de lamentar las consecuencias de verlo mezclado con mi ardor, cosa que me produce escalofríos. En cierta ocasión... bueno, qué más dará: otras hay ya no mucho mejores en las que pensar, y a estas les doy preferencia.

Pero aborrezco recrearme en incidentes. Mi mal genio está ahora bajo control: rara vez *estalla*, y cuando estalla no es letal. Es ese momento en que se amasa en silencio y siento mi frente y mis mejillas *palidecer* cuando no puedo controlarlo; y entonces... pero, a menos que haya por medio una mujer (y no hablo de una mujer cualquiera), acabo por hundirme en una soportable apatía¹⁰⁰.

Lord Holland me invitó hoy a cenar; pero cenar tres días seguidos sería mi destrucción. Así pues, sin comer nada desde ayer, me dirigí a mi palco en Covent Garden.

Vi a ***¹⁰¹ con un aspecto realmente encantador, aunque su belleza es de un estilo diferente al de las otras dos. Tiene los ojos más hermosos del mundo, aunque ella pretenda *no ver*, y las pestañas más largas que jamás he visto desde las arábicas cortinas de la luz de Leila y Fanio. Posee una gran belleza –la suficiente–, pero es, me parece, *méchante*.

He pensado mucho en los pesares de la separación, en lo poco que vemos a aquellos a quienes amamos y en los siglos que sin embargo vivimos por momentos, *cuando estamos juntos*. Lo único que me consuela durante la ausencia es la idea de que no hay lugar a separación mental o personal alguna producida por el aburrimiento o una riña, y que cuando en el futuro dos personas se reúnen, aun con los cambios que hayan podido darse en el intervalo, con todo –a no ser que cada cual esté *cansado* del otro–, se hallarán dispuestas a reconciliarse y no se culparán mutuamente por las circunstancias

que las separaron.

Sábado, 27 (creo, o al menos *dudo*,
lo cual es el *ne plus ultra* de la fe mortal)

He perdido un día; y, como dijo el irlandés (o Joe Miller¹⁰² dice por él), «he ganado una pérdida», o *con* la pérdida. Todo está listo de cara a Holanda, y nada excepto un catarro, o el capricho de mi compañero de viaje, puede detenernos. Carruaje pedido, fondos preparados, y es posible que además hasta tengamos temporal. *N'importe*: creo, con Clym o' the Clow o Robin Hood, «por nuestra María (¡amado nombre!) que sois a un tiempo Madre y Primavera, creo que el destino del hombre nunca fue morir antes de su hora»¹⁰³. ¡Hurra por Hellevoetsluis y demás!

Esta noche he ido con el joven Henry Fox¹⁰⁴ a ver *Nourjahad*, un drama que el *Morning Post* me ha atribuido¹⁰⁵, pero del que no alcanzo a adivinar su autor. Me pregunto qué será lo siguiente que me endilguen. No pueden caer más bajo que el melodrama; pero eso es mejor que una sátira o, al menos, una de las mías, de lo cual hasta yo mismo me inculpo, y en cuya expiación he decidido soportar en silencio todas las críticas, injurias e incluso halagos hacia cualquier mala pantomima que no sea composición mía sin mostrar la menor oposición. Supongo que los rumores han surgido porque presté al director mis dibujos turcos para que los pudiera emplear en su vestuario, algo que concedí de buena gana sin hacerlo extensivo a mi nombre. Imagino que el verdadero autor no tardará en reconocer su obra, pues ha sido un éxito; si no, ¡que Job sea mi ejemplo y el Leteo mi bebida!

Lady Frances Webster ha recibido el retrato en buen estado¹⁰⁶, y por toda respuesta el único comentario que se le ocurre hacer es: «De veras se parece», y otra vez: «De veras se parece». Para ella el parecido debe «cubrir una multitud de pecados», pues quién mejor que yo para saber que no hablamos de un retrato concebido para el halago, sino oscuro y adusto, e incluso negro como el humor en que mi mente se consumía el pasado julio, cuando posé para él. Los otros que me han hecho –como la mayor parte de los retratos, en definitiva– son, desde luego, más complacientes que fidedignos.

Leo lo que el *Edinburgh Review* dice de Rogers. Lo ponen por las nubes,

pero no es para menos. Se nos hace un breve repaso a todos, *Moore* y *yo* entre ellos; y a ambos (al *primero* con justicia) se nos alaba, aunque implícitamente (con justicia otra vez) quedamos por debajo de nuestro memorable amigo. El autor del texto es Mackintosh, así como de la crítica a la *Staël*. Su magnífico ensayo sobre Burke, por lo que he oído, figurará en el próximo número. Pero lo que conozco del *Edinburgh* o de cualquier otra revista sólo me llega a través de rumores. Hace mucho que dejé de quejarme de ellas y, para ser justos, la verdad es que tampoco podría hacerlo de ninguna, aun cuando valorase la poesía en general, y mis rimas en particular, por encima de lo que en realidad lo hago. Separar *mi yo* de *mí* (¡oh, esa maldita egolatría!) ha sido siempre mi único, mi absoluto, mi más sincero motivo para dedicarme a la escritura; y publicar es asimismo la prolongación del mismo fin, por la acción que suscita en la mente, que de otro modo se encierra en sí misma. Si en algo valorase la fama deberían halagarme las opiniones recibidas, que han ganado fuerza con el tiempo y durarán más que cualquier posible crítica adversa. Pero por mi alma que no puedo ni podré llevar a engaño mis propios pensamientos y dudas, venga lo que venga. Si soy un necio, soy, al menos, un necio que duda, y de nadie envidio la confianza en una autoacreditada sabiduría.

Todo el mundo tiende a creer en aquello que codicia, ya sea un billete de lotería o un pasaporte al Paraíso (en lo cual, por cómo lo describen, no veo nada demasiado tentador). Esta inquietud que siento me dice que tengo «algo más que la apariencia»¹⁰⁷. Es a Él, que la creó, a quien concierne prolongar esa chispa de fuego celestial que ilumina –aunque sea quemándola– esta frágil envoltura; pero no veo tanto horror en un «sueño sin sueños» ni concibo existencia alguna cuya duración no acabe por hastiar. ¿Cómo, si no, «cayeron los ángeles», incluso de acuerdo a la fe? Eran inmortales, divinos y felices, como el *apóstata Abdiel*¹⁰⁸ lo es hoy a causa de su traición. El tiempo habrá de decidir, y la eternidad no será menos grata o más horrible porque uno no se la espere. Mientras tanto, agradezco un poco de bondad, y soy tolerablemente paciente con ciertas maldades, *grace à Dieu et mon bon tempérament*.

Domingo, 28. Lunes, 29. Martes, 30

Dos días perdidos en mi cuaderno de bitácora: *hiatus haud deflendus*¹⁰⁹. Eran tan poco dignos de recuerdo como los demás, y, por suerte, la pereza o la sociedad me han librado de dejar aquí su *muesca*¹¹⁰.

El domingo cené con lord Holland en St. James's Square. Mucha gente, entre ella sir Samuel Romilly y lady Romilly¹¹¹, el general sir No-sé-qué Bentham (un hombre de ciencia y talento, según me han dicho), Horner –*el mismísimo* Horner–, articulista del *Edinburgh*, excelente orador en la «honorable cámara», muy agradable además y todo un caballero en sociedad, por lo que he podido ver; Sharp, Philips de Lancashire, lord John Russell¹¹² y otros «hombres buenos y honestos»¹¹³. El círculo social de la casa Holland es muy interesante: siempre hay alguien que merece la pena conocer. Me atiborré de esturión y me excedí con el champán y con el vino en general, pero no se me subió a la cabeza. Cuando *cenó* en serio, trago como un árabe o una boa, ya sea pescado o verdura, pero nunca carne. Siempre me siento mejor, de todos modos, con mi té y mis bizcochos que con cualquier otra dieta, e incluso *estos* de forma espartana.

¿Por qué lady H. coloca siempre esa maldita pantalla entre la habitación y el fuego? Yo, que soporto el frío no mucho mejor que un antílope y nunca he hallado un sol lo bastante *hecho* para mi gusto, estaba absolutamente petrificado y no podía ni temblar. Los demás igual, de hecho parecía que acababan de ser desempaquetados, como salmones extraídos de una cubeta de hielo, y que los habían puesto a la mesa sólo para aquel día. Cuando lady H. se retiró, observé sus rostros al apartar yo el biombo, y vi que las mejillas se les fundían y las narices se les sonrojaban con el ansiado calor.

El sábado fui con Harry Fox a *Nourjahad*, y creo que le convencí, a fuerza de bostezos, de que no es mía. Ojalá su afectado autor confiese la autoría y me libere de su fama. Las ropas quedan bien, pero no son muy reales: las de Mrs. Horne, quitando el turbante y la ausencia de una pequeña daga (si se trata de una sultana), son *perfectas*. Nunca en mi vida he visto a una turca con turbante; ni yo ni nadie. Las sultanas llevan un pequeño puñal en la cintura. Los diálogos son soporíferos, la acción pesada, el escenario correcto, los actores pasables. Tampoco puedo decir mucho de su serrallo:

Teresa, Fanio o ***¹¹⁴ valían más que todas ellas juntas.

El domingo, preciosa carta de Mackintosh, quien constituye un caso atípico de unión entre talento eminente y excepcionalidad humana. Hoy (martes) muy bonito *billet* de M. *la baronne* de Staël Holstein. Está encantada de estar encantadísima con la mención que de ella y de su última obra hago en mis notas¹¹⁵. Dije lo que pensaba. Sus obras me parecen deliciosas, y también ella lo es durante... media hora. No me gustan sus ideas políticas: al menos, que las *haya cambiado*; serían lo de menos, de haberse mantenido *qualis ab incepto*¹¹⁶. Pero es una mujer aparte, e intelectualmente ha hecho más que todas las demás juntas; tendría que haber sido hombre. Me *halaga* con mucha gracia en su nota, pero lo *entiendo*. Si por algo la adulación no nos desagrade es porque, aun siendo falsa, nos hace ver que de alguna manera somos lo bastante importantes como para inducir a los demás a la mentira, a convertirnos en sus amigos; no otra cosa les mueve.

***¹¹⁷, según he oído, está reputándose como el autor de un *juego de palabras* (que hice *yo* en una cena en casa de Mackintosh algún tiempo atrás) sobre Ward, quien preguntaba «cuánto costaría hacerle de nuevo *whig*». Yo respondí que, probablemente, «antes de hacerle de nuevo *whig* habría que *recompensarle*»¹¹⁸. Esta broma de poca monta, ante la Staël y Mackintosh y cierto número de circunstancias, ha corrido de boca en boca y por fin se ha aposentado en la cabeza de ***: pues nada, que le dure.

George¹¹⁹ ha regresado del medio líquido para adquirir una nueva embarcación. Se le ve delgado, pero está mejor de lo que esperaba. Quiero a George mucho más de lo que la mayor parte de la gente quiere a sus herederos. Es un buen tipo y un marino de los pies a la cabeza. Haría cualquier caso, *excepto apostatar*, por mantenerle en su profesión.

Vino Lewis. Es buena gente y un tipo alegre, pero pesado y contradictorio y *suyo* hasta decir basta. Si hablara la mitad de lo que habla y redujera sus visitas a una hora, le haría un gran favor a su popularidad. Como autor es muy bueno, y su vanidad es *ouverte*, como la de Erskine, y aun así no resulta ofensiva.

Ayer, carta muy bonita de Annabella, a la que he respondido. ¡Qué extraña situación y qué amistad es la nuestra! Sin una chispa de amor por

ninguna de las partes, y originada por circunstancias que generalmente producen frialdad en un lado y aversión en el otro¹²⁰. Es una mujer superior y no muy consentida, lo cual es extraño en una heredera: una chica de veinte, futura paresa por derecho de nacimiento, hija única, y una *savante* que siempre ha hecho las cosas a su manera. Es poetisa, es matemática, es metafísica y, pese a todo, muy dulce, generosa y amable, y muy poco presuntuosa. Cualquier otra cabecita se lo hubiera tenido muy creído con la mitad de sus talentos y una décima parte de sus ventajas.

Miércoles, 1 de diciembre

Hoy he respondido a *la baronne* de Staël Holstein y he enviado a Leigh Hunt¹²¹ (a quien, a través de Moore, sumé a mis conocidos el pasado verano) una copia de mis dos cuentos turcos. Hunt es un personaje extraordinario, y no exactamente de la época actual. Más bien me hace pensar en los tiempos de Pym y Hampden: posee un enorme talento, gran independencia de espíritu y aspecto austero, pero no repulsivo. Si prosigue *qualis ab incepto*, conozco a pocos hombres que merezcan más encomio o vayan a obtenerlo. Tengo que volver a visitarlo: la rapidez con que han transcurrido los acontecimientos desde el pasado verano, unida a diversas inquietudes y negocios de importancia, han interrumpido nuestro contacto, pero es un hombre al que merece la pena conocer a fondo. Y, aunque por su propio bien deseo que abandone la prisión, me gusta estudiar el carácter en tales situaciones. Hunt se ha mantenido firme y así seguirá. No le creo lo bastante versado en la vida: es un fanático de la virtud (no de la religión) y un enamorado de la belleza de ese «nombre vacío», como enunció Bruto en su último aliento, cosa que demuestra cada día. Es, quizá, un tanto dogmático, como todos los hombres que son *centro de círculos*, anchos o estrechos –los sir Oráculos en cuyo nombre se reúnen dos o tres–, han de ser, y como incluso lo fue Johnson; pero, con todo, es un hombre valioso y menos vano de lo que el éxito o aun la consciencia de preferir «lo justo a lo conveniente» podría excusar.

Mañana habrá fiesta de *púrpuras* en casa de la «azul» Miss Berry. ¿Qué hago, voy? ¡Uf! No me van mucho los moscardones¹²²: pero uno debería ser civilizado. Estarán, «sospecho»¹²³ (como dicen los americanos), los Staëls y

Mackintoshes –bien–, los ***s y los ***s –no tan bien–, los ***s, etc. etc. – todo menos bien–. Quizá esa erudita mariposa cachemira de las alas azules, lady Charlemont, esté allí. Eso espero; es un placer descansar la mirada en el más hermoso de los semblantes.

He escrito a Hodgson: ha estado diciendo que yo [...] ¹²⁴. Si de algo estoy seguro es de que *yo* no he dicho nada, y preferiría que él tampoco lo hubiera hecho. Es un buen tipo, y me he hecho un favor diez veces mayor a mí mismo al poder serle útil que el que yo le haya hecho a él, así que fin del asunto ¹²⁵.

Baldwin no deja de darme la lata para que eleve su petición a la Magistratura Real ¹²⁶. El año pasado presenté la de Cartwright ¹²⁷; y Stanhope y yo nos mantuvimos firmes frente a toda la cámara, y hablamos con gallardía, y nos divertimos un poco y no recibimos demasiadas injurias por nuestra oposición. Pero «no estoy en vena» ¹²⁸ para estos asuntos. Ahora bien, si lady Oxford hubiera estado aquí, me habría *obligado* a hacerlo. *He aquí* una mujer que, en medio de toda su fascinación, siempre impeliría a un hombre a la utilidad o la gloria. De haber seguido a mi lado, habría sido mi genio tutelar.

Baldwin es muy insistente, pero pobre tipo: «No puedo salir, no puedo salir, dijo el estornino» ¹²⁹. Ah, soy tan malo como ese perro de Sterne, que prefería plañir sobre «el cadáver de un burro antes que aliviar las penas a una madre» ¹³⁰: villano, hipócrita, esclavo, ¡sicofante! Claro que *yo* no soy mejor. Digo que no logro estimularme para hablar en favor de esos infortunados, y con tres palabras y media sonrisita de lady Oxford, de estar aquí para urgirme a ello (e infaliblemente lo haría: al menos, siempre me presionó para que ejerciese en tareas senatoriales, y especialmente en favor de los más débiles), me convertiría en su valedor, si no en orador. ¡Maldito sea Rochefoucauld por tener siempre razón! En él la mentira sería virtud o, cuando menos, un alivio para sus lectores.

Al final no ha venido George Byron. Espero que llegue a almirante y quizá, ya puestos, a lord Byron. Si al menos se casase, yo me comprometería a no casarme nunca o a no desheredarle. George sería así más feliz, y yo preferiría tener sobrinos antes que hijos.

Pronto cumpliré veintiséis (22 de enero, 1814). ¿Hay algo en el futuro que pueda consolarnos mínimamente de no tener siempre *veinticinco*?

Oh gioventu!

Oh Primavera, gioventu dell'anno!

*Oh gioventu, primavera della vita!*¹³¹

Domingo, 5 de diciembre

El sobrino de Dallas (hijo del fiscal general del estado americano) acaba de llegar al país y le cuenta a Dallas que mis rimas son muy populares en los Estados Unidos¹³². Estas son las primeras noticias que han podido sonar a *fama* en mis oídos: ¡ser leído en las riberas del Ohio! El mayor placer de esta naturaleza que había obtenido hasta ahora procedía de un fragmento, recogido en la biografía del actor Cooke, del diario de este, donde afirmaba que en una sala de lecturas de Albany, cerca de Washington, leyó atentamente mi *English Bards and Scotch Reviewers*. Ser popular en un país floreciente y lejano te deja un no sé qué de *sensación póstuma*, bien distinta de la que proviene del efímero *éclat* y los cumplidos propios de la fiesta, el ruido y la bullanga de la multitud atildada. Sin temor a equivocarme puedo afirmar que, durante mi *reinado* en la primavera de 1812, no lamenté nada excepto que durase seis semanas en lugar de quince días, y me alegré sinceramente de abdicar.

Anoche cené con Lewis, y como siempre, aunque no me excedí ni con los sólidos ni los líquidos, he estado desde entonces medio muerto. Mi estómago ha quedado completamente destruido por largos períodos de ayuno, y es probable que el resto no tarde en seguirle. Que así sea: lo único que pido es que pase el *dolor*. El «salto a lo oscuro» es lo menos temible.

Vino el duque de ***. He dicho cuarenta veces que, salvo para media docena de viejos conocidos muy específicos, soy invisible. Su gracia es una persona honesta, noble, ducal; pero me basta considerarlo así en la distancia, así que... no estaba en casa.

Visita de Galt. Nota recordatorio: pedir que alguien hable favorablemente

de su obra a Raymond¹³³. Somos viejos compañeros de viaje¹³⁴ y, con todas sus excentricidades, tiene mucho sentido común, experiencia del mundo y es, por lo que he visto, un tipo de talante bondadoso y filosófico. Le enseñé la misiva de Sligo donde se hablaba de la *aventure* en Atenas con la chica turca, escrita muy poco después de que aquello ocurriera¹³⁵. Él y lord Holland, Lewis, y Moore, y Rogers, y lady Melbourne la han visto. Murray dispone de una copia. Yo pensaba que el asunto *no era conocido*, y ojalá fuese así; pero Sligo llegó sólo unos días después y los *rumores* son el tema de su carta¹³⁶. Debo guardarla bien: *más vale*. Lewis y Galt estaban *horrorizados*, y a L. le sorprendía que no hubiera introducido la situación en *El Giaour*. Que se sorprenda; más habría de sorprenderle que esa obra haya sido escrita. Pero describir los *sentimientos* en *tal situación* sería imposible: *hiela* la sangre sólo el recordarlos¹³⁷.

La novia de Abydos se publicó el jueves dos de diciembre, pero ignoro si ha gustado o disgustado. Su suerte, buena o mala, no será culpa del público, contra el cual no puedo tener queja¹³⁸. Pero estoy mucho más en deuda con el cuento de lo que nunca podría estarlo con el lector más parcial; pues derivó mis pensamientos de la realidad a la imaginación (del lamento egoísta a los recuerdos vívidos) y me devolvió a un país que rezuma los colores más *brillantes* y *oscuros*, pero siempre los más *vivos*, de mi memoria. Vino Sharp, pero no le hicieron pasar, cosa que lamento.

Ayer vi a Rogers. No acudí a mi cita en Middleton, lo cual quizá no le haya gustado; y mi proyecto de viaje con Ward quizá le guste menos. Pero deseo estar en buenos términos con ambos. Son instrumentos que no suenan bien juntos; pero, sin duda, sus tonos por separado son muy musicales, y no renunciaré a ninguno.

Hago bien en no dar la nota entre tantas disonancias. Por ahora me llevo tolerablemente bien con todo el mundo, pero no puedo adoptar sus *antipatías*: las hay de tantos *tipos*... En primer lugar está la casa Holland: todo lo *distinguido* es allí bienvenido, y no cabe duda de que el *tono* de su sociedad es el mejor. Luego está la de Madame de Staël: nunca voy allí, aunque podría, de haberlo buscado. La constituyen los *** y la familia *** junto a un extraño goteo de oradores, dandis y toda clase de *azules*, desde el uniforme

habitual del escritor de poca monta¹³⁹ hasta el justillo azur del *littérateur*. Ver sentados a *** y *** juntos durante la cena siempre me hace pensar en la tumba, donde la distinción entre amigo y enemigo se nivela a un mismo rasero, y todos –el reseñador y el reseñado, el rinoceronte y el elefante, el mamut y el megalonyx– descansan juntos y en paz. Ahora se *sientan* juntos, y tan callados –si bien no tan en paz– como si ya hubieran sido inhumados.

La otra noche no acudí a casa de las Berry. La mayor es una mujer de mucho talento, y ambas son agraciadas y han debido de ser hermosas. Se me ha requerido esta noche en la de lord H. ¿Iré? ¡Uf! Tal vez.

Madrugada, dos en punto

Fui a casa de lord H. Numerosos invitados, *milady* de un excelente humor, y por lo tanto *excelente*. Nadie más agradable, o al menos tan agradable como ella, cuando quiere. El miércoles me han invitado a cenar y ver a la Staël: invitación hecha a propósito, creo, y con toda picardía para asistir al primer encuentro tras la *nota*¹⁴⁰, con la que Corinne¹⁴¹ confiesa estar muy entusiasmada. No es que me guste mucho la idea; siempre habla de *mí* o de *ella*, y a mí (excepto en soliloquio, como ahora) no me apasionan demasiado ninguno de esos asuntos, en especial el de nuestras respectivas obras. ¿Qué diablos puedo decir de *De l'Allemagne*? Me gusta una barbaridad; pero, a menos que consiga forzar mi admiración en alguna expresión más fantástica, ella no me creerá; y sé por experiencia que me arrollará con sutilezas acerca de la rima, etc. etc. A su amante, Mr. Rocca, lo vi allí esta noche, y Campbell dijo «que él era la única prueba que tenía del buen gusto de ella». Monsieur *L'Amant* es notablemente bello; pero no creo *yo* que más que su libro.

Campbell tiene buen aspecto: parece ufano, e iba muy *peripuesto*. Le sienta muy bien su abrigo azul... y también su nueva peluca. De verdad que parecía que el propio Apolo le hubiera dado una segunda piel o un traje de bodas, y se mostraba ingenioso y lleno de vida. Echó pestes de la obra de Corinne, cosa que lamento, en primer lugar porque sabe alemán y en consecuencia es un justo juez, y en segundo lugar porque es una *eminencia* y, por tanto, el mejor de los jueces. Lo venero y lo admiro, pero no me apareé de mi opinión: ¿por qué habría de hacerlo? *La* leo una vez y otra y no puede

haber afectación en ello. No puedo equivocarme (salvo en cuestión de gusto) acerca de un libro que leo y dejo y vuelvo a coger; y ningún libro puede ser del todo malo si encuentra *un* lector, aunque sea sólo *uno*, que pueda decir lo mismo con absoluta sinceridad.

Campbell se está planteando dar unas conferencias la primavera que viene; las últimas que dio fueron un rotundo éxito. Moore también se lo planteó, pero lo dejó correr, no sé por qué. *** ha estado sermoneándole en pro de la *dignidad*: como si un hombre pudiera malograrse por enseñar y hacer disfrutar al mismo tiempo.

Me presentaron al marqués de Buckingham; vi a lord Gower, que marcha a Holanda; a sir J. y lady Mackintosh y Horner, G. Lamb¹⁴², con no sé cuántos más (entre ellos Richard Wellesley, un tipo inteligente) agrupados por el salón. El pequeño Henry Fox es un chico muy majo, con un carácter y unos modales muy prometedores: se fue a la cama antes de que me diera tiempo a hablar con él. Sin duda hubiera preferido escucharle a él antes que a todos los *savans*.

Lunes, 6 de diciembre

Murray me cuenta que Croker¹⁴³ le preguntó por qué lo he llamado *La novia de Abydos*. Es una pregunta endiabladamente difícil e imposible de responder. No *es* una *novia*, sólo está a punto de serlo; pero por tal, y tal, y tal...

No me lo imagino dando con la *bromita*; pero ya es demasiado tarde para que detectar [...] sirva de mucho. Fui un verdadero idiota al ponerla ahí, y me avergüenza no ser irlandés.

Campbell parecía anoche un poco molesto con algo, ignoro qué¹⁴⁴. Estábamos los dos en la antesala cuando lord H. salió de la otra habitación con un recipiente de composición similar a los que se utilizan en las iglesias católicas, y al vernos exclamó: «Tengan, este *incienso* es para ustedes». Campbell respondió: «Déselo a lord Byron, *está acostumbrado a ello*».

En fin, esto sucede por «no tener un hermano cerca del trono»¹⁴⁵. Yo, que no tengo un trono ni el deseo de tenerlo *ahora*, me encuentro totalmente en paz con la hermandad poética, independientemente de lo que haya podido

hacer; al menos, si alguien me disgusta no es en términos *poéticos*, sino *personales*. Sin duda el territorio del pensamiento es infinito: ¿qué importancia tiene quién está delante o detrás en una carrera donde no existe la *meta*? El templo de la fama es, como el de los persas, el Universo; nuestro altar, la cumbre de las montañas. Me contentaría por igual con el monte Cáucaso que con cualquier otro monte, y quienes gusten pueden quedarse con el Mont Blanc o el Chimborazo: no seré yo quien envidie sus alturas.

Supongo que *ahora* sí puedo hablar de este modo, pues acabo de publicar un poema y sigo ignorando si al final *gustará*. De momento he escuchado poco en su favor, y nadie lo va a condenar *abiertamente* en mi cara, salvo en letra impresa. No debe de ser muy bueno, o no habría tropezado en el umbral y patinado en el mismo título. Pero lo comencé con el corazón rebosante de *** y la cabeza de *orientaladas* (no puedo llamarlas *ismos*), y lo escribí deprisa¹⁴⁶.

Este diario es un alivio. Cuando estoy cansado –como me ocurre por lo general– saco esto, y lo demás viene solo. Pero no puedo releerlo, y Dios sabe qué contradicciones albergará. Si soy sincero conmigo mismo (pero me temo que uno se engaña a sí mismo más que a los demás), cada página habrá de confutar, refutar a y abjurar por completo de su predecesora.

Otro garabato de Martin Baldwin el suplicante: no tengo ni la cabeza ni el temple adecuados para presentar su ruego. Esa maldita cena en casa de Lewis me ha arruinado la digestión y la filantropía. Me siento tan caritativo como una vinagrera. Ojalá fuera un avestruz: me comería hasta las pinzas de la chimenea, o cualquier cosa que pudieran digerir mis mollejas.

Hoy he visto a Ward. Su tío está muriéndose, y a W. no le importan gran cosa nuestras resoluciones sobre Holanda. El jueves cenó con él, siempre que antes de ese día *l'oncle* no se vea servido, o formalmente apalabrado, para los sibaritas de ultratumba. Espero que se recupere, no por salvar *nuestra* cena, sino por fastidiar al enterrador y a esos mezquinos reptiles que bien pueden esperar, pues al cabo ya *les tocará* cenar.

Vino Gell¹⁴⁷ –el de Troya– después de que yo saliese. Nota recordatorio: devolverle la visita. Pero mis notas recordatorio son los mismísimos leguarios del olvido, algo semejante a un faro con una nave naufragada bajo el hocico

de su lámpara. Nunca miro una nota sin darme cuenta de que anoto para olvidar. Nota recordatorio: he olvidado pagar el impuesto Pitt¹⁴⁸, así que supongo que habré de pagar un recargo. «Y no me rebelaré cuando vos seáis rey»¹⁴⁹. ¡Uf! Me parece que hasta mi bizcocho tiene por levadura las mentiras de ese falsario.

Lady Melbourne regresa mañana de su casa de Jersey: debo visitarla. Un tal Mr. Thomson me ha enviado un poema, que habré de elogiar¹⁵⁰. Odio irritar a nadie con la censura o el silencio. Claro que también odio el *carteo*.

En casa de Murray vi a lord Grenbervie y su folleto publicitario sobre un nuevo tratado de árboles madereros. Bien, he aquí un hombre más útil que todos los historiadores y rimadores jamás plantados. Pues, al preservar nuestros bosques y árboles, aprovisiona material suficiente para cuanto en la historia de Inglaterra valga la pena leerse, y para todas esas odas que no valdrán nada.

He leído bastante, pero a ratos. Tengo la cabeza hasta arriba de la morralla más inútil. Es curioso que, cuando leo, sólo pueda soportar el caldo de pollo de... *cualquier cosa* que no sean novelas. Ya hace más de un año que no echo un vistazo a una (aunque en ocasiones las pida, por ponerme a prueba, si bien nunca las recojo), hasta ayer que repasé los pasajes más crudos del Monje¹⁵¹. Tales descripciones bien podrían haber sido escritas por Tiberio en Caprea: resultan forzadas, los *filtros* mentales de un voluptuoso hastiado. Para mí es inconcebible que fueran compuestas por un joven de sólo veinte años, pues tal era su edad al escribirlas. No son humanas: son puro unto amargo de cantárida. Las hubiera creído escritas por Buffon¹⁵² en el lecho mortuario de su aborrecible chochez. Nunca había leído esta edición y sólo le he echado un vistazo por curiosidad, y en recuerdo del ruido que hizo, y por el nombre que ha dado a Lewis. Pero no pueden hacer daño, excepto [...]

Esta tarde visité a mi abogado: mis asuntos siguen igual que siempre. Nuestras extrañas aventuras son la única herencia familiar que no ha menguado.

Voy a fumarme un par de cigarros¹⁵³ y me iré a la cama. Los cigarros no se conservan aquí muy bien. Envejecen tanto como una *donna di quaranti*

anni bajo el sol de África. Los mejores son los habanos, pero no resultan tan agradables como el narguile o el chibuquí. El tabaco turco es suave y sus caballos fuertes: dos cosas como deben ser. Dependo tanto de este diario que hasta me aleja de los versos: al menos, de conservarlos. Acabo de arrojar un poema al fuego (el cual se ha avivado, para mi enorme confort) y ha reducido a cenizas en mi cabeza la idea de escribir otro. Ojalá pudiera librarme de pensar con la misma facilidad o, por lo menos, de la confusión de mis pensamientos.

Martes, 7 de diciembre

Me fui a dormir, no tuve sueños, pero no he logrado descansar. Desperté y me levanté una hora antes de que me llamasen, pero remoloneé tres horas vistiéndome. Cuando uno se sustrae de la vida infantil (que es vegetar), dormir, comer y beber, abotonarse y desabotonarse, ¿qué nos queda de auténtica existencia? El verano de un lirón.

Leí los periódicos y bebí mi té y mi soda, y descubrí que el fuego había sido pésimamente encendido. Lord Glenbervie quiere que vaya a Brighton... ¡Uf!

Recibí esta mañana una preciosa nota de la Staël para que vaya a verla a casa de lord Holland. Me atrevo a decir que habrá escrito otras veinte notitas iguales a la mía esta misma mañana para otra gente, todas igual de aduladoras con cada cual. Tanto mejor para ella y para aquellos que creen en lo que les desea, o desean creerlo. Le ha encantado que le encantase el breve elogio que le hice en la nota anexa a *La novia*. Esto hay que entenderlo de varias maneras: primero, no hay mujer a la que no le guste un halago; segundo, este era inesperado, pues jamás he ido tras ella; y tercero, como afirma Scrub¹⁵⁴, aquellos que durante sus vidas han sido habitualmente agasajados por los críticos habituales gustan de un poco de variedad, y les agrada que alguien más se moleste en decirles alguna cosa amable; y cuarto, ella es una criatura de buen corazón, lo cual es la mejor razón de todas, al fin y al cabo, y quizá la única.

Un solo toc y un toc-toc doble: visita de Bland. Cuenta que la sociedad holandesa (ha estado en Holanda) es una burda imitación de la francesa, pero

que las mujeres son iguales a las de cualquier lugar del mundo. Es un fastidio: preferiría verlas un poco *desiguales*; pero no puede esperarse tal cosa.

Salí, volví a casa, esto, lo otro y lo de más allá, y «todo es vanidad, dijo el predicador»¹⁵⁵, y lo mismo digo yo como miembro de su congregación. Hablando de vanidad, ¿quién me ha hecho mi halago favorito? Diría que Mrs. Inchbald¹⁵⁶ y ese otro de los americanos. La primera porque su *Simple Story* y *Nature and Art*, en mi opinión, hacen *justicia* a sus *títulos*, y por consiguiente su notita a Rogers sobre *El Giaour* me agradó más que cualquier cosa, salvo la reseña del *Edinburgh*. Me gustan los americanos porque da la casualidad de que yo estaba en *Asia* cuando el *English Bards and Scotch Reviewers* era leído en *América*. Si hubiera podido dar un discurso contra el *Tráfico de esclavos* en *África* y escribir el epitafio a un perro en *Europa* (por ejemplo en el *Morning Post*), sin duda mi *vertex sublimis*¹⁵⁷ hubiera desplazado estrellas suficientes como para echar abajo el sistema newtoniano.

Viernes, 10 de diciembre

Estoy *ennuyé* más allá del tiempo que suelo emplear para este verbo bostezante, el cual siempre estoy conjugando, y no veo que la sociedad sirva de mucho para arreglar el asunto. Soy demasiado vago como para pegarme un tiro, y algo así enfadaría a Augusta y tal vez a ***; pero sería un buen apaño para George, por otro lado, y no tan malo para mí. Pero no me dejaré tentar.

He recibido una amabilísima carta de Moore. *Creo* que es el hombre de mejor corazón, el único ser *con corazón* que jamás he conocido; y, encima, sus talentos están a la altura de sus sentimientos.

El miércoles cené en casa de lord H.: los Stafford, Staël, Cowper, Ossulston, Melbourne, Mackintosh, etc. etc., y me presentaron al marqués y la marquesa de Stafford, cosa que no esperaba. Supongo que fue mi riña con lord Carlisle (cuñado de ambos, o más bien de él), que lo hacía inapropiado, lo que lo suscitó¹⁵⁸. Pero, si esto tenía que pasar, me sorprende que no haya ocurrido antes. Ella es guapa y ha debido de ser hermosa, y sus maneras son *principescas*.

La Staël estaba al otro lado de la mesa, y menos locuaz que de costumbre. Ahora somos muy buenos amigos, aunque le preguntase a lady Melbourne si de veras yo poseía alguna *bonhommie*. También podía haber hecho esa pregunta antes de decirle a C.L.¹⁵⁹: «*C'est un démon*». Bastante cierto, pero un tanto prematuro, pues *ella* no podía haberlo averiguado, y en fin... que quiere que vaya a cenar allí el próximo domingo.

Murray prospera, al menos en distribución. Por mi parte, simpatizo (en gusto) con mi fragmento¹⁶⁰. No debe asombrar que haya escrito uno: mi mente es un fragmento.

Vi a lord Gower, Tierney, etc., en la plaza. Me despedí de lord Gower, que marcha a Holanda y Alemania. Me cuenta que lleva consigo un paquete de *Harolds* y *Giaoures*, etc. para los lectores de Berlín, que por lo visto leen en inglés y se han encaprichado con lo mío. ¡Uf! ¿Habré sido *alemán* todo este tiempo, cuando yo me suponía *oriental*?

Le he prestado a Tierney mi palco para mañana; y he recibido una nueva comedia remitida por lady C.A.¹⁶¹, aunque *no es suya*. Debo leerla y esforzarme en no disgustar al autor. Odio fastidiar a la gente con reparos; pero una comedia se me antoja la más difícil de las composiciones, más aún que la tragedia.

Dice Galt que hay una coincidencia entre la primera parte de *La novia* y cierta historia suya, ignoro si publicada o no, porque nunca la he visto. Galt es casi la última persona sobre la que uno cometería latrocinio literario, y no soy consciente de que exista robo de *ingenios* en cualquiera de los géneros¹⁶². En cuanto a la originalidad, toda pretensión es ridícula: «Nada nuevo hay bajo el sol»¹⁶³.

Anoche fui al teatro. Me invitaron a una fiesta, pero no acudí: bien hecho. Rehusé ir a casa de lady *** el pasado lunes: bien hecho de nuevo. Si he de desperdiciar mi vida, prefiero hacerlo solo. Me vi muy tentado: C** parecía tan turca con su turbante rojo y sus suaves y simétricas facciones brunas... No es que *ella* y *yo* hayamos tenido o pudiéramos tener algo; pero amo cualquier rasgo que me traiga a la memoria a los «hijos del sol».

Hoy cenó con Rogers y Sharp y la mera idea me despertó el apetito, pues no me he llevado nada a la boca en las cuarenta y ocho horas precedentes.

Ojalá pudiera dejar de comer para siempre.

Sábado, 11 de diciembre

Domingo, 12 de diciembre

Por la respuesta de Galt, entiendo que se trata de una historia de la *vida real* y no de una obra con la cual mi última composición resulta que coincide. Lo que es todavía más singular, pues la mía también se inspira en la *existencia*.

He enviado una excusa a Madame de Staël. Hoy no me siento lo bastante sociable para salir a cenar; y tampoco iré el miércoles a casa de Sheridan. No es que no admire y prefiera su conversación sin par, pero... este «pero» sólo se entendería si pudiera escribir mis pensamientos. Sheridan estaba en lo mejor de su discurso la otra noche, en casa de Rogers, pero sólo me quedé hasta las *nueve*. Todo el mundo se reunirá esta noche en la de la Staël, y no lamento perderme ni la más pequeña parte. Sólo salgo de casa para renovar mi apetito de soledad.

Salí, pero no fui a casa de la Staël, sino a la de lord Holland. Reunión tumultuosa, conversación general. Me quedé hasta tarde, metí la pata, arreglé el entuerto, volví a casa y me fui a la cama sin haber comido. Algo vacío, pero *fresco*¹⁶⁴, lo cual es mi mayor virtud.

Lunes, 13 de diciembre

Invitado en tres sitios; leí y me preparé para dejar mañana la ciudad. Murray ha recibido una carta de Edimburgo de su hermano bibliópolo¹⁶⁵, quien le dice «que es afortunado por poseer tal *poeta*»: como si uno fuera una mula de carga o «un burro, o algo que sea suyo»; o, como dijo Mrs. Packwood¹⁶⁶ en respuesta a cierta cuestión sobre una *Oda a las Navajas*: «Paciencia, caballero, tenemos un poeta». El mismo ilustre librero de Edimburgo realizó en una ocasión un pedido de libros (poesía y cocina) con esta agradable posdata: «El *Harold* y el *Recetario* son muy demandados». Tal es la fama; y, después de todo, vale igual que cualquier otra forma de «estar en boca ajena». Es algo así como separar a los compradores de Hannah Glasse¹⁶⁷ y Hannah More.

Cierto editor de cierta revista ha *anunciado* a Murray su intención de

denostar la pieza «*sin haberla leído*». Tanto mejor: de leerla antes, la denostaría aún más.

Allen (el Allen de lord Holland: el hombre mejor informado y de los más inteligentes que conozco, un perfecto Magliabecchi¹⁶⁸, un devorador, un Helluo¹⁶⁹ de los libros y un observador de hombres) me ha dejado varias cartas nunca publicadas, y nunca publicables, de Burns. Están llenas de juramentos y canciones obscenas. ¡Qué espíritu tan antitético! Ternura, brutalidad; delicadeza, tosquedad; sentimiento, sensualidad; elevación y humillación; cochambre y divinidad, ¡todo ello entremezclado en esa combinación única de inspirada arcilla!

Me parece extraño: un verdadero voluptuoso nunca dejaría que su mente se abandonase a la ordinaria realidad. Es únicamente por la exaltación de lo terrenal, lo material, lo *physique* de nuestros placeres, es por el ocultamiento de tales ideas, por su olvido sistemático o, al menos, el absoluto rechazo de llamarlas por su nombre aun a nosotros mismos, como evitamos que resulten repugnantes.

14, 15, 16 de diciembre

Muchas cosas hechas, pero nada para el recuerdo. Ya es bastante dejar por escrito mis pensamientos: mis actos rara vez soportan la retrospectiva.

17, 18 de diciembre

Lord Holland me ha contado una anécdota muy curiosa sobre el sentimentalismo de Sheridan. La otra noche compartíamos las distintas opiniones que todos teníamos de él y de otros *hommes marquans*, y la mía era esta:

Todo cuanto Sheridan haya hecho o elegido hacer ha sido, *par excellence*, siempre lo *mejor* en su género. Ha escrito la *mejor* comedia (*School for Scandal*), el *mejor* drama (que en mi opinión es superior a esa bufonada que tiene lugar en St. Giles, *Beggar's Opera*), la *mejor* farsa (*The Critic*, sólo que es demasiado buena para quedarse en farsa) y el *mejor* responso (*Monologue on Garrick*), y, para coronar todo esto, ha dado el *mejor* discurso (el célebre *Begum Speech*) jamás concebido o escuchado en este país.

Alguien se lo contó a Sheridan al día siguiente y, al oírlo ¡rompió a llorar! ¡Pobre Brinsley! Si fueron lágrimas de placer, prefiero haber pronunciado estas pocas pero muy sinceras palabras a haber escrito *La Ilíada* o su propia y celebrada filípica. No, ni siquiera sus comedias me han resultado tan gratas como saber que un encomio mío le ha reportado una momentánea satisfacción, humilde como ha de ser mostrada a quienes son «mayores y mejores que yo».

Esta noche acudí a mi palco de Covent Garden, y mi susceptibilidad se vio un tanto sacudida al divisar a la querida de S** (quien, como bien sé, fue educada desde que nació para su profesión) sentada con su madre, «la alcahueta de lujo del regimiento»¹⁷⁰, en un palco privado situado frente al mío. Me sentí bastante indignado; pero vi, según pasaba la mirada por todo el teatro, que en el palco que había junto al mío, y en el otro, y en el otro, se hallaban los viejos y jóvenes babilonios de más distinguida enjundia; así que rompí a reír. Era muy curioso: lady *** *divorciada*, lady *** y su hija, lady ***, ambas *divorciables*, Mrs. ***, al lado, lo *mismo*, ¡y, aún más cerca, ***! Menuda colección, y más todavía para *mí*, que conozco todas sus historias. Era como si el teatro hubiera sido dividido entre el público y vuestros *sobreentendidos* cortesanos; pero los intrigantes superaban en mucho el número de mercenarios oficiales. Al otro lado sólo estaban Pauline y *su* madre, y en el palco de al lado tres de nota inferior. Y bien, ¿dónde radica la diferencia entre *ella* y *mamá*, y lady *** e hija? A menos que sea que las dos últimas pueden entrar en Carleton y en cualquier *otra casa*, y las dos primeras sólo en la ópera y en la casa de putas. ¡Cómo me divierte observar la vida tal y como es! Y yo mismo, al cabo, soy el peor de todos. Pero no importa: debo evitar el egotismo, que en este caso no significaría vanidad¹⁷¹.

Lo último que he escrito es una rapsodia algo alocada y delirante, que he dejado sin terminar, llamada *The Devil's Drive*, cuya idea la he sacado del *Devil's Walk* de Porson.

Leí un poco de italiano y escribí dos sonetos a ***. Hasta ahora no había escrito más que un soneto, nada serio, hace muchos años, como ejercicio, y jamás escribiré otro¹⁷². Son las más lloricas, espantosas y estúpidamente platónicas de las composiciones. Detesto tanto a Petrarca que ni siquiera me

hubiera molestado en ser el hombre que conquistó a su Laura, algo que ese chocheras metafísico y llorón nunca pudo hacer.

16 de enero

Mañana dejo la ciudad por unos días. Hoy he visto a Lewis, que acaba de volver de Oatlands, donde ha estado peleando con Madame de Staël a causa de Clarissa Harlowe, de Mackintosh, de él mismo y de mí. Nunca se me ha rendido homenaje en esa casa, de otro modo nuestras diferencias hubieran sido mayores. No hablo, no sé halagar y nunca escucho, salvo a una mujer bella o idiota. La Staël aburrió a Lewis alabándole hasta producirle náuseas; descubrió que *Clarissa* era la misma perfección y Mackintosh el primer hombre de Inglaterra. Ahí estoy de acuerdo: al menos *uno* de los primeros. Pero Lewis no lo creía así. En cuanto a *Clarissa*, dejo a quienes sean capaces de leerla que la juzguen y discutan. Yo no puedo hacer lo uno y no estoy, por tanto, cualificado para hacer lo otro. Con alguna prudencia, pues Lewis es mi amigo, la Staël le dijo en primer lugar que yo era afectado, y en segundo lugar, que cometí la nefanda ofensa de sentarme a cenar con los *ojos* cerrados, o medio cerrados. Me pregunto si de veras tengo ese hábito. Si es así, debo quitármelo enseguida. De manera inconsciente uno adquiere las manías más molestas, que deben ser atajadas a tiempo. Si esta es una de ellas, habría preferido que me lo hubiesen dicho antes. No tendría mayor importancia si acostumbraran a darle a uno jaque mate sentándolo junto a una mujer sin atractivos, pero uno también debiera poder ver a algunos de sus vecinos, así como el plato sobre la mesa.

Lo que hubiera dado por escuchar el galante diálogo¹⁷³ que ella y Lewis mantuvieron, siendo ambos cabezotas, listos, raritos, locuaces y gritones. De hecho, nadie hubiera sido capaz de escuchar otra cosa. Pero se han enfadado, lástima, y ya no volverán a discutir. ¿No podría alguien reconciliarlos, al menos «para la ocasión»? Pobre Corinne... ya se dará cuenta de que algunas de sus distinguidas opiniones no están hechas para nuestros distinguidos damas y caballeros.

Está empezando a gustarme lady Juliana Annesley, la hermana pequeña de lady Frances Webster. Una esposa sería mi salvación. Estoy seguro de que

las esposas de mis conocidos no me han hecho hasta ahora bien alguno. Lady Juliana es bella, pero muy joven y, sospecho, una creída, aunque no he visto lo suficiente para juzgar. Por otro lado, odio un *esprit* con enaguas. Lo más probable es que ella no llegue a amarme y que yo tampoco la ame a ella. Pero según mi criterio, y el criterio moderno en general, eso es lo de menos. El negocio (si acaba en negocio) probablemente quedará arreglado entre papá y yo. Ella podrá hacer lo que le plazca: tengo buena disposición hacia las mujeres y soy dócil con ellas, y, si no me enamoro, cosa que trataría de evitar, seríamos una pareja muy bien avenida. En cuanto a la conducta, *eso* es algo de lo que deberá cuidarse bien. Pero *si* amo seré celoso, y por esa misma razón no me enamoraré. Pues, al cabo, dudo de mi carácter y temo que no sería tan paciente como corresponde al *bienséance* de un hombre casado de mi condición. El divorcio es la ruina de la pobre *femme*, y toda indemnización una compensación insignificante. Me inquieta de veras que mi carácter pudiera llevarme a ejercer algún tipo de venganza oriental o a conducirme, en el mejor de los casos, al juicio sumario de los doce pasos¹⁷⁴. Así que «no lo necesito»¹⁷⁵, y seguiré soltero y solitario; aunque me gustaría tener junto a mí alguien con quien bostezar de vez en cuando¹⁷⁶.

Ward, y tras él ***, me han robado una de mis bufonadas sobre *La metafísica y la niebla* de Madame de Staël, y la han hecho pasar, de voz y de palabra, como propia. Como dice Gibbet, «son tan caballeros como cualquiera que haya en el camino»¹⁷⁷. Lamentablemente, W. se ha enemistado con los *whigs* por la reseña a Fox (si es que de veras *fue* él quien hizo la reseña¹⁷⁸) y todos los epigramáticos y ensayistas se han levantado contra él. Odio las *ventajas*, y ojalá los derrote. Por lo que a mí respecta, y en virtud de la indiferencia, he simplificado mis ideas políticas en el rechazo absoluto de todos los gobiernos existentes; y, dado que es el más sucinto, el más grato y el más condensado sentimiento imaginable, desde el primer momento en que hubiera una república universal abogaría por un único y totalitario despotismo. No cabe duda de que la riqueza es poder y que la pobreza significa esclavitud en cualquier parte del mundo, y un tipo de poder establecido no es mejor ni peor para un *pueblo* u otro. Yo estoy del lado de los míos, porque no sería honorable actuar de otra manera; pero, en lo tocante

a *opiniones*, no creo que la política *merezca* una *opinión*. La *conducta* es otra cosa: si empiezas con unos, sé uno con ellos. No soy muy coherente, salvo en lo que respecta a las ideas políticas; y *ello* probablemente derive de mi total desinterés por el tema¹⁷⁹.

18 de febrero

Hace más de un mes que escribí por última vez en el diario; la mayor parte del tiempo he estado fuera de Londres y en Notts., pero no he parado y lo he pasado bien, al menos durante tres semanas. A mi regreso me encuentro con todos los diarios presos de la histeria, y toda la ciudad alborotada, tras el reconocimiento de autoría y la reedición de dos estrofas por el llanto de la princesa Carlota ante las palabras del Príncipe Regente a Lauderdale en 1812¹⁸⁰. Aún siguen con ello día tras día; algunas invectivas interesantes, todas estentóreas. Se habla de que por su causa habrá una moción en nuestra cámara: ya están tardando.

Me levanté y leí el *Morning Post*, que recoge la batalla de Bonaparte, la destrucción de la aduana y un párrafo sobre mí tan largo como mi pedigrí, e injurioso, como siempre.

Hobhouse ha regresado a Inglaterra. Es mi mejor amigo, el más vital y el hombre de más auténticos talentos que existe.

El Corsario ha sido concebido, escrito, publicado, etc. desde la última vez que tomé este diario. Me dicen que ha cosechado gran éxito¹⁸¹; fue escrito *con amore*, y mucho procede de la *existencia*. Murray está satisfecho con sus progresos, y, si el público también lo está con su lectura, no hay más que hablar.

Nueve en punto

Visita de negocios a Hanson. Vi a Rogers y recibí una nota de lady Melbourne, donde dice que se dice que «estoy terriblemente deprimido». Me pregunto si en realidad lo estoy. Ciertamente, he tenido lo mío de «esa materia peligrosa que pesa en el corazón»¹⁸², y es mejor que la gente piense que estoy así a resultas de esos ataques que por la verdadera causa; pero ay, ay, siempre *pero*, hasta el final del capítulo.

Hobhouse me ha contado diez mil anécdotas acerca de Napoleón, todas buenas y ciertas. Mi amigo H. es el compañero más entretenido que hay, y por si fuera poco un buen tipo.

Leí algo, escribí notas y cartas, y estoy solo, lo cual, dice Locke, es mala compañía. «Huye de la soledad y de la holgazanería»¹⁸³. ¡Uf! La holgazanería es problemática, pero no veo en la soledad mucho de lo que lamentarse. Cuanto más trato a los hombres, menos me gustan. Si al menos pudiera decir lo mismo de las mujeres, todo iría bien. ¿Por qué no es así? Tengo veintiséis años: mi ardor ya ha sufrido suficiente como para haberse templado; mis afectos, más que suficiente para haberse podrido... y pese a todo... pese a todo... Siempre *pese y pero*: «Excelentemente, sois pescadero. Vete a un convento». «Me van a desquiciar del todo»¹⁸⁴.

Medianoche

Comencé una carta, que arrojé al fuego. Leí, pero sin mayor propósito. No he visitado a Hobhouse, como había prometido y debí haber hecho. No importa, más pierdo yo. Fumé algunos cigarrillos.

¡Napoleón! Esta semana decidirá su destino. Todo parece estar en su contra, pero creo y confío en su victoria, o al menos que repelerá a los invasores. ¿Con qué derecho imponemos soberanos a Francia? ¡Oh, que venga la República! «Bruto, duermes»¹⁸⁵. Hobhouse rezuma anécdotas continentales de este hombre extraordinario, todas rendidas a su intelecto y su coraje, pero críticas hacia su *bonhommie*. No me sorprende: ¿cómo él, que conoce bien a la humanidad, iba a hacer otra cosa que detestarla y aborrecerla?

Cuanto mayor es la igualdad, más imparcialmente se distribuye el mal y más liviana se vuelve al ser dividida entre tantos: así pues, ¡por la República!

Más notas de Madame de Staël sin respuesta por mi parte, y así seguirán. Admiro sus talentos, pero de veras que su trato es abrumador: una avalancha que lo entierra a uno bajo la más rutilante nadería, todo nieve y sofismas.

¿Qué hago, voy el martes a casa de Mackintosh? ¡Uf! No fui a la del marqués de Lansdowne ni a la de Miss Berry, aunque ambas me agradan. También la de sir James. Pero no sé: creo que las fiestas no hacen mejor a

nadie, a no ser que haya en ellas, al menos, alguna *regnante*.

Me pregunto cómo demonios pudo alguien hacer un mundo así; con qué propósito los dandis, por ejemplo, fueron concebidos, y los reyes, y los rectores de universidad, y las mujeres «de cierta edad», y tantos hombres de cualquier edad, ¡y yo mismo, sobre todo!

*Divesne prisco natus ab Inacho
nil interest, an pauper et infima
de gente, sub dio moreris,
victima nil miserantis Orci.
Omnes eodem cogimur, etc.*¹⁸⁶

¿Hay algo más allá? ¿Quién sabe? *El* que no puede decirlo. ¿Quién dice que lo *hay*? *El* que no lo sabe. Y ¿cuándo lo sabrá? Quizá cuando menos se lo espere, y por lo general cuando menos le gustaría. Con respecto a esto último, sin embargo, no todos somos iguales; todo depende en gran medida de la educación, un poco del temple y las costumbres, pero sobre todo de la digestión.

Sábado, 19 de febrero

De vuelta en casa, tras ver a Kean en el papel de Ricardo¹⁸⁷. ¡Por Júpiter si es auténtico! Vida, humanidad, verdad, sin exageración ni economía de gestos. El Hamlet de Kemble es perfecto, pero Hamlet no es humano. Ricardo es un hombre y Kean es Ricardo. Y ahora a mis asuntos.

Visita a Waite¹⁸⁸. Tengo los dientes sanos y blancos, pero me dice que los hago rechinar en sueños y mello los bordes. El sueño no me resulta un buen amigo, aunque en ocasiones lo corteje la mitad de veinticuatro.

20 de febrero

Me levanté y arranqué dos páginas de este diario, no sé por qué. Hodgson vino y se fue. Tiene mucha *bonhommie*, junto a otras buenas cualidades, y más talento del que hasta ahora se le acredita más allá de su círculo.

Invitado a cenar en la casa Holland para conocer a Kean. Merece la pena conocerle: espero que el entrar en la buena sociedad le prevenga de caer

como Cooke¹⁸⁹. En escena Kean le supera hoy día, y fuera de ella no habrá de ser menos. En un periódico ha aparecido una crítica estúpida, menospreciándolo. Anoche tuve la impresión de que, aun estando enorme, actuó con más contención que la primera vez. Puede ser por efecto de esos reparos, pero confío en que tenga la sensatez de no darles importancia. No puede pretender conservar su prestigio actual o llegar todavía más alto sin la envidia de sus compañeros de bastidores¹⁹⁰ y la mordedura de quienes los admiran. Pero, si no es capaz de vencer a unos y otros, entonces qué le vamos a hacer: el mérito no se compra en «estos tiempos de mercantilismo»¹⁹¹.

Ojalá tuviera talento para el drama: escribiría una tragedia *ya*. Pero no, lo he perdido¹⁹². Hodgson dice que va a escribir una: se le dará bien, y opino que Moore debería intentarlo. Tiene un talento maravilloso y muchos registros; además, ha vivido y ha sentido. Para escribir de manera que se conmueva el corazón, el corazón habrá tenido antes que ponerse a prueba, pero quizá sea mejor que ya haya dejado eso atrás. Cuando uno se encuentra bajo la influencia de las pasiones sólo siente, pero no puede describirlas; no más de lo que uno, estando en plena acción, puede dar media vuelta y contarle la historia al vecino de al lado. Cuando todo ha terminado, todo, todo, y es irrevocable, confía en la memoria: para entonces ella será incluso demasiado fidedigna.

Salí y respondí algunas cartas, bostecé aquí y allá, leí el *Robbers*. Está bien, pero *Fiesco*¹⁹³ es mejor, y *mejores* Alfieri y el *Aristodemo* de Monti. Son más equilibrados que los dramaturgos tudescos.

Respondí –o mejor dicho, acusé recibo– del poema del joven Reynolds, *Safie*¹⁹⁴. El chico es listo, pero ha tomado prestadas muchas de sus ideas: *de dónde*, ya lo averiguarán los críticos. Odio desalentar a un joven; y creo – pese a toda su agitación, y a ser más oriental de lo que sería de haber visto el lugar en que sitúa su relato– que posee mucho talento y, sin duda, suficiente ardor.

Recibí una epístola muy singular; y la forma de transmisión, de manos de lord H., tan curiosa como la propia carta. Pero era gratificante y bonita.

Domingo, 27 de febrero

Aquí estoy, solo, y no cenando en casa de lord H., donde me habían invitado; pero no tengo ganas de ir a ninguna parte. Hobhouse dice que me estoy convirtiendo en un *loup garou*, un duende solitario. Cierto: «No necesito a nadie»¹⁹⁵. La última semana la he pasado leyendo, asistiendo a obras de teatro, haciendo alguna visita de vez en cuando, a veces bostezando y a veces suspirando, pero sin escribir nada a excepción de cartas. Si pudiera leer sin descanso, jamás sentiría la necesidad de mezclarme en sociedad. ¿Lo lamento? ¡Uf! «No me siento atraído hacia los hombres»¹⁹⁶, y sólo hacia las mujeres... de una en una.

Hay algo que me resulta muy tranquilizador en la presencia de una mujer, alguna extraña influencia, incluso sin estar enamorado, que no consigo explicar del todo, pues no tengo una opinión muy elevada de su sexo. Y aun así me siento siempre de mejor humor conmigo mismo y con todo lo demás si tengo una mujer a mano. Incluso Mrs. Mule, mi fogonera¹⁹⁷, la más anciana y ajada de su condición, y (excepto conmigo) no la más simpática, siempre me hace reír, un logro no muy difícil cuando estoy «en vena»¹⁹⁸.

¡En fin! ¡Ojalá me encontrara en mi isla! No estoy bien, aun cuando por mi aspecto se diría que tengo buena salud. Por momentos, me temo, «no estoy en mis cabales»¹⁹⁹; y, con todo, mi corazón y mi cabeza han soportado más de un golpe, ¿qué puede afligirles ahora? Se devoran entre sí, y yo estoy enfermo, enfermo: «Os lo ruego, desabrochadme este botón... ¿por qué un gato, una rata, un perro viven, y vos no vivís?»²⁰⁰. Veintiséis años, se dice pronto: en fin, a estas alturas podría y debería haber sido un bajá. «Comienzo a estar ya cansado del sol»²⁰¹.

Bonaparte no ha sido vencido aún; muy al contrario, ha forzado la retirada de Blücher y otra vez ha ganado por la mano a Schwartzenburg²⁰². Eso sí es tener cabeza. Si vence de nuevo, *vae victis!*

Domingo, 6 de marzo

El pasado martes cené con Rogers: Madame de Staël, Mackintosh, Sheridan, Erskine y Payne Knight, lady Donegal y Miss R.²⁰³ estaban allí. Sheridan contó una historia muy buena sobre él y cierto pañuelo de Madame de Récamier; Erskine, unas cuantas historias exclusivamente sobre él. La *Staël*

va a escribir un libro enorme sobre Inglaterra, según dice; la creo. Quiso saber si me gustaba esa cosa de Miss Maria Edgeworth llamada *Patronage* y le respondí (muy sinceramente) que la consideraba muy mala para ser *suya*, y peor que cualquiera de sus otras obras. De inmediato me vino la idea de que lady Donegal, al ser irlandesa, podría ser seguidora de Maria Edgeworth, y lamenté mucho mi opinión, pues odio poner a la gente en aprietos, ya sea por algo de ellos o de sus favoritos; parece que uno lo hiciera a propósito. La cena discurrió muy bien y el pescado estaba hecho muy a mi gusto. Pero nos levantamos de la mesa casi inmediatamente después de que lo hicieran las mujeres, y Mrs. Corinne suele remolonear tanto rato tras la cena que uno siempre desea que se quede... en el salón.

Hoy ha venido Campbell, y cuando aún estaba aquí llegó Merivale. Durante nuestro coloquio, C. (sin saber que Merivale era su autor) se mofó de la «enfermiza sensiblería del *Quarterly Review* al tratar la *Correspondencia* de Grimm». Yo (que conocía el secreto) cambié de tema tan pronto como pude, y C. se marchó bastante seguro de haber suscitado la impresión más favorable en su nuevo conocido. Por suerte, Merivale es un tipo que no se toma las cosas a mal, o Dios sabe qué podría haber deparado tamaño despropósito. No le miré mientras aquello tenía lugar, pero me sentí como un carbón, pues Merivale me gusta, así como el artículo en cuestión.

Invitado a acudir mañana por la tarde a casa de lady Keith: creo que iré, pero es la primera invitación a una fiesta que acepto esta «temporada», como el docto Fletcher la llamó cuando la mocosa más pequeña de lady Oxford me abrió el ojo y la mejilla con un guijarro mal dirigido: «No importa, milord, la cicatriz habrá desaparecido antes de la *temporada*». Como si el ojo de uno, entretanto, no importase.

Vino lord Erskine y me dio su célebre opúsculo²⁰⁴, con una nota al margen y correcciones de su puño y letra. He mandado que le hagan una encuadernación soberbia, y lo guardaré como oro en paño.

Envié a enmarcar mi grabado de Napoleón. Ya *está* enmarcado; y al emperador le quedan tan bien sus mantos que parece que hubiera nacido envuelto en ellos.

7 de marzo

Me levanté a las siete, a las ocho y media ya estaba listo, acudí a casa de Mr. Hanson, en Berkeley Square²⁰⁵, marché a la iglesia con su hija mayor, Mary Anne (una buena chica), y la llevé al altar para entregársela al conde de Portsmouth. Me pareció una verdadera condesa. Felicité a la familia y al novio (novia)²⁰⁶, bebí un copazo de vino (un riquísimo jerez) por su dicha y etcéteras, y vine a casa. Me pidieron que me quedase para la cena, pero no me era posible. A las tres posé ante Phillips²⁰⁷ para la cara. Visité a lady Melbourne: me gusta tanto que siempre me quedo demasiado tiempo. (Nota recordatorio: corregir eso).

Pasé la tarde con Hobhouse, que ha comenzado un poema, y promete bastante; espero que lo continúe. Escuché algunos curiosos pasajes de la biografía de Morosini, aquel veneciano manazas que voló la Acrópolis de Atenas con una bomba, maldito sea por ello. Acabo de volver a casa muerto de sueño, me voy a ir ya a la cama. He quedado mañana en ver a Sheridan en casa de Rogers.

Singular ceremonia esta del matrimonio: asistí a muchas en el extranjero, griegas y católicas, y a una en *casa*, muchos años atrás. Hay algunas frases extrañas durante el prólogo (la exhortación) que me hicieron volverme, para no reír en la cara del tipo de la sobrepelliz. Metí la pata al unir las manos de los contrayentes: les hice chocar la mano izquierda por error²⁰⁸. Lo arreglé, volví a la carrera hasta el reclinatorio del altar y dije «amén». Portsmouth respondió como si lo llevase todo aprendido de memoria, y, por sacarle una pega, diré que lo hizo bastante antes que el cura. Ahora es medianoche y [...]

10 de marzo, Día de Thor

El martes cené con Rogers: Mackintosh, Sheridan, Sharp, mucha conversación interesante, toda, al menos, si olvidamos mi pobre balbuceo. Hablaron bastante de los viejos tiempos –Horne Tooke, los procesos, la declaración de Sheridan– y se contaron anécdotas de una época en que *yo*, ay, no era más que un niño. De haber sido ya un hombre, me habría convertido en un lord Edward Fitzgerald inglés²⁰⁹.

Dejé a Sheridan en Brookes²¹⁰, donde, dicho sea de paso, apenas hubiera

podido tenerse en pie²¹¹, dado que él y yo fuimos los únicos en beber. Sherry pretende presentarse por Westminster, habida cuenta de que Cochrane (el corredor de bolsa amigo de los fraudes²¹²) tendrá que abandonar su cargo. Brougham²¹³ opta al puesto. Temo por el bueno de Sherry. Ambos poseen talentos de primer orden, pero el jovencuelo *ya* tiene una reputación. Si llega a la edad de Sherry, veremos cómo afronta las constantes cribas de la vida pública. No sé por qué, pero odio ver perder a los *mayores*; en particular a Sheridan, a pesar de toda su *méchanceté*.

Recibo de lady Portsmouth, *père* y *mère*, muchas y muy amables muestras de agradecimiento por mis labores de casamentero. No me arrepiento, pues Mary Ann parece toda una condesa y es muy buena chica. Resulta curioso cómo lleva sus nuevos honores. Parece una mujer diferente, y de alta alcurnia además. No tenía ni idea de mi habilidad para crear tan buenas paresas.

Fui al teatro con Hobhouse. Mrs. Jordan estaba soberbia en el papel de Hoyden, y Jones bastante bien en el de Foppington²¹⁴. ¡*Qué obras!* ¡*Qué ingenio!* *Hélas!* No hay comedias como las de Congreve y Vanbrugh. La sociedad actual es demasiado insípida para copiarla tal cual. Decidí *no* ir a casa de lady Keith. A Hobhouse le pareció raro. Me pregunto si a *él* le gustarían las fiestas de sociedad. Si uno está enamorado y quiere quebrantar un mandamiento y codiciar cuanto hay en ellas, sirven bien al efecto. Pero juntarse con la pura chusma sin motivo, placer o propósito, ¡es la muerte! «No lo necesito»²¹⁵. Hobhouse me ha contado algo bastante curioso: que *yo* soy el verdadero Conrad, el corsario real, y que parte de mis viajes hay quien supone los he realizado en corso²¹⁶. ¡Uf! Hay veces que la gente está a punto de rozar la verdad, pero nunca toda la verdad. H. no sabe qué fue de mí durante el año que transcurrió después de que se marchase del Levante; ni lo sabe nadie ni... ni... ni... No obstante, es mentira; pero «¡dudo del demonio y sus equívocos, pues miente cuando dice la verdad!»²¹⁷.

Me tienen que llegar mañana ciertas cartas de importancia. ¿Cuáles, ***, ***, o ***? ¡En fin! *** está en mi corazón, *** en mi cabeza, *** en mis ojos y la *soltera*²¹⁸, Dios sabe dónde. Todas ellas me escriben y tendrán su respuesta. «Puesto que me ha costado llevarme bien conmigo mismo, debo

hacer que dure»²¹⁹; si bien yo nunca «equivocué mi persona»²²⁰, aunque me parece que otros sí lo han hecho.

*** vino hoy presa de la desesperación por culpa de su amante, que se ha encaprichado de ***. Empezó a escribirle una carta, pero apenas iniciada no pudo continuar; la acabé en su lugar, y él la copió y la envió. Si *sabe* esperar y se atiene a mis instrucciones y afecta indiferencia, ella acabará por rendirse. Si no, por lo menos se habrá librado de ella, y no parece que retenerla merezca mucho la pena. Pero el pobre muchacho está enamorado; si tal es el caso, ganará ella. Tan pronto las mujeres descubren su poder, *finita è la musica*.

Tengo sueño, así que a la cama.

Martes, 15 de marzo

Anoche cené con Rogers, Mackintosh y Sharp. Sheridan no pudo venir. Sharp contó algunas anécdotas muy divertidas sobre el actor Henderson. Me quedé hasta tarde, y vine a casa tras haber bebido tanto *té* que no pude pegar ojo hasta las seis de la mañana. R. dice que figuraré en *este Quarterly*: despedazado, supongo, pues «nos odian a los jóvenes»²²¹. *N'importe*. Sharp, al pasar junto a las puertas de cierta sociedad para el debate (el Foro de Westminster) cuando acudía a la cena, vio rubricados en las paredes el nombre de *Scott* y el *mío*: «¿Quién es mejor poeta?» era la pregunta de la tarde, e imagino que templarios y *aspirantes* en general tomarían en vano nuestras rimas a lo largo de la contienda. No sé quién recibió la mejor mano de cartas, y tampoco me importa; pero me tomo el maridaje de ambos nombres como un cumplido, aunque pienso que Scott merece mejor compañía.

Visita de Wedderburn Webster: lord Erskine, lord Holland, etc. etc. Escribí a *** acerca del rumor de *El Corsario*. Ella dice que no le sorprende, pues «Conrad es tan *parecido*». Curioso que alguien que me conoce tan a fondo me suelte eso a la cara. En cualquier caso, si ella no sabe, nadie sabrá.

Mackintosh es, según parece, el autor de esa carta que ha aparecido en el *Morning Chronicle* en mi defensa. Si es así, es un gesto muy amable, y más de lo que yo mismo hice por mí.

Le he pedido a Murray que me guarde las *Novelas Italianas* de Bandello, que mañana salen a la venta. Para mí serán como *caídas* del cielo. He leído una sátira sobre mí titulada *Anti-Byron* y le he dicho a Murray que la publique si así lo desea²²². El propósito del autor consiste en demostrar que soy un ateo y un conspirador sistemático contra la ley y el gobierno. Hay versos que no están mal; la prosa no la entiendo muy bien. Asegura el autor que mis «deletéreas obras» han tenido «un efecto sobre la sociedad civil que exige etc. etc. etc.», aparte de en su propia poesía. Es un poema bastante extenso, de prefacio largo y armoniosa portada. Al igual que la mosca de la fábula, se diría que estoy subido a una rueda que remueve mucho polvo; pero, al contrario que la susodicha mosca, no creo ser sólo yo quien lo levanta.

Una carta de *Bella*²²³, a la que he respondido. Terminaré por enamorarme otra vez de ella si no me ando con cuidado.

He de iniciar cuanto antes un método de lectura más disciplinado.

Jueves, 17 de marzo

Esta mañana he estado entrenando con Jackson para hacer ejercicio, y mi intención es continuar y retomar mi contacto con los guantes²²⁴. Mi pecho, brazos y respiración se hallan en muy buena forma, y no estoy entrado en carnes. Solía tener una buena pegada y mis brazos son muy largos para mi estatura (un metro setenta y cuatro.) En todo caso, es bueno hacer ejercicio, y este es el más severo de todos; con la esgrima y el sable no me fatigaba ni la mitad.

Leí *Quarrels of Authors*²²⁵ (otro tipo de *pugilato*), la nueva obra del más entretenido y documentado de los escritores, Israeli. Menudo grupito de quisquillosos me parecen, y cuánto me gustaría no formar parte de él. «No atravesaré Coventry con ellos, eso seguro»²²⁶. ¿Qué diablos tenía yo que ver con la escritura? Es demasiado tarde para preguntármelo, y toda lamentación inútil. Pero de tener que volver a empezar... volvería a escribir, me figuro. Así es la naturaleza humana, al menos en lo que a mí me toca; claro que tendría un mejor concepto de mí mismo si poseyera el buen sentido de dejarlo. De tener una esposa, y si esa esposa tuviera un hijo –de quien fuese–, educaría a mi heredero de la forma más antipoética posible: le haría abogado

o pirata, lo que fuera. Pero si también escribiese no necesitaría más para saber que no es mío y lo despacharía con un talón bancario. He de escribir una carta: las tres en punto.

Domingo, 20 de marzo

Tenía intención de ir a casa de lady Hardwicke, pero al final no iré. Siempre empiezo el día predispuesto a salir de fiesta, pero a medida que avanza la tarde me voy quedando sin ganas, y sólo a duras penas salgo de casa; y, cuando lo hago, siempre me arrepiento de ello. Lo mismo esta no hubiera estado mal; al menos, la anfitriona es una mujer muy superior. La de lady Lansdowne es mañana; la de lady Heathcote²²⁷, el miércoles. ¡Uf! Debo obligarme a acudir a alguna de ellas o esto parecerá grosería, y es mejor hacer lo que hacen los demás, malditos sean.

Leí a Maquiavelo, pasajes de Chardin y Sismondi y Bandello, a saltos. Leí el *Edinburgh* 44, recién impreso. Al comienzo del artículo sobre el *Patronage* de Edgeworth me dedican un cumplido, me parece, excesivo²²⁸. Ignoro si tal cosa es mérito mío; pero honra a su editor, pues me insultó en cierta ocasión²²⁹. Muchos hombres reniegan de sus alabanzas; nadie sino un espíritu elevado revoca sus censuras o *es capaz de* encomiar al hombre al que una vez atacó. Desde mi regreso a Inglaterra, he oído elogiar a menudo la figura de Jeffrey a hombres que lo conocen por cosas que nada tienen que ver con su talento. Yo lo admiro por *esto*: no porque me haya *elogiado a mí* (me han elogiado y vituperado tanto y en tantos sitios, a intervalos, que el mero hábito me ha vuelto indiferente a ambas cosas, tanto como un hombre de veintiséis años pueda serlo a algo), sino porque Jeffrey es quizá el *único hombre* que, dadas las relaciones que nos unen, o nos unieron, habría tenido la magnanimidad de actuar así; sólo un espíritu noble osaría arriesgarse a ello. La cima en la que se encuentra no le ha vuelto idiota; un escritorzuelo cualquiera hubiera insistido en sus reparos hasta el último momento. En cuanto a la justicia de su panegírico, eso va en gustos. Hay quienes lo cuestionan, y encantados además de tener esa oportunidad.

Visita de lord Erskine. Proyecta escribir sus reflexiones sobre la guerra –o más bien las guerras– hasta la actualidad. Confío en que lo haga. Debo enviar

aviso a Mr. Murray para que acaben de encuadernarme su opúsculo, pues lord E. me ha prometido corregirlo y añadirle algunas notas en los márgenes. Cualquier cosa de su puño y letra será un tesoro, cuyo interés compuesto aumentará con los años. Las expectativas que está despertando en Erskine la *Historia* que prometió Mackintosh son enormes. Cuando lo termine, sin duda será todo un clásico.

Ayer por la mañana entrené de nuevo con Jackson, y lo mismo haré mañana. Me sienta de maravilla, al menos a mi humor, porque los brazos y los hombros se me quedan después muy agarrotados. Nota recordatorio: acudir a la cena pugilística, el marqués de Huntly la preside.

En opinión de lord Erskine, los ministros corren peligro y cabe la posibilidad de que los echen. Tanto mejor para él. A mí me da igual quién entra o quién sale; queremos algo más que un cambio de ministros, y algún día lo tendremos.

Recuerdo que, cuando cabalgaba desde Chiso a Castri (Delfos) rodeando los flancos del Parnaso, vi seis águilas en el aire. No es frecuente ver tantas juntas; y fue el número –no la especie, que es bastante común– lo que me llamó la atención.

El último pájaro sobre el que disparé fue un *aguilucho*, en la orilla del Golfo de Lepanto, cerca de Vostitsa²³⁰. Dado que no hice más que herirlo, traté de salvarlo: ¡cómo le brillaban los ojos! Pero ya agonizaba y murió a los pocos días, y desde entonces no he vuelto ni volveré a intentar matar otra ave²³¹. ¿Se puede saber qué me ha hecho pensar en estas dos cosas precisamente ahora? He estado leyendo a Sismondi y no hay nada en él que pueda inducir tal recuerdo.

Siento una enorme fascinación por Braccio di Montone, Giovanni Galeazzo y Eccelino. Pero este último *no* es Bracciaferro (del mismo nombre), conde de Rávena, cuya historia quiero conocer. Hay en Lavater un precioso grabado, inspirado en un cuadro de Fuseli, del *mismísimo* Ezzelino volcado sobre el cuerpo de Meduna, a la que ha castigado por un *desliz* en su constancia mientras él se hallaba ausente en las Cruzadas. Hizo lo correcto: pero quiero conocer la historia²³².

Martes, 22 de marzo

La noche pasada, *fiesta* en la casa Lansdowne. Esta noche, *fiesta* en la de lady Charlotte Greville: qué deplorable pérdida de tiempo, y casi de estribos. Nada dado, nada recibido, charla vacía; si había en mi mente algo parecido al *pensamiento*, no estaba en los asuntos sobre los que farfullábamos. ¡En fin! Y de esta forma medio Londres pasa lo que llamamos vida. Mañana hay *fiesta* en casa de lady Heathcote. ¿Iré? Sí: para castigarme por no tener ninguna ocupación.

Veamos, ¿qué vi? La única persona que me causó buena impresión fue la hija mayor de lady Stafford, lady Charlotte Leveson. Dicen que *no* es hermosa. No sé: hermoso es todo lo que agrada; pero a su alrededor hay como un *alma*, y su tez muda el color, y tiene esa timidez de antílope (que tanto me gusta) tan marcada en sus modales que la observé más que a cualquier otra mujer de las que había en las habitaciones, y sólo desviaba los ojos cuando pensaba que ella podría darse cuenta y sentirse avergonzada por mi forma de mirarla. También es verdad que en esto puede haber alguna asociación de ideas. Es amiga de Augusta, y cualquier cosa que ella ame yo no puedo evitar que me guste.

Su madre, la marquesa, habló un rato conmigo; y estuve veinte veces a punto de pedirle que me presentase a *sa fille*, pero me contuve. Esto es a causa de aquella riña con los Carlisle²³³.

El conde Grey me habló jocosamente de un pequeño artículo en el último *Moniteur*²³⁴ donde se mencionan, entre otros indicios de rebelión, algunos pormenores de la *sensación* que en todas las gacetas de nuestro gobierno han suscitado los versos «del llanto»²³⁵, sólo que ampliando en su reargumentación lo que era un epigrama (y que, dicho sea de paso, no es un epigrama salvo bajo la acepción *griega* del término) a una *novela*. Me sorprende que los *Couriers*, etc. etc. no hayan traducido esa parte del *Moniteur* con comentarios adicionales.

La princesa de Gales ha solicitado a Fuseli que pinte un cuadro basado en *El Corsario*, dejando a su discreción la elección del pasaje que le servirá de tema; eso me ha dicho Mr. Locke²³⁶. Cansado, hastiado, ególatra y abúlico, me voy a la cama.

Roman, o al menos *romance*, también significa canción, como en español. Supongo que esto es lo que el *Moniteur* quería decir, a no ser que se haya confundido con *El Corsario*.

Albany, 28 de marzo

Esta noche he ocupado mis nuevas habitaciones²³⁷, alquiladas a lord Althorpe, con contrato para siete años. Amplias y con espacio para mis libros y mis sables. *Dentro de la casa*, además, lo cual es otra ventaja. Los últimos días, si no toda la semana, he sido muy espartano, he hecho ejercicio con regularidad y, con todo, *no* me he encontrado muy bien.

Ayer cené *tête-a-tête* en el Cocoa²³⁸ con Scrope Davies: estuvimos allí desde las seis hasta la medianoche y entre los dos bebimos una botella de champán y seis de clarete, dos tipos de vino que jamás me afectan. Me ofrecí a llevar a Scrope a casa en mi carruaje; pero estaba borracho y le dio por rezar, así que me vi obligado a dejarle sobre sus rodillas pidiendo no sé qué ni a qué pagoda. Ni dolor de cabeza ni malestar, ni anoche ni hoy. Al contrario, me he levantado más pronto que de costumbre, he entrenado con Jackson *ad sudorem* y me he sentido más saludable que en muchos días. No he sabido más acerca de Scrope. Ayer le pagué cuatro mil ochocientas libras: una deuda antigua, que bien hubiera querido pagarle antes. Mi conciencia está mucho más tranquila después de haber saneado ese *débito*²³⁹.

Augusta quiere que me reconcilie con Carlisle. He rehusado hacerlo, pero a ella no puedo negarle nada; así que incluso esto habré de hacer, con la misma alegría con que «bebería vinagre, comería un cocodrilo»²⁴⁰. Veamos: Ward, los Holland, los Lamb, Rogers, etc. etc. Más o menos todo el mundo ha intentado en los dos últimos años que solventásemos esta *dística* riña sin éxito alguno²⁴¹. Me reiré si Augusta lo consigue.

Leí un poco de muchas cosas; mañana recibiré mis libros. Por suerte, esta habitación podrá acogerlos: hay «bastante espacio y márgenes, etc. para ubicar a los personajes del infierno»²⁴². He de ponerme a hacer algo cuanto antes: de nuevo mi corazón empieza a devorarse *a sí mismo*.

8 de abril

Seis días ausente de la ciudad. A mi regreso me encuentro con que a mi pobrecita pagoda, Napoleón, la han tirado de su pedestal: los ladrones²⁴³ están en París. La culpa es suya. Como Milo²⁴⁴, iba a abrir el roble; pero este se cerró de nuevo, atrapó sus manos, y ahora las bestias –el león, el oso, hasta el más inmundo chacal– van a desgarrarlo. El invierno moscovita le ha *atrapado* los brazos: desde entonces ha luchado con uñas y dientes. Al menos estos aún podrán dejar marcas; y «sospecho» (como dicen los yanquis) que esta no va a ser su última palabra. Les sigue los pasos. Se encuentra entre ellos y sus hogares. Pregunta: ¿les dejará llegar?

Sábado, 9 de abril

¡Señalo este día!

Napoleón Bonaparte ha abdicado del trono del mundo. «Excelentemente»²⁴⁵. En mi opinión, Sila lo hizo mejor, pues se vengó y renunció en la cúspide de su dominio, empapado en la sangre de sus enemigos: el más bello ejemplo de glorioso desprecio a los mezquinos que se recuerda. Diocleciano también lo hizo bien; Murad no del todo mal, de haber devenido cualquier cosa que no fuese un derviche; Carlos V sólo a medias; pero Napoleón es el peor de todos. ¡Venga ya! ¡Esperar a tenerlos en su propia capital y decir entonces que está dispuesto a entregar lo que ya no es suyo! «¿Qué monje llorón sois, qué maldito fraude?»²⁴⁶. ¡El horror! En otra parecida Dionisio siguió como rey de Corinto. ¡La isla de Elba como retiro! Vaya, si hubiera sido Caprea me habría maravillado menos. «Veo que el juicio de los hombres no hace sino conformar sus fortunas»²⁴⁷. Me encuentro enormemente perplejo y confuso.

No sé, pero creo que *yo*, incluso *yo* (un insecto comparado con esta criatura), me he jugado la vida en lances que no valían ni la millonésima parte de los que ha sufrido este hombre. Aunque, después de todo, es posible que una corona no merezca que uno muera por ella. Pero ¡sobrevivir a *Lodi*²⁴⁸ para esto! ¡Oh, si Juvenal o Johnson levantaran la cabeza! «*Expende: quot libras in duce summo invenies?*»²⁴⁹. Yo sabía que pesaba poco en la balanza de la muerte, pero creía que su polvo viviente pesaba más *quilates*. ¡En fin! Este diamante imperial tiene un defecto y ahora apenas vale para el

lápiz de un vidriero: la pluma del historiador no lo valorará más allá de un ducado.

¡Bah! «Ya basta de esto»²⁵⁰. Pero tampoco ahora le daré la espalda; aunque todos sus admiradores, «como los Thanés, hayan huido de él»²⁵¹.

10 de abril

No sé si soy más feliz cuando estoy solo; pero de lo que sí estoy seguro es de que nunca paso mucho tiempo ni en compañía de *aquella* a la que amo (Dios lo sabe muy bien, y el Diablo probablemente también) sin ansiar la cercanía de mi lámpara y mi baqueteada biblioteca, que está patas arriba. Incluso por el día, despido a mi carruaje más a menudo de lo que lo uso o insulto. *Per esempio*, no me he movido de estas habitaciones durante los últimos cuatro días: pero he hecho ejercicio pugilístico (con las ventanas abiertas) junto a Jackson una hora al día para tonificar y reanimar la parte etérea que hay en mí. Cuanto más intensa es la fatiga, mejor humor tengo para el resto del día; y así las tardes llegan con esa serena y vacua languidez que tanto me deleita. Hoy he boxeado durante una hora, he escrito una oda a Napoleón Bonaparte, la he copiado, he comido seis bizcochos, he bebido cuatro botellas de soda, he leído el resto del tiempo, además de darle al pobre *** una miríada de consejos sobre esa amiguita suya que a fuerza de tormentos le está llevando a un paralizador e insoportable hastío. Menudo tipo soy yo para sermonear sobre «la secta». No importa, todos mis consejos son desatendidos.

19 de abril

Hay hielo en ambos polos, norte y sur –todos los extremos son iguales–, la miseria pertenece sólo a los grandes y los débiles, al emperador y al mendigo, cuando se les retira el óbolo y el trono. Hay, sin duda, un punto intermedio condenadamente insípido, una línea equinoccial, nadie sabe dónde, excepto en las medidas y los mapas.

Y todo nuestro *ayer* iluminó a los necios
la senda hacia la polvosa muerte.²⁵²

No llevaré mi diario más allá de la antorcha del ayer; y para impedirme volver, como un perro, al vómito de mi memoria, arranco las restantes páginas de este volumen y escribo, como *ipecacuanha*²⁵³, «¡que han restituido a los Borbones!». «Al cuerno la filosofía»²⁵⁴. Sin duda, mucho tiempo he estado despreciándome a mí mismo y a los hombres, pero nunca antes le había escupido a la cara a mi propia especie: «¡Oh bufón! Me voy a volver loco»²⁵⁵.

Diario alpino

(17 de septiembre–29 de septiembre, 1816)

CLARENS

18 de septiembre

Ayer 17 de septiembre de 1816 emprendí (con Hobhouse) una excursión de varios días por las montañas. Voy a llevar un breve diario de los progresos de cada día para mi hermana Augusta.

17 de septiembre

Nos levantamos a las cinco; dejamos Diodati a eso de las siete en uno de los coches de la región (un charabán). Nuestros sirvientes a caballo. El tiempo muy agradable; el lago en calma, cristalino. Muy nítidos el Mont Blanc y el Aiguille d'Argentière, hermosas las orillas del lago. Llegamos a Lausana antes del crepúsculo; nos detuvimos en Ouchy y allí dormimos.

Hobhouse salió a cenar con un tal Mr. Okeden¹, yo me quedé en nuestro caravasar (aunque invitado a la casa del amigo de Hobhouse, demasiado perezoso o cansado, o vete tú a saber, para ir) y escribí una carta a Augusta². Me fui a la cama a las nueve. Sábanas húmedas: solté un juramento y las arranqué de la cama y las arrojé Dios sabe dónde. Me envolví en las mantas y dormí como un bebé de un mes hasta las cinco en punto del

18 de septiembre

Despertado por Berger (mi guía, que ejercerá de valet durante uno o dos días; el docto Fletcher ha quedado a cargo de los enseres en Diodati), me levanté: Hobhouse ya se había adelantado. A una milla de Lausana el lago había desbordado e inundaba el camino. Tomé una montura y cabalgué hasta llegar a una milla de Vevey; el potro, joven, pero marchaba muy bien. Alcancé a

Hobhouse y volvimos al carruaje, que es descubierto. Hicimos una parada en Vevey de dos horas (es la *segunda* vez que lo visito³), caminamos hasta la iglesia: soberbia la vista desde el cementerio⁴. En él está el monumento al general Ludlow (el regicida)⁵: mármol negro, prolija inscripción; en latín, pero sencilla, en particular la última parte, donde su mujer (Margaret⁶ de Thomas) recuerda su fiel, duradero e incommovible afecto. Estuvo *treinta y dos años* exiliado: fue uno de los jueces del rey (Carlos), un buen tipo. Recuerdo haber leído sus memorias en enero de 1815 (en Halnaby): la primera parte era muy divertida, la siguiente no tanto. Quién me iba a decir cuando las leí que me vería ante su tumba. Próximo a él Broughton (que leyó la sentencia del rey Carlos a Carlos Estuardo): está enterrado bajo un epitafio *extraño* y bastante *hipócrita*, pero aun así republicano. Aparece el escudo de armas de Ludlow. Aún conserva su inscripción: *Omne solum forti patria*⁷. Bajamos a la vera del lago: sirvientes, carruaje, caballos de silla, todos se habían largado y nos habían dejado *plantés la* por algún error, así que fuimos hacia Clarens en su busca. Hobhouse se adelantó y por fin los alcanzó: llegamos por segunda vez (la primera fue por el agua) a Clarens, ¡hermosa Clarens! Nos dirigimos a Chillon, cruzando un paisaje digno de no sé quién: de nuevo visité el castillo de Chillon⁸. A nuestro regreso coincidimos con un grupo de ingleses en carruaje: ¡una dama iba profundamente dormida! Profundamente dormida en el lugar más antinarcótico del mundo: maravilloso. Recuerdo que en Chamonix, ante la faz misma del Mont Blanc, escuché a otra mujer (inglesa también) exclamar a su grupo: «¿Alguna vez habíais visto algo más *rural*?». Como si se tratase de Highgate o Hampstead, o Brompton, o Hayes. ¡«*Rural*», dijo! Rocas, pinos, torrentes, glaciares, nubes y cumbres de nieve eterna sobre sus cabezas, ¡y «*rural*!»». No conocía a la pálida dama que así se expresó, pero era una mujer de muy buena clase.

Tras un ligero y rápido refrigerio, visitamos el *chateau* de Clarens: una dama inglesa lo ha alquilado hace poco⁹ (no estaba alquilado cuando lo vi por primera vez). Las rosas han desaparecido con el verano. La familia había salido, pero los criados nos invitaron a acceder al interior. Vi sobre la mesa del salón los sermones de Blair¹⁰ y los sermones de alguien más (he olvidado quién), y un grupo de ruidosos chiquillos. Vimos todo lo que merecía la pena

ver y después descendimos al «*bosquet de Julie*»¹¹ etc. etc. Nuestro guía, lleno de *Rousseau*, a quien eternamente confunde con *St. Preux*¹², mezclando el hombre y el libro. En la escalinata de una casita del pueblo vi a una joven *paysanne* hermosa como la propia Julia. Regresamos otra vez hasta Chillon para volver a visitar el pequeño torrente desde la colina que hay tras él. Puesta de sol reflejada en el lago. Mañana hay que levantarse a las cinco para cruzar las montañas a caballo; es preciso ordenar que se adelante el carruaje. Alojado en mi vieja casita, acogedora y confortable, cansado por la larga cabalgada en el potro y el ulterior traqueteo del charabán, y la ascensión bajo el sol ardiente, me voy a la cama pensando en ti, mi queridísima Augusta.

Nota recordatorio: el cabo que nos mostró las maravillas de Chillon estaba tan borracho como Blücher¹³ y (a mi parecer) era tan gran hombre como él. Además estaba *sordo*, y pensando que todos allí lo estábamos también, bramó las leyendas del castillo de un modo tan espantoso que Hobhouse se puso de mal humor; aun así, vimos el castillo por entero, de la horca a las mazmorras (los *potence* y los *cachots*), y volvimos a Clarens con más libertad de la que perteneció al siglo xv.

19 de septiembre

En Clarens, el único libro que hay (quitando la Biblia) es una traducción de *Cecilia* (la *Cecilia* de Miss Burney), y la propietaria de la casita también había llamado a su perro (un rechoncho dogo de diez años tan horrendo como *Tip*¹⁴) igual que el de Cecilia (o mejor dicho el de Deville): *Fidde*¹⁵.

Nos levantamos a las cinco. Ordenamos que se adelantase el carruaje. Cruzamos las montañas hasta Montbovon a caballo y en mula, y, a fuerza de escalar, también a pie. Toda la ruta es hermosa como un *sueño* y ahora para mí casi igual de vaga, tan cansado estoy. Pues, aunque tengo buena salud, ya no me acompaña la fuerza que poseía tan sólo unos pocos años atrás. Desayunamos en Mont Davant¹⁶, tras lo cual desmontamos en una escarpada pendiente. Tropecé y me corté un dedo; el equipaje además se soltó y cayó por un barranco, hasta que lo detuvo un enorme árbol. Solté una maldición, recogí el equipaje. El caballo, cansado y derrengado. Monté en la mula. Al aproximarnos a la cumbre del Dent de Jaman, desmonté de nuevo junto con

Hobhouse y el resto del grupo. Llegamos a un lago situado en el mismísimo pezón del seno de la montaña. Dejamos nuestros cuadrúpedos con un pastor y seguimos subiendo. Había nieve en algunos trechos, sobre la cual el sudor de mi frente caía como la lluvia, haciendo las mismas muescas que en un tamiz. El frío del aire y la nieve me marearon un poco, pero seguí abriéndome paso hacia arriba. Hobhouse llegó a la última *cumbre*: yo no¹⁷, sino que me detuve a unos pocos metros (en la brecha de un acantilado). Al descender, el guía se fue al suelo tres veces. Me reí con ganas y también rodé por el suelo: el descenso, por suerte, suave, aunque abrupto y resbaladizo. Hobhouse también se cayó, pero nadie se hizo daño. La montaña entera, soberbia; el pastor, en lo alto de un escarpadísimo y elevado precipicio, tocaba la *flauta*¹⁸: muy diferente de la Arcadia (donde vi que los pastores llevaban un largo mosquetón en lugar de un cayado, y pistolas en sus fajas). La flauta de nuestro pastor suizo era dulce y su melodía agradable. Vi una vaca descarriada; dicen que a menudo se rompen el cuello al subir y bajar los riscos. Descendimos a Montbovon, un pueblecito bastante esmirriado con un río muy bravo y un puente de madera. Hobhouse se fue a pescar: capturó un pez. Nuestro carruaje no llegó, nuestros caballos, mulas, etc. para el arrastre; fatigados nosotros (pero mejor así: conseguiré dormir).

La vista desde el punto más alto de la jornada de hoy comprendía en un lado la mayor parte del lago Lemán, en el otro los valles y montañas del cantón de Friburgo y una inmensa explanada con los lagos de Neuchâtel y Morat, y todo cuanto tocan las orillas de estos y del lago de Ginebra. Teníamos ambos lados del Jura ante nosotros bajo un mismo punto de vista, con Alpes en abundancia. Al cruzar un barranco, el guía nos recomendó con mucha insistencia avivar el paso, pues las piedras caen con gran rapidez y daño ocasional; el consejo es excelente, pero, como la mayor parte de los buenos consejos, impracticable, pues el camino es tan abrupto en este preciso punto que ni mulas ni humanos ni caballos pueden hacer un rápido progreso. Dejamos atrás el lugar sin fracturas o amenazas.

La música de las esquilas de las vacas (pues aquí la riqueza, como la de los patriarcas, se cuenta en reses) en los pastos (que alcanzan una altura muy superior a la de cualquiera de las montañas británicas) y los pastores

gritándonos de risco en risco y soplando sus cañas donde las cuestas se mostraban casi inaccesibles, junto con el paisaje que nos rodeaba, cumplían todo lo que yo había oído o imaginado acerca de la vida pastoril, mucho más aún que en Grecia o Asia Menor, pues allí demasiados éramos de la orden del sable y el mosquete; y si veías un cayado en una mano, podías estar seguro de que verías una pistola en la otra. Pero esto era puro y sin mezcla, solitario, salvaje y patriarcal. No puedo describir el efecto: cuando nos marchamos tocaron el *Ranz des Vaches*¹⁹ y otros aires como despedida. Últimamente he repoblado mi mente de naturaleza.

20 de septiembre

Arriba a las seis. En marcha a las ocho. El grueso del viaje en el día de hoy tuvo una media de entre dos mil setecientos y tres mil pies de altitud sobre el nivel del mar²⁰. Este valle, el más largo, el más estrecho y el que es considerado uno de los más bellos de los Alpes, es poco frecuentado por viajeros. Vimos el Puente de La Roche: el lecho del río, muy bajo y profundo entre rocas inmensas, y rápido como la furia. Se dice que un hombre y su mula cayeron sin sufrir daños (por lo menos la mula ha tenido suerte: sin conocer al *hombre*, me resistiría a llamarle afortunado). La gente parecía libre, y feliz, y *rica* (aquí lo último no implica nada de lo anterior), las vacas soberbias. Un toro estuvo a punto de embestir nuestro charabán: «grata compañía para una silla de posta»²¹. Cabras y ovejas muy prósperas. Una montaña con enormes glaciares a la derecha: el Kletsgerberg, más allá el Hockthorn²²; bonitos nombres, tan suaves... Al Hockthorn lo imagino majestuoso y escarpado, salpicado únicamente de nieve; sin glaciares, pero con su buena trabilla de nubes.

Traspusimos sus bordes, abandonamos el Vaud y llegamos al cantón de Berna. Francés transmutado en mal alemán. El distrito es célebre por sus quesos, su libertad, sus propiedades y porque no hay impuestos. Hobhouse se fue a pescar: no pescó nada. Yo paseé hasta el río. Vi a muchacho y niño: niño seguía muchacho como un perro; niño no podía pasar una valla y baló lastimeramente; traté de ayudar niño: pero casi caímos yo y niño al río. Llegué aquí sobre las seis de la tarde, a las nueve iré a la cama. Hobhouse, en

la habitación de al lado, se golpeó la cabeza con la puerta y, por supuesto, maldijo las puertas. Hoy no estoy cansado, pero confío en dormir de todas formas. Unas mujeres parlotean en el piso de abajo. Leo una traducción francesa de Schiller. Buenas noches, mi queridísima Augusta.

21 de septiembre

Salimos temprano. El valle de Simmental como lo anterior. La entrada a la explanada de Thun, muy estrecha; rocas elevadas, bosques hasta la cima, río, nuevas montañas con hermosos glaciares. Lago de Thun; extensa planicie circunvalada de Alpes. Descendimos al *chateau* de Schadau, vista del lago. Cruzamos el río en un bote guiado por mujeres. Las *mujeres* viraron a la derecha por primera vez que yo recuerde. Bonito pueblo, Thun. Toda la jornada del día muy alpina e imponente²³.

22 de septiembre

Dejamos Thun en un bote que nos trasladó a la otra punta del lago en tres horas. El lago es pequeño, pero sus orillas hermosas: rocas hasta el borde del agua. Desembarcamos en Neuhaus; pasamos por Interlagos; nos adentramos en una variedad de parajes lejos de toda descripción o idea previa. Dejamos atrás una roca; inscripción: dos hermanos, uno asesinó al otro, el lugar perfecto para ello²⁴. Tras varias revueltas llegamos a una roca imponente: chica con frutas, muy bella, ojos azules, buena dentadura, muy rubia, alta pero bien formada, me recordaba a Fy²⁵. Le compré algunas peras y le di unas palmaditas en la mejilla: la expresión de su rostro era muy distante, pero agradable, y de ningún modo era coqueta. Arribamos a la falda de la montaña (el Jungfrau, o sea la Doncella): glaciares, torrentes, uno de los torrentes tiene una altura de *novecientos pies* de pendiente visible²⁶. Nos alojamos en casa del coadjutor. Partimos para ver el valle. Oímos una avalancha precipitarse como el trueno; vimos glaciario: imponente. Se declaró una tormenta: truenos, rayos, granizo, todo a la perfección, y bello. Yo iba a caballo. Guía quiso llevar mi bastón: iba a dárselo cuando recordé que se trataba de un bastón espada y pensé que los rayos podían verse atraídos hacia él; me lo quedé. Muy estorbado por él y mi capa, pues pesaba más que un látigo, y el caballo

era estúpido y se quedaba plantado con cada trueno. Llegué, no muy mojado; la capa se había empapado. Hobhouse estaba calado de la cabeza a los pies. Se refugió en la casita: envié a un hombre con paraguas y capa (desde la casa del coadjutor, cuando llegué) en su busca²⁷. La casa del coadjutor suizo, ciertamente muy acogedora: mucho mejor que la de la mayoría de los curas ingleses. Está justo enfrente del torrente del que he hablado; el torrente adquiere una forma curvada sobre la roca, como la *cola* de un caballo blanco flameando al viento, tal como podría concebirse la del «caballo *pálido*» sobre el cual cabalga la *Muerte* en el Apocalipsis²⁸. No es ni niebla ni agua, sino algo intermedio: su inmensa altura (novecientos pies) le da forma de onda; una curva, una salpicadura aquí, una condensación allá... maravilloso e indescriptible. Pienso, al considerar el conjunto, que el día de hoy ha sido el mejor de todos los de esta excursión²⁹.

23 de septiembre

Antes de ascender la montaña fuimos al torrente (siete de la mañana) de nuevo. El sol que se alzaba sobre él formaba un *arco iris* en la parte inferior con todos los colores, pero principalmente púrpura y oro; el arco se movía al moverme yo. Nunca he visto nada parecido, sólo ocurre cuando brilla el sol³⁰. Subimos el monte Wengen. A mediodía alcanzamos un valle cerca de la cima; dejamos los caballos, me quité el abrigo y subí a la cima: siete mil pies (pies ingleses) sobre el nivel del *mar* y unos cinco mil sobre el valle que dejamos por la mañana. A un lado nuestra vista comprendía el *Jungfrau* con todos sus glaciares, luego el *Dent d'Argent*³¹, brillante como la verdad, luego el *pequeño Gigante* (el *Kleiner Elgher*) y el gran Gigante (el *Grosser Elgher*) y, último pero no inferior, el *Wetterhorn*. La altura del *Jungfrau* es de trece mil pies sobre el nivel del mar y once mil sobre el valle. Es la montaña más alta de su cordillera. Oí caer avalanchas casi cada cinco minutos en las cercanías, como si Dios estuviese echando al Diablo del cielo a bolazos de nieve. Desde el lugar del alpe *Wengen* en que nos hallábamos todo esto quedaba a la vista en un lado, en el otro las nubes se alzaban desde el valle opuesto rizándose en precipicios perpendiculares como la espuma del océano del infierno en el deshielo primaveral: era blanco y sulfuroso, y en apariencia

inconmensurablemente profundo. La cara que ascendimos no era (por supuesto) de naturaleza tan escarpada, pero al llegar a la cumbre miramos el otro lado por encima de un hirviente mar de nubes que chocaban contra los riscos sobre los que nos hallábamos (estos riscos eran bastante verticales en uno de los lados). Permanecimos allí un cuarto de hora³². Iniciamos el descenso, bastante limpio de nubes en esa cara de la montaña: al pasar por las zonas nevadas, hice una bola de nieve y se la estampé a Hobhouse.

Llegamos de nuevo adonde estaban los caballos. Comimos algo, volvimos a montar, seguimos oyendo avalanchas, alcanzamos una ciénaga: Hobhouse desmontó, la atravesó sin problemas; yo traté de cruzar a caballo: el caballo se hundió hasta los belfos y, por supuesto, él y yo nos vimos enterrados en el lodo; enfangado de arriba abajo, pero no herido: nos reímos y seguimos cabalgando. Llegamos a Grindelwald, cenamos, montamos de nuevo y cabalgamos hasta el glaciar más alto: crepúsculo, pero todo visible, un glaciar muy bonito, como un *huracán congelado*. Luz de estrellas, belleza, pero un sendero endiablado: ¡qué importa! Llegamos sanos y salvos; algunos relámpagos, pero el día al completo tan bello en cuestión de clima como el día en que fue creado el Paraíso. Atravesamos *bosques repletos de pinos marchitos, todos marchitos*; los troncos, desnudos y sin corteza, las ramas sin vida, obra de un solo invierno: su apariencia me hizo pensar en mí y en mi familia.

24 de septiembre

Salimos a las siete, nos levantamos a las cinco. Cruzamos el glaciar negro, el monte Wetterhorn a la derecha; atravesamos el monte Scheidegg, llegamos al glaciar Rosa, del cual se dice que es el más grande y hermoso de Suiza. *A mí me parece que el glaciar de Bossons de Chamonix es igual de bonito*. Hobhouse no opina igual. Llegamos a la catarata Reichenbach: doscientos pies de altura. Nos detuvimos para que descansaran los caballos; arribamos al valle de Oberhasli, empezó a llover. Nos mojamos un poco: no obstante, sólo cuatro horas de lluvia en ocho días. Llegamos al lago de Brienz, luego al pueblo de Brienz, nos cambiamos. Hobhouse se golpeó la cabeza con la puerta³³. Por la tarde, cuatro campesinas suizas de Oberhasli vinieron y

cantaron aires de su pueblo: dos de las voces preciosas, así como las melodías. Cantan también ese *aire tirolés* y esa canción que tú adoras, Augusta, porque yo la adoro, y yo la adoro porque tú la adoras; aún están cantando. Queridísima, no sabes cuánto me hubiera gustado esto si hubieras estado aquí junto a mí: los aires son tan silvestres y originales, y al mismo tiempo dimanan tanta dulzura... Ya han parado de cantar; pero escaleras abajo oigo las notas de un violín que no auguran nada bueno para mi descanso de esta noche. ¡Que el Señor nos ayude! Bajaré y veré el baile³⁴.

25 de septiembre

Todo el pueblo de Brienz parecía haberse congregado en las habitaciones de abajo: bonita música y excelentes valeses, nada salvo campesinos. El baile mucho mejor que en Inglaterra: los ingleses no saben bailar el vals, no lo han sabido nunca y nunca lo sabrán. Un hombre con su pipa en la boca, pero bailó tan bien como los otros; algunos bailaron en parejas y en grupos de cuatro, y muy bien. Me fui a la cama, pero la parranda continuó abajo toda la noche y hasta la mañana.

Brienz no es más que un pueblecito. Nos levantamos temprano. Embarcamos en el lago de Brienz. Un amplio bote gobernado por mujeres, una muy joven y muy bonita; me senté a su lado y me puse también yo a remar³⁵. Enseguida tocamos la orilla y otra mujer saltó al barco. Parece que la costumbre aquí es que las *mujeres gobiernen*³⁶ los botes, pues, de cinco hombres y tres mujeres en nuestra barca, todas ellas tomaron un remo, y ningún hombre salvo uno. Llegamos a Interlagos en tres horas. Precioso lago, no tan vasto como el de Thun. Cenamos en Interlagos. Chica me dio algunas flores y me dedicó unas palabras en alemán, del cual no sé nada; no sé si lo que me dijo era bonito, pero, como la mujer lo era, eso espero. Vi otra, muy bonita también, y *alta*, cosa que prefiero: odio a las mujeres bajitas, por más de una razón³⁷. Volvimos a embarcar en el lago de Thun. Me quedé dormido durante parte del viaje. Ordenamos traer nuestros caballos. Vimos gente en la orilla haciendo volar una roca con pólvora; la volaron cerca de nuestro bote, tras advertirnos sólo un minuto antes: una verdadera estupidez, nos podían haber roto la mollera. Llegamos a Thun por la tarde. El tiempo ha sido

pasable durante todo el día, pero, como la parte agreste de nuestro viaje ha terminado, tal cosa no nos importa. En la parte en que más deseable era, hemos tenido la mayor de las suertes en lo tocante a la calidez y la transparencia de la atmósfera, por lo cual, «¡alabemos al Señor!».

26 de septiembre

Estar lejos de las montañas hará que mi diario sea tan plano como mi viaje. Buen camino desde Thun hasta Berna: setos, pueblos, industria, prosperidad y toda suerte de símbolos de la insípida civilización. Desde Berna hasta Friburgo, diferente cantón: católicos. Atravesamos un campo de batalla. Los suizos derrotaron a los franceses en una de las últimas guerras contra la república francesa. Compré un perro, un perro muy feo, pero *très méchant*. Esta era su gran virtud a ojos de su propietario y a los míos, pues lo quiero para vigilar el carruaje. No tiene rabo y se llama *Mutz*, que significa «rabicorto». Por lo visto ¡pertenece a la raza del perro pastor! La mayor parte de este viaje ha sido a caballo, a pie y en mula. La potrilla (que es uno de los dos caballos jóvenes que compré al barón de Vincy) me ha llevado muy bien: es joven y tan tranquila como cualquier cosa de su sexo puede serlo. Buen carácter, y relincha constantemente cada vez que quiere algo, o sea cada cinco minutos: la he llamado *Biche*, porque su comportamiento es parecido al de un perrito; pero es muy mansa, un cuadrúpedo muy infantil.

28 de septiembre

Vimos el árbol plantado para conmemorar la batalla de Morat³⁸: trescientos cuarenta años, buena parte es pura ruina. Abandonamos Friburgo, pero antes visitamos la catedral, torre alta. Dejamos atrás el equipaje de las monjas de La Trappe, que se mudan a Normandía desde su última morada en el cantón de Friburgo³⁹; acto seguido, un carruaje con cierto número de monjas en él, monjas ancianas. Pasamos junto a la orilla del lago de Neuchâtel: muy agradable y suave, pero no tan montañoso, al menos el Jura no tiene esa apariencia. Después de cruzar los Alpes Berneses alcanzamos Yverdon al atardecer: una larga hilera de árboles altos a la orilla del lago, elegantes y sombríos. El *auberge* casi repleto con una princesa alemana⁴⁰ y su séquito;

conseguimos habitaciones. Esperamos alcanzar Diodati pasado mañana, y ojalá tenga una carta tuya, mi queridísima hermanita. Que tu sueño sea apacible y yo esté en tus sueños. Me voy a la cama. Buenas noches.

29 de septiembre

Atravesamos un bonito y floreciente pueblo, pero no montañoso. Por la tarde alcanzamos Aubonne (la entrada y el puente, algo parecidos a los de Durham⁴¹), que tiene la que con diferencia es la vista más bella del lago de Ginebra. Crepúsculo. La luna sobre el lago. Un bosquecillo en lo alto, con árboles majestuosos. Aquí Tavernier⁴² (el viajero oriental) compró (o construyó) su *chateau* porque el sitio se parecía e igualaba el de *Ereván* (una ciudad fronteriza con Persia)⁴³. Aquí él concluyó sus viajes y yo esta pequeña excursión, pues estoy a pocas horas de Diodati y me queda poco más que ver y nada más que decir. Con el clima de este viaje (de trece días) he sido muy afortunado: afortunado en compañía (Mr. Hobhouse), afortunado en nuestros proyectos, y eximido de los más insignificantes accidentes y retrasos que a menudo vuelven los viajes por países incluso menos salvajes decepcionantes. Estaba predispuesto a sentirme agrado: soy un amante de la naturaleza y un admirador de la belleza, sé soportar la fatiga y me abandono con placer a las privaciones, y he visto algunos de los paisajes más majestuosos del mundo. Pero, con todo, el recuerdo de ciertas amarguras, y muy especialmente de recientes y más domésticos desconsuelos, que habrán de acompañarme mientras viva, me han asaltado aquí, y ni la música del pastor, el estrépito de la avalancha o el torrente, la montaña, el glaciar, el bosque o la nube han logrado por un instante aliviar el peso de mi corazón, ni me han permitido perder mi propia y maltrecha identidad en la majestad y el poder y la gloria que hay a mi alrededor, encima y debajo de mí⁴⁴. Ya no me afectan los reproches, y hay un tiempo para cada cosa⁴⁵: ya he superado el deseo de venganza y no sé de nadie que haya pasado por lo que yo he sufrido. Pero llegará la hora en que se habrá de sentir lo que yo siento, y el... pero basta. Para ti, mi queridísima Augusta, envío, y *por* ti he llevado, esta memoria de lo que he visto y sentido. Ámame como yo te adoro.

Diario de Rávena¹

(4 de enero–27 de febrero, 1821)

RÁVENA

4 de enero

«De pronto se me ha ocurrido una idea»². Empecemos un diario una vez más. El último que llevé fue en Suiza, a fin de documentar una excursión realizada a los Alpes de Berna, y lo hice para enviárselo a mi hermana en 1816, quien supongo todavía lo conserva, pues me escribió diciéndome que estaba encantada con él. Otro, y más largo, lo llevé en 1813-1814, y ese mismo año se lo di a Thomas Moore.

Esta mañana me he levantado tarde, como de costumbre: mal tiempo, malo como Inglaterra, peor. La nieve de la semana pasada se ha mezclado con el siroco de hoy, así que había dos malditas cosas al mismo tiempo. Ni siquiera he podido cabalgar por el bosque. Me quedé en casa toda la mañana mirando el fuego, preguntándome cuándo vendría el correo. El correo llegó a la hora del Ave María en lugar de a la una y media, como debía. *Messengers* de Galignani³, seis en total; una carta de Faenza, pero ninguna de Inglaterra. Muy malhumorado, en consecuencia (pues tenían que haberme llegado cartas), y en consecuencia tomé una comida copiosa, pues la irritación me hace engullir más rápido. Pero bebí muy poco.

Sin ganas de nada. Leí los periódicos y medité acerca de lo que es la *fama* al leer, en un caso de asesinato, que «Mr. Wych, tendero de Tunbridge, vendió beicon, harina, queso y, se cree, unas ciruelas a la gitana acusada. Tenía en el mostrador –cito fielmente– un *libro*, la biografía de *Pamela*, del cual *arrancaba* páginas para utilizarlas como *envoltorio*, etc. etc. En el queso se halló, etc. y una *página* de *Pamela envolviendo el beicon*». Qué hubiera dicho Richardson, el más vanidoso y afortunado de los autores *vivos* (esto es,

cuando vivía); él, quien, con Aaron Hill⁴, solía profetizar y regoldarse con la supuesta caída de Fielding (el Homero en *prosa* de la naturaleza humana) y de Pope (el más bello de los poetas); qué hubiera dicho de haber seguido el recorrido de sus páginas desde su ubicación en los aseos del príncipe francés (véase el *Johnson* de Boswell) hasta el mostrador del tendero, ¡y el beicon de la gitana asesina!

¿Qué hubiera dicho? ¿Qué puede nadie decir, salvo lo que Salomón dijo⁵ mucho antes que nosotros? Al fin y al cabo, no es sino pasar de un mostrador a otro, del de un librero al de cualquier otro comerciante, ya sea tendero o pastelero. En lo que me toca, he acabado compartiendo baúl con buena parte de la poesía, de modo que tiendo a considerar al fabricante de baúles como el sepulturero⁶ de la autoría.

He escrito cinco cartas en media hora, cortas y violentas, a todos mis simpáticos corresponsales. Llegó un carruaje. Me dieron noticias de tres asesinatos en Faenza y en Forli: un carabinero, un contrabandista y un abogado, todos la pasada noche. Los dos primeros en una pelea, el último con premeditación.

Hace tres semanas –casi un mes: era día 7– recogí a un comandante, mortalmente herido, de la calle. Murió en mi casa; se desconocen los asesinos, pero se cree que ha sido un crimen político⁷. Anoche sus hermanos me escribieron desde Roma para agradecerme que lo hubiera asistido en sus últimos momentos. ¡Pobre tipo! Fue una pena; era buen soldado, aunque imprudente. A las ocho de la tarde lo mataron. Oímos el disparo; mis criados y yo salimos corriendo de la casa, pero ya expiraba: tenía cinco heridas, dos de ellas mortales, producidas al parecer por balas de posta. Lo examiné, pero no acudí a la disección la mañana siguiente.

El carruaje alrededor de las ocho para visitar a la *contessa* Guiccioli. La encontré tocando el pianoforte. Charlamos hasta las diez, cuando el conde, su padre, y el no menos conde, su hermano⁸, volvieron del teatro. Representan, dijeron, el *Filippo*⁹ de Alfieri: bien recibido.

Hace dos días el rey de Nápoles cruzó Bolonia en su camino al congreso¹⁰. Mi criado Luigi trajo las noticias. Le había mandado a Nápoles para que recogiese una lámpara. ¿Cómo acabará esto? El tiempo lo dirá.

Vine a casa a las once, quizá antes. Si el camino y el tiempo acompañan, mi intención es salir mañana a cabalgar. Ya es hora; casi una semana de esta guisa: nieve y siroco un día, escarcha y nieve el otro; un clima muy triste para Italia. Pero ambas estaciones, la pasada y la presente, son extraordinarias. Leí una biografía de Leonardo da Vinci escrita por Rossi¹¹; pensé un poco, no escribí más que esto, y me voy a la cama.

5 de enero

Me levanté tarde, perezoso y sin fuerzas; el tiempo acuoso y cargado. Nieve en el suelo y siroco allá en el cielo, como ayer. Los caminos cubiertos hasta la panza del caballo, así que lo de cabalgar (al menos por placer) no es muy factible. Añadí una posdata a mi carta a Murray¹². Leí la conclusión, por quincuagésima vez (he leído todas las novelas de Walter Scott al menos cincuenta veces), de la tercera serie de *Tales of my Landlord*: qué obra enorme. Es el Fielding escocés así como un gran poeta inglés, ¡un hombre maravilloso! Estoy deseando emborracharme con él.

Cené *versus* seis en punto. Olvidé que había pastel de ciruela (últimamente he añadido *comer* a mi «familia de vicios») y ya había cenado cuando me enteré. Bebí media botella de algún tipo de alcohol, probablemente un derivado del vino, pues lo que aquí llaman brandy, ron, etc. etc. no es otra cosa que un derivado del vino, teñido según convenga. *No* comí dos manzanas, que habían sido dispuestas como postre. Di de comer a los dos gatos, al halcón y al cuervo domesticado (mas *no domado*). Leí la *Historia de Grecia* de Mitford, la *Expedición de los diez mil* de Jenofonte. Escribo hasta este preciso instante, seis minutos antes de las ocho en punto: hora francesa, no italiana.

Oigo el carruaje. Pido pistolas y el sobretodo, como de costumbre: artículos necesarios. Tiempo frío, carruaje abierto y habitantes un tanto violentos, bastante traicioneros y enormemente inflamados de política. Buena gente, a pesar de todo: un buen material para una nación. Del caos hizo Dios un mundo, y de las pasiones elevadas se hace un pueblo.

El reloj da la hora: salgo a hacer el amor. Un tanto arriesgado, pero no desagradable. Nota recordatorio: instalado hoy un nuevo biombo. Es bastante

antiguo, pero quedará bien reparándolo un poco.

El deshielo prosigue; con suerte, mañana será posible cabalgar. Envié los papeles a Alborghetti¹³. Se avecinan grandes sucesos.

Once y nueve minutos. Visité a la *contessa* Guiccioli *nata* Ghiselli Gamba. La encontré escribiendo el comienzo de mi carta en respuesta al agradecimiento de Alessio del Pinto, de Roma, por asistir a su hermano el fallecido comandante en sus últimos momentos, pues le había rogado que transcribiera mi respuesta en un italiano más puro, al ser yo tramontano, poco ducho en la gramática de la Toscana. Interrumpió la carta; ya la acabará otro día. Charlamos acerca de Italia, patriotismo, Alfieri, Madame Albany¹⁴ y otras ramas del saber. También de la *Conspiración de Catilina* de Salustio y la *Guerra de Yugurta*. A las nueve vino su hermano, *il conte* Pietro; a las diez su padre, *conte* Ruggiero.

Discutimos diversas maneras de hacer la guerra; los modos húngaro y escocés de ejercitar el sable¹⁵, en los cuales fui hace tiempo un moderado «maestro de armas»¹⁶. Se ha acordado que la revolución estallará el siete o el ocho de marzo, cita en la que confiaría si antes no se hubiera acordado que estallaría en octubre, 1820. Pero los boloñeses evitaron a los romañones.

«Todo es igual para Ranger»¹⁷. Uno no debiera ser tan exigente, sino coger la rebelión cuando se le pone a tiro. Vine a casa, leí los *Diez mil* de nuevo, e iré a la cama.

Nota recordatorio: ordené a Fletcher (a las cuatro de la tarde) copiar siete u ocho aforismos de Bacon¹⁸ en los cuales he detectado tales meteduras de pata que hasta un niño las detectaría en lugar de cometerlas. ¡Así son los sabios! ¿Qué habrán de ser, cuando alguien como yo puede toparse con sus errores o tergiversaciones? Me iré a la cama, pues me doy cuenta de que me estoy volviendo un cínico.

6 de enero

Niebla, deshielo, lodazales, lluvia. Nada de montar a caballo para desentumecerme. Leí las *Anécdotas* de Spence¹⁹. Pope es un buen tipo: siempre lo he considerado así. Corregí meteduras de pata en *nueve* aforismos de Bacon, todas ellas sobre Historia, y leí la *Grecia* de Mitford. Escribí un

epigrama. Volví sobre un pasaje de Ginguené²⁰, ditto en el *Lope de Vega* de lord Holland. Escribí una nota al *Don Juan*²¹.

A las ocho salí de visita. Escuché un poco de música: me gusta la música. Hablé con el conde Pietro Gamba sobre el comediante italiano Vestri, que ahora se encuentra en Roma. A menudo lo vi actuar en Venecia: buen actor, mucho. Quizá un poco gesticulante, pero excelente en la comedia burda así como en la expresión sentimental. Con frecuencia me ha hecho reír y llorar, nada de lo cual es ahora un asunto muy fácil: al menos, para que un actor lo suscite en mí.

He estado pensando en la situación de la mujer en la antigua Grecia: de lo más conveniente. La situación actual es un residuo de la barbarie de las épocas caballerescas y feudales: algo artificial y antinatural. Las mujeres deberían cuidar de la casa y estar bien alimentadas y vestidas, pero no mezcladas con la sociedad. Bien versadas, también, en cuanto a religión, pero que no leyesen poesía ni política, nada que no fueran libros piadosos y culinarios. Música, dibujo, baile... también un poco de jardinería y arar la tierra de vez en cuando. Las he visto arreglando los caminos en Épiro con buena maña. ¿Por qué no, así como recoger el heno y ordeñar las vacas²²?

Vine a casa y leí a Mitford de nuevo, y jugué con mi mastín; le di la cena. Releí el epigrama, pero el resultado es el mismo. Esta noche, en el teatro, como había un príncipe sobre un trono en la última escena de la comedia, la audiencia rió y le reclamó una *constitución*. Esto pone de relieve la situación de la opinión pública local tanto como los asesinatos. No servirá de nada. Tiene que haber una república universal, y ya debería haber una.

El cuervo está cojo de una pata; me pregunto cómo ha sucedido. Supongo que algún idiota le habrá pisado el dedo. El halcón es bastante enérgico; los gatos, grandes y ruidosos. No he ido a ver a los monos desde que empezó el frío, pues sufren cuando los sacan afuera²³. Los caballos deben de estar llenos de energía; saldré a cabalgar tan pronto como el tiempo acompañe. Todo sigue tan condenadamente pesado... un invierno italiano es la cosa más triste, pero las demás estaciones son encantadoras.

¿Cuál es la razón de que, durante toda mi vida, haya estado más o menos *ennuyé*? ¿Y de que, en todo caso, ahora lo esté bastante menos de lo que lo

estaba a los veinte, por lo que puedo recordar? No sé cómo responder a esto, pero supongo que es parte de mi naturaleza, así como que despierte alicaído, lo cual ha sido invariablemente el caso durante bastantes años. La abstinencia y el ejercicio, que he practicado en ocasiones, y a lo largo del tiempo de forma tan vigorosa como intensa, suponen poca o ninguna diferencia. Sí las pasiones violentas: es curioso, pero cuando me hallaba bajo su inmediata influencia me sentía agitado, mas *no* con el ánimo por los suelos.

Una dosis de sales tiene en mí el efecto de una embriaguez pasajera, como el champán suave. Pero el vino y el alcohol me vuelven antipático e intratable hasta la ferocidad: silencioso, sin embargo, y retraído, y no pendenciero, si nadie se dirige a mí. Nadar también me levanta el ánimo, pero en general lo tengo bajo y cada día se torna más bajo. Esto es bastante *insensato*: pues no creo que esté tan *ennuyé* como lo estaba a los diecinueve. La prueba está en que en esa época debía apostar, o beber, o hacer cualquier cosa, o me hundía. Hoy puedo deprimirme en total quietud; y prefiero estar solo a tener compañía... salvo la de la señora a la que sirvo. Pero ciertas sensaciones me hacen pensar que, si alguna vez me acerco a la vejez, como Swift, antes que eso «moriré en la cumbre». Sólo que yo no temo la imbecilidad o la locura tanto como él. Por el contrario, pienso que sus rachas de mayor serenidad han de ser preferibles a mucho de lo que los hombres llaman la posesión de la cordura.

Domingo, 7 de enero

Aún hay lluvia, niebla, nieve, llovizna y todas las incalculables combinaciones de un clima donde el calor y el frío luchan por su dominio. Leí a Spence y hojeé a Roscoe²⁴ para localizar un pasaje que no he encontrado. Leí el cuarto volumen de la segunda serie de *Tales of my Landlord* de Walter Scott. Cené. Leí la *Gaceta de Lugano*. Leí... ya he olvidado qué. A las ocho salí de tertulia. Encontré allí a la condesa Geltrude²⁵, Betti V. y su marido, y otros. Hermosa mujer de ojos negros de sólo veintidós años²⁶, la misma edad que Teresa, quien es más bonita, en cambio.

El conde Pietro Gamba me llevó aparte para decirme que, procedente de

Forli (a veinte millas), los patriotas han recibido la noticia de que esta noche el gobierno y su partido pretenden asestar un golpe; que aquí se le ha ordenado al cardenal que efectúe inmediatamente varios arrestos; y que, en consecuencia, los liberales se están armando y ya han apostado patrullas en las calles para hacer sonar la alarma y extender el aviso de que resistan.

Me preguntó: «¿Qué hacemos?». Respondí: «Resistir, antes que ser prendidos uno a uno», y me ofrecí a recibir en mi casa (que es defendible) a todos los que corrieran inmediato peligro de arresto, y defenderlos, junto a ellos y mis criados (tenemos armas y municiones), tanto tiempo como fuera posible, o ayudarlos a huir bajo el manto de la noche. De vuelta a casa le ofrecí las pistolas que llevaba encima; las rechazó, pero dijo que acudiría a mí en caso de que hubiera percances.

Falta media hora para la medianoche, y llueve; como dice Gibbet, «una buena noche para sus asuntos: oscura como el infierno, y azota como el diablo»²⁷. Si la contienda no estalla *ahora*, pronto lo hará. Estaba seguro de que ese método de disparar sobre la gente no tardaría en provocar una reacción, y parece que por fin se acerca. Haré lo que pueda para colaborar en el combate, aunque estoy falto de práctica. Es una buena causa.

Hojeé y hojeé una veintena de libros en busca del pasaje en cuestión y no doy con él. Espero oír el tambor y los mosquetes de un momento a otro (pues han jurado resistir, y hacen bien), pero no oigo nada, por ahora, salvo los restallidos del agua y rachas de viento a intervalos. No quiero ir a la cama porque odio que se me despierte, y prefiero permanecer en vela aguardando la contienda, si es que la hay.

Aticé el fuego, cogí las armas y un libro o dos, que hojearé. Apenas sé cuántos son, pero creo que incluso aquí los carbonarios tienen fuerza suficiente para derrotar a las tropas. Con veinte hombres esta casa podría ser defendida durante veinticuatro horas contra cualquier fuerza que quisieran lanzar contra ella, *ahora* y en este lugar, durante ese período de tiempo; y en dicho período el país sabría de esto y se alzaría... si es que *llega* alguna vez a alzarse, de lo cual hay ciertas dudas. Mientras tanto, lo mismo puedo leer que hacer cualquier otra cosa, ya que estoy solo.

Lunes, 8 de enero

Me levanté y encontré al conde Pietro Gamba en mis apartamentos. Hice salir al criado. Me contó que, según las informaciones más fidedignas, el gobierno no ha expedido órdenes para hacer las temidas detenciones; que el ataque en Forli no fue realizado (como se esperaba) por los *sanfedisti* (rivales de los carbonarios, o liberales) y que, de momento, sólo están a la expectativa. Me pidió algunas armas de mejor factura, que le entregué. Acordamos que, en caso de lucha, los liberales se reunirán *aquí* (conmigo), y aseguró que había dado instrucciones a Vincenzo Gallina y algunos otros *jefes* para que lo supieran. Él y su padre se van a cazar al bosque; pero Vincenzo Gallina va a venir a verme, y en caso de que ocurra algo se le remitirá a Pietro Gamba una carta urgente. Se conciertan operaciones. Van a hacerse requisas, pero no importa.

Les he aconsejado que ataquen de uno en uno y en grupos diferentes, en *lugares* diferentes (si bien al *mismo* tiempo), para dividir la atención de las tropas, las cuales, aunque pocas, al ser disciplinadas podrían derrotar a cualquier número de personas (no entrenadas) en combate ordinario, a menos que se las disperse en pequeños grupos y se las distraiga con varios ataques. Les ofrecí mi casa para sus reuniones si así lo preferían. Es un puesto sólido: la calle estrecha, dominada desde dentro, y sus muros defendibles.

Cené. Me probé un abrigo nuevo. Carta a Murray, con correcciones a los *Aforismos* de Bacon²⁸ y un epigrama, este *último no* para su publicación. A las ocho visita a Teresa, condesa Guiccioli. A las nueve y media vinieron *il conte* P. y el conde Pietro Gamba²⁹. Hablamos de cierta proclama que ha sido publicada recientemente. El conde Ruggiero Gamba ha estado con Alborghetti (el [...]) para tantearle con respecto a los arrestos. Alborghetti es un *chaquetero* y reparte, hoy por hoy, sus cartas con una mano en cada bando. Le van a sobrar cartas, como no se ande con ojo. Alborghetti pretende (*yo* dudo de él, *ellos* no: ya veremos) que no hay tal orden, y hasta parece sorprendido de los inmensos esfuerzos de los napolitanos y del fiero espíritu que aquí muestran los liberales. Lo cierto es que Alborghetti se preocupa por poco salvo su posición (que ya es buena) y quiere congraciarse con ambos grupos. Ha cambiado de opinión treinta veces durante los tres últimos ciclos

lunares, al menos por lo que yo sé, pues se escribe conmigo. Pero no es un tipo sediento de sangre, sólo avaricioso.

Parece que en este preciso momento, como dice Lydia Languish, «no habrá fuga después de todo»³⁰. Ojalá lo hubiera sabido anoche (o más bien esta mañana): me habría ido a la cama dos horas antes. Y, pese a todo, no debería quejarme; pues, aunque hay siroco y lluvia a raudales, no he *bostezado* en estos dos días.

Volví a casa, leí la *Historia de Grecia*; ya antes de cenar había leído el *Rob Roy* de Walter Scott. Escribí la dirección a la carta en respuesta a Alessio del Pinto, que me ha dado las gracias por ayudar a su hermano (el fallecido comandante, asesinado aquí el mes pasado) en sus últimos momentos. Le he dicho que sólo cumplí con un deber humano, y esa es la verdad. El hermano vive en Roma.

Aticé el fuego con un poco de *sgobole*³¹ (una palabra romaña) y le di al halcón un poco de agua. Bebí un poco de agua mineral³². Nota recordatorio: recibido hoy un grabado o aguafuerte de la historia de Ugolino³³, obra de un pintor italiano; diferente, claro, del de sir Joshua Reynolds, y diría yo (por lo que recuerdo) que *no peor*, pues el de Reynolds no es tan fiel a la historia. Se me rompió un botón de mi abrigo nuevo.

Me pregunto cómo actuarán estos italianos bajo fuego. A veces pienso que, como la pistola del irlandés (alguien se la había vendido doblada), sólo valdrán para «disparar desde la esquina»; por lo pronto, esta clase de disparo está siendo una constante en sus gestas. Y, con todo, hay madera en esta gente y una noble energía, si se les dirige bien. Pero ¿quién va a dirigirles? No importa. De tales tiempos surgen los héroes. Las dificultades son el caldo de cultivo de los espíritus elevados y la libertad, la madre de las pocas virtudes que concurren en la naturaleza humana.

Martes, 9 de enero

Me levanté, hacía buen día. Pedí los caballos; pero, avisado por Lega³⁴ (mi *secretario*, un italianismo por administrador o mayordomo) de que el pintor había acabado el fresco de la habitación en la que últimamente ha estado empleado, fui a verlo antes de salir. El pintor no ha copiado mal los grabados

de Tiziano, etc., teniendo en cuenta tantas cosas.

Cené. Leí la *Vanidad de los deseos humanos* de Johnson: los ejemplos y el modo de exponerlos resultan sublimes, así como la última parte, con la excepción de un dístico aislado. El comienzo no me gusta tanto. Recuerdo que Sharp (el *Conversador*, como se le llamaba en Londres: un hombre muy inteligente) comentaba que el primer verso de este poema era superfluo y que Pope (el mejor de los poetas, en *mi* opinión) habría comenzado inmediatamente, modificando sólo la puntuación:

¡Contempla a la humanidad desde China a Perú!

El verso anterior: «Que sea la observación», etc. es ciertamente pesado e inútil. Pero es un poema maravilloso, y *¡tan cierto!* Ciertamente como la décima del propio Juvenal³⁵. El devenir de las épocas *cambia* todas las cosas: el tiempo, el lenguaje, la tierra, los límites del mar, las estrellas del cielo y todo lo que hay «arriba, alrededor, y debajo»³⁶ del hombre, *salvo al propio hombre*, que siempre ha sido, y siempre será, un granuja sin suerte. La infinita variedad de las vidas no lleva sino a la muerte, y la infinitud de los deseos no conduce sino a la decepción. Hasta ahora, los descubrimientos realizados no han servido para multiplicar otra cosa que la existencia. La extirpación de una enfermedad es seguida por alguna nueva peste; y el descubrimiento de un nuevo mundo le ha traído poco al viejo, salvo la sífilis, primero, y la libertad después: la *última* no es mala cosa, en concreto que se la dieran a Europa a cambio de la esclavitud. Pero cabe dudar si la opinión de «los soberanos» no será que, de las dos, la *primera* es el mejor regalo para sus súbditos.

Salí a las ocho. Supe de varias noticias. Se dice que el rey de Nápoles, a través de unos mensajeros enviados desde Florencia, ha declarado a los *poderes* (como llaman ahora a esos desgraciados con corona) que su constitución era imperiosa, etc. etc. y que a los bárbaros austriacos les han vuelto a pagar un salario de *guerra* y marcharán. Que así sea. ¡«Bajo sus hermosas vestiduras vienen como víctimas destinadas al sacrificio»³⁷ esos perros del infierno! No perdamos aún la esperanza de ver sus huesos unos

sobre otros, como los de aquellos perros humanos que vi en Morat, Suiza³⁸.

Escuché algo de música. A las nueve, las visitas habituales: noticias, *guerra* o rumores de guerra. Consultas con Pietro Gamba, etc. etc. La idea es *sublevarse* aquí y, acto seguido, van a hacerme el honor de reclamarme entre ellos. No retrocederé, aunque no les veo con la fuerza o el temple suficientes para obtener algún fruto. Pero *jadelante!*: ahora es el momento de actuar, y ¿qué significa el *yo* si una simple chispa de aquello que es digno del pasado puede legarse pleno de ardor al futuro? No es un hombre ni un millón, sino el *espíritu* de la libertad lo que se ha de propagar. Las olas que rompen en la playa son destruidas una a una, pero aun así vence el *océano*. Aplasta a la Armada, desgasta las rocas y, si debemos creer a los *neptunianos*³⁹, no sólo ha destruido, sino que ha construido un mundo. De igual manera, independientemente de cuál sea el sacrificio humano, una causa tan grande acumulará fuerza, barrerá lo que esté podrido y fertilizará (pues el *alga marina* es *estiércol*) lo que sea cultivable. Por lo cual ni el menor cálculo egoísta debe realizarse en tales ocasiones, y en estos momentos no seré yo quien lo compute. Nunca he sido un buen aritmético de contingencias y no voy a empezar a serlo ahora.

10 de enero

Un buen día: sólo llovió por la mañana. Revisé mis cuentas. Leí los *Poetas* de Campbell⁴⁰: apunté los errores de Tom (el autor) para que los corrijan. Cené, salí, música, variaciones de aires tirolese. Defendí la sencillez de los aires originales frente a las variaciones de la escuela italiana.

La situación política está un tanto turbia, y se enrarece cada día que pasa. Mañana, probablemente, al ser el día en que llega el correo del extranjero, se sabrá algo más.

Vine a casa, leí. Corregí las erratas de Tom Campbell. Es un buen trabajo, a pesar de todo: el estilo es afectado, pero su defensa de Pope es gloriosa. No en vano es también su *propia causa*, pero no importa: es muy buena y le da enorme crédito.

Medianoche

He estado leyendo por encima algunas *biografías* de poetas. Rara vez leo sus obras, a no ser que se trate de un vistazo ocasional a los clásicos, Pope, Dryden, Johnson, Gray y los que más se les aproximan (dejo la *jerigonza* de los demás a la *hipocresía* del presente⁴¹), y... había hecho algunas reflexiones, pero como tengo sueño lo mejor es que me vaya a la cama.

11 de enero

Lectura de cartas. Corregí la tragedia⁴² y *Hints from Horace*⁴³. Cené y me puse de mejor humor. Salí, volví, terminé unas cartas, cinco en total. Leí los *Poetas* y una anécdota en Spence.

Alborghetti me escribe que el Papa, el duque de la Toscana y el rey de Cerdeña han sido también llamados al Congreso, pero el Papa sólo negociará mediante un representante. ¡De modo que los intereses de millones están en las manos de unos veinte petímetros en un lugar llamado Laibach!

Casi debería arrepentirme de que mis propios asuntos marchen bien cuando los de las naciones están en peligro. Si los intereses de la humanidad fueran a mejorar en lo esencial (especialmente los de los oprimidos italianos), no me preocuparía mucho por mis «asuntillos»⁴⁴ personales. Dios nos provea de mejores tiempos, o de más filosofía.

Leyendo, acabo de toparme por casualidad con esta aseveración de Tom Campbell: hablando de Collins, dice que «a ningún lector le importa ya el *estilo tan característico* de sus églogas, como no le importa la autenticidad del relato de Troya». Esto es falso: *sí* que nos interesa «la autenticidad del relato de Troya». Yo he estado sobre ese llano *a diario*, durante más de un mes, en 1810⁴⁵, y, si algo rebajaba mi placer, era que ese canalla de Bryant⁴⁶ hubiera impugnado su veracidad. Es cierto que leí *Homer Travestied*⁴⁷ (los doce primeros libros) porque Hobhouse y otros no dejaban de dar la murga con sus doctas localizaciones, y a mí me encanta poner a la gente a prueba. Pero seguía venerando el grandioso original como la verdad en cuanto a *historia* (en lo referente a los hechos *materiales*) y *lugar*. De otro modo, no me hubiera proporcionado placer alguno. ¿Quién va a convencerme de que, cuando me inclinaba sobre una imponente tumba, esta no contenía un héroe? Su misma envergadura era prueba de ello. La gente no se toma tantas

molestias por unos muertos innobles e insignificantes, y ¿por qué los *muertos* no iban a ser los muertos *de Homero*? El secreto de la defensa que realiza Tom Campbell a favor de la *imprecisión* en vestuario y descripciones es que su *Gertrude*⁴⁸, etc. tiene tantos paisajes en común con Pennsylvania como con Penmanmawr. Salta a la vista que su obra abunda en escenarios groseramente falsos, como afirman los americanos, a pesar de que estos alaban algunos pasajes del poema. Lo cierto es que el amor propio siempre salta, como una serpiente, para morder cualquier cosa que, aun accidentalmente, tropieza con él.

12 de enero

El clima sigue siendo tan húmedo e impracticable que incluso Londres, en sus brumas más opresivas, sería un día de verano frente a esta niebla y esta lluvia, que hasta ahora se han prolongado (salvo por el intermedio de un día), acompañadas de rachas de nieve o fuertes lluvias, desde el 30 de diciembre, 1820. Visto así, es una suerte tener una faceta literaria; pero es muy fatigoso no poder desentumecerme a mi gusto en otro caballo que no sea Pegaso durante tantos días. Los caminos son todavía peores que el clima a causa de tantos aguaceros y de lo pesado que está el suelo, y de la crecida de las aguas.

Leí a los poetas –ingleses, quiero decir– de la edición de Campbell. Hay demasiado tafetán en algunas de las frases introductorias de Tom, pero su trabajo en general es bueno. Me gusta más él, sin embargo, en su propia poesía.

Murray me escribe diciendo que quieren representar la tragedia de *Marino Faliero*⁴⁹; más tontos son ellos, fue escrita para ser leída. He protestado contra tamaña usurpación (la cual, por lo visto, puede ser legalmente llevada a cabo por cualquier director y con cualquier trabajo impreso contra la voluntad del autor), y espero que no se atrevan. ¿Por qué no sacan a la luz a alguno de los innumerables aspirantes a celebridad teatral que ya atestan sus estanterías, en lugar de arrancarme a mí de la biblioteca? He escrito una acérrima protesta contra cualquier intentona al respecto, pero tengo todavía la esperanza de que no será preciso airearla, y que ellos mismos no tardarán en comprobar que la obra no ha sido escrita para la escena. Es

demasiado monótona: el tiempo, veinticuatro horas; el cambio de escenario, poco frecuente; nada *melodramática*; no hay sorpresas, no hay sustos ni efectismo ni oportunidad alguna de «hacerlos temblar y morderse las uñas»; y no hay *amor*: el ingrediente definitivo de toda obra moderna.

Ya sé quién es el que sale en el lacre grabado en la carta de Murray⁵⁰. Se supone que es Walter Scott, o sir Walter, el primer poeta que ha sido armado caballero desde *sir* Richard Blackmore⁵¹. Pero no le hace justicia. Scott, en particular cuando recita, posee una expresión muy inteligente, y este lacre no dice nada.

Scott es sin lugar a dudas el escritor más maravilloso del momento. Sus novelas son ya de por sí una nueva literatura, y su poesía, tan buena como la mejor –si no superior (sólo en un sistema equivocado)⁵²–, y si ha dejado de ser popular es porque el docto vulgo estaba cansado de oír «Aristides llamado el Justo» y Scott el Grande, y lo condenó al ostracismo.

Me gusta, también, por la virilidad de su carácter, por el enorme encanto de su conversación y, personalmente, por su buena disposición hacia mí. ¡Que prospere!, pues bien lo merece. No hay libro sobre el que me arroje con tanta presteza como una obra de Walter Scott. Esta tarde le daré el lacre, con su busto en él, a Madame *la comtesse* Guiccioli, pues le interesará mucho tener la efigie de un hombre tan célebre.

¡Qué extraños son mis pensamientos! La lectura de la canción de Milton «Sabrina Fair»⁵³ me ha devuelto, no sé cómo ni por qué, a los que probablemente sean los días más felices de mi vida (siempre exceptuando, aquí y allá, las vacaciones de Harrow durante los dos últimos veranos que pasé allí), cuando vivía en Cambridge con Edward Noel Long⁵⁴, que perteneció después a la Guardia Real y quien, tras haber servido con honor en la expedición de Copenhague⁵⁵ (de la cual dos o tres mil sabandijas aún conservan su juramento y su salario), se ahogó en los primeros días de 1809 en la travesía a Lisboa que realizó junto a su regimiento a bordo de la nave *St. George*, contra la cual chocó otra nave en plena madrugada. Competíamos para ver quién nadaba mejor, nos encantaba cabalgar, leer y todo lo que era ameno. Habíamos coincidido en Harrow, pero, al menos *allí*, Long era mucho menos inquieto que yo. Yo siempre estaba jugando al *cricket*, montando

bullas, pegándome, *bregando* (de *luchar*, pero *no en el agua*, que es una práctica diferente)⁵⁶ y haciendo todo tipo de trastadas, mientras que él era más reposado y refinado. En Cambridge –ambos pertenecíamos a Trinity– mi espíritu se templó bastante o el suyo se asperizó, pues nos hicimos muy buenos amigos. La descripción del lugar en el que Sabrina está sentada me recuerda a cuando competíamos en proezas *acuáticas*. Aunque las aguas del Cam no son «ondas translúcidas», el río tenía casi cinco metros de profundidad en el punto en que más solíamos zambullirnos, y de su fondo recogíamos –después de arrojarlos allí a propósito– platos, huevos y hasta chelines. Recuerdo, en concreto, que en el lecho del río (al menos a tres o cuatro metros de profundidad) había un tocón, en la zona en la que por lo general solíamos bañarnos, al cual yo solía agarrarme, y «me preguntaba cómo diablos había llegado hasta allí»⁵⁷.

Las tardes las pasábamos acompañados de música (él tenía aptitudes para la música y tocaba más de un instrumento, flauta y violonchelo), yo como mera audiencia; y creo que nuestra bebida principal era el agua de soda. Por el día montábamos a caballo, nos bañábamos y pasábamos el rato, leyendo de vez en cuando. Recuerdo cuando compramos, con verdadera impaciencia, el nuevo libro en cuarto de Moore⁵⁸ (en 1806), que leíamos juntos por las tardes.

Sólo estuvimos juntos aquel verano: Long se alistó en el regimiento de la Guardia Real durante el año que yo pasé en Notts, lejos de la universidad. Su amistad, y un violento, aunque *puro*, amor apasionado –que me embargó durante el mismo período–, fueron por aquel entonces los romances del período más romántico de mi vida⁵⁹.

Recuerdo que en la primavera de 1809 Hobhouse se reía de mi aflicción por la muerte de Long y se divertía componiendo epigramas con su nombre, que era susceptible al juego de palabras: *Long* (*largo*), *short* (*corto*), etc. Pero tres años después no le faltaría ocasión de arrepentirse cuando nuestro común amigo, y en especial de Hobhouse, Charles Matthews, también se ahogó, y él mismo se vio tan afectado como yo por idéntica desgracia. Pero *yo* no se la devolví con juegos de palabras y epigramas, pues por mi parte valoraba a Matthews demasiado como para hacerlo, e, incluso de no haber sido así,

hubiera respetado su dolor⁶⁰.

El padre de Long me escribió para que le hiciese un epitafio a su hijo. Le prometí hacerlo, pero no tuve fuerzas para completarlo. Long era uno de esos seres bondadosos y adorables que raramente disfrutaban largo tiempo de la vida; poseía talento, y también mucho mundo, lo que hacía aún más dolorosa su ausencia. Y, aunque era un muchacho muy alegre, a veces se dejaba llevar por raptos extrañamente melancólicos. Recuerdo que una vez, yendo a casa de su tío, creo –yo acudí a acompañarle meramente a la puerta, en cierto Upper o Lower Grosvenor o Brook Street, he olvidado cuál, pero era una calle que daba a una plaza–, me dijo que la noche anterior «había cogido una pistola, sin saber si estaba cargada y sin comprobarlo siquiera, y se la había descerrajado en la cabeza, dejando que el azar determinara si de veras lo estaba». También la carta que me escribió al dejar la universidad para unirse a la Guardia Real resultaba tan melancólica en su tono como requería la ocasión. Pero no mostraba aquello en su conducta, pues era dulce y amable; y, aun así, su forma de ser tendía muchas veces al absurdo. Ambos estábamos muy unidos a Harrow, y en ocasiones hacíamos excursiones desde Londres para revivir nuestros recuerdos escolares.

Medianoche

Leí la traducción al italiano hecha por Guido Sorelli del alemán Grillparzer⁶¹: sin duda, todo un nombre para la posteridad, pero antes *tendrá* que aprender a pronunciarlo. Con todas las salvedades, dado que se trata de una *traducción*, y encima de una traducción *italiana* (son los peores traductores, excepto de los clásicos –Annibale Caro⁶², por ejemplo–, y *ahí* la bastardía de su lengua les ayuda, pues, para *parecer legítimos*, imitan la lengua de sus padres); con todas las salvedades que se derivan de tal desventaja, la tragedia de *Sappho* es verdaderamente soberbia y sublime. Eso es innegable. El tipo ha hecho un formidable trabajo escribiendo esa obra. Pero *¿de quién se trata?* No lo conozco, pero *los siglos lo harán*. Es una mente única.

Pongo por delante, sin embargo, que no he leído *nada* de Adolph Müllner (el autor de *Culpa*⁶³), y mucho menos de Goethe, Schiller y Wieland de lo que me gustaría. Sólo los conozco por traducciones inglesas, francesas e

italianas. Del idioma *real* no sé absolutamente nada, salvo juramentos aprendidos de postillones y oficiales en alguna pelea. Cuando quiero, puedo *jurar* en alemán con absoluta convicción: *Sacrament, Verfluchter, Hundsfott* y demás; pero apenas sé una palabra de su no menos vehemente conversación.

Me gustan, no obstante, sus mujeres (en cierta ocasión estuve *desesperadamente* enamorado de una alemana, Constance⁶⁴), y todo cuanto he leído, traducido, de sus escritos y todo cuanto he visto en el Rin de su país y sus gentes; todo salvo los austriacos, a los que aborrezco, detesto y... no encuentro palabras para explicar el odio que les tengo, y lamentaría encontrar un solo hecho capaz de despertar mi odio, pues aborrezco la crueldad más de lo que aborrezco a los austriacos, salvo cuando es producida por un arrebato, y ahí soy un salvaje: pero no deliberadamente.

Grillparzer es solemne, anticuado, *no tan simple* como los antiguos pero sí muy simple para un moderno: demasiado *madamedestaëlizado* aquí y allá, pero en líneas generales es un escritor espléndido.

Sábado, 13 de enero

Anotado el esbozo y el *dramatis personae* de una tragedia que estoy planteándome escribir en torno a Sardanápalo, sobre la que he meditado un tiempo. He tomado los nombres de Diodoro Sículo (conozco la historia de Sardanápalo, y así ha sido desde que tenía doce años) y he leído un pasaje del volumen IX en octavo de la *Grecia* de Mitford, donde este tiende más bien a defender la memoria del último de los asirios⁶⁵.

Cené, llegaron noticias: los *poderes* pretenden plantar batalla al pueblo. La información parece segura; ojalá. Al final serán derrotados. Los tiempos de los reyes están tocando a su fin. Habrá sangre derramada como agua y lágrimas como niebla, pero al final será el pueblo quien venza. No viviré para verlo, pero puedo preverlo.

Llevé a Teresa la traducción al italiano del *Sappho* de Grillparzer, que ella promete leer. Ha reñido conmigo porque dije que el amor *no* era el tema *más noble* para una verdadera tragedia, y, apoyándose en la ventaja de su idioma natal y la natural elocuencia femenina, no le ha costado pasar por

encima de mis argumentos, mucho más escasos que los suyos. Creo que está en lo cierto. Debo añadir más amor en *Sardanápalo* del que pretendía. *Si* es que, claro, la situación me deja tiempo libre. Este *si* difícilmente proveerá paz.

14 de enero

Leí por encima las tragedias de Séneca. Escribí los versos iniciales de la tragedia que preveo sobre Sardanápalo. Cabalgué varias millas por el bosque. Niebla y lluvia. Volví, cené, escribí algo más de mi tragedia.

Leí a Diodoro Sículo, hojeé a Séneca y algunos otros libros. Escribí un poco más de la tragedia. Me bebí un vaso de grog. Después de mucho cabalgar bajo clima lluvioso y de garabatear, y de garabatear de nuevo, los ánimos (al menos los míos) precisan de una pequeña euforia, y ya no me gusta el láudano tanto como solía. Así que me he servido un vaso de licores fuertes y agua⁶⁶, que ahora procederé a vaciar. Por tanto y con tanto concluyo este diario por hoy.

El efecto que los vinos y licores ejercen en mí es, sin embargo, extraño. Me *asientan*, pero a la vez me deprimen: me deprimen en el mismo momento en que hacen efecto y rara vez me animan. Pero me serenán por un tiempo, aunque sea por medio de la melancolía.

15 de enero

Buen tiempo. Recibí visita. Cabalgué por el bosque, pegué unos tiros. Volví a casa, cené, leí por encima un volumen de la *Grecia* de Mitford, escribí parte de una escena de *Sardanápalo*. Salí, escuché música; noticias políticas. Varios ministros más de los restantes poderes italianos han acudido al Congreso. La guerra parece inevitable; en tal caso, será una guerra cruenta. Traté algunos asuntos de importancia con uno de los iniciados. A las diez y media volví a casa.

Se me acaba de ocurrir algo de lo más curioso. En el año 1814, Moore («el poeta» *par excellence*: no merece otro nombre) y yo íbamos juntos, en el mismo carruaje, a cenar con el conde Grey, el *capo politico* de los *whigs* que todavía quedaban. Murray el magnífico (el ilustre editor de ese nombre)

acababa de enviarme una gaceta de Java, no sé por qué ni con qué propósito. Al abrirla por mera curiosidad, nos encontramos con que en ella se debatían (en la mencionada gaceta de Java) los méritos de Moore y los míos. Pienso que, de haber estado allí, podría haberles evitado el engorro de debatir tal asunto. Pero ¡eso es la *fama* cuando tienes veintiséis años! Alejandro había conquistado la India a esa misma edad; pero yo dudo si alguna vez fue objeto de debate, o sus conquistas comparadas a las del Baco indio, en Java.

Era un gran honor ser mencionado al lado de Moore; más grande aún ser comparado con él; y mayor todavía el *placer*, al menos, de estar *con* él; y, sin duda, una curiosa coincidencia que estuviéramos cenando juntos mientras aquellos hombres discutían sobre nosotros más allá de la línea equinoccial.

Pues bien, esa misma tarde me encontré con el pintor Lawrence y escuché a una de las hijas de lord Grey (una chica alta, bonita, de aire espiritual, con mucho del *porte patricio*, *pura sangre* de su padre, cosa que me encanta) tocar el arpa con tanta modestia y candidez que ella misma *parecía música*. Pues bien, prefería esa charla con Lawrence (era una delicia oírle hablar) y escuchar a la chica que tener toda la fama de Moore y la mía juntas.

El único placer que concede la fama es que allana el camino que conduce al placer, y, cuanto más intelectual es nuestro placer, mejor para el placer y también para nosotros. Era, sin embargo, agradable haber sabido de nuestra fama antes de la cena y oír el arpa de una chica después.

16 de enero

Leí, cabalgué, pegué unos tiros, volví, cené, escribí, salí de visita, oí música, hablé por hablar y volví a casa.

Escribí parte de una tragedia; avancé por el primer acto con «toda la diligencia posible»⁶⁷. Compré una manta. El clima sigue siendo tan opresivo como un mayo en Londres: niebla, garúa, el aire cargado de *scotticismos*, los cuales, aunque bellos en las descripciones de Ossian, son un poco cansinos en la prosaica perspectiva de la realidad. Los asuntos políticos todavía en el misterio.

17 de enero

Cabalgué bosque a través, pegué unos tiros, cené. Llegó un paquete de libros procedente de Inglaterra y Lombardía: inglés, italiano, francés y latín. Leí hasta las ocho, salí.

18 de enero

Hoy, como el correo ha llegado tarde, no he cabalgado. Leí varias cartas: ahora sólo faltan dos gacetas en lugar de doce. Hice que Lega escribiera a ese negligente Galignani y añadí una posdata. Cené.

A las ocho tenía intención de salir. Lega vino con una carta donde se alude a una factura *impagada* en Venecia que creí pagada hace meses. Me puse hecho una furia, lo cual casi me hace desmayar. Desde entonces no me he encontrado bien. Me lo merezco, por ser tan idiota, pero *fue* una provocación: ¡pandilla de sinvergüenzas! No son, sin embargo, más de veinticinco libras.

19 de enero

Cabalgué. El viento del invierno es más cruel que la propia ingratitud, aunque Shakespeare diga otra cosa⁶⁸. Al menos, estoy mucho más acostumbrado a vérmelas con la ingratitud que con el viento del norte, tanto es así que pensaba que este era el más crudo de los dos. Me las he tenido con ambos en el transcurso de veinticuatro horas, así que puedo juzgar.

He ideado un plan educativo para mi hija Allegra, que debería comenzar pronto sus estudios. Escribí una carta, seguidamente una posdata. Bastante bajo de ánimo, bastante hipocondríaco, el hígado tocado: me tomaré una dosis de sales.

He estado leyendo la biografía, escrita por él mismo e hija, de Mr. R.L. Edgeworth⁶⁹, el padre de *Miss Edgeworth*. Sin duda es un gran hombre. En 1813, recuerdo haber coincidido con ellos en el mundillo de las celebridades de Londres (del cual por entonces yo formaba una parte, una fracción, el segmento de un círculo, la unidad de un millón, la nada de algo), en los grupitos del momento y en un desayuno en casa de sir Humphry⁷⁰ y lady Davy, al cual fui invitado para la ocasión. Yo había sido el león de 1812: Miss Edgeworth y Madame de Staël, junto con el «Cosaco»⁷¹ a finales de

1813, fueron las piezas expuestas el año siguiente.

En mi opinión, el viejo Edgeworth era un buen tipo: de tez sanguínea, ajada y cárdena, pero activo, enérgico e incansable. Tenía setenta años, pero no aparentaba ni cincuenta: no, ni siquiera cuarenta y ocho. Yo había visto al pobre Fitzpatrick no mucho antes: un hedonista, un hombre de ingenio, elocuente, lo tenía todo. Tartamudeaba, pero aun así hablaba como un caballero, aunque muy débilmente. Edgeworth se movía con agilidad y hablaba mucho y con voz potente; pero no parecía ni débil ni decrepito, y apenas viejo⁷².

Empezó por contar «que había dado su merecido al Dr. Parr, quien lo había tomado por un puñetero irlandés», etc. etc. El caso es que yo, que conozco al Dr. Parr y que sé (*no* por experiencia, pues ni de lejos habría cometido la imprudencia de discutir con él, sino por escucharle hablar *con* otros, y *de* otros) que no era tarea fácil «darle su merecido» al doctor, llegué a la conclusión de que Mr. Edgeworth presumía de algo que no era cierto. No podría haber aguantado ante Parr ni un instante. Más allá de eso, parecía inteligente, vehemente, jovial y lleno de vida. Es muy probable que llegue a los cien años.

No era muy apreciado en Londres, y recuerdo una gracia «verdaderamente graciosa» y jactanciosa⁷³ que se extendió entre los galantes del momento, a saber: se había presentado un documento a favor del *regreso de Mrs. Siddons a los escenarios* (quien, no mucho tiempo atrás, se había despedido de ellos para quebranto de las épocas, pues nada fue nunca y nunca podrá ser como ella) que todo hombre había sido llamado a suscribir. Tras lo cual Thomas Moore, de irreverente y poética memoria, propuso que un documento similar fuera *suscrito* y *circunscrito* «a favor del regreso de Mr. Edgeworth a Irlanda»⁷⁴.

En realidad, a todo el mundo le interesaba más *ella*. Era bonita y menuda, y nada presuntuosa: «una Jeanie Deans de los pies a la cabeza»⁷⁵, como decimos los escoceses, y, si no guapa, ciertamente tampoco sin atractivo. Su conversación era tan reposada como ella. Nadie hubiera dicho que fuera capaz siquiera de escribir *su nombre*, mientras que su padre hablaba, *no* como si no pudiera escribir ninguna otra cosa, sino como si ninguna otra cosa fuera

digna de ser escrita.

En cuanto a Mrs. Edgeworth⁷⁶, nada recuerdo salvo que, según creo, era la más joven del grupo. En conjunto, todos ellos estaban perfectamente cortados por el mismo patrón, y tuvieron éxito durante dos meses, hasta el desembarco de Madame de Staël.

En cuanto a sus obras, las admiro; pero no excitan sentimiento alguno y no expresan amor, salvo para algún criado o postillón irlandés. En cualquier caso, la impresión que deja de sensatez e intelecto es profunda y puede ser útil.

20 de enero

Cabalgué, pegué unos tiros. Leí parte de la *Correspondencia* de Grimm. Cené, salí, escuché música, volví, escribí una carta a lord Chamberlain para pedirle que impida las representaciones teatrales del Dogo⁷⁷ que, según anuncian los periódicos italianos, alguien se dispone a montar. Esto es genial. ¡Vamos, que sin pedir mi consentimiento, e incluso en oposición a él!

21 de enero

Hace buen día, despejado y glacial: es decir, glacial a la italiana, pues sus inviernos rara vez trascienden la nieve, razón por la cual nadie sabe patinar⁷⁸ (habilidad esta holandesa e inglesa). Cabalgué, como siempre, y pegué unos tiros. Buena puntería: he roto cuatro botellas corrientes y bastante pequeñas de cuatro tiros, a catorce pasos, con un par de pistolas comunes y pólvora del montón. Casi tan buena puntería⁷⁹ –considerando la diferencia de pólvora y pistola– como cuando en 1809, 1810, 1811, 1812, 1813, 1814 era capaz de partir bastones, galletas, medias coronas, chelines e incluso la *contera* de un bastón a doce pasos con una sola bala, y todo a *ojo* y a fuerza de cálculo, pues mi pulso no es firme y tiende a alterarse como el propio tiempo. De la destreza que aquí hago notar, Joe Manton⁸⁰ y otros pueden dar testimonio, pues el primero me enseñó, y los demás me han visto hacer, tales hazañas.

Cené, me fui de visita, regresé a casa, leí. Me paré a pensar en una anécdota en la *Correspondencia* de Grimm que dice que «*Regnard, et la plupart des poètes comiques, étaient des gens bilieux et mélancoliques; et*

que M. de Voltaire, qui est très gai, n'a jamais fait que des tragédies; et que la comédie gaie est le seul genre où il n'ait point réussi. C'est que celui qui rit et celui qui fait rire sont deux hommes fort différents»⁸¹ (vol. VI).

En este momento me siento tan bilioso como el mejor escritor de comedias que entre ellos se cuente (incluido el propio Regnard, el siguiente a Molière, quien ha escrito algunas de las mejores comedias en cualquier lengua y quien, supuestamente, se suicidó) y no tengo humor para continuar mi prometida tragedia de *Sardanápalo*, la cual he dejado de componer durante algunos días.

Mañana es mi cumpleaños: es decir, a las doce, medianoche, esto es, en doce minutos, habré cumplido ¡treinta y tres años de edad! Y me iré a la cama con el peso en el corazón de haber vivido tanto y con tan poco propósito.

Pasan tres minutos de las doce. «Es medianoche en el reloj del castillo»⁸² ¡y ya tengo treinta y tres!

*Eheu, fugaces, Postume, Postume,
labuntur anni⁸³,*

pero no me arrepiento tanto de lo que he hecho como de lo que *podía* haber hecho.

Por la sombría senda de la vida,
hasta los treinta y tres logré llegar.
¿Y qué es lo que los años me han dejado?
Sólo esos treinta y tres, y nada más.⁸⁴

22 de enero

1821.
Aquí yace,
inhumado en la Eternidad
del Pasado,
de donde no hay
Resurrección
para el Futuro –haya lo que haya
para el Polvo–,

el Trigésimo Tercer Año
de una Vida echada a perder,
la cual, después
de una persistente enfermedad de varios meses,
se hundió en el letargo
y expiró
el 22 de enero, 1821, A. D.,
dejando un sucesor
Inconsolable
por la gran pérdida
que ocasionó su
Existencia.

23 de enero

Hace buen día. Leí, cabalgué, pegué unos tiros y regresé. Cené, leí. Salí a las ocho, hice la visita de siempre. Sólo oigo hablar de guerra, «siempre los mismos gritos, ahí vienen»⁸⁵. Los carbonarios parecen no tener un plan, nada han acordado: cómo, cuándo y qué hacer. En ese caso no sacarán nada del proyecto, tantas veces pospuesto y nunca llevado a la acción.

Volví a casa y di las órdenes necesarias por si las circunstancias nos obligan a cambiar de lugar. Actuaré de acuerdo a lo que parezca apropiado, cuando sepa a las claras qué es lo que los bárbaros pretenden hacer. Ahora mismo están construyendo un puente de barcos sobre el Po, lo que parece un acto de guerra. Es probable que lo sepamos en unos días. Pienso retirarme hacia Ancona, más cerca de la frontera norte; esto es, si Teresa y su padre se ven impelidos a retirarse, cosa que parece muy posible, pues todos en la familia son liberales. Si no, me quedaré. Pero mis movimientos dependerán de los deseos de la dama; para mí, lo mismo da.

No sé muy bien qué hacer con mi hija pequeña y con mis efectos personales, que son bastante numerosos y valiosos y no tienen utilidad alguna en el campo de batalla, adonde creo que iré. Hay, sin embargo, una anciana señora que cuidará de *la niña*, y Teresa dice que el *marchese* Clelia Cavalli se comprometerá a dar cobijo a mis bienes en lugar seguro. Media ciudad está poniendo sus asuntos al día. ¡Menudo carnaval! Esos canallas bien podrían haberse esperado hasta la cuaresma.

24 de enero

Regresé, coincidí en el Corso con algunos espectáculos de danza antigua, «*vive la bagatelle!*»⁸⁶. Los alemanes están en el Po, los bárbaros a las puertas y sus amos en concilio en Laibach (o como sea que ese eructo pueda silabearse mediante la pronunciación humana), y hete aquí que la gente baila y canta y se refocila, «pues quizá mañana morirá». ¿Quién dice que los arlequines no están en lo cierto? Como esa lady Baussiere y mi viejo amigo Burton, yo «seguí cabalgando»⁸⁷.

Cené (¡qué mierda esta pluma!) ternera correosa: no hay ternera en Italia que valga una maldición, a no ser que un hombre pueda comer un viejo buey con piel y todo, cocinado por la luz del sol.

Los protagonistas de los sucesos que podrían tener lugar en sólo unos días han salido *de caza*. Si fuera como las «cacerías de las *highland*», donde la caza es un pretexto para organizar una gran reunión de consejeros y jefes, la cosa estaría muy bien. Pero todo ese pobre petardeo contra unasavecillas acuáticas no es ni más ni menos que un auténtico desperdicio de pólvora, munición y disparos al por menor para su especial diversión; menudos tipos son estos para que «un hombre arriesgue el cuello» por ellos, como Mareschal-Wells dice en el *Black Dwarf*⁸⁸.

Si se unen, «lo cual es dudoso», no congregarán ni mil hombres. La razón es que el pueblo no está interesado, sólo las clases medias y altas. Ojalá los campesinos lo *estuvieran*: son una bella y salvaje raza de leopardos de dos piernas. Pero si los boloñeses no lo están, los romañones no van a estarlo sin ellos. También podrían intentarlo, ¿por qué no? A un hombre no se le puede pedir más que intentarlo, y con que sólo *tratase* de hacer cuanto estuviera en su mano ya sería suficiente. Los holandeses, por ejemplo, contra los españoles: *entonces* los tiranos de Europa, luego los esclavos y, desde hace no mucho, los liberados.

Independientemente de lo que trajera a las naciones, el año 1820 no me fue nada favorable a título personal. Perdí un juicio tras dos decisiones a mi favor. El proyecto de recibir dinero en préstamo de una hipoteca irlandesa fue finalmente rechazado por el fideicomisario de mi mujer tras un año de esperanzas y problemas. El juicio de Rochdale⁸⁹ se había prolongado quince

años y siempre había ido bien hasta que me casé; a partir de entonces todo ha ido mal, para mí al menos.

En el mismo año, 1820, la condesa Teresa Guiccioli *nata* Gamba Ghiselli, pese a todo cuanto dije e hice por evitarlo, se *separó* de su esposo, *il cavalier commendatore* Guiccioli, etc. etc. etc., y todo por culpa de «P.P., actuario de este distrito»⁹⁰. El año también tuvo sus pequeñas vejaciones: carruajes volcados⁹¹, gente asesinada en tu propia puerta y muerta en tu propia cama, calambres al nadar, cólicos, indigestiones y ataques de bilis, etc. etc. etc.

Muchos pocos hacen un mucho,
¡y hurra por Caleb Quotem, oh!⁹²

25 de enero

Recibí carta de lord S.O.⁹³, secretario de estado de las Siete Islas: un buen tipo, inteligente. Se quedó pelado en Inglaterra hace cinco años y se marchó de allí para reducir gastos y comenzar de nuevo. Me escribió desde Ancona, durante su regreso a Corfú, sobre ciertos asuntos de nuestra incumbencia. Es hijo del difunto duque de Leeds, nacido en su segundo matrimonio. Quiere que vaya a Corfú. ¿Por qué no? Quizá lo haga, la próxima primavera.

Respondí a la carta de Murray, leí, perdí el tiempo. Garabateé una página más en el cuaderno de bitácora de mi vida. Un día más que se nos acaba al cuaderno y a mí; pero «¿qué es mejor, la vida o la muerte? Sólo los dioses saben»⁹⁴, como le dijo Sócrates a sus jueces cuando se disolvió el tribunal. Dos mil años desde la declaración de ignorancia de aquel sabio no nos han aportado más luz sobre este importante extremo, pues, según la dispensa cristiana, nadie sabe *a ciencia cierta* si se salvará, ni siquiera el más recto, dado que un mero traspié en su fe podría tumbarlo de espaldas, como a un patinador, cuando ya estuviera deslizándose suavemente hacia su paraíso. Así pues, sea cual sea la certeza de fe que a uno le quepa encontrar en los hechos, la certeza de los individuos en lo tocante a su propia felicidad o su propia miseria no es mayor de lo que era bajo Júpiter.

Se ha dicho que la inmortalidad del alma es un «*grand peut-être*», pero aun así es *grande*. Todo el mundo se aferra a ello: el más estúpido, el más

abúlico y el más perverso de los bípedos humanos vive convencido de que es inmortal.

26 de enero

Hace buen día: algunos cirros auguran cambios, pero el cielo está completamente despejado. Cabalgué, pegué unos tiros, buena puntería. A la vuelta me topé con un anciano. Caridad: compré un chelín de salvación. Si la salvación pudiera comprarse, he dado más a mis semejantes en esta vida –a veces por *vicio*, pero, si no más *a menudo*, al menos más *considerablemente*, por virtud– de lo que ahora poseo. Jamás en mi vida he dado más a una querida de lo que en ocasiones he dado a un pobre que estuviese verdaderamente necesitado, pero y qué: todos esos perros que no han dejado de perseguirme (con la ayuda de ***, que ha rematado sus esfuerzos) triunfarán, y cuando se me haga justicia será cuando esta mano que escribe esté tan fría como los corazones que se han ensañado conmigo.

De regreso, en el puente que hay cerca del molino, vi a una anciana. Le pregunté su edad. Dijo: «*Tre croci*». Le pregunté a mi mozo de cuadra (a pesar de mi decente italiano) qué diablos querían decir *sus* tres cruces. Me dijo: «Noventa años», ¡y que en realidad tenía cinco años más! Repetí lo mismo tres veces para no equivocarme: ¡noventa y cinco años! Y aún se mostraba muy capaz: oyó mi pregunta, pues respondió a ella; me *vio*, pues se acercó a mí; y de ningún modo tenía aspecto decrepito, a pesar del evidente deterioro de los años. Le pedí que viniese mañana para poder examinarla bien. Adoro los prodigios. Si *tiene* noventa y cinco años, habrá de recordar al cardenal Alberoni, que estuvo aquí como legado.

Al desmontar, encontré al teniente E.⁹⁵ recién llegado de Faenza. Le he invitado a cenar mañana conmigo. *No* le he invitado a cenar hoy porque había un *rodaballo* no muy grande (los viernes, ayunar a menudo y religiosamente) que quería comerme yo solo. Me lo comí.

Salí, encontré a Teresa como siempre, música. Los caballeros esos que promueven revoluciones y se largan de caza no han regresado todavía. No regresarán hasta el domingo; es decir, han salido cinco días a hacer el payaso mientras los intereses de todo un país están en juego, e incluso ellos mismos

comprometidos.

Es difícil hacer lo que toca entre semejante chusma de asesinos y cafres, pero cuando la bazofia sea rebañada o haya hervido hasta rebosar quizá venga algo bueno. Ojalá este país pudiera obtener la libertad: ¿hay algo que sea demasiado grande a cambio de lograr tal deseo: acabar con este lamento de los siglos? Tengamos esperanza. Ellos la han tenido durante mil años. El mismo giro de la fortuna habrá de traerla, está en los dados.

Si entre los napolitanos hay un solo Massaniello⁹⁶, vencerán a esos malditos carniceros de la corona y el sable. Holanda, en peores circunstancias, venció a los españoles y a los Felipes, América venció a los ingleses, Grecia venció a Jerjes y Francia venció a Europa hasta que se le ocurrió aceptar un tirano, Sudamérica saca a golpes a los viejos buitres de su nido, y, únicamente con que estos hombres se mantengan firmes, nada de cuanto les rodea podrá conmoverlos.

28 de enero

Sin recibir la *Gaceta de Lugano*. Cartas desde Venecia. Parece que los brutos austriacos se han incautado de mis tres o cuatro libras de pólvora inglesa. ¡Qué perros! Espero pagarles en *balas* esa pólvora. Cabalgué hasta el crepúsculo.

He estado pensando los temas para cuatro tragedias que quiero escribir (si la vida y las circunstancias lo permiten), a saber: *Sardanápalo*, ya comenzada; *Cain*, de asunto metafísico, algo en el estilo de *Manfred*, pero en cinco *actos*, quizá con un coro; *Francesca de Rimini*, en cinco actos; y ya veremos si no intentaré *Tiberio*⁹⁷. Creo que algo podría sacarse, al menos con *mi* sentido de lo trágico, del lúgubre aislamiento y la ancianidad del tirano, e incluso de su estancia en Caprea, si se suavizan los *detalles* y se muestra la desesperación que debió desembocar en placeres tan depravados. Pues nada sino una mente poderosa y sombría habría recurrido a tales horrores solitarios al verse derrocada, cuando él además era, al mismo tiempo, *viejo*, y el amo del mundo.

Nota recordatorio: ¿qué es la poesía? El sentimiento de un mundo pasado y futuro.

Segundo pensamiento: ¿por qué, en la misma cumbre del deseo y del placer humano –sea este mundano, social, amoroso, ambicioso o incluso avaricioso–, se mezcla un cierto sentido de duda y pesar, el miedo a lo que vendrá, la duda de lo que *es*, una mirada al pasado que lleva a un pronóstico del futuro? (El mejor de los profetas del futuro es el pasado). ¿Por qué sucede esto, todo esto? No lo sé, salvo por el hecho de que subidos a un pináculo somos más susceptibles al vértigo, y de que nunca tememos caer excepto desde un precipicio: cuanto más alto, más terrible y más sublime; y, por tanto, no estoy seguro de que el miedo no sea una sensación placentera. Al menos, la *esperanza* lo es, y ¿qué *esperanza* no guarda en lo más hondo un germen de miedo? ¿Y qué sensación hay tan deliciosa como la esperanza? Y, de no ser por la esperanza, ¿dónde quedaría el futuro? En el infierno. Es inútil decir *dónde* queda el presente, pues la mayoría lo sabemos; y en cuanto al pasado, ¿qué prevalece en la memoria? La *esperanza frustrada*. Ergo, en todos los asuntos humanos está la esperanza, esperanza, esperanza. Dieciséis minutos –aunque no los he contado– es todo lo que concedo a cualquier posesión real o imaginaria. Da igual el lugar del que partamos: siempre sabremos dónde habrá de acabar todo. Y aun así, ¿qué bien hay en que lo sepamos? No hace a los hombres mejores ni más sabios. En las épocas de mayores horrores y mayores plagas (Atenas y Florencia, por ejemplo: véanse Tucídides y Maquiavelo) los hombres fueron más crueles y disolutos que nunca. Todo es un misterio. Siento muchas cosas, pero no sé nada, excepto [...] ⁹⁸

Idea para un discurso de Lucifer en la tragedia de *Cain*:

Si la *muerte* fuese un *mal*, ¿os dejaría yo *vivir*?
¡Idiota! Vive como yo vivo, como vuestro padre vive,
y los hijos de vuestros hijos vivirán para siempre. ⁹⁹

Pasada la medianoche. Una de la madrugada

He estado leyendo a W.F.S. ¹⁰⁰ (hermano del otro del mismo nombre) hasta ahora mismo y no entiendo nada. Salta a la vista que muestra un gran dominio de las palabras, pero no hay nada a lo que agarrarse. Es como Hazlitt

en inglés, que *habla granos*: una asquerosidad roja y blanca que se yergue (en tímida imitación de las montañas sobre los mapas) pero que no contiene nada y no libera nada, salvo su propia pus.

Me disgusta todavía más (o sea, Schlegel) porque siempre parece estar al borde mismo de la profundidad, y de repente se viene abajo como el sol al ponerse o se derrite como un arco iris, dejando una confusión bastante cómica; algo a lo que, en cualquier caso, las comparaciones anteriores hacen hasta demasiado honor.

Siguiendo con mi interpretación de Mr. Friedrich Schlegel: no es el tonto por el que al principio lo tomé, es decir, cuando habla del Norte. Pero, aun así, habla de cosas *del mundo entero* con una suerte de autoridad que un filósofo desdeñaría y que avergonzaría a un hombre con sentido común, sensibilidad y conocimiento de su propia ignorancia. Está claro que el tipo quiere causar impresión, como su hermano o como George en *El vicario de Wakefield*, que descubrió que todo cuanto era bueno ya se había dicho en el lado correcto de las cosas y, por consiguiente, «aliñó algunas paradojas» para el lado incorrecto: ingeniosas pero falsas, como él mismo dice, a las cuales «el mundo ilustrado no replicó nada, nada de nada, señor»¹⁰¹. El «mundo ilustrado», sin embargo, *sí* ha dicho algo a los hermanos Schlegel.

Es demasiado tarde para pensar en algo más. Está mejor lo que dicen de las antigüedades del Norte.

29 de enero

Ayer estuve con la mujer de noventa y cinco años. Dijo que su hijo mayor (de estar vivo) tendría setenta. Es delgada y menuda, pero se vale bien: oye y ve y habla incesantemente. Le quedan algunos dientes, todos en la mandíbula inferior, y los incisivos. Sus arrugas son muy profundas y tiene una especie de barbita gris dispersa por su barbilla, al menos tan larga como mis bigotes. Su cabeza, de hecho, recuerda el dibujo a lápiz de la madre del poeta Pope que aparece en algunas ediciones de sus obras.

Olvidé preguntarle si recordaba a Alberoni (estuvo aquí como legado), pero se lo preguntaré la próxima vez. Le di un luis, encargué para ella un nuevo surtido de ropas y le he asignado una pensión semanal. Hasta ahora

trabajaba recogiendo leña y piñones en el bosque: ¡menudo trabajo, con noventa y cinco años! Tuvo una docena de hijos, algunos de los cuales aún viven. Su nombre es Maria Montanari.

Me encontré en el bosque con un destacamento de la secta (una suerte de Club Liberal) llamada los *americani*, todos armados, cantando con todas sus fuerzas en la lengua de la Romaña: «*Sem tutti soldat' per la liberta*». Me aclamaron al verme pasar; les devolví el saludo y seguí cabalgando. Esto es una prueba del espíritu que reina en Italia estos días.

Mi diario de hoy consiste en lo que omití ayer. Hoy fue un poco como siempre. Mi impresión de los escritos de los Schlegel ha mejorado mucho respecto a la que tenía hace veinticuatro horas, y la enmendaré aún más si es posible.

Dicen que los piamonteses por fin se han alzado: *ça ira!*

Leí a Schlegel. De Dante dice que «no ha habido época en que el más grande y más nacional de los poetas italianos haya sido el favorito de sus compatriotas». ¡Esto es falso! Ha habido más editores e intérpretes (e imitadores, en última instancia) de Dante que de todos los demás poetas juntos. ¡Que *no* es un favorito! Venga ya: hablan en Dante, escriben en Dante y piensan y sueñan en Dante en este mismo instante (1821) hasta un extremo que sería hilarante si no fuera porque él bien lo merece.

De manera similar este alemán habla de góndolas sobre el Arno: ¡menudo tipo para atreverse a hablar de Italia!

También dice que el principal defecto de Dante es su falta, en una palabra, de sentimientos dulces. ¡De sentimientos dulces! ¡Y Francesca de Rimini, y el amor paterno que muestra Ugolino! ¡Y Beatriz, y «La Pia»¹⁰²! Vamos, que cuando es tierno hay dulzura en Dante más allá de toda dulzura. También es cierto que usar como tema el Hades cristiano, o infierno, no deja mucho espacio o lugar para la dulzura, pero ¿quién *sino* Dante podría haber introducido alguna «dulzura» en el *infierno*? ¿Hay alguna en el de Milton? No; y el paraíso de Dante es todo amor y majestad y gloria.

Una en punto

He descubierto, sin embargo, que donde está en lo cierto el alemán es en lo

tocante a *El vicario de Wakefield*: «De todas las novelas en miniatura (y quizá esta sea la medida más apropiada para una novela), *El vicario de Wakefield* es, diría yo, la más exquisita». ¡Diría yo! No tendría ni que dudarlo. Pero no está mal para un Schlegel. Tengo sueño, y lo mejor es que me meta en la cama. Mañana hará buen tiempo.

Confía, y piensa que mañana proveerá.¹⁰³

30 de enero

Hoy por la tarde el conde Pietro Gamba (por encargo de los carbonarios) me ha transmitido las nuevas *contraseñas* para los próximos seis meses. [...] y [...] El nuevo santo y seña es [...], la réplica [...], la contrarréplica [...] La antigua contraseña (ahora cambiada) era [...]; también está [...]–[...]¹⁰⁴. Parece que las cosas se precipitan hacia algo decisivo: *ça ira!*

Nuestra charla giró en torno a ciertas cuestiones de oportunidad y acción. No hablaré de ellas; si llegan a algo, hablarán por sí solas. Después charlamos acerca de Kosciusko¹⁰⁵. El conde Ruggiero Gamba me contó que en la guerra italiana llegó a ver cómo los oficiales polacos rompían en lágrimas al oír su nombre.

Tiene que estar pasando algo en el Piamonte: todas las cartas y papeles son interceptados. Nadie sabe nada, y los alemanes se están concentrando en las proximidades de Mantua. De la decisión tomada en Laibach nada se sabe. Esta situación no puede durar mucho. Lo que hoy día fermenta en las mentes de los hombres no puede concebirse sin verlo.

31 de enero

No he escrito nada en varios días salvo respuestas a unas cuantas cartas. A la espera de que esto explote de una vez, no es fácil arrellanarse ante el escritorio con la mirada puesta en las más elevadas formas de composición. *Podría* hacerlo, sin duda, pues el pasado verano escribí mi drama¹⁰⁶ cuando el divorcio de Madame *la Contessa* Guiccioli estaba en plena ebullición, con todo lo que eso conlleva. En la misma época recibí también la noticia de que había perdido un importante pleito en Inglaterra. Pero no se trataba sino de

asuntos privados y personales; el presente es de una naturaleza diferente.

Supongo que es por eso, pero sospecho que también puede ser vagancia lo que me impide escribir, en especial cuando Rochefoucauld dice que «la vagancia a menudo las domina a todas»¹⁰⁷, refiriéndose a las *pasiones*. Si esto fuera cierto, difícilmente podría decirse que «la ociosidad es la raíz de todos los males», dado que se supone que estos sólo surgen de las pasiones; *ergo*, lo que domina todas las pasiones (esto es, la vagancia) podría acabar siendo un bien. ¿Quién sabe?

Medianoche

He estado leyendo la *Correspondencia* de Grimm. Repite con frecuencia, al hablar de un poeta o de un hombre de genio en cualquier disciplina, incluso en música (Gretry, por ejemplo), que ha de tener «*une âme qui se tourmente, un esprit violent*»¹⁰⁸. Ignoro hasta qué punto esto es verdad, pero, si lo es, yo debo ser el poeta *per excellenza*, pues siempre he tenido *une âme* que no sólo se atormenta a sí misma, sino a todo el que está en contacto con ella, y un *esprit violent* que casi me ha dejado sin *esprit* alguno. En cuanto a definir lo que *debiera* ser un poeta, no merece la pena, pues ¿de qué *valen*? ¿Qué han hecho?

Grimm, sin embargo, es un excelente crítico e historiador literario. Su *Correspondencia* conforma los anales de la literatura de esa época de Francia y de buena parte de su política, y todavía más de su «forma de vida». Está a la altura de Muratori o de Tiraboschi y es mucho más entretenido que ellos; casi digo que Ginguéné¹⁰⁹, pero hasta ahí podíamos llegar. Sin embargo, he aquí un gran hombre a su manera.

Monsieur St. Lambert dice:

*Et lorsqu'à ses regards la lumière est ravie,
il n'a plus, en mourant, à perdre que la vie.*¹¹⁰

Esto es, palabra por palabra, de Thomson:

Y al morir, todo cuanto podemos rendir es el aliento,¹¹¹

sin el menor reconocimiento del lorenés a poeta alguno. St. Lambert está muerto como hombre y (pues no soy consciente de nada que indique lo contrario) olvidado como poeta por nuestra época. Sin embargo, sus *Estaciones* tienen cosas buenas, y lo mismo algunas hasta son suyas.

2 de febrero

He estado dándole vueltas a cuál puede ser el motivo por el que siempre me despierto a una determinada hora de la mañana y siempre con el ánimo por los suelos: podría decir que con auténtica desesperanza y desgana en todos los aspectos, incluso hacia aquello que me agradó durante la noche. En cosa de una hora o dos se me pasa y escribo para, o bien dormir de nuevo, o bien al menos calmarme. En Inglaterra, hace cinco años, tenía la misma clase de hipocondría, pero acompañada de una sed tan violenta que, tras acostarme, llegaba a beber hasta quince botellas de soda en una sola noche, y aun así me quedaba con sed: hay que calcular, sin embargo, lo perdido por la explosión, la efervescencia y la salida a borbotones del agua al quitar los corchos o romper los cuellos de las botellas a causa de la impaciencia que la sed me producía. Hoy por hoy *no* tengo esa sed; pero la depresión de ánimos no es menos violenta.

Leí en las *Memorias* de Edgeworth algo similar (salvo que apagaba su sed con una *cerveza suave*) en el caso de sir F.B. Delaval¹¹²; pero él era como poco veinte años mayor que yo. ¿Qué es? ¿El hígado? En Inglaterra, Le Mann (el farmacéutico)¹¹³ me curó la sed en tres días, y aquello había durado el mismo número de años. Supongo que todo es hipocondría.

Lo que más siento crecer en mí es la vagancia, y una falta de entusiasmo más poderosa que la indiferencia. Sólo la furia consigue arrancarme de ella. Supongo que terminaré (si es que antes no sufro un accidente o alguna interrupción similar) como Swift, «muriendo en la cumbre». Confieso que no contemplo el fin con tanto horror como el que, por lo visto, padeció él varios años antes de que le sobreviniese. Pero Swift apenas había *comenzado a vivir* en el mismo período (treinta y tres) en el que yo siento poco menos que las sensaciones de un *anciano*.

¡Oh! Suena un órgano en la calle. ¡Un vals, además! Tengo que salir a

escucharlo. Están tocando un vals que he oído diez mil veces en las fiestas de Londres, entre 1812 y 1815. La música es algo extraño.

5 de febrero

Por fin, «el horno arde a fuego lento»¹¹⁴. Los alemanes han recibido la orden de marchar e Italia, por diezmilésima vez, va a convertirse en campo de batalla. Anoche llegaron las noticias.

Esta tarde, el conde Pietro Gamba vino a consultarme sobre varios asuntos. Cabalgamos juntos. Han acudido a los carbonarios para saber cuáles son sus órdenes. Mañana debería llegar la decisión, y algo se hará entonces. Regresé, cené, leí, salí, charlé de otros asuntos. Efectué la compra de unas armas para los recién enrolados *americani*, que están impacientes por marchar. Doy órdenes para que se adquieran *arneses* y bolsas de viaje, necesarios para los caballos.

Leí parte de la polémica de Bowles en torno a Pope¹¹⁵, con todas las réplicas y contrarréplicas. Veo que han arrastrado mi nombre a la controversia, pero no tengo tiempo de aclarar lo que sé del asunto. En algún «glorioso día de paz»¹¹⁶ es probable que lo retome.

9 de febrero

Escribí un poco antes de la cena; además, antes de salir a cabalgar el conde Pietro Gamba vino a verme para hacerme saber el resultado de la reunión de los carbonarios en Faenza y en Bolonia. *** volvió tarde anoche. Todo había sido dispuesto bajo la idea de que los bárbaros atravesarían el Po el 15 del presente. En cambio, a raíz de una información previa o de algún otro motivo, han acelerado su marcha, y resulta que hace dos días lo han atravesado; así pues, lo único que cabe hacer, al menos en la Romaña, es permanecer alerta y aguardar el avance de los napolitanos. Todo estaba preparado y los napolitanos habían comunicado ya sus propias instrucciones e intenciones calculando para el *diez* y el *once*, días en los que iba a tener lugar un levantamiento general bajo la suposición de que los bárbaros no podrían avanzar antes del 15.

Así las cosas, disponen de unas cincuenta o sesenta mil tropas, un número

con el que tanto podrían tratar de conquistar el mundo como asegurar que Italia se quede como está. La artillería marcha en *último lugar*, en solitario, y se tiene la intención de cortarle el paso. Todo dependerá, en buena medida, de los primeros movimientos de los napolitanos. *Aquí*, el ánimo general es excelente mientras se ve estimulado. Ya veremos cuando llegue el momento.

Probablemente Italia acabe librándose de los bárbaros si los napolitanos se mantienen firmes y permanecen unidos. *Aquí* lo parecen.

10 de febrero

El día transcurrió como siempre: nada nuevo. Los bárbaros siguen su avance: no van bien equipados y, por supuesto, no son bien recibidos a su paso. Se dice que hay un buen revuelo en París.

Cabalgué entre las cuatro y las seis, terminé mi carta a Murray¹¹⁷ sobre los panfletos de Bowles, añadí una posdata. Pasé la tarde como siempre: fuera hasta las once y de seguido a casa.

11 de febrero

Escribí; ordené hacer copia de un extracto de las cartas de Petrarca que aluden a la conspiración del Dogo, Marino Faliero, y contienen la opinión del poeta sobre el asunto. Escuché un atronador disparo de cañones hacia Comacchio: los bárbaros festejaban el cumpleaños de su cerdo mayor¹¹⁸, que será mañana, o el día de su santo; he olvidado qué. Recibí un pase para la primera fiesta que se celebrará mañana. No iré a la primera, pero pretendo ir a la segunda, como también a la Veglioni¹¹⁹.

13 de febrero

Hoy leí un poco de la *Hollande* de Louis B.¹²⁰, pero no he escrito nada desde que terminé la carta por lo de la polémica con Pope. Por el momento, los asuntos políticos están en una nebulosa. Los bárbaros aún siguen su avance. No es fácil adivinar qué harán ahora los italianos.

Ayer fui elegido *socio* en la sociedad de las fiestas del Carnaval. Con este ya he estado en cinco carnavales. En los cuatro anteriores me desmadré bastante. En el actual, he sido tan casto como la mismísima Virgen.

14 de febrero

En general, lo de siempre. Escribí, antes de cabalgar, parte de una escena de *Sardanápalo*. El primer acto casi está terminado. El resto del día y de la tarde lo habitual: en parte fuera, de tertulia, en parte en casa.

Me cuentan los pormenores de una reyerta que hace poco hubo en Russi, un pueblo que no está muy lejos de aquí. Es exactamente como lo ocurrido en *Roméo y Giulietta* (*no Roméo*, como lo escriben los bárbaros). Dos familias de Contadini (campesinos) están enemistadas. En una fiesta, los miembros más jóvenes de ambas familias olvidan sus diferencias y bailan juntos. Irrumpe entonces un anciano perteneciente a una de ellas y reprocha a los jóvenes que bailen con las mujeres de la familia rival. Los parientes varones de esta se molestan por ello. Ambos grupos corren a sus casas para armarse. Se encuentran acto seguido en la vía pública, a la luz de la luna, y dirimen el asunto a espadas. Tres mueren en el lugar y seis resultan heridos, varios de gravedad. No está mal para dos familias, en mi opinión, y todo es *real*, ocurrió la semana pasada. Un nuevo asesinato ha tenido lugar en Cesenna: en total, alrededor de *cuarenta* en Romaña durante los últimos tres meses. Esta gente aún conserva bastante de la Edad Media.

15 de febrero

Anoche terminé el primer acto de *Sardanápalo*. Esta noche o mañana debería responder las cartas.

16 de febrero

Anoche *il conde* Pietro Gamba envió a un hombre con una bolsa llena de bayonetas, algunos mosquetones y varios cientos de cartuchos a mi casa, sin informarme de ello, a pesar de que no hacía ni media hora que le había visto. Unos diez días atrás, cuando creíamos que iba a haber un levantamiento, los liberales y mis hermanos carbonarios me pidieron que adquiriera armas para nuestra pequeña milicia de pelagatos¹²¹. Lo hice de inmediato y pedí munición, etc., y fueron armados tal y como acordamos. Pues bien: los bárbaros evitan el levantamiento al marchar una semana antes de lo anunciado, y se emite una *orden*, puesta ya en vigor por parte del gobierno,

«para que todas las personas que oculten armas, etc. etc. sean sujetas a» etc. etc. Y ¿qué hacen mis amigos, los patriotas, dos días después? Poca cosa: tirarme encima, y meterme en casa, esas mismas armas (sin una palabra de aviso) con las que les he pertrechado a petición suya, y a riesgo de mi vida y a mis expensas.

Fue una suerte que Lega estuviera en casa para recibirlas. Si hubiera sido cualquiera de los sirvientes (salvo Tita y Fletcher y Lega), lo habrían denunciado de inmediato. Mientras tanto, si alguien delata su presencia o son descubiertas me veré en un lío.

A las nueve salí, a las once volví. Sacudí al cuervo por robarle la comida al halcón. Leí *Tales of my Landlord*, escribí una carta y me serví un moderado copazo de agua con otros ingredientes.

18 de febrero

Dicen las noticias que los napolitanos han destruido un puente y dado muerte a cuatro carabineros pontificios, carabineros que querían oponerse a dicha acción. Al margen de la ofensa a la neutralidad, es una pena que la primera sangre derramada en esta contienda teutona haya sido italiana. Sin embargo, la guerra parece haber comenzado muy en serio; pues si los napolitanos matan a los carabineros del Papa, no serán mucho más delicados con los bárbaros. Si es así, en poco tiempo «habrá noticias de los cuervos», como dice Mrs. Alison Wilson acerca del «particular moño» de Jenny Blane en *Tales of my Landlord*.

Al hojear hoy la *Correspondencia* de Grimm, encontré un pensamiento de Tom Moore en una canción de Maupertuis a una lapona.

*Et tous les lieux
où sont ses yeux
font la zone brûlante.*¹²²

Esto es de Moore:

Y esos ojos hacen mi clima allá donde voy.

Pero sé a ciencia cierta que Moore nunca lo leyó, pues esto se publicó en la *Correspondencia* de Grimm en 1813 y yo me sabía a Moore de memoria en 1812. Hay otra coincidencia más, si bien antitética:

*Le soleil luit,
des jours sans nuit
bientôt il nous destine;
mais ces longs jours
seront trop courts,
passés près de Christine.*¹²³

Este es el *pensamiento inverso* de la última estrofa de la balada de Charlotte Lynes, tal como aparece en las *Memorias de Darwin* de Miss Seward; es una balada muy bonita. Cito de memoria aunque han pasado quince años:

La primera noche iré
a esas regiones de nieve
donde el sol no relumbra en seis meses;
y pensaré que aun entonces
él también llegará a ellas
para turbarme con Charlotte Lynes la bella.¹²⁴

Hoy no he tenido contacto con mis amigos los carbonarios; pero, mientras tanto, sus bayonetas, fusiles, cartuchos y demás atestan mis apartamentos inferiores. Imagino que me consideran un *dépot*, sacrificable en caso de accidente. Suponiendo que Italia sea liberada, no es que importe gran cosa a quién o qué sacrificar. No hay una meta igual: es la verdadera *poesía* de la política. Sólo pensémoslo, ¡una Italia libre! ¡Si no ha habido nada semejante desde los tiempos de Augusto! Considero que en la época de *Caesar (Julius)* había libertad, pues los disturbios llevaron a que cada cual escogiera una facción, y al principio los bandos se hallaban bastante compensados. Pero después de aquello –¡y desde entonces!– todo fue un asunto de prétores y legionarios: veremos, o por lo menos algunos verán, qué depara el destino. Es mejor tener esperanza, incluso en lo desesperado. Los holandeses hicieron más de lo que estos tipos tienen que hacer en la Guerra de los Setenta Años.

19 de febrero

Vuelvo a casa solo, viento muy fuerte, relámpagos, luz de luna, algún rezagado solitario embozado en su capa, mujeres enmascaradas, casas blancas, las nubes bullendo en el cielo como leche derramada de la tinaja, todo muy poético en conjunto. El viento aún sopla con fuerza, las tejas vuelan y la casa se agita, se precipita la lluvia, relumbran los relámpagos, todo se asemeja a una hermosa tarde en los Alpes suizos, con el mar rugiendo a lo lejos.

Visita, tertulia. A las mujeres las ha asustado el turbión: *no irán* a la mascarada por culpa de los relámpagos. ¡Pues vaya un motivo piadoso!

El viento aún sopla con fuerza. Alborghetti me ha remitido hoy algunas noticias. La guerra se avecina, acercándose más y más. ¡Oh, esos repulsivos monarcas! Tenemos que verlos caer. Sólo con que los napolitanos muestren el valor de los holandeses de antaño o el de los españoles de hoy, o el de los alemanes protestantes, los escoceses presbiterianos, los suizos bajo Tell o los griegos bajo Temístocles, *todas* ellas pequeñas naciones solitarias (salvo los españoles y los alemanes luteranos), Italia resucitará y habrá esperanza para el mundo.

20 de febrero

La noticia de la jornada es que los napolitanos se encuentran pletóricos de fuerza. *Aquí*, el ánimo general se mantiene en todo lo alto. En unos días los *americani* (una sociedad patriótica del lugar, rama subsidiaria de los carbonarios) darán una cena en *el bosque*, y me han invitado por pertenecer a los carbonarios. Será en *el bosque* de Boccaccio y del *Fantasma del cazador* de Dryden¹²⁵; aunque no tuviera la motivación política (por no hablar de mi vieja tendencia a la camaradería, que de vez en cuando revive), iría como poeta o, al menos, como amante de la poesía. Espero ver el espectro de Ostasio degli Onesti (Dryden lo ha convertido en Guido Cavalcanti, una persona esencialmente diferente, como puede verse en Dante¹²⁶) llegar «bramando por su presa» en medio del festival. En cualquier caso, lo haga o no, me pondré tan borracho y patriótico como sea posible.

En estos días he leído, pero no escrito.

21 de febrero

Como siempre, cabalgué, salí de visita, etc. Las cosas comienzan a ponerse interesantes. El Papa ha impreso una declaración contra los patriotas, quienes, según dice, planean un levantamiento. La consecuencia de todo esto será que el país entero se habrá levantado en quince días. Todavía no han publicado la proclama, pero ya está impresa y lista para su distribución. Alborghetti me ha enviado una copia de forma extraoficial, señal de que no sabe qué pensar. Cuando quiere llevarse bien con los patriotas, me envía algún amable mensaje que otro.

Por mi parte, me da la impresión de que nada sino la más aplastante victoria de los bárbaros puede evitar el alzamiento general e inmediato de toda la nación.

23 de febrero

Casi ídem de ayer: cabalgué, etc., visitas, no escribí nada, leí sobre la historia romana.

Recibí una curiosa carta de cierto individuo en la que se me informaba de que soy objeto de la animadversión de los bárbaros¹²⁷. Probablemente se trate de un espía o un impostor. Pero que así sea, incluso tal y como él dice. No pueden verter suficiente hostilidad contra alguien que los aborrece y execra tanto como yo, o que se opondrá a sus planes con el mayor celo cuando se presente la oportunidad.

24 de febrero

Cabalgué, etc., como siempre. La información confidencial que esta mañana ha llegado a los carbonarios desde la frontera es la peor posible. El *plan* ha fallado: los jefes, los militares, así como los civiles, han sido traicionados, y los napolitanos no sólo *no* se han movido, sino que además han declarado ante el gobierno papal y los bárbaros ¡que no saben nada del asunto!

Así va el mundo; y así de perdidos estarán siempre los italianos por su falta de unión. Aún no se ha decidido lo que se hará *aquí*, situados como estamos entre ambos fuegos y aislados de la frontera con el norte. En mi opinión, era mejor levantarse que ser cogidos uno a uno; pero no tengo ni

idea de cómo funcionarán ahora las cosas. Se han despachado mensajeros a los delegados de las otras ciudades para conocer sus resoluciones.

Siempre tuve el palpito de que todo acabaría *pifiándose*; pero deseaba con toda mi voluntad tener esperanza, y en esas estoy. Lo que pueda hacer con dinero, recursos o con mi propia persona, lo arriesgaré de buen grado por la libertad, y eso he insistido en decirles a algunos de los jefes del lugar hace media hora. Tengo dos mil quinientos *scudi* –algo más de quinientas libras– en casa, que he ofrecido para empezar.

25 de febrero

Llegué a casa, me duele la cabeza; montones de noticias, pero demasiado cansado para apuntarlas. No he leído ni escrito ni pensado en nada, sólo he llevado una auténtica vida de perro todo el día. Mi intención es escribir una página o dos antes de irme a la cama. Pero, como dice Squire Sullen: «La cabeza me duele a rabiar: ¡Scrub, tráeme una copita!»¹²⁸. Bebí un poco de vino de Imola y algo de ponche.

CUADERNO DE BITÁCORA CONTINUADO¹²⁹

27 de febrero

He dejado pasar un día sin avanzar en mi bitácora, porque no he podido encontrar un cuaderno en blanco. Por fin me acordé de este.

Cabalgué, etc. Escribí una estrofa adicional para el quinto canto de *Don Juan*, que he compuesto esta mañana en la cama. Visita a *l'Amica*. Nos han invitado la noche de la Veglione (próxima *Dominica*) junto con la *marchesa* Clelia Cavalli y la condesa Spinelli Rasponi. Prometí ir. Anoche hubo una pelea en la fiesta de la cual soy *socio*. El vicelegado tuvo la imprudente insolencia de traer a *tres* de sus sirvientes disfrazados, ¡sin invitación, además!, y a despecho de las protestas. Como consecuencia, los jóvenes del salón tomaron cartas en el asunto y casi arrojan al vicelegado por la ventana. Sus sirvientes, al ver la escena, se retiraron, y él tras ellos. Su reverencia el *monsignore* debería saber que estos no son tiempos para que los curas estén

por encima del decoro. Dos minutos más, dos pasos más lejos, y toda la ciudad se habría alzado en armas, y el gobierno habría acabado expulsado de ella.

Así están los ánimos, y esos tipos no parecen darse cuenta de ello. En cuanto a lo ocurrido, los jóvenes tenían razón, pues siempre se ha prohibido a la servidumbre la entrada a estos festivales.

Ayer escribí dos notas sobre la controversia Bowles/Pope y las envié a Murray por correo. La anciana a la que saqué del bosque (tiene noventa y cuatro años) me trajo dos ramos de violetas. *Nam vita gaudet mortua floribus*¹³⁰. Su regalo me halagó mucho. Una inglesa al menos hubiera ofrecido unos calcetines de mezclilla en el mes de febrero. Ambas cosas son excelentes, pero la primera es más elegante. El regalo, en esta época del año, le hace recordar a uno la estrofa de Gray, omitida en su elegía:

Aquí a menudo dispersas, las *primeras* del año,
por manos invisibles, vemos aluviones de violetas;
aquí el petirrojo se deleita en construir y cantar,
y huellas diminutas se imprimen, ligeras, en la hierba.¹³¹

Una estrofa tan bella como la mejor de su elegía. Me asombra que tuviera corazón para omitirla.

Anoche sufrí horriblemente: de indigestión, creo. *Nunca* ceno; o sea, nunca en casa. Pero anoche, durante la cena, me vi obligado, ante la insistencia de la condesa Gamba y el enérgico ejemplo de su hermano, a tragar un montón de berberechos hervidos y diluirlos, *no* con reluctancia, en vino de Imola. Cuando vine a casa, temiéndome las consecuencias, di cuenta de tres o cuatro vasos de alcohol que los hombres (los vendedores) llaman brandy, ron u holandés, pero que los dioses tildarían de vino, tinto o dulce. Todo iba bastante bien hasta que me metí en la cama; fue entonces cuando empecé a sentirme hinchado y aquejado de un considerable vértigo. Salí de la cama, me preparé unos polvos de Seltz y me los bebí. Eso me alivió, al menos durante un rato. Volví a la cama, pero me sentí más y más enfermo. Tomé más soda. Por fin me sumí en un sueño inquieto. Desperté y pasé

enfermo todo el día, hasta que hube galopado unas millas. Pregunta: ¿fueron los berberechos, o lo que tomé para asentarlos, lo que causó el mal? Creo que ambas cosas. Durante mi malestar observé la total inacción, defección y destrucción de mis principales facultades mentales. Intenté estimularlas, pero no pude: ¡y esto es el *alma*! Hubiera creído que estaba casada con el cuerpo, si no fuera por lo mucho que simpatizan la una con el otro. Si una se levantara cuando el otro cayese, sería una señal de que desean el natural estado de divorcio. Pero así las cosas, parecen ir unidos como caballos de posta.

Esperemos lo mejor: es la posesión más grande.

Mi diccionario

RÁVENA

*1 de mayo, 1821*¹

Entre los diversos diarios, memorandos, bitácoras, etc. que he llevado en el curso de mi vida, comencé uno hace unos tres meses y lo continué hasta que llené un cuaderno (muy fino) y dos hojas o así de otro. Luego lo abandoné, en parte porque pensaba que aquí sucedería algo importante (y había brillantado mis armas y tenía mi equipo preparado para unirme a los patriotas, los cajones atestados con sus proclamas, juramentos y resoluciones, y escondidas en mis habitaciones inferiores sus armas de casi todos los calibres) y en parte porque había llenado mi cuaderno. Pero los napolitanos se han traicionado a sí mismos y a todo el mundo, y aquellos que hubieran dado su sangre por Italia ahora sólo pueden darle sus lágrimas.

He estado involucrado lo suficiente en el secreto (al menos en esta parte del país) como para que quizá un día u otro —si mi polvo se mantiene unido— me decida a arrojar alguna mínima *luz* sobre la atroz traición que ha condenado a Italia a la barbarie. Por ahora no tengo ni el tiempo ni las ganas. Sin embargo, los *verdaderos* italianos *no* deben cargar con la culpa, todo lo contrario de esas sabandijas que están en *el tacón de la bota* que los *hunos* calzan hoy y con la cual los pisotearán hasta reducirlos a cenizas por su servilismo. Me he arriesgado *aquí* con los demás y ahora mismo el problema es saber hasta dónde me he visto comprometido; como Craigengelt, algunos de ellos «lo contarían todo, y más que eso, para salvarse»², pero pase lo que pase la causa no podía ser más gloriosa, aunque ahora se entienda como si los griegos hubieran huido de Jerjes. Felices los pocos que sólo tienen que reprocharse a sí mismos el haber creído que esos bastardos eran menos

rascaille de lo que han demostrado ser. *Aquí*, en la Romaña, los esfuerzos se vieron limitados por necesidad a los preparativos y las buenas intenciones, hasta que los alemanes acabaron inmersos en una lucha muy *repartida*, pues hemos llegado hasta sus mismas fronteras sin hacer un solo fortín o una empalizada más allá de San Marino. No sé si el «infierno se enlosará con» esas «buenas intenciones», pero probablemente un buen número de napolitanos caminará sobre su pavimento, sea cual sea su composición. Los bloques de lava extraídos de su montaña, con los cuerpos de sus almas condenadas por todo cemento, serían el mejor paso elevado para el curso de Satán.

Pero ¿qué voy a escribir? ¿Otro diario? Mejor no. Cualquier cosa que vaya saliendo, y lo llamaré

MI DICCIONARIO

Augusto. A menudo me ha confundido su carácter. ¿Fue un gran hombre? Por descontado. Pero no uno de *mis* grandes hombres: siempre he visto en Sila al personaje más grande de la historia, por dejar el poder en el momento en que era «demasiado grande como para seguir o rendirse»³, despreciando así a todos. En cuanto a que Augusto retuviese su poder, ya estaba todo preparado. De haberlo entregado, el estado habría desaparecido y la república habría perdido cualquier posibilidad de resucitación. Si Bruto y Casio hubieran salido victoriosos de la batalla de Filipos, tampoco eso habría restituido la república; sus días terminaron con los Gracos, el resto no era más que una mera lucha de bandos. Igual puede uno curar la tisis o recomponer un huevo roto que revivir un estado víctima durante tanto tiempo de cada prominente soldado que en Roma hubo sido. En cuanto al despotismo, si Augusto hubiera podido estar seguro de que todos sus sucesores iban a ser como él (quiero decir, *no* como *Octavio*, sino como *Augusto*) o si Napoleón hubiera asegurado al mundo que *ninguno* de sus sucesores sería como él, el mundo antiguo y el moderno podrían haber seguido como el imperio chino: en un estado de letárgica prosperidad. Supongamos, por ejemplo, que, en lugar de

Tiberio y Calígula, a Augusto le hubieran sucedido directamente Nerva, Trajano, los antoninos, o incluso Tito y su padre: ¿en qué cambiaría nuestra estima hacia él? Lejos de ganar por el *contraste*, pienso más bien que la mitad de nuestra antipatía proviene de que fuera sucedido por Tiberio, y la otra mitad de que Julio César hubiera obtenido su fama gracias a que su imperio fue consolidado por Augusto.

Supongamos que no hubiera habido *Octavio alguno* y que Tiberio hubiera «saltado a la vida»⁴ entre medias, y de pronto hubiera sucedido a Julio. Y, con todo, es difícil decir si los derechos de sucesión o la elección popular producen peores soberanos. Los cónsules romanos son buena prueba de ello, pero, al fin y al cabo, sólo gobernaban durante *un año* y se hallaban bajo una suerte de obligación personal de mostrar distinción. Es aún más difícil decir qué forma de gobierno es *peor*: todas son malas. En cuanto a la democracia, es la peor de todas, pues *¿qué es (de hecho) la democracia?* Una aristocracia de villanos.

Aberdeen (antigua y moderna, o la vieja ciudad y la nueva ciudad). Pasé algunos años de mi más tierna infancia en esa ciudad, pero no he vuelto a ella desde los diez años. A los cinco o antes me enviaron a una escuela dirigida por un tal Mr. *Bowers*, a quien llamaban «*Bodsy Bowers*» a causa de su atildamiento. Era un colegio para ambos sexos. Aprendí poco allí, más allá de repetir de memoria la primera lección de monosílabos —«*God made man, let us love him*»⁵— de tanto oírlo repetir sin conocer una letra. Cada vez que en casa me pedían una prueba de mis progresos repetía estas palabras con rapidez y soltura, pero al pasar a una nueva página continuaba repitiéndolas, y así acababan siendo descubiertos los estrechos límites que constituían los logros de mi primer año, abofeteadas mis orejas (cosa que no merecían, dado que había sido únicamente *de oído* como había aprendido las letras), y yo vi confiado mi intelecto a un nuevo preceptor. Se trataba de un clérigo muy amable, inteligente, menudo, llamado Ross, que con el tiempo sería ministro de una de las iglesias presbiterianas de Escocia (en el *este*, creo); bajo *su* tutela hice un asombroso progreso, y aún hoy recuerdo sus afables maneras y

su bondadosa meticulosidad. Tan pronto como supe leer, mi mayor pasión fue la *historia*, y no sé por qué, pero me entusiasmaba en particular la batalla próxima al lago Regilo en la historia romana, la primera que cayó en mis manos. Hace cuatro años, cuando estaba en las cumbres del Túscolo y miraba el pequeño lago circular que una vez fue el Regilo y que cubre la gran explanada que hay debajo, recordé mi juvenil entusiasmo y a mi viejo profesor. Después tuve como tutor a un joven muy serio, saturnino pero muy amable, de nombre Paterson: era el hijo de mi zapatero, pero un buen erudito, como es frecuente entre los escoceses. También era un estricto presbiteriano. Con él comencé a aprender latín según la gramática de Ruddiman y continué hasta que fui a la escuela secundaria (*en escocés «schule», en aberdinés «squeel»*), donde enhebré todas las clases hasta *cuarto*, que fue cuando se me envió a Inglaterra (y abandoné el cascarón) por la defunción de mi tío. Adquirí esta caligrafía que ni yo mismo puedo casi leer gracias a las bonitas redacciones de Mr. Duncan, de la misma ciudad. No creo que se vanagloriase de mis adelantos. De cualquier modo, escribía mucho mejor en esa época que como he escrito desde entonces; la prisa y la agitación de una clase u otra han arruinado por completo una caligrafía tan primorosa como la que jamás se haya garabateado sobre un sello. La escuela secundaria no consistiría más que en unos ciento cincuenta alumnos de todas las edades, pero todos menores. Estaba dividida en cinco cursos e impartían clases cuatro profesores: el propio director enseñaba en quinto y cuarto, pues en Inglaterra los alumnos de quinto y sexto y los monitores son evaluados por los rectores.

Pensamientos aislados¹

(15 de octubre, 1821–18 de mayo, 1822)

*15 de octubre*²

El otro día estuve pensando en las distintas comparaciones, buenas o maliciosas, que he visto publicadas sobre mí en diferentes diarios ingleses y extranjeros. La idea se me ocurrió hace poco al pasar por casualidad las páginas de un diario extranjero, pues desde hace algún tiempo tengo por regla no buscar nada de esa naturaleza, pero tampoco evitar la lectura que el azar me presente. Pues bien, para empezar me he visto comparado, como persona o como poeta, en inglés, francés, *alemán* (*según* han traducido para mí), italiano y portugués, durante estos nueve años, con Rousseau, Goethe³, Young, Aretino, Timón de Atenas, «un jarrón de alabastro iluminado por dentro»⁴, Satán, Shakespeare, Bonaparte⁵, Tiberio, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Arlequín, Polichinela, Sternhold y Hopkins⁶, con la Fantasmagoría, con Enrique VIII, con Chenier, con Mirabeau, con el joven R. Dallas (el alumno), con Miguel Ángel, con Rafael, con un *petit maître*, con Diógenes, con Childe Harold, con Lara, con el conde en *Beppo*⁷, con Milton, con Pope, con Dryden, con Burns, con Savage, con Chatterton, con el «largo he oído de vos mi lord Biron» de Shakespeare⁸, con el poeta Churchill, con el actor Kean, con Alfieri etc. etc. etc. El parecido con Alfieri fue dictaminado con total seriedad por cierto italiano⁹ que lo había conocido en su juventud: esto, por supuesto, relacionado tan sólo con lo que desde fuera sugería nuestras respectivas formas de ser. No me lo dijo a *mí* (pues por entonces no éramos buenos amigos), sino en sociedad¹⁰.

Creo que el objeto de tantas comparaciones contradictorias se asemeja a algo por completo distinto de todas ellas, pero a *qué*, es más de lo que *yo sé*,

o cualquiera. Mi madre, antes de que yo cumplierse los veinte, insistía en mi parecido con Rousseau, y también Madame de Staël solía decir lo mismo en 1813, y el *Edinburgh Review* defendía algo semejante en su crítica al cuarto canto de *Childe Harold*. Yo no veo ningún parecido: él escribía prosa, yo verso; él pertenecía a la plebe, yo a la aristocracia; él era filósofo, yo no; él publicó su primera obra a los cuarenta, yo la mía a los dieciocho; su primer ensayo le atrajo el aplauso universal, el mío lo contrario; él se casó con su ama de llaves, yo ni pude vivir junto a mi mujer¹¹; él pensaba que el mundo conspiraba en *su* contra: mi pequeño mundo parece pensar que soy *yo* quien conspira contra él, a juzgar por las injurias que me dedica en sus corrillos y en letra impresa; a él le gustaba la botánica: a mí me gustan las flores y las hierbas y los árboles, pero no sé nada de sus pedigríes; él escribía música: mi conocimiento de ella se limita a lo que puedo pillar de *oído* (nunca he aprendido nada mediante el *estudio*, ni siquiera un idioma: todo ha sido por repetición, oído y memoria); él tenía mala memoria, la mía al menos *era* excelente (pregunten al poeta Hodgson: un buen juez, pues la suya es asombrosa); él escribía con vacilación y cuidado, yo con celeridad y rara vez con sufrimiento; él no sabía cabalgar ni nadar «ni era tan bueno con el estoque»¹²: yo era un excelente nadador, un jinete decente, aunque en absoluto elegante (por haberme roto una costilla a los dieciocho años en plena cabalgada), y era bueno en la esgrima, en particular con el sable de las Highlands. No era mal púgil cuando lograba controlar mi rabia, lo cual resultaba difícil, aunque me obligué a hacerlo desde que noqueé a Mr. Purling y le disloqué la rótula (con los guantes puestos) en las habitaciones de Angelo y Jackson¹³, en 1806, durante un entrenamiento, y además fui un jugador de *cricket* muy bueno, uno de los Once de Harrow cuando jugamos contra Eton en 1805¹⁴.

Por otro lado, la manera en que vivió Rousseau, su país, sus modales, su propio carácter, son tan diferentes que me es imposible imaginar qué puede haber originado tal comparación, pues ya me la han hecho en tres ocasiones distintas, y todas ellas de forma bastante insistente. Olvidé decir que *él*, además, era corto de vista y que por ahora mis ojos están hasta tal punto lejos de serlo que, en el teatro más grande de Bolonia, distinguí y leí varios bustos

e inscripciones escritas cerca del escenario desde un palco tan lejano y tan *oscuramente* iluminado que nadie de mi grupo (compuesto en su mayoría por jóvenes de mirada aguda, algunos de los cuales ocupaban mi palco) podía discernir una letra, y creyeron que estaba haciendo trampa pese a que jamás había puesto un pie en aquel teatro. En conjunto, me considero justificado al opinar que tal comparación no está muy bien fundada. No lo digo movido por el resentimiento, pues Rousseau fue un hombre excepcional, y de ser cierta tal cosa resultaría muy halagadora. Pero no tengo intención de sentirme halagado por una quimera.

1

Cuando conocí al viejo Courtenay, el orador, en casa del poeta Rogers en 1811-1812, quedé absolutamente prendado de la dignidad que aún mostraba su elegante figura y de la viveza, todavía llena de ingenio, de su conversación. Fue *él* quien silenció a Flood en el Parlamento inglés al aplastar con su réplica una impetuosa alocución del rival de Grattan en Irlanda. Le pregunté a Courtenay (pues me gusta saber el origen de las cosas) si no se había visto provocado antes, ya que la acritud de su respuesta me pareció (tal y como yo la interpreté) que conllevaba tal cosa. Courtenay dijo que «en efecto así fue; que estando en Irlanda (era irlandés), en el *banquillo* de la cámara de los Comunes de Irlanda, Flood realizó un ataque injusto contra *su* persona; que, al no ser miembro de la casa, no pudo defenderse, y que cuando, años después, se le ofreció la oportunidad de devolvérsela en el Parlamento inglés no pudo resistirse». Desde luego, el pago se lo devolvió con intereses, pues Flood nunca hizo carrera, y después de aquello sólo dio uno o dos discursos en la cámara de los Comunes. Debo exceptuar, sin embargo, su discurso sobre la Reforma de 1790, que «Fox definió como lo mejor que jamás hubo escuchado sobre aquel asunto».

2

Cuando le preguntaron a Fox cuál era para él el mejor discurso que había oído nunca, replicó: «El de Sheridan en la acusación contra Hastings en la cámara de los Comunes» (*no* el que hizo en Westminster Hall). Cuando se le preguntó qué opinaba de su *propio* discurso al inicio de la guerra contestó: «Aquel también fue un discurso condenadamente bueno». *De lord Holland.*

3

Cuando Sheridan dio el famoso discurso al que acabo de aludir, Fox le aconsejó que lo repitiese de nuevo durante el proceso en Westminster Hall, pues nada mejor *podía* decirse sobre tal asunto. Pero Sheridan preparó un nuevo discurso lo más distinto posible del primero y, según los mejores jueces, muy inferior, pese al elaborado panegírico que Burke dedicó a su *colega*. *Lord Holland.*

4

Burke iba a arruinar seguidamente su propio discurso al imitar el de Sheridan en Westminster Hall. A este discurso él siempre lo llamó «el gran *desideratum*; algo que no fue nunca ni poesía ni elocuencia, sino una cosa *mejor* que ambas».

5

Nunca he escuchado a nadie que haya colmado mi ideal de lo que debe ser un orador. Grattan habría estado cerca de ello de no ser por su arlequinesca expresión oral. Nunca he escuchado a Pitt. A Fox sólo una vez, y entonces me pareció bueno para el debate, lo cual me resulta tan diferente de un orador como un *improvisatore* o un versificador de un poeta. Grey es grandioso, pero eso no es oratoria. Canning a veces se acerca bastante. A Windham nunca lo he admirado, aunque todo el mundo lo hacía; lo suyo parecía mera sofistería. Whitbread era el Demóstenes del mal gusto y la vehemencia más

vulgar, pero firme e inglés. De Holland impresionan su sentido lógico y su franqueza. Lord Lansdowne es bueno, pero sólo para el debate. Grenville me gustaría muchísimo si recortara sus discursos al espacio de una hora. Burdett es dulce y plateado como el mismo Belial, y *yo* creo que era el gran favorito del *pandemonium*: al menos siempre escuché a los caballeros feudales y al conciliábulo de ministros alabar su oratoria *arriba*, y bajar a toda prisa de Bellamy's¹⁵ a la cámara cuando se ponía en pie. Escuché a Bob Milnes en su segundo discurso: causó impresión. Me gusta Ward: es impostado, pero agudo y a veces elocuente. A Peel, mi compañero de colegio y de clase (nos sentábamos a dos bancos el uno del otro), por extraño que parezca, nunca lo he escuchado, aunque a menudo quise hacerlo; pero, por lo que de él recuerdo en Harrow, *está*, o *debería* estar, entre los mejores. Por cierto, *no* admiro en absoluto la oratoria de Mr. Wilberforce: no es nada sino un flujo de *palabras*, «palabras, sólo palabras»¹⁶.

Dudo mucho que un inglés *tenga* lo que llamamos elocuencia, y me inclino a creer que los irlandeses llegaron a *tenerla* en abundancia y que los franceses la *tendrán*, y que la han tenido en Mirabeau. Lord Chatham y Burke son lo más cercano a la oratoria en Inglaterra. No sé qué tal sería Erskine ante el *estrado*, pero en la casa me gustaría verle una vez más en el banquillo¹⁷. Lauderdale es estridente y escocés y agudo. De Brougham no debo decir nada pues siento una antipatía personal hacia el hombre. Pero entre buenos, malos e indiferentes, nunca he oído un discurso que no haya resultado demasiado largo a la audiencia y no muy inteligible salvo aquí y allá. La cosa en sí es un enorme engaño, y tan aburrida y cargante como sólo puede serlo para quienes tienen que estar presentes a menudo. Escuché a Sheridan tan sólo una vez, y fue por poco tiempo; pero me gustaron su voz, sus modales y su ingenio. Es el único de todos ellos a quien siempre he deseado escuchar más tiempo. En sociedad lo frecuenté bastante: ¡era soberbio! Me tenía un cariño especial y nunca me atacó, al menos a la cara, cosa que sí hacía con los demás nombres importantes, tipos ingeniosos y oradores todos ellos, algunos también poetas. Le he visto despedazar a Whitbread, dejar pasmada a Madame de Staël, destrozar a Colman y hacer poco menos que eso a varios otros (cuyos nombres, por ser amigos, no incluyo aquí) de enorme fama y talento. ¡Pobre

hombre! Solía emborracharse con mucha frecuencia, y muy rápido. Alguna que otra vez me tocaba en suerte devolverlo a su casa: no era un trabajo fácil, pues se emborrachaba tanto que me veía obligado a ponerle yo mismo su sombrero de tres picos; por supuesto, se le caía de nuevo, y yo no estaba tampoco lo bastante sobrio como para ser capaz de cogerlo otra vez.

6

Había algo extraño en Sheridan. Un día, durante una cena, estaba alabando veladamente a ese insolente impostor y farsante de Lyttelton (el fantoche parlamentario: aún vive, creo). Yo me tomé la libertad de disentir. Se dio la vuelta hacia mí y dijo: «¿Es esa su verdadera opinión?». Respondí que sí. Entonces dijo él: «Fortalecido por tal coincidencia, pido la palabra para decir que en realidad esa es también *mi* opinión, y que es una persona a la que desprecio, aborrezco y detesto total y absolutamente». Luego se lanzó a describir sus infames cualidades con cierta largueza y el ingenio que era habitual en él, y evidentemente en serio, pues odiaba a Lyttelton. Su anterior elogio había sido inducido por algún otro precedente, del mismo modo que su contrario lo fue por mi insinuación de que aquel era inmerecido.

7

Una vez le vi coger su *Monody to Garrick*. Se encontró con la dedicatoria a la viuda lady Spencer. Al verla sufrió un acceso de ira y exclamó «que eso debía de ser una falsificación, que jamás en su vida le había dedicado nada a esa maldita zorra hipócrita etc. etc. etc.», y así siguió durante media hora, echando pestes sobre su propia dedicatoria o al menos sobre el objeto de esta. Sería de risa si todos los escritores fueran igual de sinceros¹⁸.

8

Sheridan me contó que, la noche del enorme éxito de su *School for Scandal*,

fue derribado a puñetazos y encerrado en el calabozo por montar una pelea en plena calle y porque los vigilantes se lo encontraron totalmente ebrio.

9

Tiempo después, cuando lo encontraron borracho en los bajos fondos y un vigilante le preguntó su *nombre*, respondió: «Wilberforce»¹⁹. La última vez que lo vi creo que fue en casa de sir Gilbert Elliot²⁰, donde se mostró tan ingenioso como siempre. No, esa... esa no fue la última vez, la última vez fue en casa de Douglas Kinnaird. He coincidido con él en todas partes y en todas las fiestas: en Whitehall con los Melbourne, en la del marqués de Tavistock, en la del subastador Robins, en la de sir Humphey Davy, en la de Sam Rogers; en resumen, en toda clase de compañías, y siempre lo he encontrado sumamente alegre y encantador.

10

La simpatía que Sheridan me tenía (ignoro si me engañaba, pero lady Caroline Lamb y otros afirmaban que siempre dijo lo mismo de mí, antes y después de conocerme) se originaba en *English Bards and Scotch Reviewers*: me dijo que le daba igual la poesía (o sólo la mía; al menos, toda salvo *aquel* poema mío), pero que estaba seguro, por *este* y otros síntomas, de que me haría orador si le cogía el gusto a los discursos y me convertía en parlamentario. Nunca hasta el último momento dejó de insistirme para que lo hiciera, y recuerdo que mi antiguo tutor, el Dr. Drury, tenía la misma idea cuando yo era un *crío*; pero jamás me sentí tentado a probar. Hablé una o dos veces, como hacen todos los jóvenes *pares* en una suerte de presentación en la vida pública, pero la disipación, la timidez, las opiniones altaneras o reticentes, unidas al poco tiempo que viví en Inglaterra tras mi mayoría de edad (sólo unos cinco años en total), me impidieron continuar el experimento. Tal y como fue no resultó desalentador, en particular mi *primer* discurso (hablé tres o cuatro veces en total)²¹, pero justo después se publicó mi poema

de *Childe Harold* y nadie volvió a pensar en mi *prosa*, y ciertamente yo tampoco. Para mí se convirtió en un propósito secundario y desatendido, aunque en ocasiones me pregunto *si* podría haber tenido éxito.

11

La impresión que recibí del Parlamento fue la de que sus miembros no son formidables como *oradores*, sino más bien como *audiencia*, pues en un grupo tan numeroso poca elocuencia puede haber (al fin y al cabo, sólo hubo *dos* verdaderos oradores en toda la antigüedad, y sospecho que todavía *menos* en nuestros días), si bien tiene que haber un germen de inteligencia y sentido lógico suficiente para hacer *saber* lo que está bien, aunque no siempre pueda expresarse de manera grandiosa.

12

Se dice que Horne Tooke y Roscoe afirmaron, al abandonar el Parlamento, que lo hacían con una opinión más elevada del conjunto de su integridad y cualidades de la que tenían al entrar en él. El monto general de ambas, en la mayoría de los parlamentarios, es probablemente el mismo, como lo es también el número de *declamadores* y su *talento*: exceptúo desde luego a los *oradores*, porque *estos* son obra del Tiempo y no de reuniones hechas cada siete o tres años. Ninguna cámara me ha infundido un sobrecogimiento y un respeto tales como los que hubiera conseguido infundirme el mismo número de turcos en un diván o de metodistas en un granero. Todo el retraimiento o nerviosismo que sentía (y sentía ambas cosas en gran medida) procedía del número más que de la calidad de los reunidos, y tal pensamiento, más del *público ausente* que de las personas presentes, pues sé (como todos sabemos) que ni el mismo Cicerón, ni probablemente el Mesías, habrían llegado a alterar jamás el voto de un solo lord de la cámara o de un obispo. Consideraba *nuestra* casa aburrida, pero la otra bastante entretenida en sus buenos tiempos.

A Sheridan, en trance de morir, se le pidió que afrontase «una operación»; él respondió que ya se había sometido a *dos*, y que eso era más que suficiente para la vida de un hombre. Al preguntársele cuáles eran, replicó: «Un corte de pelo y posar para un retrato».

Cada vez que un americano pide verme (lo cual *no* es infrecuente) accedo a hacerlo, primero porque respeto a la gente que ha conseguido su libertad mediante la firmeza sin el exceso, y segundo porque tales visitas transatlánticas, «tan pocas y espaciadas»²², me hacen sentir como si hablase con la posteridad desde el otro lado de la Estigia; en uno o dos siglos los nuevos atlantes ingleses y españoles serán con toda probabilidad los amos de los viejos países, así como Grecia y Europa subordinaron a la Madre Asia en la era antigua, o primera, como se la llama.

M.G. Lewis le propuso cierto día a Sheridan una apuesta: «Le apuesto, Mr. Sheridan, una suma muy grande; le apuesto lo que *me debe* como mánager teatral por mi *Castle Spectre*». «Nunca hago *apuestas grandes* –dijo Sheridan–, pero me juego una *muy pequeña*. ¡Le apuesto a usted *lo que vale!*».

Lewis, aunque era un buen tipo, odiaba a Sheridan, y tuvimos algunas palabras sobre el tema estando en Suiza, en 1816. Tiempo después, Lewis me envió el siguiente epigrama sobre Sheridan desde San Mauricio:

Para vituperar lo más hermoso
fue Misophil concebido;
sin duda habrá corazones *más negros*,
pero ninguno tan *podrido*.

16

En Oatland²³ se observó una mañana que Lewis tenía los ojos rojos y aire sentimental. Al preguntársele por qué, replicó «que, cuando la gente le decía algo *amable*, le afectaba muchísimo, y precisamente ahora la duquesa me ha dicho algo *tan amable* que...». Aquí «las lágrimas comenzaron a brotar» de nuevo. «No importa, Lewis –le dijo el coronel Armstrong–, no importa, no llore... *No pudo decirlo en serio*».

17

Lewis era un buen hombre, un hombre inteligente, pero un plomo; un puñetero plomo, podría decirse. Mi única venganza o consuelo solía consistir en indisponerlo con alguna persona nerviosa que detestase especialmente a los plastas. Madame de Staël o Hobhouse, por ejemplo. Pero me gustaba Lewis. Hubiera sido una joya de hombre de haber sido mejor forjado, no digo *como persona*, sino menos *aburrido*, pues era tedioso, tanto como contradictorio hacia todo y hacia todos. Como era corto de vista, cuando al atardecer salíamos a montar a caballo cerca del Brenta, en verano, me hacía cabalgar *delante* para guiarle. Me distraigo a veces, sobre todo hacia la noche, y la consecuencia de semejante guía era que siempre estaba a un tris de perder al monje y su montura. Una vez le *metí* en una acequia, la cual yo había rodeado olvidando como siempre avisar a mi escolta; otra vez le llevé casi hasta el mismo río en lugar de *al* puente *móvil* que tanto *incomoda* a los pasajeros, y por dos veces nos fuimos los dos contra una diligencia que, al ser pesada y lenta, sufrió menos daño del que recibieron sus conductores, que fueron *terrasé'd* en la ofensiva. Por tres veces lo perdí en las tinieblas del ocaso y me vi obligado a retroceder ante sus distantes señales de lejanía y

angustia. Todo el tiempo hablaba y hablaba sin interrupción, pues era un hombre de muchas palabras. Pobre tipo: murió como un mártir de su nueva riqueza durante su segunda visita a Jamaica:

¡Daría las tierras de Deloraine
por que el Oscuro Musgrave viviera de nuevo!²⁴

o bien

¡Daría más de una caña de azúcar
por que Lewis el Monje viviera de nuevo!

18

Lewis me dijo: «¿Por qué hablas en *veneciano* (tal y como sabía hablarlo: no muy bien, por cierto) con los venecianos y no en italiano corriente?». Respondí que en parte por costumbre y en parte por hacerme entender lo mejor posible. «Puede ser –dijo Lewis–, pero a mí me parece que es como hablarle con *acento irlandés* a un *irlandés*».

19

Baillie (llamado comúnmente Baillie «el Largo»²⁵: un tipo muy inteligente, pero raro) se quejó, mientras cabalgaba junto a nuestro amigo Scrope B. Davies, «de que sentía una *punzada* en el costado». «No me sorprende –dijo Scrope–, pues cabalgas *como* un *sastre*». Quien haya visto la altísima figura de Baillie montada sobre la grupa de un pequeño jamelgo no podría refutar la justicia de la réplica.

20

En 1808, mientras Scrope y yo cenábamos en Steeven's²⁶ (creo que Hobhouse también estaba allí) después de la ópera, el joven Goulburne (de

los *blues* y de *Blueviad*²⁷) vino haciéndose lenguas de su caballo *Grimaldi*, que acababa de ganar una carrera en Newmarket. «¿Ganó con facilidad?», preguntó Scrope. «Señor –replicó Goulburne–, ni siquiera condescendió a *tomar aire* en la llegada». «No –dijo Scrope–, y por eso tú *te das aires por él*».

21

El capitán Wallace, personaje de mala reputación en aquel tiempo y *luego* íntimo de la mayoría de los jóvenes más disipados de la época, me preguntó una noche en la mesa de juego dónde pensaba yo que se encontraría *su alma* cuando muriese. Le respondí: «En el *infierno de plata*» (nombre que en la jerga se da a una casa de apuestas de segunda categoría)²⁸.

22

Cuando el Honorable J.W. Ward abandonó los *whigs*, preguntó en tono de burla, en la mesa de sir James Macintosh y en presencia de Madame de Staël, Malthus y un nutrido y relevante grupo de todo partido y país, «qué haría falta para que *volviese a ser un whig*, pues pensaba en su regreso». «Antes de que sea usted *otra vez un whig* –dije yo–, me temo que habrá que *recompensarle*»²⁹. Este juego de palabras ha sido atribuido a otros; está a su disposición, pero no obstante es mío, tal y como mucha gente, y el propio Ward, saben. Creo que Luttrell lo versificó después para insertarlo en el *Morning Chronicle*; al menos eso me dijo la difunta lady Melbourne. Ward se lo tomó entonces con muy buen humor.

23

Cuando Sheridan estaba en su lecho de muerte, Rogers le ayudó tanto personal como financieramente. Esto es en verdad amable viniendo de Rogers, que siempre habló mal de Sheridan (a mí al menos), aunque en

realidad él habla mal de quien sea a todo el mundo. Rogers es lo opuesto al verso

El *mejor de los buenos* con la musa de *peor carácter*³⁰,

o sea,

El *peor de los buenos* con la musa de *mejor carácter*.

Su musa es todo sentimiento y palma y azúcar, mientras que él mismo tiene una lengua venenosa. Digo «el *peor de los buenos*» porque es (quizá) un *buen* hombre, al menos hace cosas buenas de vez en cuando; y ya puede hacerlas, para granjearse un chelín de salvación por sus calumnias. Son, además, tan *ridículas*, vacuas y tan propias de viejas; y él encima es malévolo, y un envidioso, y... ¡que se pudra!

24

¡Curran³¹! Curran es el hombre que más me ha impresionado en mi vida. ¡Qué imaginación! Jamás hubo nada parecido a ella que yo haya visto u oído. Su vida *publicada*, sus discursos publicados, *no* dan una idea del hombre, ninguna en absoluto. Era una *máquina* de imaginar, como alguien dijo que Piron era una «máquina de epigramar». No vi gran cosa a Curran, sólo en 1813, pero lo traté en mi casa (pues solía acudir a visitarme) y en sociedad en la de Mackintosh, la de los Holland, etc. etc. etc. Y Curran era maravilloso hasta para mí, que he visto a muchos hombres relevantes de aquel tiempo.

25

Un joven americano llamado Coolidge vino a visitarme no muchos meses atrás. Era inteligente, muy guapo, y por su aspecto no tendría más de veinte años. Un tanto romántico, pero eso sienta bien en la juventud, y fuertemente prendado de poesía, como cabe inferir de la visita que me brindó en mi

caverna. Me trajo un mensaje de un viejo sirviente de mi familia (Joe Murray) y me dijo que *él* (Mr. Coolidge) había conseguido una copia del busto que Thorwaldsen me había hecho en Roma para enviarlo a América. Confieso que me sentí más halagado por este juvenil entusiasmo de un solitario viajero transatlántico que si me hubieran erigido una estatua en el Panteón de París (he visto emperadores y demagogos caer de sus pedestales incluso en mi propia época, y el nombre de Grattan borrado de la calle que había sido bautizada en su honor en Dublín). Digo que aquello me hizo sentir más halagado porque era un gesto *individual, apolítico*, y no había en ello motivo ni ostentación: sólo el puro y cálido sentimiento de un muchacho hacia el poeta que admiraba. Debe de haberle resultado caro, sin embargo: *yo* no pagaría el precio de un busto que Thorwaldsen hiciera a ninguna cabeza y hombros humanos salvo los de Napoleón o los de mis hijas, o los de alguna «*absurda fémica*», como Monkbarns³² las llama, o los de mi hermana. Si me preguntan *por qué* posé entonces para el mío, responderé que fue por petición expresa de J.C. Hobhouse, *Esq.*, y que no lo hubiera hecho por nadie más. Un *retrato* es otra cosa: todo el mundo posa para su retrato, pero un busto parece plantear pretensiones de permanencia y conlleva el anhelo de la fama *pública* más que el del recuerdo íntimo.

26

Uno de los hombres de conversación más inteligente que he conocido era Scrope Beardmore [*sic*] Davies. Hobhouse es también muy bueno en ese terreno, aunque eso es algo de menor trascendencia en un hombre que posee otras formas de mostrar sus talentos aparte de en compañía. Scrope siempre estaba preparado y a menudo era ingenioso. Hobhouse igual de ingenioso, pero no siempre estaba tan preparado, por ser más tímido.

27

Un borracho discutía con Hobhouse en la calle. Un compañero del borracho

en no mejor estado que él le gritó a Hobhouse: «¿No le da vergüenza discutir con un borracho? ¿No ha visto que estaba *bebido*?». «Que le den –replicó Hobhouse–. ¿No le da vergüenza a él discutir *conmigo*? ¿No ha visto que estaba *sobrio*?».

28

Cuando Brummell se vio obligado (por aquel asunto del pobre Meyler³³, que desde entonces adquirió el nombre de «Dick el Mata-Dandies»: problemas de dinero, y deudas y esas cosas) a retirarse a Francia, no sabía nada de francés y, tras haber adquirido una gramática con el propósito de estudiar, alguien le preguntó a nuestro amigo Scrope Davies qué progreso había hecho Brummell en francés, a lo cual respondió «que Brummell se había visto detenido como Bonaparte en Rusia: por los *elementos*». He introducido esa salida en *Beppo*³⁴, lo cual es «un justo intercambio y no latrocinio», pues Scrope hizo su fortuna en varias cenas (como él mismo reconoce) repitiendo de tarde en tarde, y como si fueran suyas, algunas de las payasadas que yo le había soltado durante la mañana.

29

Me gustaban los dandies: siempre fueron muy educados *conmigo*, aunque en general detestaban a los literatos, y acosaban a gente como Madame de Staël, Lewis, Horace Twiss y se burlaban de ellos de un modo infame. Hicieron creer a Madame de Staël que Alvanley³⁵ llegaba a juntar cien mil en un año, etc. etc., hasta tal punto que ella le halagó en su propia *cara* ¡por su *belleza*! y trató de cazarlo para Albertina³⁶ (*Libertina*, como Brummell la bautizó, a pesar de que la pobre chica era, y es, tan correcta como una dama o una esposa han de ser, y, con todo, muy adorable), y cientos de payasadas más. La verdad es que, aun cuando deserté del asunto bastante pronto, yo mismo tuve un deje de dandismo durante la época en que fui menor de edad, y no debí de perder tanto cuando me gané a los más grandes a los veinticuatro.

Jugaba y bebía y obtuve mi licenciatura en la mayoría de las disipaciones y, puesto que no era pedante ni tampoco autoritario, nos llevábamos bien. Más o menos llegué a conocerlos a todos y me hicieron miembro del Watier's³⁷ (un selectísimo club en esa época), siendo al aceptarlo el único hombre de letras (a excepción de *otros dos*, ambos hombres de mundo: Moore y William Robert Spencer) que había en él. Nuestra fiesta de disfraces era fabulosa, al igual que lo era la Fiesta Dandi –también en el Argyle–, pero *aquella* (la primera) la daban los cuatro jefes: B., M., A. y P.³⁸, si no me equivoco.

30

También fui miembro del Alfred³⁹: me eligieron cuando estaba en Grecia. Era agradable; un poco demasiado adusto y literario, y aburrido por culpa de Sotheby y sir Francis D'Ivernois, pero uno se encontraba con Peel y Ward y Valentia, y con muchas otras gentes amenas o conocidas, y en general no era un mal recurso para un día de lluvia, cuando no había casi fiestas ni Parlamento, o si la temporada se presentaba vacía.

31

Pertencí o pertenezco a los siguientes clubes o sociedades: el Alfred, el Cocoa Tree⁴⁰, el Watier's, el Union, el Racket's (en Brighton)⁴¹, el Pugilistic⁴², el Owls⁴³ o «*Fly by Night*», el club *whig*⁴⁴ de *Cambridge*, el club Harrow, Cambridge⁴⁵ y uno o dos clubes privados, el club político de Hampden⁴⁶ y los carbonarios italianos, etc. etc. etc., «aunque último *no inferior*»⁴⁷: estuve en todos ellos y nunca fui propuesto para pertenecer a ningún otro, al menos que yo sepa. Decliné optar a bastantes más, aunque me presionaron para que presentase mi candidatura.

32

Si los periódicos no engañan (que es lo que suelen hacer), Demetrius

Zograffo de Atenas es el líder del bando ateniense en la actual insurrección griega. Fue mi criado en los años 1809, 1810, 1811, 1812 a lo largo de distintos intervalos (pues lo dejé en Grecia cuando fui a Constantinopla) y me acompañó a Inglaterra en 1811. Volvió a Grecia, primavera de 1812. Era inteligente, pero no un hombre emprendedor *en apariencia*, aunque las circunstancias hacen a los hombres. Sus dos hijos (*entonces* unos niños) se llamaban Miltíades y Alcibíades. ¡Que la suerte les sea propicia!

33

Soy de la idea de que los jugadores son más felices que la mayor parte de la gente al estar siempre en estado de *excitación*. Mujeres, vino, fama, la mesa, incluso la ambición, pueden llegar a *saciar*. Pero es cada vuelta de naipes y cada lanzamiento de dados lo que da la vida al jugador, aparte de que uno puede jugar un tiempo diez veces mayor de lo que puede hacer cualquier otra cosa. Fui muy aficionado a ello en mi juventud, quiero decir al riesgo, pues odio todos los juegos de *cartas*, incluido el faro⁴⁸. Cuando introdujeron el macco⁴⁹ (o como se escriba) lo dejé, pues adoraba y echaba de menos el *casabeleo* y el *lanzamiento* del cubilete y el dado y la gloriosa incertidumbre, no ya de si te acompañaba la buena o la mala suerte, sino *cualquier suerte*, pues a veces uno tenía que lanzar *a menudo* para saberlo. Alguna vez lancé hasta catorce manos seguidas y a veces me llevé todo el dinero de la mesa, pero no tenía ni frialdad, ni juicio, ni capacidad de cálculo. Era el *placer* del asunto lo que me atraía. Haciendo balance, lo dejé a tiempo de no haber ganado ni perdido mucho. A partir de los veintiún años de edad jugué muy poco, y nunca más allá de un centenar o dos... o tres.

34

Con respecto a la fama (es decir, la fama *en vida*), no me puedo quejar. Quizá hasta haya recibido *bastante* más de la que merecía. Yo mismo he podido constatar algunos curiosos ejemplos de lugares tan absurdos como extraños

en los que puede penetrar un nombre y en los que un nombre puede impactar. Hace dos años (casi tres: hablo de agosto o julio de 1819) recibí en Rávena una carta en verso *inglés* remitida desde *Drontheim*, en Noruega, escrita por un noruego, y llena de los cumplidos habituales, etc. etc. Aún está en alguna parte entre mis papeles. En el mismo mes recibí invitación para visitar *Holstein* por parte de un tal Mr. Jacobsen (creo) de Hamburgo; también (por el mismo medio) una traducción de la canción de Medora en *El Corsario* hecha por una baronesa de Westfalia (*no* la de Thundertontronck⁵⁰) con algunos versos propios (muy bonitos y klopstockianos), y una traducción en prosa añadida a estos con mi mujer como asunto; puesto que a *ella* le concernían más que a mí, se los remití junto con la carta de Mr. Jacobsen⁵¹. Resultaba de lo más extraño recibir una invitación para pasar el *verano* en *Holstein* mientras me hallaba en *Italia*, y de gente a la que no conocía de nada. La carta había sido dirigida a Venecia. Mr. Jacobsen me hablaba de las «rosas salvajes que crecen en el verano de Holstein». ¿Por qué entonces emigraron los cimbros y los teutones?

¡Qué extraña cosa es la vida, y el ser humano! Si me presentase ahora en la puerta de la casa donde está mi hija, me la cerrarían en la cara, a no ser (cosa no del todo imposible) que derribase al portero de un puñetazo; y, si hubiera ido durante aquel año (y tal vez ahora) a Drontheim (la ciudad más remota de Noruega) o a Holstein, me hubieran recibido con los brazos abiertos en las mansiones de extraños y extranjeros, a los que ningún lazo me une salvo los de la idea preconcebida y el rumor. Con respecto a la *fama*, no puedo quejarme: ciertamente, lo que me ha dado se ha visto rebajado por otras contingencias humanas, y ello en una medida mayor de lo que es común para buena parte de los hombres de letras con una posición *decente* en la vida; pero, en conjunto, entiendo que tal compensación es condición de la humanidad. A veces dudo si, después de todo, hubiera encajado en una vida tranquila y sin agitaciones, aunque a veces la deseo. Mis primeros sueños (como son los sueños de la mayoría de los chicos) eran marciales, pero poco después fueron de *amor* y vida retirada, hasta que comenzó aquella pasión sin esperanza por Mary Chaworth para continuar (aunque ocultada con suma diligencia) en mi *primera* juventud y aún más allá, durante un tiempo.

Aquello me arrojó otra vez a «la soledad sobre un mar inmenso, inmenso»⁵². Recuerdo que en el año de 1804 me encontré con mi hermana en la casa del general Harcourt, en Portland Place. Yo era entonces *una cosita*, tal y como hasta entonces siempre le había parecido. Cuando volvimos a vernos en 1805 (ella me lo dice desde entonces), mi carácter y mi forma de ser habían cambiado de un modo tan absoluto que apenas se me podía reconocer. Por entonces yo no era consciente del cambio, pero puedo creerlo. Y explicarlo.

35

Iba a representarse una obra de teatro privada en Cambridge cuando un tal Mr. Tulk, para perjuicio de actores y audiencia, declinó de repente interpretar su papel, de modo que se hizo preciso presentar una disculpa a la compañía. Al hacerlo, Hobhouse (tan indignado como el resto por el inoportuno capricho del esquirol) declaró a la audiencia «que, como consecuencia de que *un* tal Tulk había renunciado inesperadamente a su papel, debían solicitar su perdón, etc. etc.». Al día siguiente, un furioso Tulk le espetó a Hobhouse: «¿Es cierto, señor, o no lo es, que ha empleado *esa* expresión?». «Señor –dijo Hobhouse–, *es cierto, o no lo es*, que en efecto la he empleado». «¿Quizá –terció Scrope Davies, que se hallaba presente– lo que usted objeta es el *artículo indefinido* y prefiere ser llamado *el tal Tulk?*». *El tal* Tulk taladró a Scrope con una mirada indignada, pero, probablemente consciente de que aquel Scrope, más allá de ser un payaso blasfemo, tenía la mala suerte de ser un tirador de primera y ya había entablado dos o tres duelos, se retiró sin hacer más objeciones a ningún otro artículo, pero sí añadió una amenaza condicional: *si* se enteraba de que había habido una intención, etc. etc.

36

Me han solicitado como mediador o padrino unas veinte veces en discusiones bastante violentas, y siempre me las he ingeniado para arreglar el asunto sin comprometer el honor de las partes ni destinarlas a consecuencias fatales, y a

menudo también en circunstancias bastante difíciles y delicadas que me obligaban a tratar con espíritus muy ardientes y altivos: irlandeses, jugadores, miembros de la Guardia Real, capitanes y cornetas de caballería, tipos así. Esto sucedió por supuesto en mi juventud, cuando vivía entre compañías tan beligerantes. He tenido que enviar desafíos de caballeros a nobles, de capitanes a capitanes, de abogados a consejeros, y en una ocasión de un clérigo a un oficial de caballería. Puede parecer extraño, pero en esta última ocasión resultó de lo más complicado

...resolver
el sangriento duelo sin disparos.⁵³

La cosa tenía que ver con una mujer. Debo añadir que jamás vi a una *mujer* conducirse de un modo tan mezquino, como la puta sin sangre ni corazón que era; pero, con todo, muy hermosa. Era una tal Susan C. No la vi más que una vez y fue para inducirla a pronunciar únicamente dos palabras, que en ningún caso la comprometían y que hubieran bastado para salvar a un cura o a un teniente de caballería. Se *negó* a pronunciarlas, y ni N. ni yo (el hijo de sir E.N., amigo de una de las partes) pudimos convencerla para que lo hiciera, aunque ambos teníamos algo de experiencia en tratar con el *mujerío*. Al fin logré calmar a los dos rivales sin necesidad de talismán, y creo que para gran descontento de ella. Era la zorra más asquerosa que jamás he visto, y mira que he visto muchas. Aunque mi clérigo no dudaba que con aquello iba a perder su vida o sus beneficios eclesiásticos⁵⁴, se mostraba tan aguerrido como el obispo de Beauvais⁵⁵ y apenas podía pacificársele. Pero estaba enamorado, y esa es una pasión marcial⁵⁶.

[doce líneas tachadas]

Alguien preguntó a Schlegel (el *Dousterswivel* de Madame de Staël) «si no opinaba que *Canova* era un gran escultor». «¡Ah! –replicó aquel modesto prusiano–, ¿acaso no ha visto usted *mi busto* realizado por *Tiecke*?».

39

En Venecia, en el año 1817, llegó desde Viena una orden para que el arzobispo acudiera con gran pompa a San Marcos en su carruaje de cuatro caballos, lo cual viene a ser como ordenar al alcalde de Londres que marche por Temple Bar en una gabarra.

40

Cuando conocí al carcelero Hudson Lowe⁵⁷ en casa de lord Holland, antes de que aquel zarpase hacia Santa Elena, la conversación giró en torno a la batalla de Waterloo. Le pregunté si las órdenes de Napoleón eran las de un gran general. Contestó en tono desdeñoso «que estas eran muy *simples*». Yo siempre había pensado que una porción de simplicidad era un ingrediente de la grandeza.

41

Siempre me asombró la simplicidad de los modales de Grattan en su vida privada. Eran peculiares, pero naturales. Curran solía imitarlo haciendo una reverencia hasta el mismo suelo y «dando gracias a Dios por no tener ninguna peculiaridad de gesto o de apariencia» de un modo irresistiblemente ridículo. Rogers solía calificar a Curran «de Arlequín sentimental», si bien Rogers critica a todo el mundo; y Curran, que solía tomarle el pelo a su gran amigo Godwin en su propia cara, difícilmente se hubiera tomado a bien el más pequeño gesto de burla ajeno. ¡Curran *era* sin duda admirable! Oír su descripción de un interrogatorio a un testigo irlandés valía casi tanto como oír cualquiera de sus discursos; estos nunca los oí, pero sí aquella.

He oído que, cuando Grattan hizo su primer discurso en la cámara de los Comunes, durante unos minutos nadie supo si reír o aclamarlo. El *debût* de su predecesor, Flood, había sido un completo fracaso bajo circunstancias prácticamente idénticas. Pero cuando el ala ministerial de nuestros senadores hubo mirado a Pitt (su termómetro) para ver qué hacía, y comprobó que asentía repetidamente con su señorial gesto de aprobación, todos ellos siguieron el rastro de su cazador y rompieron en la más calurosa ovación. La alocución de Grattan en verdad lo merecía: era un *chef d'oeuvre*. No escuché *aquel* discurso (al estar por entonces en Harrow), pero escuché la mayoría de los otros que hizo acerca del mismo tema; también aquel sobre la guerra de 1815. Disentía de sus opiniones en esta última cuestión, pero coincidía en la admiración general hacia su elocuencia.

En la reunión de los pares de la oposición de 1812 en casa de lord Grenville, cuando lord Grey y él nos leyeron la correspondencia de la negociación de Moira yo me hallaba sentado junto al actual duque de Grafton. Al término de aquello me volví hacia él y le dije: «¿Y ahora qué hacemos?». «Despertar al duque de Norfolk» (que estaba roncando profundamente a nuestro lado), replicó él. «No creo que los negociadores nos hayan dejado algo mejor que hacer esta vez».

En el debate, o más bien la discusión, que siguió en la cámara de los Lores a la misma cuestión, me senté justo detrás de lord Moira, que estaba enormemente cabreado con la alocución de G.⁵⁸ sobre el asunto. Y, mientras G. hablaba, se volvía repetidamente hacia mí y me preguntaba si estaba de acuerdo con él. Para mí era una pregunta bastante incómoda porque no había

escuchado a las dos partes. Moira insistía en repetirme: «*No era así, era así y así, etc.*». No sabía muy bien qué pensar, pero simpaticé con la seriedad con que se tomaba aquel asunto.

45

Lord Eldon imita muy bien a dos cancilleres muy diferentes, Thurlow y Loughborough, y se permite soltar algún que otro juramento. En uno de los debates sobre la cuestión católica, en el que estábamos empatados o a falta de un voto (no recuerdo bien), me fueron a buscar a toda prisa a un baile que abandoné, debo confesar, de muy mala gana, para emancipar a cinco millones de personas. Llegué tarde y no me dirigí de inmediato al núcleo de la cámara, sino que me quedé justo detrás del asiento del lord Canciller. Eldon se volvió y, nada más verme, dijo de inmediato a uno de los pares (que se le había acercado al asiento durante unos minutos, como es costumbre entre sus amigos): «¡Malditos sean! ¡Por Dios, acaban de conseguirlo! El voto que acaba de entrar va a dárselo a ellos».

46

Cuando llegué a la mayoría de edad, ciertos retrasos a cuenta de algunos certificados de nacimiento y matrimonio procedentes de Cornwall ocasionaron que no pudiera tomar mi asiento⁵⁹ durante algunas semanas. Cuando todo esto acabó y ya había hecho el juramento, el canciller me pidió disculpas por el retraso y señaló «que el papeleo era parte de sus *obligaciones*». Le rogué que no se excusara y añadí (pues ciertamente no había mostrado demasiada prisa): «Su señoría ha hecho exactamente como Tom Thumb –que se representaba por entonces–; hizo sus *obligaciones*, y no hizo *nada más*»⁶⁰.

47

En cierta capital extranjera, el secretario del ministro (estando el ministro ausente) se irritó porque yo no había acudido a visitarle. Cuando me disponía a partir, Mr. W., conocido mío, le solicitó mi pasaporte, que fue enviado, pero venía acompañado de una nota formal del secretario donde este declaraba «que a petición de Mr. W. había concedido, etc.», de tal manera que parecía *insinuar* que sólo por complacer a Mr. W. me daba aquello que en realidad no tenía derecho a negar a nadie. Le escribí la siguiente respuesta: «Lord Byron presenta sus saludos a L... y se muestra extremadamente agradecido a Mr. W. por el pasaporte».

48

Había un loco de nombre Battersby que frecuentaba las cafeterías Steeven's y Prince of Wales por la época en que yo llevaba una vida frívola en la ciudad, antes de alcanzar la mayoría de edad. Cierta noche abordó a un pobre desconocido, cuyo abrigo no era de su agrado, y le espetó: «Dígame, señor, ¿es que el sastre le ha cortado el abrigo de ese modo, o se lo han roído las ratas?».

49

Lo siguiente es (creo) más conocido. Un *beau* (por entonces no habían sido bautizados como *dandies*) entró en el Prince of Wales y exclamó: «Camarero, tráigame un vaso de Negus⁶¹ de Madeira con una cereza y frote mi plato con un *chalotte*». Dicho esto en un tono de voz muy suave. Un teniente de la Marina, que estaba sentado en el reservado de al lado, rugió burlonamente de inmediato la siguiente obscenidad: «Camarero, tráigame un vaso de ese jodido grog de mierda y fróteme el culo con un cascote».

50

Sotheby es un buen hombre: versifica bien (aunque sin brillantez), pero es un

plomo. Se te pega como una lapa. Cierta noche, al dirigirnos a la casa de Mrs. Hope, me había cogido por banda (por algo relacionado con Agamenón u Orestes, o con alguna de sus obras) a pesar de mis evidentes síntomas de angustia (pues yo andaba enamorado y acababa de robar un minuto en el que ni madres ni padres, ni tampoco rivales o cotillas, se hallaban cerca de mi ídolo de entonces, que era hermosa como las estatuas de la galería en la que en ese momento nos hallábamos); Sotheby, digo, me había cogido por banda, agarrando de paso el corazón, sin mostrar la menor piedad. W. Spencer, a quien le encantan las bromas y no desdeña las diabluras, vio mi situación. Viniéndose hasta nosotros, me tomó de la mano y, con expresión patética, se despidió de mí diciéndome: «Veo que se te acabó la fiesta». Sotheby, entonces, se marchó. *Sic me servavit Apollo*⁶².

Es increíble lo pronto que perdemos la impresión de cuanto deja de estar *constantemente* ante nosotros. Un año corrompe, un lustro destruye. Pocas cosas se distinguen sin un *esfuerzo* de la memoria: sólo *entonces* la luz se reaviva por un instante, pero ¿quién puede estar seguro de que no es la imaginación quien lleva la antorcha? Cualquiera que intente recobrar al cabo de *diez* años los rasgos, los pensamientos, las cosas que solía decir o las costumbres de su mejor amigo, o el que para él fuese el hombre *más grande* (quiero decir su favorito, su Bonaparte, su este o lo otro o lo de más allá), acabará sorprendido por la extrema confusión de sus ideas. Hablo con seguridad sobre este punto, pues siempre se me ha tenido como un gran observador, de memoria excelente. Excluyo, por supuesto, nuestros recuerdos del mujerío, pues no hay forma de olvidarlas (y malditas sean por ello) más de lo que podemos olvidar cualquier otra época destacable: como «la revolución» o «la peste», o «la Invasión», o «el Cometa», o «la Guerra» de tal y de tal era, que son las fechas favoritas de la Humanidad, la cual tiene tantas «bendiciones» en su haber que nunca las utiliza para elaborar sus almanaques, por ser demasiado comunes. Sin ir más lejos, te encuentras «la gran sequía», «el Támesis congelado», «el estallido de la Guerra de los Siete

Años», «el comienzo de la Revolución» inglesa o francesa o española, «el Terremoto de Lisboa», «el Terremoto de Lima», «el Terremoto de Calabria», «la Peste de Londres», «ídem de Constantinopla», «el Tifus», «la Fiebre Amarilla de Filadelfia», etc. etc. etc., pero no te encuentras «la abundante cosecha», «el dulce verano», «la larga paz», «la prosperidad económica», «el viaje sin naufragio», registrados con idéntico énfasis. Por cierto, que ha habido una *guerra de los treinta años* y una *guerra de los setenta años*, pero ¿alguna vez ha habido *unos setenta* o *unos treinta años de paz*? O, ya puestos, ¿un día de la paz *universal*? Salvo quizá en China, donde bien saben de la paupérrima felicidad que otorga una constante y mediocre existencia desprovista de guerras... Y todo esto ¿es porque la naturaleza es mezquina o salvaje? ¿O la humanidad desagradecida? Que los filósofos decidan. Yo no lo soy.

52

En el año 1814, mientras acudíamos Moore y yo a cenar con lord Grey en Portman Square, saqué una *Gaceta de Java* (que Murray me había enviado) en la que se debatían nuestros respectivos méritos como poetas. Resultaba de lo más divertido que nos dirigiéramos a ocupar pacíficamente la misma mesa mientras otros se peleaban por nosotros en el océano Índico (el periódico, por supuesto, estaba fechado seis meses atrás) y llenaban columnas de crítica bataviense. Pero esto es la fama, supongo.

53

En general no suelo llevarme bien con los hombres de letras. No es que me disgusten, pero nunca sé qué decirles después de haber alabado su última publicación. Hay, sin duda, varias excepciones, pero, o bien se trataba de hombres de mundo, como Scott y Moore, etc., o de visionarios ajenos a él, como Shelley, etc., pero en ningún caso el escritor convencional. Y nunca he tolerado bien su compañía, en especial la de los extranjeros, a quienes nunca

he podido soportar, a excepción de Giordani⁶³ y... y... y... (en realidad no puedo nombrar otro). No recuerdo ningún hombre entre ellos al que haya deseado ver por segunda vez, salvo quizá a Mezzofanti⁶⁴, que es un monstruo de los idiomas, el Briareos⁶⁵ de la gramática, mucho más que un políglota andante: debería haber existido en la época de la torre de Babel como intérprete universal. En verdad es una maravilla, y además humilde: le probé en todas las lenguas de las que sabía un simple juramento (o alguna invocación a los dioses contra carteros, abogados, tártaros, barqueros, marineros, navegantes, gondoleros, arrieros, camelleros, *vetturini*⁶⁶, jefes de posta, caballos de posta, casas de posta, cualquier posta) y ¡por Dios! Me dejó asombrado incluso en mi inglés.

54

Tres suecos llegaron a Bolonia sin saber otro idioma que el sueco. Desesperados, los habitantes les presentaron a Mezzofanti. Mezzofanti (aunque gran lingüista) sabía tanto sueco como sus vecinos. Pero en dos días, y tirando de diccionarios, se dirigió a ellos con tal facilidad y soltura que quedaron anonadados, igual que los demás, de que hubiera adquirido otra lengua en cuarenta y ocho horas. Conocí esta anécdota primero por Madame Albrizzi y posteriormente me la confirmó *él mismo*, y no es un fanfarrón.

55

A veces me gustaría haber estudiado idiomas con mayor atención: los que conozco, incluso los clásicos (griego y latín en la medida normal de un chico de sexto curso) y las nociones que tengo de griego moderno, los alfabetos armenio y árabe, unas cuantas frases en turco y albanés, juramentos y ruegos, italiano pasablemente, español no tan pasablemente, el francés leído sin problemas pero hablado con dificultad (o ni eso), los he aprendido de oído o a ojo, nunca por medio de algo parecido al estudio; como Edie Ochiltree, «nunca me he rebajado a sobrellevar un trabajo difícil en toda mi vida»⁶⁷. Y

mira que le puse empeño al armenio y al árabe, pero me enamoré de alguna absurda hembra ambas veces antes de haber llegado a dominar los caracteres, y en Malta y en Venecia abandoné a los provechosos orientalistas para... para... (bueno, qué importa), a pesar de que mi maestro, el padre Pasquale Aucher (para quien, dicho sea de paso, compilé la mayor parte de dos gramáticas inglés/armenio⁶⁸), me aseguró «que el paraíso terrestre había estado sin duda en *Armenia*». Estuve buscándolo Dios sabe dónde. ¿Lo encontré? ¡Uf! Aquí y allá, durante un minuto o dos.

56

De los actores, Cooke era el más natural, Kemble el más sobrenatural, Kean a medio camino de los dos. Pero Mrs. Siddons valía tanto como todos los demás juntos, al menos aquellos a quienes recuerdo haber visto en Inglaterra⁶⁹.

57

He visto llorar a Sheridan dos o tres veces. Puede que fuese un sensiblero, pero esto vuelve el asunto aún más admirable, pues ¿quién vio «de los ojos de Marlborough fluir las lágrimas de la senilidad, / y a Swift morir babeando, expuesto a los curiosos»⁷⁰? Una vez lo vi llorar en casa del subastador Robin, tras una espléndida cena rebotante de grandes nombres e inmejorable humor. Tuve el honor de sentarme al lado de Sheridan. La razón de sus lágrimas fue no sé qué comentario acerca de la renuencia de los *whigs* a formar parte del gobierno y el empeño que mostraban en mantenerse fieles a sus principios. Sheridan se volvió: «Señor, es fácil para mi lord G... o el conde de G., o el marqués de B..., o lord H., con ganancias de miles y miles al año, algunas de ellas *a día de hoy* derivadas, o bien *heredadas*, de sinecuras o adquisiciones del dinero público, alardear de patriotismo y guardarse de toda tentación, pero no saben de qué tentaciones han tenido que guardarse quienes tenían el mismo orgullo, al menos idéntico talento y no distintas pasiones, y, no

obstante, jamás en su vida conocieron lo que era tener un chelín propio». Y dicho esto se echó a llorar.

58

Más de una vez he escuchado a Sheridan decir que él «jamás ha tenido un chelín propio»; por supuesto, se las ingenió para sacarle un buen montón a los demás. En cierta ocasión, en 1815, tuve que visitar a mi abogado en Chancery Lane: Sheridan se encontraba con él. Después de los respectivos saludos, etc., Sheridan se retiró. Antes de referirme a mis asuntos, no pude evitar preguntar por *los* de Sheridan. «Oh –replicó mi abogado–, lo de siempre: intenta evitar que su proveedor de vinos, cliente mío, emprenda contra él acciones legales». «Bueno –dije yo–, ¿y qué piensas hacer?». «Absolutamente nada de momento –dijo él–, ¿crees que vamos a demandar al viejo Sherry? ¿Qué sacaríamos de ello?». Y aquí se echó a reír, y empezó a hablar del gran talento de Sheridan como conversador. Pues bien, puedo dar fe, por experiencia propia, de que mi abogado no es ni de lejos el más sensible de los hombres, ni es fácil que cale en él impresión alguna que no proceda de las actas o de los estatutos. Y, con todo, Sheridan, en media hora, había encontrado la manera de ablandarlo y seducirlo hasta tal punto que casi llegué a pensar que sería capaz de arrojar por la ventana a su cliente (un tipo honrado, con toda la ley y cierta justicia de su lado) si hubiera entrado por la puerta en ese momento. ¡Ese era Sheridan! ¡Podía ablandar a un abogado! No ha habido nada igual desde los días de Orfeo.

59

Cuando el alguacil (pues he visto muchas formas de vida) vino a buscarme en 1815 para arramblar con mis pertenencias (siendo un par del Parlamento, mi persona estaba más allá de su alcance), por curiosidad (como es mi costumbre) le pregunté, en primer lugar, «qué otras posesiones debía confiscar para el gobierno», a lo que respondió que una de *una casa*

solamente... ¡por valor de *setenta mil libras!* Lo siguiente que le pregunté fue si no tenía nada para Sheridan. «Oh, Sheridan –dijo–, pues sí, tengo esto». Sacó entonces un cuadernillo. «Pero, milord, he estado en casa de Mr. Sheridan año tras año, es un caballero realmente encantador: sabe cómo tratar con *nosotros*, etc. etc.». Nuestros asuntos fueron en este punto discutidos, y no eran de los más sencillos que me atañían en aquel tiempo. Pero era un hombre cortés y (lo cual valoro aún más) dialogante. Ya en años anteriores había tenido que tratar a muchos de su calaña por asuntos de mis amigos (plebeyos, quiero decir), pero era la primera vez (o la segunda) que aquello tenía que ver conmigo. Un hombre cortés, untado de acuerdo a ello: con toda probabilidad, él había anticipado otro tanto.

60

Ningún hombre viviría su vida de nuevo: es un dicho antiguo y cierto que cada cual puede valorar por sí mismo. De igual modo, es probable que haya *momentos* en la vida de la mayoría de la gente que harían vivirlo todo otra vez por *recobrarlos*. Si no, ¿por qué vivimos? Porque la esperanza se acoge a la memoria, ambas falsas. Pero... pero... pero... pero... y este *pero* se alarga hasta... ¿qué? No lo sé, ¿y quién lo sabe? «El que murió en miércoles»⁷¹. Por cierto, hay un pobre diablo al que mañana van a ejecutar aquí (en Rávena) por asesinato; ha comido medio pavo de cena, además de fruta y pastel, ¡y todavía se niega a confesar! ¿Iré a presenciar su muerte? No. Y ¿por qué? Pues porque va a tener lugar a las *nueve*. Bueno, de poder *salvarlo* a él, o incluso a una mosca, de idéntica catástrofe, me mantendría despierto durante años, pero, como no puedo, no voy a madrugar para ver la ejecución de un hombre más de lo que lo haría si fuera mi persona la que hubiera de correr esa suerte. Además, he visto morir a más de uno de esa muerte (y de otras muertes) anteriormente. En tales ocasiones, no es la crueldad lo que motiva a la humanidad, sino la excitación, al menos eso creo. Es odioso *tomar* una vida de esa forma, a menos que sirva para salvar dos vidas.

El viejo Edgeworth, la cuarta o quinta Mrs. Edgeworth y *Miss* Edgeworth se hallaban en Londres, 1813. Miss Edgeworth me caía bien. Mrs. Edgeworth no me caía mal. El viejo Edgeworth era un plomo, el peor de los plomos, un plomo con mayúsculas. Los conocí en sociedad, desayunando en cierta ocasión en casa de sir Humphry Davy; el viejo Edgeworth llegó tarde, alardeando de que «había dado lo suyo al Dr. Parr la noche anterior» (algo, por cierto, no demasiado sencillo). *Ella* me resultaba simpática. Todos injuriaron la memoria de Anna Seward.

Una vez, estando en pleno viaje, se enteraron de que el hermano de *ella* y el hijo de *él* habían muerto. ¿Qué hacer? ¿Sus atavíos *londinenses* ya habían sido ordenados y hechos! De modo que olvidaron aquellas muertes durante las seis semanas de estancia y se vistieron de luto al regresar a Irlanda. *¡Verídico!*

Mientras la Colonia se hallaba en Londres, apareció un libro para contribuir al «regreso de Mrs. Siddons a la escena» que pasaba de mano en mano solicitando firmas. Moore abogó por una contribución similar ¡para el «regreso de Mr. Edgeworth a Irlanda»!

Sir Humphrey Davy me contó que la escena del criado francés y el cartero irlandés de *Ennui*⁷² procedía de la descripción oral que *él* hizo a los Edgeworths en Edgeworthstown sobre un suceso similar que le había ocurrido durante un viaje. *Mucho* mejor así, pues viene de la *vida*.

Cuando contaba quince años de edad, sucedió que, estando en una caverna de Derbyshire, tenía que atravesar en bote (en el cual dos personas sólo podían ir tumbadas) una corriente que fluye bajo una roca, con la roca tan cerca del agua como para que el bote sólo pudiera ser empujado por un barquero (una suerte de Caronte) que avanzaba todo el rato agachado a popa. Mi compañera de viaje era Mary Ann Chaworth, de quien había estado mucho tiempo enamorado sin decirlo jamás, aunque *ella* no tuvo necesidad de que lo hiciera para descubrirlo. Recuerdo mis sensaciones, pero no puedo describirlas, y es mejor así. Íbamos en grupo: un tal Mr. W..., dos Miss W..., Mr. y Mrs. Clarke, Miss R... y *mi* Mary Ann Chaworth. ¡Ay! ¿Por qué digo *mi*? Nuestra unión hubiera puesto fin a una enemistad que había hecho derramar sangre a nuestros padres⁷³; hubiera unido vastas y fértiles tierras, hubiera unido al menos *un* corazón y a dos personas de no muy distinta edad (ella es dos años mayor que yo), y... y... y... ¿cuál ha sido el resultado? *Mary* se casó con un hombre mayor que ella, era infeliz y se separó. Yo me casé y ahora estoy separado. Y, con todo, *no estamos* unidos.

En mi opinión, y es algo en lo que difiero de mis contemporáneos, el presente no es una gran época en la poesía inglesa. Hay *más* poetas (*soi-disant*) de los que nunca ha habido, y en proporción *menos* poesía. Esta *tesis* la he mantenido durante años, pero, por extraño que resulte decirlo, no encontró mucho favor entre mis hermanos del Escudo⁷⁴. Incluso Moore sacude la cabeza y opina firmemente que la nuestra es una era maravillosa en la poesía británica.

Cuando formaba parte del comité del Drury Lane y era uno de los

subcomisionados de dirección, el número de *obras* que ocupaban los estantes era de unas *quinientas*. Supuse que entre ellas habría *algunas* de mérito, así que me encargué, junto a otros que nombré al efecto, de averiguarlo. No creo que entre las que vi hubiera una sola que pudiera ser aceptada a conciencia. Jamás hubo nada semejante a la mayoría de ellas.

Walter Scott tuvo la enorme gentileza de recomendar a Maturin. Recurrí a Scott, en primer lugar, con la esperanza de que nos diese algo de su propia cosecha, y en segundo lugar, desesperado como estaba, esperando que nos remitiese a algún joven (o viejo) escritor promesa. Maturin nos envió su *Bertram* y una carta *sin* remite, por lo cual al principio no pude enviarle una respuesta. Cuando al fin di con su domicilio le envié una respuesta favorable, y algo más sustancioso. Su obra tuvo éxito, pero en esas fechas no me encontraba en Inglaterra⁷⁵. Tanteé también a Coleridge, pero por entonces no tenía nada disponible a mano. Mr. Sotheby fue muy atento y nos ofreció *todas* sus tragedias, y comprometí mi palabra, y, tras más de una pelea con mis hermanos comisionados, conseguí que aceptasen *Ivan*. La leyeron y repartieron los papeles. Pero resulta que en medio del asunto, a causa de cierta *tibieza* por parte de Kean, o de no menos ardor por la del autor, Sotheby retiró su obra. Sir J.B. Burges también nos hizo llegar cuatro tragedias y una farsa, pero, por más que agité subcomité y bastidores, no las aceptaron. ¡Y las escenas por las que tuve que pasar! ¡Los autores y las autoras, los sombrereros, los brutos irlandeses, las gentes de Brighton, de Blackwell, de Chatham, de Cheltenham, de Dublín, de Dundee, que vinieron a mí! A todos ellos lo adecuado era proporcionarles una respuesta cortés, una audición y una lectura. El padre de Mrs. Glover, un maestro de danza irlandés de sesenta años, acudió a verme cierta gélida mañana a pedirme el papel de *Archer* vestido con unas medias de seda, para así poder enseñarme las piernas (que ciertamente eran muy irlandesas y fuertes para su edad, y habían sido todavía mejores); Miss Emma No-sé-qué, con una obra titulada *El bandido de Bohemia* u otro título o producción semejante; Mr. O'Higgins, entonces residente en Richmond, con una tragedia irlandesa en la cual era imposible equivocarse al reconocer las unidades, pues el protagonista pasaba la parte principal de la representación con una pierna encadenada a un pilar. Se

trataba de un tipo salvaje con aspecto de bruto, y la dificultad de *no* reírme en su cara sólo se esfumaba al pensar en las probables consecuencias de tales risotadas. Puesto que soy en realidad una persona cortés y educada, y *odio* provocar dolor cuando puede evitarse, remití a todos ellos a Douglas Kinnaird, quien, como hombre de negocios que es, siempre está dispuesto a decir no, y dejé que se entendiesen con él. Y, dado que al comienzo del año siguiente me marché del país, no he estado desde entonces muy al tanto de cómo marchan los teatros.

68

Se dice que los actores son gente ingobernable. Así es. Pero me las arreglé para no tener conflicto alguno con ellos, y, salvo una discusión con el viejo Byrne acerca de cierto *pas de* (algo: olvido los tecnicismos) de Miss Smith⁷⁶, no recuerdo ningún litigio en el que me haya visto envuelto. Solía proteger a Miss Smith porque su rostro era como el de lady Jane Harley⁷⁷, y los parecidos son mi debilidad. Lo cierto es que por regla general dejaba tales cosas para compañeros más peleones, que solían hacerme serios reproches por mostrarme incapaz de poner las cosas en su sitio sin hacer el payaso con los histriones, y permitir que todo se saliera de madre al tratar los asuntos ligeros con ligereza.

69

¡Y el comité! ¡Y el subcomité! ¡No éramos más que unos cuantos y nunca nos poníamos de acuerdo! Estaba Peter Moore, que se oponía a Kinnaird, y Kinnaird, que se oponía a todo el mundo; luego nuestros dos directores, Rae y Dibdin, ¡y nuestro secretario Ward! Y aun así éramos muy entusiastas y nos tomábamos muy en serio que las cosas salieran bien. Hobhouse nos proporcionaba prólogos para las reposiciones que hacíamos de antiguos dramas ingleses, pero no le gustó mucho que le celebrase como el *Upton* de nuestro teatro (Mr. Upton es, o era, el poeta que escribió las canciones para el

Astley's⁷⁸), y a resultas de aquello casi dejó de prologar.

70

En la farsa de 1815-16⁷⁹ hubo una representación de la mascarada que en 1814 dimos «nosotros los jóvenes»⁸⁰ del club Watier's a Wellington y compañía. Douglas Kinnaird y uno o dos más y yo mismo nos pusimos las máscaras y nos mezclamos *en* la escena con el *οί πολλοί*⁸¹, para ver qué efecto causa el teatro desde el escenario. Resulta impresionante. Douglas incluso bailó entre los *figuranti*, que, confundidos, trataban de averiguar quiénes éramos, al ser más numerosos que ellos. Era bastante curioso que Douglas Kinnaird y yo hubiésemos estado en la *verdadera* mascarada y posteriormente en la pantomima que de la misma se hizo sobre las tablas del teatro Drury Lane.

71

Cuando era joven se me consideraba un buen actor. Al margen de los «discursos de Harrow» (en los que deslumbraba), hice de Penruddock en *La rueda de la Fortuna* y de Tristram Fickle en la farsa de Allingham *La veleta* a lo largo de tres noches (la duración de nuestro acuerdo) en algunos teatros privados de Southwell, en 1806, con gran aplauso. El prólogo, escrito en ocasión de nuestra desinteresada actuación, era también composición mía. Los demás actores eran jóvenes damas y caballeros del vecindario, y el grupo al completo salió de la escena tras causar una gran impresión en nuestra generosa audiencia.

72

Cuando comencé la universidad, el lugar me pareció tan novedoso como nada acogedor. Primero, me disgustaba tanto abandonar Harrow que, aun cuando ya era el momento (tenía diecisiete años), aquello destruyó mi sosiego

durante el último cuatrimestre, pues no hacía otra cosa que contar los días que quedaban; siempre *odié* Harrow hasta el último año y medio, pero a partir de ahí me gustó. Segundo, yo quería ir a Oxford y no a Cambridge. Tercero, mi soledad era tan absoluta en aquel nuevo mundo que aquello casi aniquiló mi ánimo. Mis compañeros no eran gente insociable, sino al contrario: amistosos, llenos de vida, adinerados y de buena cuna, y alegres más allá de mi propia alegría. Me mezclaba y cenaba y bebía, etc. con ellos, pero, no sé cómo, fue uno de los sentimientos más dolorosos y funestos de mi vida comprender que había dejado de ser un niño. Desde ese momento empecé a sentirme viejo en mi propia estima, y, entre las cosas que estimo, la edad no es nada estimable. Me gradué en los vicios con gran prontitud, pero no eran de mi gusto, pues mis primeras pasiones, aunque sumamente violentas, se hallaban muy concentradas y odiaban verse divididas tanto como arrancadas de su cauce. Podía haber abandonado o perdido este mundo con o por aquello que amaba, pero, si bien mi carácter era por naturaleza ardiente, yo no podía compartir el vulgar libertinaje del lugar y de la época sin repugnancia. Y lo cierto es que ese mismo desencanto, y el tener un corazón abandonado a su suerte, me llevaron a excesos quizá más fatales que aquellos de los que me alejé, pues tratar de centrar (cada vez) en una sola la clase de pasiones que se separan en muchas únicamente hubiera servido para hacerme daño a mí mismo.

La gente se asombra de la melancolía que recorre mis escritos. Otros se asombran de la alegría que muestro en persona. Pero recuerdo una ocasión en que, tras haberme mostrado sincera y particularmente alegre y bastante brillante con la gente, mi mujer me contestó, cuando le dije (después de que ella subrayase mi buen humor) «y con todo, Bell, se me ha llamado y tachado de melancólico, ya habrás visto con frecuencia qué equivocadamente»: «No, Byron –respondió–, no es así; de *corazón* eres el más melancólico de los seres, y a menudo cuando aparentas ser el más feliz».

Si pudiera explicar en detalle las *verdaderas* causas que han contribuido a agravar lo que en mí tal vez sea un temperamento *natural*, esta melancolía que ha hecho de mí su sinónimo, nadie se asombraría; pero es imposible hacerlo sin causar demasiado daño. No sé cómo habrán sido las vidas de otros hombres, pero no puedo concebir nada más extraño que algunos de los primeros episodios de la mía: he escrito mis memorias, pero he omitido *todas* las partes realmente *trascendentes e importantes* en deferencia a los muertos, a los vivos y a quienes han de ser ambas cosas.

A veces pienso que tendría que haberlo escrito *todo*, como una *lección*; pero habría demostrado ser una lección que *aprender* antes que *evitar*, pues la pasión es un torbellino que no puede ser mirado de cerca sin verse atraído por su vórtice.

No debo continuar con estas reflexiones, o dejaré escapar algún que otro secreto capaz de paralizar a la posteridad.

Una noche, en una casa de juego (antes de mi mayoría de edad), a Scrope Davies, que estaba tan borracho como a medianoche solía estarlo la mayor parte de las veces, y que había perdido mucho dinero, sus amigos, un grado menos intoxicados que él, trataron de convencerle en vano de que los acompañase o regresara a casa. Resignados, lo abandonaron a su suerte y al demonio del cubilete. Al día siguiente, cuando lo visitaron a las dos en punto, algunos amigos que acababan de levantarse con un severo dolor de cabeza y

los bolsillos vacíos (y que lo habían dejado perdiendo a las cuatro o cinco de la mañana), se lo encontraron sumido en un profundo sueño, sin gorro de dormir, y no precisamente cubierto por su ropa de cama. Había un orinal junto al lecho *lleno a rebosar* de *¡billetes de banco!* Todos ganados Dios sabe cómo y embutidos Scrope no sabía dónde, pero *allí* estaban: todos ellos billetes legítimos, por valor de algunos miles de libras.

78

En Brightelmstone (me encanta la ortografía), en el año 1808, Hobhouse, Scrope Davies, el mayor Cooper y yo, tras cenar con lord Delvin, el conde (he olvidado la nomenclatura del francés emigrado) y otros, ya mediada la noche, nos dirigimos (los *cuatro*) a una casa de apuestas, contando entre todos un total de unas *veinte guineas* en dinero líquido, con las cuales hubiéramos tenido suficiente para el mantenimiento de, al menos, el mismo número de inmundos caballos y criados y para los gastos del personal de la casa y hasta de nuestras putas⁸². Teníamos, como digo, veinte guineas o así, y las perdimos, así que regresamos a casa de bastante mal humor. Cooper se fue a casa. Scrope, Hobhouse y yo (estábamos en pleno verano) nos quitamos antes las ropas y nos zambullimos en el mar, del cual, tras media hora nadando aquellos de nosotros (Scrope y yo) que sabíamos nadar, salimos en nuestras batas para negociar una botella o dos de champán y de Hock⁸³ (según la elección) en nuestras habitaciones. Durante la negociación, las palabras subieron de tono. Scrope agarró a Hobhouse por el cuello. Hobhouse agarró un cuchillo en defensa propia y apuñaló a Scrope en el hombro para evitar su estrangulamiento. Scrope cayó bañado en sangre y vino, pues la *botella* cayó con él. Como estaba tan infinitamente intoxicado con el juego y el baño de mar a las dos de la mañana, además del champán, la refriega concluyó antes de que me diese tiempo o tuviera capacidad mental de interferir. Por supuesto, les di un sermón contra las peleas, «*pugnare Thracum est*»⁸⁴, y luego examiné la herida de Scrope, que resultó ser un corte largo y ancho, pero no profundo ni peligroso. Scrope estaba hecho una furia: primero quiso pelear, luego largarse en una calesa y después *pegarse un tiro*,

última voluntad esta que me ofrecí a facilitarle siempre y cuando no usase mis *pistolas*, las cuales, en caso de suicidio, habrían pasado a ser un *deodando*⁸⁵ ante el rey. Al fin, tras muchos juramentos y no poca dificultad, fue introducido en la cama. Por la mañana vinieron la fría reflexión y un cirujano, y, a fuerza de perder sangre y adherirle esparadrapos, la lucha (que Scrope había iniciado) cicatrizó igual que la herida, y fuimos tan amigos como años antes y años después.

Mi primera incursión en la poesía sucedió muy pronto, en 1800. De esa forma cristalizó la pasión que sentía hacia mi prima hermana Margaret Parker (hija y nieta de los dos almirantes Parker⁸⁶), uno de los más hermosos de los seres evanescentes. Hace tiempo que olvidé aquellos versos, pero me sería difícil olvidarla a ella⁸⁷. ¡Sus ojos oscuros! ¡Sus largas pestañas! ¡El molde absolutamente griego de su rostro y de su silueta! Por entonces yo tenía doce años. Ella era algo mayor, quizá un año. Murió alrededor de uno o dos años después, a consecuencia de una caída que afectó a su espina dorsal y le hizo contraer la tisis. Su hermana Augusta (según algunos aún más hermosa) murió de la misma enfermedad, y, de hecho, fue por atenderla a ella por lo que Margaret sufrió el accidente que le ocasionaría la muerte. Mi hermana me dijo que cuando fue a verla, muy poco antes de morir, al mencionar sin querer mi nombre Margaret se sonrojó hasta la frente sobre su palidez mortal, para gran asombro de mi hermana, quien (al residir con su abuela lady Holderness me vio poco aquel tiempo por motivos familiares) nada sabía de nuestro cariño, ni podía acertar a saber por qué mi nombre la afectaba en un momento así. Nada supe de su enfermedad (me hallaba entonces en Harrow y en el campo) hasta que murió. Unos años después intenté escribirle una elegía. Salió muy torpe. No soy capaz de recordar nada ni remotamente parecido a la *transparente* belleza de mi prima o a la dulzura de su carácter durante el breve período de nuestra intimidad. Parecía haber sido hecha de un arco iris, toda belleza y paz. Mi pasión tuvo en mí sus efectos: no podía dormir, no podía comer, no podía descansar y, aunque tenía mis razones para

saber que ella me amaba, era la tortura de mi vida pensar en el tiempo que debía pasar hasta que volviéramos a vernos, lo cual por lo general eran ¡doce horas de separación! Pero era un tonto entonces, y no soy mucho más sabio ahora.

80

Mis pasiones se desarrollaron muy pronto, tan pronto que pocos me creerían si tuviera que decir la época y los hechos que la acompañaron⁸⁸. Quizá fue esta una de las razones que han provocado la precoz melancolía de mis pensamientos, al haber anticipado la vida. Mis primeros poemas son los pensamientos de alguien al menos diez años mayor de la edad en que fueron escritos; no lo digo por su solidez, sino por su experiencia. Los dos primeros cantos de *Childe Harold* fueron completados a los veintidós, y parecen escritos por un hombre mucho mayor de lo que yo probablemente jamás llegue a ser⁸⁹.

81

[omitido por Byron]

82

Sobre el Parnaso, cuando me dirigía hacia la fuente de Delfos (Castrí) en 1809, vi una bandada de doce águilas (Hobhouse dice que eran buitres, al menos en conversación⁹⁰) y me aferré a su augurio. El día anterior había compuesto los versos al Parnaso (en *Childe Harold*) y, al contemplar los pájaros, acaricié la esperanza de que Apolo hubiera aceptado mi homenaje. Al menos he tenido el nombre y la fama de poeta durante el período poético de la vida (de los veinte a los treinta); que dure es otro asunto, pero *he sido* un devoto de la Deidad y del lugar y le agradezco cuanto ha hecho en mi favor. Y dejo el futuro en sus manos igual que dejo atrás el pasado.

Como Sila, siempre he creído que todas las cosas dependen de la suerte y no de nosotros mismos. No tengo constancia de que exista un solo pensamiento o una sola acción dignos de ser considerados buenos, tanto para mí como para los demás, que no deban ser atribuidos a la Buena Diosa, ¡*Fortuna!*

Hace dos o tres años pensé en ir a una de las Américas, la inglesa o la española. Pero los informes que me enviaron desde Inglaterra en respuesta a mis preguntas me desalentaron. Después de todo, creo que la mayor parte de los países, con que tengan el equilibrio adecuado, son iguales para *un extranjero* (aunque de ningún modo para los *nativos*). Recordé la inscripción en el domo del general Ludlow, *omne solum forti patria*⁹¹, y me quedé para ser libre en un país esclavizado durante muchos siglos. Pero *no* existe la libertad, ni siquiera para los *amos*, allí donde hay esclavitud: verla hace que me hierva la sangre. A veces me gustaría ser el dueño de África para hacer de una vez lo que Wilberforce hará algún día, o sea, barrer la esclavitud de sus desiertos y asistir a la primera danza de su libertad. En cuanto a la esclavitud *política*, tan común, la culpa es de los propios hombres: ¡si *quieren* ser esclavos que lo sean! Aun así, todo es cosa de «una palabra y un golpe»⁹²: ved cómo Inglaterra primero, Francia, España, Portugal, América, Suiza, se ganaron su libertad. No hay un solo ejemplo en el que, tras una *larga* contienda, los *hombres* no hayan triunfado sobre el sistema. Si la tiranía falla su *primer* ataque, se muestra tan cobarde como el tigre y se retira para que la cacen.

Un italiano (el joven conde Ruota), al escribir desde Rávena a su amigo de Roma en 1820, dice de mí, a modo de cumplido, que en sociedad nadie me

tomaría por un inglés: aunque él cree que *soy* en el fondo inglés, mis «modales eran muy diferentes». Esto lo entendía como un gran elogio y yo lo acepto como tal. La carta me fue mostrada este año por el corresponsal, el conde Pietro Gamba, o por su hermana.

86

He sido crítico. Para el *Monthly Review* escribí algunos artículos que fueron publicados. Esto tuvo lugar a finales de 1811⁹³. En 1807, para una revista llamada *Monthly Literary Recreations*, reseñé la basura del Wordsworth de entonces⁹⁴. A excepción de esto, no puedo acusarme de haber hecho crítica anónima (que yo recuerde), aunque se me ha *ofrecido* escribir más de una crítica para nuestros principales diarios⁹⁵.

87

Hasta los dieciocho años (por raro que parezca) nunca leí una revista. Pero, durante mi estancia en Harrow, mi cultura general era tan grande en asuntos de actualidad como para despertar la sospecha de que sólo podía recoger tan vasto conocimiento de las *revistas*, pues nunca se me *veía* leyendo, sino siempre vagueando, haciendo payasadas o divirtiéndome. La verdad es que leía mientras comía, leía en la cama, leía cuando nadie leía, y había leído toda clase de lecturas desde los cinco años; y aun así, nunca *me topé* con una revista, única razón por la que entiendo que nunca las hubiera leído. Pero es cierto, pues recuerdo que cuando Hunter y Curzon, en 1804, comentaron conmigo la opinión que reinaba en Harrow, les hice reír por mi ridículo asombro al preguntarles: «¿*Qué es una revista?*». Por cierto que en aquella época eran menos frecuentes. En tres años me familiaricé bastante con ellas, pero la primera que leí fue en 1806-7.

88

En la escuela (como he dicho) sobresalía por la extensión y presteza de mi cultura *general*, pero en otros sentidos era un haragán, capaz de los más grandes y repentinos esfuerzos (tales como escribir treinta o cuarenta hexámetros griegos, por supuesto con una prosodia a la buena de Dios), pero no tanto de llevar a cabo una tarea continuada. Mis cualidades eran mucho más oratorias y marciales que poéticas y el Dr. Drury, mi protector (nuestro director), tenía la total convicción de que me convertiría en orador, a tenor de mi fluidez, mi vehemencia, mi voz, la copiosidad de mi declamación y mis ademanes. Recuerdo que mi primera declamación lo asombró hasta el punto de dedicarme algunos inusitados (pues economizaba a ese respecto) e inesperados cumplidos ante los declamadores del primer ensayo⁹⁶. Mis primeros versos en Harrow (o sea, ejercicios en inglés), una traducción de uno de los coros del *Prometeo* de Esquilo, los recibió con cierta frialdad. Nadie tenía la menor idea de que me rebajaría a ser poeta.

89

Peel, el orador y estadista («que fue, o es, o será»⁹⁷), fue compañero mío de aula, y ambos éramos los primeros de nuestra formación (una expresión de colegio público)⁹⁸. Nos llevábamos bien, pero su hermano era mi amigo más íntimo. Siempre tuvimos grandes esperanzas en Peel, maestros y alumnos, y no las ha defraudado. Como alumno era con diferencia superior a mí, como declamador y actor se me consideraba al menos su igual, como alumno *fuera* del colegio yo siempre me metía *en líos* y *él nunca*, y *en la escuela* él siempre se sabía sus lecciones y yo rara vez, pero, *cuando* me las sabía, me las sabía casi igual de bien. En cultura general, historia, etc. etc. creo que *yo* era superior a él tanto como a la mayoría de los chicos de mi clase.

89 [*repetido*]

El prodigio de nuestros días escolares era George Sinclair (hijo de sir John). Hacía los ejercicios a la mitad del colegio (*literalmente*), versos a voluntad y

deberes sin ella. Cuando estábamos en el Escudo, le hacía los deberes a su tío Dudley Macdonald (un burro que sólo sabía tocar la flauta) en sexto curso. Era amigo mío y estaba en mi misma clase. A veces solía pedirme que le dejase hacer mis ejercicios, petición que se veía concedida de la forma más rápida si me veía en una emergencia o me apetecía hacer cualquier otra cosa, lo cual solía ocurrir una vez cada hora. Por otra parte, él era un chico pacífico y yo un salvaje, de modo que me pegaba por él o azotaba a alguien para él, o le azotaba a él para obligarle a azotar a alguien cuando era preciso que defendiese su honor y su posición mediante esa clase de castigo, o hablábamos de política, pues él era un gran político y éramos muy buenos amigos. Conservo algunas de las cartas que me escribió desde la escuela, todavía⁹⁹.

90

Clayton era otro monstruo escolar de aprendizaje y talento: se esperaba mucho de él, pero ignoro dónde ha terminado. Ciertamente era un genio.

91

Mis amistades del colegio siempre fueron para *mí pasiones* (pues siempre fui ardiente), pero no sé si habrá una sola que se haya prolongado (aunque lo cierto es que algunas han sido atajadas por la muerte) hasta ahora. La que me unía a lord Clare fue de las que comenzaron más pronto y duraron más tiempo, y, que yo sepa, sólo se vio interrumpida por la distancia. Nunca oigo la palabra *Clare* sin que mi corazón palpite, incluso *ahora*, y la escribo con los sentimientos de 1803-4-5, *ad infinitum*.

92

En 1812, en Middleton (en casa de lord Jersey), entre una considerable compañía de lords, ladies y tipos ingeniosos, etc. estaba ese pobre y viejo

bufón de Leach, el abogado¹⁰⁰, tratando de hacerse el distinguido caballero. Su primera exhibición, un intento de acompañar a las mujeres a caballo Dios sabe dónde, en el mes de noviembre, concluyó con un ataque de lumbago; como dice lord Ogleby, «un doloroso enemigo de la galantería y el cortejo»¹⁰¹, y, si encima hubiera oído a lady Jersey burlándose de él (como yo hice) al día siguiente por las *causas* de su enfermedad, no creo que hubiera tenido prisa por volver a hacer de «peón de dama». Me parecía el tonto más grande (en ese aspecto) que jamás vi. Esa fue la última vez que coincidí con el viejo bufón Leach, salvo en la ciudad, donde se arrastraba a toda reunión y trataba de parecer joven y caballeroso.

93

¡Igual que Erskine¹⁰²! Erskine estaba allí: interesante, pero inaguantable. Bromeaba, hablaba, lo hacía todo de forma admirable, pero *debía* ser aplaudido dos veces por la misma cosa. Leía sus propios versos, sus propios artículos, y contaba su propia historia una y otra vez. ¡Y luego «el juicio ante el jurado»! Casi deseé que lo abolieran, pues me sentaba a su lado en la cena. Como ya había leído sus discursos publicados, no había motivo para que me los repitiese. Chester (el cazador de zorros), llamado «Mofletes» Chester, y yo nos fundimos todo el clarete: fuimos los únicos en hacerlo. «Mofletes», que adora beber y no esperaba encontrarse con un *bon vivant* en un escritorzuelo, al hacer mi elogio a alguien cierta tarde lo resumió en un: «¡Por Dios que *bebe como un hombre!*».

94

El caso es que nadie bebía salvo «Mofletes» y yo. La verdad es que tampoco dimos demasiada opción, pues nos pulimos todo lo que había en la mesa (una mesa espléndida, como cualquiera puede suponer tratándose de la casa Jersey) con holgura. Eso sí, aguantábamos el licor con discreción, como el barón de Bradwardine¹⁰³.

Si tuviera que vivirlo todo de nuevo, no sé qué cambiaría de mi vida, a no ser que fuese *con el fin de no haber vivido*. La historia, la experiencia y todo lo demás nos enseñan que lo bueno y lo malo están bastante compensados en esta existencia, y lo que más cabe desear es que abandonarla no resulte doloroso. ¿Qué puede darnos sino *años*? Y estos poco de bueno tienen, salvo que se acaban.

Acerca de la inmortalidad del alma me parece que puede haber pocas dudas si atendemos por un momento a la acción de la mente. Está en perpetua actividad. Solía dudar de ello, pero la reflexión me ha enseñado mejor. Actúa además independientemente del cuerpo: en sueños, por ejemplo, con incoherencia y un poco a lo loco, no lo niego; pero, con todo, es *mente*, y más *mente* que cuando estamos despiertos. Ahora bien, ¿quién puede asegurar que *esta* no actúa con independencia del resto igual que lo hace unida a él? Los estoicos Epícteto y Marco Aurelio llaman a dicho estado «un alma que arrastra una carcasa»: se trata, sin duda, de una cadena muy pesada, pero de toda cadena, al ser materia, bien puede uno zafarse. Cuestión aparte es valorar hasta qué punto nuestra vida futura será *individual*, o mejor, hasta qué punto se parecerá a nuestra existencia *presente*, pero que la *mente* es *eterna* me parece tan posible como que el cuerpo no lo es. Por supuesto, me he aventurado en este asunto sin recurrir a la Revelación, que, pese a todo, es una solución tan racional al menos como cualquier otra. La resurrección *de la materia* resulta algo extraño e incluso absurdo si no conlleva el propósito de castigar, y todo castigo destinado a *vengar* más que a *corregir* es por fuerza *moralmente equivocado*; y, *cuando el mundo esté a punto de acabar*, ¿a qué propósito moral o de advertencia *pueden* obedecer las torturas eternas? Es posible que las pasiones humanas hayan desfigurado en este punto las doctrinas divinas, pero el asunto en su totalidad es inescrutable. Es inútil

decirle a alguien *no* que *razone*, sino que *crea*: lo mismo puede decirsele a un hombre que no despierte, sino que *duerma*, ¡y después *mortificarle* con tormentos! ¡Y qué más! No puedo evitar pensar que la *amenaza* del infierno hace tantos demonios como los más severos códigos penales de la inhumana humanidad hacen canallas. El hombre ha nacido con un cuerpo *para la pasión*, pero con una tendencia innata aunque recóndita a amar el bien como principal móvil de su mente. Pero ¡que Dios nos ayude! De momento no es sino un triste tarro de átomos.

97

La materia es eterna, siempre cambiante; pero proviene de la reproducción y, hasta donde podemos comprender la eternidad, es eterna. Y ¿por qué no también la mente? ¿Por qué la mente no habría de actuar con y sobre el Universo, de la misma manera en que ciertas porciones de este actúan sobre y con este amasijo de polvo llamado Humanidad? ¿No vemos que un solo hombre es capaz de actuar sobre él mismo y sobre otros, o sobre las multitudes? El mismo agente en un grado más alto y más puro puede actuar sobre las estrellas, etc. *ad infinitum*.

98

A menudo me he sentido inclinado por el materialismo en filosofía, pero nunca he podido soportar su introducción en el *cristianismo*, que se me antoja esencialmente fundado en el *alma*. Por esta razón, el materialismo cristiano de Priestley¹⁰⁴ siempre me ha parecido una bobada. Quien quiera creer en la resurrección del *cuerpo* que lo haga, pero *no sin* un *alma*; que me maten si, después de haber tenido un alma (como sin duda la *mente* o como se la quiera llamar lo *es*) en este mundo, hemos de separarnos de ella en el próximo, aun a cambio de una materia inmortal. Reconozco mi parcialidad por el *espíritu*.

99

Siempre soy más religioso en un día soleado, como si hubiera algún vínculo entre un acercamiento interior a una mayor luz y pureza y el encendido de esta oscura linterna que es nuestra existencia exterior.

100

La noche es también un asunto religioso, y más lo pienso desde que miré la luna y las estrellas a través del telescopio de Herschell¹⁰⁵ y vi que eran mundos.

101

Si, según ciertas conjeturas, puede probarse que el mundo es muchos miles de años más antiguo que la cronología de Moisés, o si pudiéramos quitarnos del medio a Adán y Eva, la manzana y la serpiente, aun así, ¿qué pondríamos en su lugar? ¿O cómo se elimina el problema? Las cosas deben haber tenido un principio, ¿qué importa el *cuándo* o el *cómo*? A veces pienso que el *hombre* puede ser la reliquia de algún material superior que resultó demolido en un mundo anterior y que degeneró, entre privaciones y luchas, del caos a la conformidad, o algo parecido a ello, tal y como vemos que los lapones, los esquimales, etc. deben la inferioridad de su estado actual a lo implacables que se vuelven los elementos. Pero incluso así, esta espuria y superior creación preadamita ha de haber tenido un origen y un *Creador*, pues un *Creador* es una idea más natural que la de una fortuita reunión de átomos. Todas las cosas proceden de una fuente, aunque puedan fluir hasta un océano.

102

¡Qué cosa extraña es la propagación de la vida! Una burbujeante semilla, ya sea derramada en el vientre de una puta o en el orgasmo de un sueño voluptuoso, podría (por lo que sabemos) conformar un César o un Bonaparte: nada destacable se recuerda de sus progenitores, que yo sepa.

Lord Kames ha dicho (si no doy mal la cita) que «un poder capaz de invocar ideas positivas a voluntad sería algo más grande para los mortales que todos los deseos de un cuento de hadas». Noto que me ha aumentado (a veces sin causa suficiente) la depresión de ánimos (con pocos intervalos), lo cual tengo razones para creer que es algo propio de mi constitución, o heredado.

Dice Plutarco en su vida de Lisandro que Aristóteles observa «que, en general, los grandes genios tienen un lado melancólico, y señala a Sócrates, Platón y Hércules (o Heráclito) como ejemplos. Y Lisandro, aunque no *de* joven, al menos sí fue tendiendo a ello al aproximarse a la vejez». Sea o no un genio, así me han calificado tanto amigos como enemigos, y en más de un país e idioma, y también en un período no muy largo de existencia. De mi genio no puedo decir nada, pero sí de mi melancolía, que está «aumentando y debería ser atenuada», pero ¿cómo?

Opino que en esencia la mayor parte de los hombres son así, pero que esto sólo destaca en los más destacados. La duquesa de Broglie, en respuesta a una observación mía sobre los errores de la gente inteligente, dijo que «no son *peores* que los demás, sólo están más a la vista, son más notorios; en particular en aquello que los puede rebajar a la altura del resto o que eleva al resto a su propia altura». Esto fue en 1816.

De hecho (supongo que) si las tonterías de los tontos fueran escritas como lo son las de los sabios, los sabios (que en la actualidad parecen sólo un tipo

mejor de tontos) resultarían casi inteligentes.

107

A George Colman lo traté de vez en cuando, y lo consideraba extremadamente agradable y cordial. El humor de Sheridan, o mejor, su ingenio, era siempre taciturno y a veces feroz, pero nunca reía (al menos que *yo* viese, y le observaba), en cambio Colman sí. Me he emborrachado mucho con ambos. Pero si tuviera que *elegir* y no pudiera tenerlos a los dos al mismo tiempo, diría: «Dejadme comenzar la velada con Sheridan y terminarla con Colman». Sheridan para cenar, Colman para beber, Sheridan para claretos u oportos, pero Colman para todo: desde el madeira y el champán en la cena (el clarete con una *capa* de *oportos* entre copas) al ponche de la noche y el grog o la ginebra con agua al amanecer. Todo esto lo he enhebrado con ambos por igual. Sheridan era una compañía de granaderos de la caballería real, mientras que Colman era un regimiento al completo: de *infantería ligera*, sin duda. Pero, con todo, un regimiento.

108

Se dice que Alcibíades salió «victorioso de todas sus batallas», pero ¿*qué* batallas? Nombrádmelas: cuando uno menciona a César o a Aníbal, o a Napoleón, enseguida se piensa en Farsalia, Munda, Alesia, Cannae, Trasimena, Trebia, Lodi, Marengo, Jena, Austerlitz, Friedland, Wagram, Moscú. Pero es menos fácil enumerar las victorias de Alcibíades, aunque también puedan nombrarse, si bien no con tanta presteza como las Leuctra y Mantinea de Epaminondas, la Maratón de Miltiades, la Salamis de Temístocles y las Termópilas de Leónidas. Y aun así, cabe dudar de que en conjunto haya un nombre en la antigüedad capaz de infundir un encanto tan global como el de *Alcibíades*. ¿*Por qué*? No puedo responder: ¿quién puede?

109

La vanidad de las victorias es enorme. De todos los que cayeron en Waterloo o Trafalgar, pidámosle a cualquier hombre de la compañía que *nombre a diez al azar*: esos seguirán al lado de Nelson; el otro sobrevivirá a su propia suerte¹⁰⁶. *Nelson fue* un héroe, el otro es un simple cabo, que divide entre prusianos y españoles la suerte que nunca mereció. El tipo, incluso... Pero detesto a ese imbécil y guardaré silencio.

110

El bellaco de Wellington es el cachorro de la Fortuna, pero esta nunca lo pulirá en condiciones¹⁰⁷. Si vive será derrotado, eso está claro. Nunca antes se malgastó la victoria en tierra tan estéril como este estercolero de la tiranía, en el que nada crece salvo huevos de víbora.

111

Recuerdo haber coincidido con Blücher¹⁰⁸ en las reuniones de Londres, y nunca he visto nada de su edad que resulte menos venerable. Con la voz y los modales de un sargento en plena recluta, pretendía los honores de un héroe, igual que si una piedra tuviera que ser adorada porque un hombre ha tropezado con ella.

112

A la humanidad no le queda nada salvo la república, y pienso que hay esperanzas para ello: las dos Américas (sur y norte) la tienen, España y Portugal se aproximan a ella; todos sedientos de ella. ¡Oh, Washington!

113

Pisa, 5 de noviembre

«A veces hay una extraña coincidencia en las pequeñas cosas de este mundo,

Sancho», dice Sterne en una carta¹⁰⁹ (si no me equivoco), y eso es lo que he comprobado a menudo. En la página 128 artículo 91 de esta colección de cosas dispersas había aludido a mi amigo lord Clare en los términos que me sugerían mis sentimientos. Una o dos semanas más tarde me encontré con él en el camino entre Imola y Bolonia después de no haberle visto durante siete u ocho años. Dejó el país en 1814 y volvió a casa justo cuando yo lo abandonaba en 1816. Este encuentro ha aniquilado por un momento los años que separan el tiempo presente de los días de *Harrow*. Para mí ha sido un sentimiento nuevo, y tan inexplicable como levantarse de la tumba. Clare también se mostraba muy agitado, más incluso, en *apariencia*, que yo, pues pude sentir el latido de su corazón en la punta de los dedos; a no ser, ciertamente, que fuese mi propio pulso lo que me hizo pensar así. Me dijo que encontraría una carta suya en Bolonia; así fue. No teníamos más remedio que partir a nuestros respectivos destinos –él hacia Roma, yo hacia Pisa–, pero no sin la promesa de vernos otra vez en primavera. No estuvimos más de cinco minutos juntos, y en la vía pública, pero apenas puedo recordar una hora de mi vida que pueda pesar más que estos. Se había enterado de mi llegada y me había dejado esa carta en Bolonia porque la gente con la que viajaba no podía esperar más. De cuantas personas he conocido, él es quien menos ha cambiado en cualquiera de las excelentes cualidades y sentimientos tiernos que me atrajeron con tanta fuerza en la escuela. Apenas habría creído posible que la sociedad (o el mundo, tal y como se le llama) pudiera conceder a ser alguno tan escasa levadura de malas pasiones. No hablo sólo por propia experiencia, sino también por todo lo que he escuchado a otros decir de él durante la ausencia y en la distancia.

Me encontré con Rogers en Bolonia: estuve allí un día, crucé los Apeninos con él. Rogers se quedó en Florencia, yo fui a Pisa. Octubre, 29-30, etc., 1821.

Volví a visitar la galería de Florencia, etc. Mis primeras impresiones se vieron confirmadas; pero había allí demasiados visitantes como para permitirme *sentir* algo con propiedad. Cuando todos (unos treinta o cuarenta) nos vimos embutidos en el gabinete de joyas y adornitos varios en una esquina de una de las galerías, le dije a Rogers que «me sentía como si estuviese en el calabozo». Dejé que rindiese homenaje a algunos de sus conocidos y paseé a solas los pocos minutos en que aún podía sustraer algún sentimiento a las obras que me rodeaban. No quiero decir que la culpa la tengan mis conversaciones críticas con Rogers, que posee un gusto excelente y un profundo amor por las Artes (sin duda, mucho más de ambos que yo, pues del *primero* no tengo gran cosa¹¹⁰), sino la muchedumbre de arrolladores mirones y charlatanes de paso que me rodeaba. Escuché a un intrépido británico declarar a la mujer que iba asida a su brazo, mientras miraba a la *Venus* de Tiziano: «Vaya, vaya, este es sin duda muy bonito...». Una observación que, como aquella del tabernero en *Joseph Andrews* «acerca de la certeza de la muerte», era (como observó la esposa del tabernero) «extremadamente cierta»¹¹¹. En el palacio Pitti no olvidé la recomendación de Goldsmith a un *connoisseur*, a saber, «que los cuadros hubieran sido mejores si el pintor hubiera puesto más cuidado, y la otra, elogiar las obras de Pietro Perugino»¹¹².

Últimamente he estado releendo a Fielding. Se habla de radicalismo, jacobinismo, etc. en Inglaterra (según me han dicho), pero deberían abrir las páginas de *Jonathan Wild el Grande*¹¹³. Jamás la desigualdad de condiciones y la pequeñez de los grandes fueron descritas en términos más fuertes, y su desprecio por conquistadores y afines es tal que, de haber vivido *ahora*, habría sido denunciado en el *Courier* como el mayor portavoz y el más faccioso de los revolucionarios. Y, con todo, no recuerdo haber oído

mencionar jamás este rasgo de la mentalidad de Fielding, aunque es obvio en cada página.

117

El siguiente diálogo tuvo lugar entre una campesina muy bonita (Rosa Benini, casada con Domenico Ovioli, u Oviuoli, el *vetturino*) y yo en Rávena:

Rosa: «¿Qué es el Papa?».

Yo: «¿No lo sabes?».

Rosa: «No, no lo sé. ¿Qué o quién es? ¿Es un santo?».

Yo: «Es un viejo».

Rosa: «Pues menuda bobada armar tanto jaleo por un viejo. ¿Alguna vez lo has visto?».

Yo: «Sí, en Roma».

Rosa: «¿Los ingleses no creéis¹¹⁴ en el Papa?».

Yo: «No, nosotros no. Pero vosotros sí».

Rosa: «Yo no sé lo que creo, pero los curas hablan de él. Lo que está claro es que no sabía qué era».

He traducido este diálogo casi *verbatim* y no creo que haya añadido ni quitado nada de él. Quien así hablaba tiene menos de dieciocho años y es una antigua conocida mía. Me pareció curioso que tuviese que instruirla sobre *quién* era el Papa: hubiera pensado que a estas alturas ya tendría que haberlo averiguado sin mi ayuda. El hecho es incuestionable y ocurrió hace sólo unas semanas, antes de que abandonase Rávena.

Pisa, 6 de noviembre

118

1

¡Ah! No me habléis de tener un gran nombre en la historia,
los días de nuestra juventud son los días de nuestra gloria,
y el mirto y la hiedra de los dulces veintidós años

valen por todos los laureles, por muchos que estos sean.

2

Qué son guirnaldas y coronas para un rostro marchito:
nada sino una flor seca salpicada por el rocío.
Así que apartad todo eso de una cabeza avejentada,
¿qué me importan esas coronas que sólo pueden dar gloria?

3

¡Ah, Fama! Si un día me dejé agasajar por tus lisonjas
fue menos por el gusto a tus frases sonoras
que por ver los brillantes ojos de mi amada al descubrirse
pensando que yo no era indigno de amarla.

4

Sólo allí te he buscado, sólo allí te he encontrado:
su mirada era el mejor de los rayos que te envuelven.
Cuando brillaba sobre aquello que daba luz a mis días,
supe que eso era amor, y sentí que era gloria. ¹¹⁵

Compuse estas estrofas (excepto la cuarta, añadida ahora) hace unos días, en el camino de Florencia a Pisa.

Pisa, 6 de noviembre

119

Mi hija Ada, en su último cumpleaños, el otro día (el 10 de diciembre de 1821), cumplió seis años. No la he vuelto a ver desde que tenía un mes o poco más. Pero dicen que es una niña muy bonita, con un carácter endiablado. He estado pensando en una extraña circunstancia: mi *hija*, mi *esposa*, mi *hermanastra*, mi *madre*, la *madre* de mi hermana, mi hija natural y *yo* somos, o hemos sido, hijos *únicos*. La madre de mi hermana (lady Conyers) sólo tuvo a mi *hermanastra* en su segundo matrimonio (ella también era hija única) y mi padre sólo me tuvo a mí (hijo único) en su segundo matrimonio con mi madre (también hija única). Tal enredo de hijos

únicos, que además tienden a ser *familia única*, es bastante singular y casi parece cosa de la fatalidad. Pero los animales más fieros tienen el número más escaso de crías, como los leones, los tigres e incluso los elefantes, que son afables en comparación.

120

18 de mayo

No he retomado esta especie de diario en muchos meses: ¿lo continúo? *Chi cosa?* He escrito poco este año, pero un montón el anterior (1821). *Cinco* dramas en total (dos aún sin publicar), algunos cantos, etc. He empezado una o dos cosas desde entonces, pero con cierta apatía, o más bien indignado por la brutalidad de los ataques que, según he escuchado (pues sólo he visto unos cuantos), se han multiplicado en todas direcciones contra mí y mis últimos escritos¹¹⁶; pero los ingleses se deshonran a sí mismos más que a mí con tal conducta. Es curioso, pero los alemanes dicen que soy de lejos más popular en Alemania que en Inglaterra, y he oído a los americanos decir otro tanto respecto a lo que ocurre en América; también los franceses han publicado un considerable número de traducciones, ¡en prosa!, con gran éxito. Pero *su* predilección (si existe) descansa, me parece a mí, en su creencia de que no siento mucho amor por Inglaterra o los ingleses. Sería extraño que lo sintiera, aunque no les deseo ningún mal.

Diario de Cefalonia

(19 de junio, 1823–15 de febrero, 1824)

19 de junio

Los muertos han despertado, ¿dormiré yo?
El mundo está en guerra contra los tiranos, ¿me voy a esconder?
La cosecha está a punto, ¿y voy a dejar de recoger la siembra?
No duermo: la espina está en mi lecho;
cada día suena una trompeta en mis oídos,
su eco en mi corazón.

METAXATA (CEFALONIA)

28 de septiembre

El dieciséis (creo) de julio zarpé de Génova a bordo del bergantín inglés *Hércules*, al mando John Scott¹. El 17, al levantarse una galerna que causó desorden y amenazaba con dañar a los caballos de la bodega, viramos de nuevo al mismo puerto, donde permanecimos otras veinticuatro horas más, y luego nos hicimos a la mar. Recalamos en Livorno y seguimos nuestro viaje por el estrecho de Mesina rumbo a Grecia. Pasamos cerca de Elba, Córcega, las islas Lipari, incluyendo Estrómboli, Sicilia, Italia, etc. Alrededor del 4 de agosto anclamos en Argóstoli², puerto principal de la isla de Cefalonia.

Aquí tenía cierta esperanza de saber del capitán Blaquiere, que cumplía una misión del Comité Griego de Londres ante el gobierno provisional griego de la Morea; pero, para mi sorpresa, descubrí que se hallaba de vuelta a casa, pese a que en las últimas cartas que me remitió desde la península, tras expresar el vehemente deseo de que no retrasase mi llegada, afirmaba su pretensión de permanecer por el momento en el país. Desde entonces he recibido varias cartas suyas remitidas a Génova y reexpedidas a las islas, en

parte explicando la causa de su inesperado regreso y también (contradiendo su anterior opinión) pidiéndome que no me dirigiese *aún* a Grecia por diversos motivos, algunos de importancia. Envié un bote a Corfú con la esperanza de encontrarle todavía allí, pero ya había zarpado hacia Ancona.

En la isla de Cefalonia, el coronel Napier ejercía de comandante en jefe y comisionado³, y el coronel Duffie⁴ dirigía el 8º Regimiento del Rey, que por entonces constituía la guarnición. Fuimos recibidos por esos dos caballeros y, naturalmente, por todos los oficiales y civiles con la mayor amabilidad y hospitalidad, que, si no merecíamos, espero al menos no hayamos hecho nada por desmerecer, y tal cosa ha continuado sin mengua, aun después de que el atractivo de la novedad de la relación se haya visto desgastado por el trato frecuente. Hemos sabido lo que después ha sido del todo confirmado: que los griegos están enfrentados entre sí por razones políticas, que Mavrocordatos⁵ había sido destituido o había dimitido (*l'un vaut bien l'autre*) y que Kolokotronis⁶, junto a no sé qué grupo o de quién, era de capital importancia en la Morea. Los turcos contendían en Acarnania, etc. y la flota turca bloqueaba la costa desde Missolonghi a Clarenza y, por consiguiente, hasta Navarino. La flota griega, por carecer de medios o por otras causas, permanecía varada en puerto en Hydra, Ipsara y Spezas, y, por lo que alcanzamos a saber, aún permanece allí. Dado que, muy al contrario de lo que esperaba, no recibí instrucciones del Peloponeso, y que tenía también que recibir cartas del Comité procedentes de Inglaterra, determiné permanecer en el ínterin en las islas Jónicas, en especial por la dificultad de tomar puerto en la costa que teníamos enfrente sin riesgo de ver confiscados tanto la nave como su contenido, lo cual, con toda lógica, rehusó hacer el capitán Scott si antes yo no le aseguraba el coste total de los posibles perjuicios.

Para pasar el rato hicimos una pequeña excursión por las montañas hasta Santa Eufemia, cruzando los peores caminos que jamás he visto en varios años de viaje por los más agrestes lugares de muchos países. En Santa Eufemia embarcamos rumbo a Ítaca e hicimos una excursión por esa hermosa isla, apropiado complemento para la Tróade que ya había visitado algunos años atrás. La hospitalidad del capitán Knox (el comisionado) y su señora⁷ no fue en ningún aspecto inferior a la de nuestros amigos militares de Cefalonia.

Aquel caballero, junto con Mrs. Knox y algunos de sus amigos, nos condujeron a la fuente de Aretusa, lo que de por sí ya merecía el viaje, pero el resto de la isla no es inferior en atractivo para los admiradores de la naturaleza. Las artes y tradiciones se las dejó a los anticuarios, y tan bien han contribuido dichos caballeros a dilucidar tales cuestiones que, si bien aún se discute la existencia de Troya, la de Ítaca (la *Ítaca de Homero*, quiero decir) aún no se ha admitido. Aunque estábamos en el mes de agosto y se nos había aconsejado no viajar al sol, aun así, y dado que en el pasado nunca me ha hecho daño el calor mientras me mantuviese en *marcha*, no me avine a perder tantas horas del día por un rayo de sol más o menos, y si bien nuestro grupo era bastante numeroso, nadie sufrió enfermedad o molestia alguna que resultara visible, y eso que uno de los criados (un negro⁸) declaró que hacía tanto calor como en las Indias Occidentales. Me había dejado el termómetro a bordo, así que no pude determinar los grados exactos. Regresamos a Santa Eufemia y pasamos por el monasterio de Samos, en la parte opuesta de la bahía, para proceder al día siguiente hacia Argóstoli por un camino mejor que el sendero que llegaba a Santa Eufemia. El viaje por tierra lo hicimos en mula.

Unos días después de nuestro regreso me dijeron que en Zante había varias cartas para mí, pero se produjo un considerable retraso antes de que los griegos a quienes habían sido encomendadas las hubieran expedido en la forma debida, y al final tengo que agradecerle al coronel Napier el haberlas recogido en mi lugar. Nadie me explicó *qué fue* lo que provocó el bloqueo o el retraso. Supe, por mis contactos en Inglaterra, de la petición del Comité de que debía actuar en representación suya ante el gobierno griego y hacerme cargo del adecuado tratamiento y entrega de ciertas provisiones, etc., etc., que se espera lleguen en una nave que todavía no ha arribado a fecha de hoy (28 de septiembre). Poco después de mi llegada, me costé una unidad de cuarenta suliotas al mando de los jefes Photomara, Giavella y Drako, y probablemente hubiera aumentado su número de no ser porque no los encontré demasiado unidos en nada salvo en plantearme sus exigencias, aunque cada mes les pagué a cada uno un dólar más de lo que podrían recibir del gobierno griego y carecían de todo cuando los tomé a mi cargo. Accedí

también a sus demandas y les pagué un mes por adelantado. Pero, azuzados probablemente por algunos mercaderes dedicados al tráfico con los que tienen la costumbre de comprar a crédito, hicieron varios intentos de lo que a mi parecer no era sino extorsión, de modo que los mandé reunir para exponerles mi visión del asunto y decliné tomarlos a mi cargo, si bien les ofrecí el salario de otro mes y el precio de su pasaje a la Acarnania, adonde podrían ir fácilmente puesto que la flota turca se había marchado y el bloqueo había sido levantado. Una parte de ellos aceptó y se fue según lo acordado. El gobierno septinsular puso algunas dificultades para devolverles sus armas, pero al fin las obtuvieron, y ahora se encuentran con sus compatriotas en Etolia o Acarnania.

También transferí al residente de Ítaca la suma de doscientos cincuenta dólares para los allí refugiados, y he enviado a Cefalonia a los miembros de una familia moriota⁹ que se hallaba en la mayor necesidad, y les he proporcionado una casa y una pensión decente bajo la protección de los señores de Corgialegrno¹⁰, potentados mercaderes de Argóstoli a quienes yo había sido recomendado por mis corresponsales. He mandado escribir una carta a Marco Bozzari, el comandante en funciones de un destacamento militar en Acarnania para quien tenía cartas de recomendación; su respuesta fue probablemente la última que firmó o dictó, pues un día después de aquel en que estaba fechada murió en combate con la reputación de haber sido un buen soldado y un hombre de honor, cosas que no siempre se encuentran unidas ni tampoco por separado. También fui invitado por el conde Metaxas, gobernador de Missolonghi, a acudir allí, pero era preciso que en el actual estado de disensión mantuviera alguna comunicación con el actual gobierno para tratar el asunto de *dónde* seré, en su opinión, si no *más* útil, al cabo *menos* molesto.

Puesto que no he venido aquí para unirme a una facción, sino a una nación, y para tratar con hombres honestos y no con especuladores o prevaricadores (los griegos se pasan las culpas casi a diario de unos a otros), necesitaré mucha circunspección para evitar caer en el partidismo, y percibo que esto será tanto más difícil cuanto que ya he recibido invitaciones de más de uno de los bandos contendientes, siempre bajo el pretexto de que *ellos* son

«el auténtico Simón Puro»¹¹. Al cabo, uno no debe desesperar, aunque todos los extranjeros con los que hasta la fecha me he topado entre los griegos están a punto de irse o se han ido ya asqueados.

Quien vaya hoy a Grecia deberá hacer como Mrs. Fry¹² cuando fue a Newgate: no esperando hallar ningún indicio especial de que la probidad exista, sino con la esperanza de que el tiempo y un mejor trato civilicen las actuales inclinaciones al pillaje y el saqueo que han tenido lugar tras dejar abiertas las puertas de la cárcel. Cuando los miembros de los griegos estén un poco menos entumecidos por los grilletes que han llevado durante cuatro siglos, no marcharán igual «que si tuvieran argollas en las piernas»¹³. Ahora, las cadenas en efecto están rotas, pero los eslabones todavía rechinan, y las saturnales aún quedan demasiado cerca como para haber convertido al esclavo en un ciudadano sensato. Lo peor de ellos es (empleando un exabrupto, pues es la única expresión que no quedará lejos de la verdad) que son unos jodidos mentirosos: jamás hubo tamaña incapacidad para decir la verdad desde que Eva vivió en el Paraíso. Uno de ellos encontró el otro día un defecto en el idioma inglés porque el negativo tenía muy pocos matices, mientras que un griego es capaz de modificar de tal forma un no en un sí y viceversa, dadas las resbaladizas cualidades de su lengua, que la prevaricación puede alcanzar cualquier extensión, y ofrecer todavía un amplio resquicio a través del cual se cuele inadvertidamente el perjurio. Así es como se expresó aquel caballero, y sólo puede dudarse de ello porque, en palabras del silogismo, «Epiménides era cretense»¹⁴. Pero cabe esperar que se enmienden si se les deja tiempo.

30 de septiembre

Tras permanecer unos días aquí a la espera de recibir noticias del gobierno griego, aproveché que los señores Browne y Trelawny ponían rumbo a Trípoli¹⁵, sirviéndose de la marcha de la flota turca, para escribir a la facción ejecutiva de la Legislatura. Mi propósito no era sólo obtener la información precisa que me permitiera dirigirme al lugar donde pudiera, si no estar más a salvo, sí al menos ser de más ayuda, sino tener también la oportunidad de formarme un juicio sobre el verdadero estado de sus asuntos. Mientras tanto,

he recibido noticias de Mavrocordatos y del primado de Hydra; este último me ha invitado a la isla, y el primero ha dejado caer que le gustaría encontrarse conmigo allí o en alguna otra parte.

17 de octubre

Mi diario fue interrumpido abruptamente, y no lo he reanudado antes porque el día de su última entrada recibí una carta de mi hermana Augusta en la que daba a entender que mi hija estaba enferma, y desde entonces no he tenido ánimos para seguir con él. Posteriormente he sabido mediante el mismo conducto que se encontraba mejor, y después que está bien: si así es, para mí todo va bien¹⁶. Pero, aun cuando esto lo supe a principios de octubre, no sé por qué no he proseguido mi diario, si bien desde entonces han ocurrido muchas cosas que hubieran conformado un curioso registro. Ignoro, de hecho, por qué lo retomo ahora si no es porque mirar desde la ventana de mis aposentos este hermoso pueblo, la calmada, aunque fría, serenidad de esta bella y transparente luz de luna que muestra las islas, las montañas, el mar, con el lejano perfil de Morea dibujado entre el doble azur de las olas y los cielos, me ha sosegado lo suficiente como para poder escribir, lo cual (por difícil que pueda antojarse en alguien que ha escrito tanto públicamente, el contenerse) es, y ha sido siempre para mí, un doloroso empeño. Podría citar testimonios si fuera necesario, pero mi letra es suficiente: es la de alguien que piensa mucho, rápidamente, quizá profundamente, pero rara vez con placer.

Pero, *en avant!* Los griegos avanzan en su progreso social, pero lo hacen peleando entre ellos. Es probable que me termine viendo *bon grè mal grè* obligado a unirme a una de las facciones, cosa que hasta ahora he evitado con todas mis fuerzas, con la esperanza de unir las en un interés común. Mavrocordatos ha aparecido por fin con el escuadrón hidriota por estos mares, aparición que difícilmente hubiera tenido lugar si yo no me hubiera comprometido a pagar doscientas mil piastras (diez piastras por dólar es su valor actual en el continente griego) para ayudar a Missolonghi, y ha iniciado operaciones más o menos exitosas pero no muy prudentes. Catorce (hay quien dice diecisiete) barcos griegos atacaron un bajel turco de *doce* cañones y lo apresaron. No es que esto sea unas Termópilas marinas, pero *n'importe*:

ellos (*on dit*) han hallado a bordo cincuenta mil dólares, una suma que dadas sus necesidades actuales servirá de enorme ayuda, si se emplea apropiadamente. Este botín, sin embargo, ha sido tomado en los límites de la zona neutral de la costa de Ítaca, y los turcos fueron (según dicen) perseguidos en la costa, y algunos asesinados. Todo esto puede hacer que el no muy tolerante Thomas Maitland¹⁷ se pregunte qué es lo correcto y qué lo incorrecto, y tampoco es que él sea muy capaz de tal discernimiento. He adelantado la suma anotada más arriba para pagar al mencionado escuadrón; no es muy grande, pero, con todo, es el doble de aquella con la cual Napoleón, el Emperador de Emperadores, inició su campaña en Italia: *vide Las Cases, passim*, vol. I (*tome premier*)¹⁸.

Los turcos que estaban frente a Missolonghi se han retirado, nadie sabe por qué, dado que han abandonado provisiones y munición tras ellos en gran número, y la guarnición no hizo ninguna incursión o al menos ninguna que sirviese de algo. Este año no han llegado a sitiar Missolonghi, pero bombardearon Anatólica (una suerte de pueblecito que recuerdo bien, pues en 1809 crucé todo el país con cincuenta albaneses, Missolonghi incluido) cerca del Aqueloo. Algunos dicen que el bajá Sirota recibió noticias de una insurrección cerca de Scutari: unos una cosa, otros otra; en lo que a mí respecta, he mantenido correspondencia con los jefes, y sus versiones no son unánimes. Los suliotas, tanto allí como aquí (como en todas partes), tras adoptar una especie de simpatía *hacia mí*, o cuando menos establecer o renovar una suerte de relación *conmigo* (pues los he socorrido a ellos y sus familias en todo cuanto he podido dadas las circunstancias), parecen impacientes por que me decida a ser su jefe (si está bien decirlo). Por ahora preferiría no serlo, pues ya hay demasiadas facciones y jefes; pero si resultase necesario, por qué no: puesto que a día de hoy se les considera los mejores y más valientes combatientes, bien podría, o puede, suceder que me asegure, me fuera a asegurar o vaya a asegurarme el apoyo de tal contingente de hombres, pues creo que con su ayuda sería posible hacer algo tanto *en* Grecia como *fuera* de ella (y hay mucho que arreglar en ambos sitios). Podría mantenerlos con mis propios medios (siempre y cuando mis ingresos y medios actuales sean permanentes). No son más de mil, y de ellos ni

seiscientos son *auténticos* suliotas, pero se considera que tanto vale (puede parecer una fanfarronada, pero así salió impreso recientemente) *uno* de ellos como cinco musulmanes europeos y *diez* asiáticos. Sea como fuere, se les tiene en mucha estima y son muy buenos amigos míos.

A un soldado se le puede mantener en la península por veinticinco piastras (algo más de dos dólares al mes) mensuales, adquiriendo sus provisiones en el propio terreno, o por *cinco dólares*, incluyendo el pago de sus raciones, así que por dos o tres mil dólares al mes (y aquí el dólar se cambia por 4 y 2 peniques en lugar de 4 y 6 peniques, su precio en Inglaterra) podría mantener entre quinientos y mil de estos guerreros durante tanto tiempo como fuera necesario, y dispongo de más medios de los que son (suponiendo que duren) suficientes para hacerlo, pues mis necesidades personales son muy simples (salvo en caballos, pues no soy un buen peatón) y mis ingresos considerables excepto en Inglaterra (equiparables a los del presidente de los Estados Unidos, los del secretario de estado inglés o el embajador francés en Viena y en las cortes más relevantes: ciento cincuenta mil francos, creo), y además tengo la esperanza de haber vendido un feudo¹⁹ por cerca de tres millones de francos más: de este modo (contando, además, con lo que saquemos según los usos de la guerra), podría mantener en armas por algún tiempo un respetable clan o casta, o tribu u horda, y puesto que no tengo motivo alguno para hacerlo sino mi buena disposición hacia Grecia, espero que sea para el provecho común.

15 de febrero

El 15 de febrero (escribo el 17 del mismo mes) tuve un fuerte ataque de tipo convulsivo, pero los doctores que me atienden aún no han decidido si es epiléptico, paralítico o apopléjico, o de alguna otra naturaleza si es que hay tal. El caso es que fue muy doloroso y, de haber durado un poco más, hubiera extinguido mi mortalidad, a juzgar por las sensaciones. Me quedé sin habla y con los rasgos muy distorsionados, pero *no* eché espuma por la boca –dicen–, y mis forcejeos fueron tan violentos que ni entre varias personas (dos de las cuales, el ingeniero Mr. Parry²⁰, y mi sirviente, el *chasseur* Tita, son hombres muy fuertes) pudieron sujetarme. Duró unos diez minutos y me sobrevino

inmediatamente después de haber bebido un vaso de sidra mezclado con agua fría en los apartamentos del coronel Stanhope²¹. Que yo sepa, este es el primer ataque que he tenido de esta clase. Nunca he oído que alguien de mi familia fuera propenso a ello, aunque mi madre era objeto de ataques *histéricos*. Ayer (el 16) me aplicaron sanguijuelas en las sienas. Antes de eso ya me había recuperado bastante, pero con síntomas variables y de fiebre; sangré profusamente y, como las sanguijuelas se acercaron demasiado a la arteria temporal, hubo alguna dificultad para detener la sangre, incluso utilizando nitrato de plata, lo que sin embargo se logró al cabo de unas horas, hacia las once de la noche, y a día de hoy (el 17), aunque débil, me siento tolerablemente recuperado.

En relación a las probables causas de este ataque, por lo que sé podrían ser diversas. Las condiciones del lugar y del clima permiten en la actualidad poco ejercicio. Recientemente me he visto agitado, no sin violencia, por más de una pasión, y bastante ocupado tanto en lo político como en lo privado, y en medio de conflictos partidistas, políticos y (en lo que respecta a los asuntos públicos) factuales; también me he visto sumido en un estado de ansiedad por cosas que únicamente tienen que ver con mis sentimientos más íntimos, y quizá no siempre me he conducido con la moderación que, a grandes rasgos, puedo decir que solía mostrar. Desconozco si alguna de tales cosas o todas ellas pueden haber actuado sobre la mente o el cuerpo de alguien que ya ha pasado por muchos cambios previos de lugar y pasión durante una vida de treinta y seis años, ni... Pero me veo interrumpido por la recepción de un informe que ha traído el destacamento enviado a reconocer un bergantín de guerra turco que acaba de naufragar en la costa, y el cual será atacado en el momento en que podamos conseguir llevar hasta allí algunos cañones. Oiré lo que Parry dice sobre ello. Aquí viene²².

En este día cumplo treinta y seis años

Es hora de que este corazón se aquiete,
pues ya ha dejado de agitar a otros:
y aunque no pueda ser amado,
dejadme amar...

Mis días enhebran sus hojas marchitas,
las flores y frutos del amor se han ido;
el gusano, el chancro y el dolor
son míos.

El fuego que hace presa en mi pecho
como ínsula volcánica está solo;
ninguna antorcha prende a su llama
de pira funeraria.

La esperanza, el miedo, el afecto celoso,
el cariz exaltado del dolor y la fuerza
del amor no puedo compartirlos,
pero desgastan la cadena.

Mas no será así, y tampoco es aquí
donde tales ideas agitarán mi alma, ni el día presente
aquel en que la gloria adornará el féretro del héroe
o ceñirá su frente.

La espada, el estandarte, la batalla,
¡la gloria y Grecia veo alrededor!
El espartano que cayó sobre su escudo
jamás fue tan libre.

¡Despierta (no Grecia: ella está despierta),
despierta, alma mía! Piensa a través de quién
tu savia ha de intuir el lago de su origen,
y luego vuelve a casa.

Persigue esta pasión vivificante,
indigna humanidad: así debiera
sonreírte o mirarte indiferente
la Belleza.

Si reniegas de la juventud, ¿para qué vives?
La tierra de la muerte honorable
está aquí. Salta al campo de batalla
y rinde tu aliento.

Busca –a menudo menos buscada que hallada–
la tumba del soldado, la mejor para ti;
luego mira alrededor y elige el sitio,
y toma tu descanso.

Missolonghi,
Enero 22, 1824

Notas

Notas

DIARIO DE LONDRES

(14 de noviembre, 1813–19 de abril, 1814)

1. Byron había decidido vender la antigua abadía familiar de Newstead para pagar sus deudas.
2. El mar Negro. Del mismo modo lo nombra en *Don Juan* Canto V, V, v. 1.
3. Entre la primavera de 1813 y el invierno de 1815, Byron escribiría una serie de poemas narrativos ambientados en Oriente, esos «cuentos turcos» a los que hace referencia en el diario: *El Giaour* (marzo de 1813), *La novia de Abydos* (noviembre de 1813; aquí todavía llamado *Zuleika*), *El Corsario* (enero de 1814), *Lara* (mayo de 1814; concebido como una secuela de *El Corsario*), *El sitio de Corinto* (octubre de 1815) y *Parisina* (noviembre de 1815).
4. La cita pertenece al poema *Eloísa a Abelardo* de Pope (I, v. 9), aunque Byron altera el verso original, que en la obra de Pope es más bien un «nombre querido, fatal».
5. Virgilio, *Eneida*, II, vv. 5-6: «...ruina misérrima que vi / y en la cual mi parte fue tan grande».
6. *Enrique IV* (primera parte), III, iii, vv. 9-10.
7. *Op. cit.*, II, ii, v. 22.
8. El Exeter Exchange, conocido popularmente como Exeter Change, era un enorme inmueble construido en 1676 tras la demolición de la Exeter House, casa de recreo que los condes de Exeter poseían en Londres. Emplazada en el norte del Strand, sus habitaciones superiores servían de acomodo a un amplio zoológico compuesto por leones, tigres, elefantes y monos. Es muy posible que el elefante al que Byron menciona en este pasaje sea *Chunee*, que con los años dejó de ser tan amable y en 1826 tuvo que ser abatido por los disparos de varios soldados apostados en la vecina Somerset House. El Exeter también era célebre por el ingente número de libros que se ponían a la venta en sus estancias, aunque los bibliófilos solían lamentarse del deterioro en que se encontraban, generalmente ocasionado por la escasa atención de los librerías. Cfr. William Roberts, *The Book-Hunter in London*, 1895, p. 154.
9. Primer Ministro *tory*.
10. Horacio, *Sátiras*, II, vi, v. 60.
11. Matthew G. Lewis, autor de la novela gótica *El monje* (1796), que le proporcionó fama inmediata y el sobrenombre por el que sería conocido.
12. Cita de Mirabeau que Byron emplea a menudo, tanto en cartas como en poemas.
13. Lugar de recreo de los Jersey, próximo a Leeds.
14. *De l'Allemagne* (1813).

15. *El Giaour*.

16. No se trata de Job, sino de Jeremías, en *Lamentaciones*, 3, 39.

17. *Job* 2, 9.

18. Se refiere a *English Bards and Scotch Reviewers*, publicada en 1809, poco antes de su viaje a Grecia y Constantinopla, donde satirizaba al matrimonio Holland (vv. 540ss) y a otros famosos personajes de la época. Los versos a los que indirectamente alude en este pasaje son los siguientes:

*¡Ilustre Holland! Arduo será su destino:
célebres sus asalariados, él arrumbado al olvido [...]
¡Que Dios bendiga las cenas en la casa Holland,
donde los escoceses se atiborran y los críticos montan sus juergas!*

Sobre estos versos, el propio Byron comentaría en 1816 que eran «bastante malos, y además infundados». *La novia de Abydos* se la dedicó a lord Holland «con todo sentimiento de amistad y respeto».

19. Byron detuvo las correcciones que estaba realizando para una quinta edición de *English Bards and Scotch Reviewers* en la que pensaba incluir las sátiras *Hints from Horace* y *The Curse of Minerva*, e impidió futuras reimpresiones del libro.

20. Crítico del *Quarterly Review*.

21. Richard Neville, conde de Warwick (1428-1471), conocido como el «hacedor de reyes», jugó un papel decisivo para sentar a Eduardo IV en el trono y restaurar más tarde a Enrique VI, a quien él mismo había hecho apartar de la corona (Marchand).

22. Un similar epíteto le dedica en *English Bards and Scotch Reviewers*, vv. 59-62:

Movido por un gran ejemplo, persigo
ese mismo camino, pero haré mi propia crítica:
no busquéis la del enorme Jeffrey, aunque, como él,
me arrogaré juez en poesía.

23. John Braham, célebre tenor, ayudó a Isaac Nathan en los arreglos musicales para los poemas de Byron recogidos bajo el título de *Hebrew Melodies*. Tras la muerte de Byron, Nathan se sumaría a la ya abultada comitiva de expoliadores de la memoria del poeta y publicó su propio libro de recuerdos, *Fugitive Pieces and Reminiscences of Lord Byron* (1829).

24. *Eidolon*: «visión».

25. John Hanson, abogado personal de Byron desde que este adquirió el título de sexto lord Byron en 1798.

26. Aston Hall, finca de los Webster en Yorkshire.

27. *Enrique V*, II, i, vv. 8-9.

28. Elitista galería de tiro para caballeros conocida como John Manton's, donde se practicaba con todo tipo de armas de fuego.

29. En el original, «*a famous wafer-splitter*», lo que literalmente sería «un famoso parteobleas»: los tiradores solían utilizar para sus demostraciones y entrenamientos los objetos a los que más difícil

resultaba acertar, ya fueran puntas de bastón, monedas, panecillos o cabezas de gallinas (vivas).

30. «Antepasado fabuloso de una raza de gigantes llamados ‘hijos de Anaq’ o anaquitas. La tradición que recogen las Escrituras le atribuye tres hijos: Sesay, Ahimán y Talmay, sin duda nombres de tres tribus o clanes en los que abundaban los guerreros de considerable altura y robusta musculatura. Cfr. 1, *Jos*, 15, 14; *Jc*, 1, 10 y 20» (André-Marie Gerard, *Diccionario de la Biblia*).

31. Napoleón había iniciado la retirada hacia París tras ser derrotado en Leipzig un mes atrás.

32. En el original, «*o-hone-a-rie*». Byron pudo leer el apóstrofe en el capítulo V de la novela *Rob Roy* o en el poema *Glenfinlas, o lamentación por Lord Ronald*, ambos de Walter Scott. La estrofa de *Glenfinlas* en que aparece el verso dice lo siguiente:

¡Ay del príncipe! ¡Ay del príncipe!
Ha muerto el orgullo de los hijos de Albin,
ha caído el más majestuoso árbol de Glenartney;
¡ya nunca más veremos a lord Ronald!

33. Se refiere a su matrimonio con María Luisa, hija del emperador austriaco.

34. *Enrique IV* (segunda parte), IV, iii, vv. 85-9.

35. Byron había entregado a Augusta la suma de 3.000 libras (unas 120.000 libras en la actualidad) para cubrir las deudas de su marido. A su amigo Hodgson le había hecho entrega de una cifra similar para pagar las que había contraído su padre; sólo de esa manera Hodgson pudo casarse.

36. Thomas Busby había publicado recientemente su traducción de la obra de Lucrecio bajo el título *The Nature of Things*.

37. Según la transcripción de Thomas Moore, hay aquí un juego de palabras entre *subscribers* (suscriptores) y *subscriblers*, neologismo más o menos traducible por «infra-escriptorzuelos». En la edición de Marchand, sin embargo, *subscriblers* aparece como *subscribers*.

38. Sir James Mackintosh, político *whig*; el conde de Tankerville y su esposa, hija del duque de Gramont; y el marqués de Puységur, descrito por lady Henrietta Leveson-Gower como «la más anciana, alegre, delgada, la más mustia y más brillante cosa que uno pueda encontrar» (citado por Marchand de *Letters of Harriet, Countess of Granville*, v. I, p. 23). Se decía que Puységur curaba la hipertensión mediante pases magnéticos.

39. La cita se atribuye indistintamente a Goethe y a Friedrich von Schelling. Podemos leerla en una carta de Goethe del 23 de marzo de 1829 dirigida a Eckermann («He encontrado uno de mis papeles, entre otros varios –dijo Goethe hoy–, en el que llamo a la arquitectura música congelada») y también en la *Filosofía del Arte* de Schelling, obra publicada en 1859. En uno de sus textos, fechado en 1804, aparecía la frase «*eine restarte Musik*» para describir la arquitectura. Hegel le acredita como su verdadero autor.

40. Salmo 42.

41. Juego de palabras entre *mirage* (espejismo) y *verbiage* (verbosidad). En los corrillos literarios se describía como «verbosidad» ese exceso de palabras por el que Madame de Stäel internaba a sus lectores para conducirlos hasta una noción que quedaba demasiado lejos de la proposición inicial. De ahí que Byron trate de espejismo (y poco menos que de paseo por el desierto) esas largas construcciones que, al menos para él, tenían su propia belleza, y también, de vez en cuando, la de esa revelación en la que desembocaban.

42. Jardín del Edén. Cfr. *La novia de Abydos*, II, xx, vv. 402-3:

Por ti en esas islas brillantes se teje una enramada
que florece como Aden en sus primeras horas.

Byron se refiere a Zuleika en este pasaje del poema.

43. Referencia a la deposición de Louis Bonaparte, que ejercía abúlicamente (y sin influencia alguna) como rey de Holanda.

44. Stathouder, príncipe heredero de Orange.

45. En sus anotaciones al diario, Peter Cochran menciona que el príncipe sueco no estaba en Holanda por entonces.

46. Byron solía sacar el máximo rendimiento de sus chistes compartiéndolos con varios correspondientes a la vez. El 22 de noviembre escribía a lady Melbourne: «Los holandeses han tomado Holanda y tienen al mismo tiempo a Bernadotte y Orange –la Cigüeña y el Rey Madero– en su pantano de ranas» (cfr. Marchand, *Byron's Letters & Journals*, v. III, p. 172).

47. La transcripción de Moore (I, p. 346) señala que Byron «se había alejado tanto de su estricta dieta que en ocasiones hasta comía pescado».

48. En 1823, Byron repite la pregunta, aunque sustituyendo a Napoleón por Luis XVIII. Cfr. *The Age of Bronze*, XII, vv. 502-11.

49. *Las alegres comadres de Windsor*, II, iii, v. 36 y *Enrique IV*, II, v, v. 74. Se refiere a su amigo Wedderburn Webster.

50. *Sic* en el original.

51. Cántico triunfal de los holandeses para agasajar a sus reyes, traducible por «arriba los Orange». El apóstrofe se hizo muy popular en la época. El 23 de enero de 1814, el periódico *The Examiner* publicó un poema titulado «Bellman's verses for 1814 Orange Boven», atribuido a Leigh Hunt.

52. Corneille y Jean de Witt se rebelaron contra la casa de Orange y murieron a manos de una muchedumbre exaltada el 22 de agosto de 1672. Michel van Ruyter, que había sido acusado de complicidad con los hermanos de Witt, se libró del linchamiento popular y siguió combatiendo por la libertad hasta su muerte en 1676.

53. Se refiere a Broek. Byron proyectó un viaje con Hobhouse al que al final no se uniría.

54. Prothero identifica este Ak-Deniz con un lago situado en el noroeste de Antioquía. Es más probable que se trate del mar Blanco, nombre que los turcos daban al Mediterráneo.

55. Herodes Ático era un rico pudiente de la antigua Grecia, mientras que Pomponio –amigo personal de Cicerón, cuyas obras se encargaba de publicar– lo era de Roma.

56. «Bonneval (1675-1747) fue un mercenario francés que sirvió sucesivamente en los ejércitos austriaco, ruso y turco. Ripperda (muerto en 1737), aventurero holandés, llegó a ser Primer Ministro de España bajo Felipe V, y tras su caída se convirtió al mahometanismo. Alberoni (1664-1752) fue un aventurero italiano que llegó a Primer Ministro de España en 1714. Jeireddín (muerto en 1547) y Horuc Barbarroja (muerto en 1518) fueron piratas argelinos. Edward Wortley Montagu (1713-1776), hijo de lady Mary, vio el interior de numerosas prisiones, sirvió en Fontenoy, ocupó un escaño en el Parlamento británico, fue recibido en la Iglesia Católica y Romana de Jerusalén (1764), vivió en Roseta como mahometano con su amante, Caroline Dormer, hasta 1772, y murió en Padua tras tragarse la

espina de un pescado» (Prothero).

57. Byron se refiere al primer *Edinburgh Review* que le dedicó una crítica (v. XI, enero de 1808). En él, *Hours of Idleness* (1807) apareció reseñado a lo largo de seis páginas con todo lujo de crueldades. Byron ignoraba que el anónimo crítico era Henry Brougham, quien más tarde diseminaría algunos de los peores rumores acerca de los motivos que habían llevado a Annabella Milbanke a solicitar el divorcio.

58. Oliver Goldsmith, *El vicario de Wakefield*, XX.

59. *Gentleman* Jackson.

60. El verso, ligeramente alterado, corresponde al poema «From Boileau» de Hobhouse, incluido en *Imitations and Translations* (1809).

61. Marchand sugiere que puede tratarse de Caroline Lamb, pero quizá sea Thomas Campbell.

62. Lydia White, la «Miss Diddle» del poema de Byron *The Blues*, era una rica irlandesa que organizaba cenas para los hombres más destacados de la época. Durante una velada en la que se discutían los futuros proyectos del ala *whig*, Sydney Smith, fundador del *Edinburgh Review*, dijo: «Nos hallamos en condiciones de lo más deplorables; debemos hacer algo para salir de esta. En mi opinión, lo mejor que podemos hacer es sacrificar a una virgen *tory*». Marchand entresaca la cita de las *Memorias* de lady Morgan.

63. Lady Beaumont, esposa de sir George Beaumont, fundador de la National Gallery, y lady Charlemont, célebre belleza irlandesa, casada con el segundo conde de Charlemont.

64. Pope, *The Rape of the Lock*, II, v. 18.

65. Horacio, *Odas*, I, iii, v. 1.

66. Se refiere a la sátira de Moore *Twopenny Post-Bag* (1813).

67. *Macbeth*, I, vii, v. 19. Jeffrey Vail sugiere que los puntos suspensivos ocultan el nombre de lord Moira, de quien Moore se había negado a aceptar ciertos favores para no comprometer su posición crítica contra el gobierno.

68. Ward, futuro lord Dudley, ocupaba un sillón en la cámara de los Lores.

69. James Cecil, *tory* y marqués de Salisbury.

70. Anónimo autor panfletario del siglo XVIII que aparece en el poema de Byron *The Vision of Judgment* (donde, a su vez, Byron se enmascara bajo el nombre de «Quevedo Redivivus».) John Mason Good, traductor del libro de Job, había editado en 1812 las cartas de Junius utilizando material de quien había sido su impresor. A raíz de esta edición corrió el rumor de que Philip Frances era el verdadero Junius, algo con lo que lord Holland no parecía estar de acuerdo.

71. *Ricardo III*, V, iii, vv. 216-219. Las omisiones probablemente ocultan el nombre de la mujer del sueño. Marchand cree que se trata de la madre de Byron.

72. Personaje de la obra *The Clandestine Marriage* (1766), de Colman y Garrick. En el segundo acto, su criado dice de él: «Dados sus desmayos, su edad, su reuma y los excesos de su juventud, se le tiene que dar un buen cepillado, mucho aceite, cierto giro de tornillos y bastante cuerda para que funcione durante el día».

73. El conde de Mountnorris, padre de lady Frances Webster.

74. John Hookman Frere, quien sería autor de *Whistlecraft*, poema satírico escrito en octava real que Byron utilizaría como modelo para *Beppo* y *Don Juan*.

75. El Pugilistic Club, en el 13 de Bond Street, al que Byron pertenecía.

76. Tom Cribb (1781-1848), antiguo cargador de carbón, había sido campeón de los pesos pesados en Inglaterra tras su victoria en 1808 ante Bob Gregson.

77. Virgilio, *Bucólicas*, III, v. 59: «[...] a las musas] les placen los cantos alternados».

78. Sir Samuel Egerton Brydges (1762-1837), quien, tras la muerte de Byron, se subiría al carro de biógrafos póstumos y publicaría un apresurado ensayo bajo el título de *Letters on the Character and Poetical Genius of Lord Byron* (1824).

79. Robert Pearse Gillies (1788-1858), amigo personal de Walter Scott y de Wordsworth.

80. Horacio, *Odas*, III, iii, vv. 7-8: «[...] cuando] el ancho mundo se resquebrajase».

81. Se refiere a las pruebas de *La novia de Abydos* (publicado el 2 de diciembre de 1813) y de la séptima edición de *El Giaour* (que también aparecería en diciembre).

82. *Macbeth*, III, iv, v. 21.

83. *Romeo y Julieta*, III, i, v. 114. William Windham (1750-1810), político, erudito y hábil orador, murió a consecuencia de una operación en la cadera.

84. *Hamlet*, I, ii, v. 188.

85. Posiblemente se trate de Augusta.

86. Fechada el 6 de noviembre de 1813.

87. En griego en el original: *hoi polloi*, «los muchos».

88. En el original, «*peppered so highly*», juego de palabras entre «acribillar» y «echar pimienta».

89. Protagonista de *Les liaisons dangereuses* (1782), aunque, como apunta Marchand, no es él quien enuncia la frase, sino la marquesa de Merteuil (Carta CXXI): «Uno se cansa de todo, ángel mío, es una ley de la naturaleza; no es culpa mía».

90. *Miller*, en el original. En el argot de la época, el término se aplica a un boxeador agresivo.

91. Byron emplea aquí la forma latina *cestus*, término usado para referirse a las tiras de cuero con que los pugilistas de la antigua Roma se protegían el puño durante los combates.

92. Años después, Byron no olvidaría el apóstrofe y definiría a Tom como «un gran hombre» en *Don Juan*, Canto XI, XIX, v. 145. La expresión suele tener en Byron un carácter irónico.

93. «Byron», en caracteres griegos.

94. Byron –o Moore, durante la transcripción del original– confunde el día. La entrada corresponde en realidad al jueves 25.

95. La edición de Moore corta el diario en este punto y pasa directamente a la cena en casa de lord Holland, varios párrafos más adelante. Véanse notas 98 y 100.

96. Mary Duff se casó con Robert Cockburn, comerciante de vinos.

97. «Genio femenino, hermoso, grácil, pero demoníaco o maligno, cuyo fin consistía en atormentar a la humanidad, el *peri* también debía efectuar una larga penitencia, que a la larga le granjeaba el favor divino pero no la redención... La primera aparición [del vocablo] en el idioma inglés se encuentra en el *Diccionario persa* de Richardson (1777). Una fuente más probable en Byron se rastrea en el *Vathek* de Beckford (1786)» (Paul Elledge, *Lord Byron at Harrow School*, p. 68).

98. Sigue ahora un pasaje que Prothero dejó inédito y que Moore extractó en los primeros capítulos de su biografía de Byron, omitiendo introducirlo, sin embargo, en la transcripción del diario.

99. Ni con Annabella Milbanke ni con Teresa Guiccioli pudo Byron sobreponerse al rechazo que le producía la visión de una mujer comiendo. Con Teresa transigió algo más que con su mujer, pero, con

todo, sólo podía cenar con Byron previa cita.

100. Aquí concluye el extracto de Moore.

101. Marchand apunta a la hermana pequeña de lady Frances Webster.

102. Joe Miller (1684-1738), actor y humorista, se unió a la compañía teatral de Drury Lane en 1709. Un libro de 1789 que recogía sus mejores chistes se convirtió en una de las obras más populares de su tiempo.

103. Prothero y Marchand coinciden en que los versos proceden de *Ballad of Robin Hood*.

104. Hijo de lord y lady Holland. Al igual que Byron, era cojo, y al igual que él, mantuvo relaciones con Teresa Guiccioli: «De Henry Fox se dice que está totalmente embebido con Teresa Guiccioli y ya apenas si le vemos. Pero es muy entretenido cuando aparece, aunque lo que le gusta es hablar de un círculo muy reducido» (*Letters of Harriet Countess Granville*, v. II, p. 122 [A lady Carlisle, 12 de febrero de 1832]).

105. *Illusion, or the Trances of Nourjahad*, melodrama anónimo en tres actos que se representó en Drury Lane el 23 de noviembre de 1813. El 27 de noviembre, Byron escribía a su editor, John Murray, en los siguientes términos: «¡El *Morning Post* dice que soy el autor de *Nourjahad*! Esto me pasa por prestarles unos dibujos para el diseño de vestuario; aunque tampoco merecen una *refutación formal*. Aparte, algunas de las críticas que se hagan bajo esa *suposición* serán bastante divertidas» (cfr. Marchand, *op. cit.*, p. 175).

106. El retrato al que se refiere el pasaje debe de ser el realizado por Holmes, que Byron menciona en una carta a lady Melbourne el 22 de noviembre de 1813.

107. *Hamlet*, I, ii, v. 86.

108. Milton, *Paraíso Perdido*, vv. 896-7.

109. Lit., «espacio sin duda lamentable». La expresión correcta, *hiatus valde deflendus*, se emplea para disculpar o justificar los huecos en blanco que aparecen en una obra impresa. Ampliando el sentido de la expresión, Byron se lamenta aquí tanto por el hueco dejado en su cuaderno como por el hecho de que los días que no ha registrado tampoco hayan tenido algún valor.

110. Juego de palabras entre *log-book*, «bitácora», y *notch*, «hacer una muesca». Se entiende mejor si aislamos la palabra *log*, que significa «madero».

111. Sir Samuel Romilly (1757-1818), cuya posición liberal en el Parlamento había causado una gran impresión en Byron, prestó su apoyo a Annabella Milbanke en las maniobras que siguieron a la separación, y cabe decir que fue uno de los principales causantes del descrédito del poeta en la sociedad londinense. Tal era el odio que Byron sentía hacia él que, por lo visto, llegó a «invocar a Némesis en la medianoche romana para que sufriese la peor de las ruinas» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. VI, pp. 80-81). No tardó mucho en escribir varias cartas alegrándose por la muerte de su enemigo: la esposa de Romilly falleció y poco después este se suicidó, rebanándose el cuello con una navaja de afeitar. La primera de esas cartas conmemorativas la recibió, por cierto, lady Byron.

112. Lord John Russell (1792-1878), que sería albacea literario de Thomas Moore y editor de su diario tras la muerte de este. Fue abuelo del filósofo Bertrand Russell, quien en 1945 escribió un pequeño ensayo biográfico sobre Byron, posteriormente recogido en *Byron, a Collection of Critical Essays Edited by Paul West*, pp. 151-6.

113. *Mucho ruido y pocas nueces*, III, iii, v. 1.

114. Sin identificar. Teresa hace pensar, en todo caso, en Teresa Macri, la «Doncella de Atenas».

115. La nota a la que Byron hace referencia se encuentra en *La novia de Abydos*, I, VI, v. 12. En ella, Byron alude a «la primera escritora de esta y quizás de cualquier época».

116. Horacio, *Arte poética*, vv. 125-7.

117. Posiblemente se trate de Luttrell, poeta irlandés y articulista ocasional del *Morning Post*. Véase *Pensamientos aislados*, 22.

118. Juego de palabras entre el nombre de Ward y el término *reward*, «recompensar», que en este contexto también puede interpretarse como «volver a ser Ward».

119. George Anson Byron (1789-1868), primo carnal de Byron y sucesor al título. Durante la separación se pondría de parte de lady Byron. Él y su mujer presentaron en sociedad a Ada.

120. Annabella Milbanke sería luego esposa de Byron (al menos durante un año.)

121. Leigh Hunt había sido encarcelado por escribir libelos contra el Príncipe Regente. John Hunt, su hermano, pasaría a ser con el tiempo editor de las obras de Byron, tras el descontento de este con la gestión de John Murray.

122. «*Blue-bottles*», en el original. Con el término *blues*, o *blue-stockings*, se identificaba a un club del mismo nombre fundado por Elizabeth Montagu, centro de reunión de damas aristocráticas –y de muy escasos hombres, entre ellos Edmund Burke, Joshua Reynolds y William Wilberforce– con ínfulas literarias, y en el que no se celebraban bailes ni juegos de cartas. El nombre por el que sus miembros eran comúnmente conocidos procede del poema «*Bas-Bleu*», de Hannah More (1745-1833), que era una habitual de aquellas reuniones. Byron escribió un poema satírico sobre ellas titulado *The Blues, a Literary Eclogue*.

123. En el original, «*I guess now*». En *The Vision of Judgment*, LIX, v. 8, Byron hace otra vez alusión a la expresión americana *I guess*.

124. Moore avisa de un tachón de dos o tres líneas en esta parte del diario.

125. Byron había hecho un préstamo de 1.500 libras a Francis Hodgson, a fin de que con ello pudiera liquidar las deudas de su padre y casarse con la cuñada de Henry Drury, que había sido tutor de Byron durante los años de Harrow. Byron, sin embargo, nunca entendió tal préstamo sino como un regalo, y le desagradó saber que mucha gente conocía su gesto. La carta a la que hace referencia, fechada el 1 de diciembre, explica lo siguiente: «Acabo de enterarme de que *Knapp* está al corriente de lo que con gran alegría pude hacer por ti. Esto, mi querido Hodgson, ha tenido que salir de ti o de Drury, pues por mi honor que ni a Scrope ni a nadie (Drury ya lo sabía de antemano) he contado una sola palabra del asunto, así que no estés de mal humor conmigo por ello, sin duda no lo estarás más que yo. Sin embargo, me alegra una cosa: que si alguna vez lo habías considerado cuando menos como una obligación pendiente, esta revelación te exonera de ella [...], así que fin del asunto» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. III, p. 187).

126. La petición consistía en elevar a magistratura las quejas por la difícil situación presidiaria de los deudores. W.J. Baldwin, que cumplía condena por deudas (y al que Byron ya alude unas páginas atrás), le había solicitado que mediase por él.

127. Presentada por Byron y Charles Stanhope, futuro conde de Harrington, en junio de 1813.

128. *Ricardo III*, IV, ii, v. 122.

129. Sterne, *Viaje sentimental*, «El Pasaporte. El hotel de París».

130. *Ibidem*, «Nampot. El asno muerto». En esta ocasión, Byron no cita con mucha precisión. El original dice: «Y esta –exclamó, sacando de su morral una corteza de pan–, esta hubiera sido para ti, si aún vivieras para compartirla conmigo’. Yo creí que aquel apóstrofe se dirigía a algún hijo muerto; pero

no era a tal, sino al asno, el mismo asno que habíamos encontrado en la carretera».

131. Poema de Gian Batista Guarini (1538-1612). Victor Hugo empleó estos mismos versos como epígrafe a «O mes lettres d'amour, de vertu, de jeunesse», en *Les Feuilles d'automne* (1831). Hugo, por cierto, también había utilizado el tema de *El Giaour* en uno de los poemas recogidos en *Les Orientales* (1829), «Claire de lune», que comienza con ese ondulante «*la lune était sereine et jouait sur les flots*» (o bien, «la luna estaba en calma y jugaba en las ondas»). Puede decirse que en casi todos los poemas de esta encantadora obra juvenil de Hugo resuena de alguna manera, junto con el romance castellano y los relatos bíblicos, la influencia oriental de Byron.

132. «Ese año el gobierno americano había enviado una embajada especial al tribunal de Petersburg. Mr. Gallatin era el embajador y George Mifflin Dallas, mi sobrino, su secretario» (Robert C. Dallas, *Recollections of the Life of Lord Byron*, p. 266).

133. Director de escena en el Drury Lane.

134. John Galt y Byron se conocieron en 1809 a bordo del paquebote *Townshend*, que hacía la ruta entre Gibraltar y Malta, y meses más tarde volverían a encontrarse en Atenas. Fue Galt quien le recomendó el convento capuchino donde Byron pasó una temporada en los primeros meses de 1811.

135. Byron se refiere a un episodio que vivió durante su segunda estancia en Atenas. Al regresar de su baño diario en el Pireo, observó un grupo de personas que avanzaba por un acantilado seguido de varios soldados, e hizo que uno de sus criados se adelantase hasta allí para saber qué estaba ocurriendo. Descubrió entonces que los soldados, bajo órdenes del vaivoda que gobernaba Atenas, se disponían a ejecutar a una chica que había sido sorprendida en adulterio. Siguiendo «una bárbara costumbre», la habían introducido en un saco y estaban a punto de arrojarla al mar. Byron conocía a la chica y exigió que le perdonasen la vida. El soldado encargado de ejecutarla se negó a obedecer, hasta que Byron sacó una pistola y amenazó con matarlo si se atrevía a lanzarla. Posteriormente, Byron convenció al vaivoda de que liberase a la chica, con la condición de que tan pronto como la pusiese en libertad ella abandonaría Atenas. La resguardó en un convento y por la noche la envió a Tebas. La historia serviría como punto de partida para *El Giaour*. Cfr. Galt, *The Life of Lord Byron*, p. 174.

136. En agosto de 1813, Byron había solicitado a Sligo que pusiese por escrito lo que sabía del asunto.

137. Thomas Medwin, en su no siempre fiable *Journal of the Conversations of Lord Byron* (1824), afirma que fue Byron quien procuró la desgracia de la joven al acostarse con ella durante el Ramadán. Por su parte, Hobhouse escribió que «la chica cuya vida había salvado lord Byron en Atenas no era objeto de las atenciones de este, sino de uno de sus sirvientes turcos». Sin embargo, Hobhouse ya no estaba en Atenas cuando aquello ocurrió y Byron no le contó todo lo que vivió allí, salvo que estaba mezclado en más de una intriga.

138. Sir James Mackintosh escribiría después: «Lord Byron es el autor de moda; seis mil de su *Novia de Abydos* se han vendido en un mes».

139. Literalmente, «*from the regular Grub-street uniform*». Con el apelativo de *grub-street* se hacía referencia el mundillo de los escritores pobres y poco conocidos, por la calle del mismo nombre que ocupaban mayoritariamente en el barrio de Moorgate, Londres (después bautizada como Milton St.), durante el siglo XVII.

140. Se refiere a la nota que Byron incorporó a *La novia de Abydos* elogiando la obra de Madame de Staël.

141. Apelativo de Madame de Staël inspirado en el título de una de sus obras.

142. George Lamb (1784-1834). Más tarde trabajaría junto a Byron en el subcomité de dirección del teatro Drury Lane.

143. Articulista del *Quarterly*.

144. La causa de tal animadversión son los celos por el éxito de su rival literario.

145. Pope, *Epistle to Dr. Arbuthnot*, v. 198.

146. En su colección de ensayos *Byron, a critical study*, Andrew Rutherford afirma que «Byron escribía poemas populares... y nunca pretendió ser un artista entregado ni un artesano de amplios recursos, ni se mostraba preocupado por la perfección. Por el contrario, era plenamente consciente de que no producía obras de gran calidad». Hobhouse, en sus *Recollections of a Long Life*, indica que, en opinión de Byron, sus poemas estaban «extrañamente sobrevalorados». Para Matthew Arnold (*Essays in criticism, Second Series*), Byron podía ser descrito como alguien que poseía «hacia su talento artístico la insensibilidad de los bárbaros». En realidad, Byron confesaba que cuando estaba de humor para escribir, lo hacía todo lo aprisa que podía, a sabiendas de que en una semana habría perdido todo interés por la obra recién comenzada. Aun así, las revisiones de su propio trabajo, aunque descuidadas, podían prolongarse durante meses. *El Giaour* pasó de los 407 versos iniciales a 1334, daba igual que el poema perdiera por ello en coherencia.

147. Sir William Gell, arqueólogo y viajero, publicó su *Topography of Troy* en 1804. Byron le llamó «Gell el rápido» en la quinta edición de *English Bards and Scotch Reviewers* (v. 1034), pues sólo tardó tres días en situar el emplazamiento de Troya. En ediciones anteriores lo había llamado «Gell el clásico», que sustituía a ese «Gell el petimetre» del manuscrito original. Con toda su rapidez, lo cierto es que Gell sólo había fallado por unos cuantos kilómetros respecto al auténtico emplazamiento (la ciudad de Hisalik), descubierto por Calvert (1863) y Schliemann (1871).

148. William Pitt (1759-1806). El impuesto al que Byron se refiere fue introducido por Pitt en diciembre de 1798 para paliar el déficit económico de Inglaterra. Pitt proponía un impuesto del 0.8% para los ingresos inferiores a 60 libras anuales, que ascendía hasta el 10% en ingresos iguales o superiores a las 200 libras. Presumiblemente, Byron debía pagar el 10%, pues durante el otoño de 1812 y el verano de 1813 recibió de Thomas Claughton un monto de 5.000 libras y dos de 7.500 por la venta de Newstead Abbey.

149. Aunque Marchand y Prothero no mencionan el origen de la cita, tal vez se trate de una versión adaptada de la frase de Falstaff en *Enrique IV*, I, ii, v. 130: «Por Dios que entonces me haré un traidor, cuando vos seáis rey».

150. Ya el 27 de septiembre de 1813 le había respondido acerca de cierto volumen de poemas: «He obtenido un considerable placer con la lectura de diversos pasajes de su libro [...] La fama de nuestra actual raza de bardos depende tanto del capricho del público y las modas del día que ya no sé si no será insultante para un joven que se le apremie para seguir con su empeño; sin embargo, muchos han conseguido el éxito con menos talento del que su obra indica, si bien esto debe valorarlo usted mismo» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. III, p. 121).

151. Se refiere a la novela de Matthew G. Lewis.

152. Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788). Naturalista multidisciplinar y uno de los primeros estudiosos en teorizar sobre la inestabilidad de las especies, Buffon escribió los últimos tomos de su *Historia Natural* entre los 67 y los 81 años, y fueron recibidos como los mejores de su obra completa. En la sexta edición de *El origen de las especies* (1872), Darwin consideraba a Buffon «el primer autor que en los tiempos modernos ha tratado [el principio de la selección natural] con espíritu

científico». Como se desprende de este pasaje, Byron no comulgaba demasiado con estos principios. Véase también *Pensamientos aislados*, 101.

153. Byron empezó a fumar como una forma de quitarse el hambre y hacer dieta.

154. Personaje de *The Beaux Stratagem* (1707), IV, ii.

155. *Eclesiastés* 1, 2.

156. Elizabeth Inchbald (1753-1821), actriz, dramaturga y novelista inglesa.

157. Horacio, *Odas*, I, i, vv. 35-6: «Porque si llegas a incluirme entre los poetas líricos / alzando la cabeza heriré las estrellas».

158. Lord Carlisle rehusó presentar a Byron en su toma de asiento en la cámara de los Lores y se contentó con enviarle una serie de instrucciones. La consecuencia de su poca diligencia puede verse en *Pensamientos aislados*, 46.

159. Como sugiere Cochran, podría ser lady Caroline Lamb o Charlotte Leveson, hija del duque de Portland. Pero la primera conocía a Madame de Staël.

160. Se refiere a *El Giaour*.

161. Marchand apunta la posibilidad de que se trate de lady Catherine Annesley, hermana de lady Frances Webster.

162. A cambio, Galt dedicará varias páginas de la biografía que escribió sobre Byron a los presuntos plagios que este habría cometido en sus obras. Cfr. Galt, *op. cit.*, pp. 199-205.

163. *Eclesiastés* 1, 9.

164. *Sic* en el original.

165. William Blackwood, distribuidor de los libros de Murray en Escocia.

166. Packwood era un fabricante de afiladores de navaja ubicado en el Soho londinense que había contratado a un poeta para que redactase sus anuncios.

167. Hannah Glasse (1708-1770) fue muy célebre por sus libros de cocina: uno de ellos, *The Art of Cookery* (1747), fue reimpresso ininterrumpidamente durante casi cien años.

168. Antonio Magliabecchi (1633-1714) legó al gran duque de la Toscana su colección de 30.000 libros. John Hill Burton, en su obra *The Book-Hunter* (1885), relata la siguiente anécdota: «[Magliabecchi] podía conducirte hasta cualquier libro situado en cualquier parte del mundo con la misma precisión con que un policía de la metrópoli te conduciría de St. Paul a Piccadilly. De él se relatan historias de respuestas a peticiones de libros tan asombrosas como la siguiente: ‘No hay más que un ejemplar de ese libro en el mundo. Está en la biblioteca de la mayor autoridad de Constantinopla y es el séptimo libro en el segundo estante según se entra a mano derecha’» (p. 229).

169. «Glotón».

170. En el original, «*a three-piled b—d, b—d-Major to the army*». Este pasaje ha resultado de lo más difícil de rastrear, en especial por el escrúpulo de Moore, que en la transcripción que hace del diario omite el contenido de esa palabra que empieza por *b* y termina por *d* y lleva al lector a pensar en algo verdaderamente ofensivo. En la anterior edición de los diarios lo traduje, más o menos intuitivamente, por «la puta de lujo del regimiento», pensando en la posible voluntad de Moore de no ofender a sus lectores y en un viejo refrán español sobre el oficio que relaciona madres, hijas y mantas, pero sólo al dar, después de muchas vueltas, con la cita original entendí que la madre de la «querida de S**» no era ya la que ejercía sino que, como el propio Byron indica en el paréntesis, se dedicaba ahora a la educación y colocación de futuras prostitutas: dicho en otras palabras, la dama era una alcahueta.

Esto despejaba la incógnita de las letras suprimidas por Moore y, de rebote, demostraba que el escrúpulo de Moore llegaba demasiado lejos; o quizá no había para él distinción entre «la que peca por la paga» y la que incita a pecar (posiblemente con razón). Sea como sea, «*a three-piled bawd, bawd-Major to the army*» (*bawd* significa alcahueta) aparece en la primera escena, acto tercero, de *Rule a wife and have a wife* de Francis Beaumont y John Fletcher, cuyas obras completas fueron publicadas por John Murray en 1812, dedicadas «respetuosa y humildemente» por el editor a lord Holland. Esta es posiblemente la edición que Byron leyó; en ella se puede encontrar la siguiente nota a pie de página: «*A three-piled bawd*. El terciopelo era el adorno más a la moda vestido por los galantes de la época [se refiere a 1624], y un terciopelo *three-piled* [bien tupido] era el más caro de todos, lo cual, metafóricamente, se aplicaba también a las personas, sin el sustantivo al que originalmente pertenecía. Una alcahueta bien tupida es, por tanto, una alcahueta de primer orden, excelente y superior en su oficio» (*The Works of Beaumont and Fletcher*, p. 456. Para los interesados en la escena isabelina, la introducción que aparece en el primer tomo, escrita por Henry Weber, es un verdadero tesoro de erudición y detalle).

171. Moore señala que los nombres ya habían sido dejados en blanco en el manuscrito del diario.

172. Los sonetos a los que se refiere son los titulados «Sonnet To Genevra» y «Sonnet To The Same», dedicados a lady Frances Webster. Todavía escribiría algunos más, aunque de manera esporádica.

173. Literalmente, «la égloga *amabaea*».

174. Se refiere a batirse en duelo.

175. *Macbeth*, V, iii, v. 46.

176. Cochran no pasa por alto que, al día siguiente, Byron hiciera acudir a Augusta a su retiro en Newstead.

177. Farquhar, *The Beaux Stratagem*, IV, III: «Y puedo aseguraros, amigo mío, que hay que poner mucha galantería y buenos modales cuando se roba a una dama: en ese sentido soy tan caballero como el mejor que haga el camino».

178. En efecto, fue él: su artículo sobre «The Correspondence of Gilbert Wakefield with Mr. Fox» apareció en el *Quarterly Review* en julio de 1813. Sus críticas irritaron a los admiradores de Fox.

179. La transcripción de Moore interrumpe el diario en este punto y lo retoma unas semanas más tarde. En el intervalo, Byron ha pasado la Navidad en Newstead con Augusta y sus hijos.

180. El incidente que menciona Byron y que dio lugar a su poema «Lines to a Lady Weeping» tuvo lugar el 22 de febrero de 1812, en un banquete en Carlton House. El Príncipe Regente, que había tenido el apoyo mayoritario de la facción *whig* en su ascensión al trono, temía ahora que un gobierno reformador cortara sus beneficios e ideó un plan que impediría a los *whig* la llegada al poder. Durante el banquete en Carlton House, lord Lauderdale, que había tomado la palabra en representación de su grupo para rechazar la propuesta de formar un gobierno en alianza con los *tories*, fue escarnecido por el Príncipe Regente, lo que provocó las lágrimas de la princesa Carlota, pues tanto ella como su madre habían puesto en la facción *whig* sus esperanzas de reforma social.

181. Byron minimiza su éxito: vendió diez mil ejemplares el mismo día que salió a la venta (sin contar los ejemplares piratas).

182. *Macbeth*, V, iii, vv. 46-7.

183. Robert Burton, *The Anatomy of Melancholy* (1621).

184. *Hamlet*, II, ii, v. 173; III, i, v. 119; III, ii, v. 401.

185. *Julio César*, II, i, vv. 46 y 48.

186. Horacio, *Odas*, II, iii, vv. 21-5:

Que tú, hombre rico del antiguo linaje de Ínaco
o pobre y de ínfima condición,
demores tu estancia bajo el cielo poco importa,
pues serás víctima de Orco, que no se compadece de nada.
Todos somos conducidos en rebaño...

187. *Ricardo III*, protagonizado por Edmund Kean. Como muestra de admiración, Byron le regaló una daga turca, que posteriormente pasó a manos del actor Henry Irving, tal y como Bram Stoker cuenta en su *Personal Reminiscences of Henry Irving*, William Heinemann, Londres, 1906, v. II, p. 90. Existe, sin embargo, una historia diferente a la que Stoker refirió en su libro. Parece ser que a la muerte de Kean la daga fue subastada, y su pista se perdió hasta casi cien años después, cuando, en 1935, un vendedor anónimo se la ofreció al actor John Gielgud, que en esa época representaba *Hamlet*. Gielgud la conservó durante quince años, hasta que, al borde del retiro, vio a Lawrence Olivier en el papel de Ricardo III. Su actuación le resultó tan asombrosa que no dudó en regalársela. Cfr. Richard Cohen, *Blandir la espada*, Destino, 2002, p. 225.

188. El dentista más célebre de la época. Byron acudía a su consulta a menudo, y a lo largo de casi toda su vida usó sus polvos dentífricos, incluso durante su estancia en Italia y Grecia, cuando tenían que enviárselos (con sumo cuidado) desde Inglaterra.

189. Cochran cuenta que George Frederick Cooke, actor de la generación anterior, solía darle a la botella. Al igual que Kean.

190. En el original, «*green-room fellows*». Por *green-rooms* se refiere a los camerinos.

191. *Enrique IV* (segunda parte), I, ii, v. 160.

192. Aun así, Byron escribiría aún varias tragedias: *Marino Faliero* (1820), *Sardanápalo*, *Los dos Foscari* y *Werner* (1821).

193. *Die Räuber* (1781) y *Fiesco* (1782), obras de Schiller.

194. Poema de John Hamilton Reynolds, amigo de John Keats.

195. *Enrique VI* (tercera parte), V, vi, v. 84.

196. *Hamlet*, II, ii, v. 307.

197. Moore, en su biografía de Byron, escribió lo siguiente: «Anciana criada, de cuya apariencia demacrada y aspecto de bruja sería imposible dar cuenta salvo mediante el lápiz [...] Cuando se le preguntaba ‘cómo es que llevaba a esa vieja con él de casa en casa’, la única respuesta de lord Byron era: ‘la pobre es tan buena conmigo...’» (cfr. Thomas Moore, *Notes on the Life of Lord Byron*, v. I, p. 395).

198. *Ricardo III*, IV, ii, v. 122.

199. *Rey Lear*, IV, vii, v. 63.

200. *Rey Lear*, V, iii, vv. 306-309, aunque ampliamente corregido en la cita de Byron.

201. *Macbeth*, V, v, v. 48.

202. El príncipe austriaco Schwartzenburg, comandante de las fuerzas aliadas que iban a la caza de Bonaparte.

203. Miss Randall, institutriz de la hija de Madame de Staël.

204. *De las Causas y Consecuencias de la Guerra con Francia* (1797).

205. Marchand corrige y escribe Bloomsbury Square, dirección que Byron apunta en el documento legal donde se certifica el enlace de los condes de Portsmouth.

206. La boda sería anulada más adelante, en segunda instancia, apelando a la insania del conde de Portsmouth. Los pormenores del juicio celebrado en febrero de 1823, así como los detalles de la locura del conde, que Marchand entresaca de la obra *The Napoleonists* de E. Tangye Lean y de *Lord Byron: Accounts Rendered* de Doris Langley Moore, demuestran que la boda entre Mary Anne y el conde de Portsmouth fue orquestada convenientemente por John Hanson, quien conocía la locura del futuro esposo de su hija por haber sido durante varios años su consejero legal. Tras la muerte de la primera esposa del conde en 1813 (una mujer de 47 años con la que le había persuadido a casarse su hermano menor, el Honorable Newton Fellowes, a fin de impedirle tener una descendencia legal que obstaculizase su sucesión al título), Hanson vio una oportunidad de convertir a su hija en condesa y beneficiaria del patrimonio de su cliente, que ascendía a más de 17.000 libras al año. Hanson obró en el más interesado secreto, y tanto fue así que Byron sólo supo que Mary Anne iba a casarse (y que él mismo sería el encargado de llevarla al altar) la noche anterior a la boda. Ajeno por completo a las verdaderas intenciones de Hanson, escribió a instancias de este una declaración jurada que echaba por tierra los intentos de Newton Fellowes por invalidar la boda en el otoño de 1814. En febrero de 1823, sin embargo, Fellowes había conseguido suficientes testigos para anular el matrimonio entre su hermano y Mary Anne Hanson. En esta ocasión ni siquiera fue necesario recurrir al pasado lejano del conde de Portsmouth, cuando acudía a curiosear morbosamente en los funerales de sus vecinos, descuartizaba animales en un matadero al grito de «esto os servirá de lección, sapos ambiciosos» o fustigaba a sus criados mientras les obligaba a portar maderos sobre el hombro como si fueran ataúdes, para declararlo mentalmente incapaz. Bastó con llevar al estrado a varios testigos que habían visto de primera mano cómo Mary Anne, sus hermanas y hasta su amante, William Alder, padre de sus hijos, insultaban, escupían y corrían a latigazos al pobre conde de Portsmouth. A resultas de aquellos testimonios, más que por la locura del conde, el matrimonio fue anulado y a Mary Anne Hanson se le condenó a pagar las desorbitadas costas del juicio, que ascendían a más de 40.000 libras. Incapaz de pagar su deuda, Mary Anne huyó del país para no acabar en la cárcel, llevándose con ella a los hijos que había tenido con Alder, a los que el tribunal había despojado del apellido Portsmouth. En marzo de 1823, cuando supo la noticia de que Mary Anne y el conde de Portsmouth ya no eran legalmente marido y mujer, Byron escribió a James Wedderburn Webster rogándole que le refiriese más detalles del escándalo, «pues son enormemente divertidos» (Marchand, *op. cit.*, v. X, pp. 119-20).

207. Thomas Phillips. El retrato es el célebre óleo en que Byron aparece pintado con sus ropas albanas.

208. La confusión de Byron al chocar las manos de los contrayentes no era una cuestión menor: en un matrimonio morganático, el contrayente de mejor posición ofrecía en los esponsales la mano izquierda en lugar de la derecha. En la escena que Byron describe, el equívoco sugiere una simbólica equivalencia de rangos entre el conde y Mary Anne Hanson.

209. Rebelde de origen irlandés herido en la guerra en América. Allí formó parte de la tribu india del Oso, de la que fue destituido tras participar en una cena revolucionaria en París, en 1792. Poco después se incorporó a las filas de los *United Irishmen* y junto a Arthur O'Connor entabló negociaciones con los franceses para ayudarles en su invasión de Inglaterra. Murió a causa de las heridas que él mismo se provocó al tratar de evitar ser arrestado por el ejército británico (Marchand).

210. Selecto club para miembros del ala *whig*. En su origen fue una casa de apuestas y juegos situada en el no menos selecto barrio de Pall Mall y conocida por el nombre de Almack. Adquirida por Brookes, prestamista y comerciante de vinos, en octubre de 1778 pasó a ocupar un elegante inmueble de St. James's Street, 60, diseñado por el arquitecto Henry Holland.

211. Juego de palabras entre dos significados de *set down*: dejar a alguien y tenerse en pie.

212. En 1814 se le condenó por pretender enriquecerse extendiendo el rumor de que Napoleón había muerto.

213. Henry Brougham (véase n. 57). En 1818, Byron le dedicó la semblanza a la que se alude en la introducción, y que comienza así: «Puesto en duda por el pueblo, mal considerado por los *whigs* y detestado por los *tories*; demasiado leguleyo para la gente común y demasiado demagogo para el Parlamento...» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. VI, p. 86).

214. Personajes de la obra de Sheridan *The Trip to Scarborough* (1777), versión de *The Relapse* de Vanbrugh (1696).

215. *Macbeth*, V, iii, v. 46.

216. En su edición a las cartas y diarios de Byron, Marchand apunta un posible error por parte de Moore en la transcripción del texto original (*privacy* por *piracy*) e introduce entre interrogantes la palabra «piratería». Admitiendo, con Marchand, la posibilidad de un error, y de que Moore confundiera el término escrito por Byron en el manuscrito con la palabra *privateer*, he preferido utilizar la expresión «en corso», que resulta más acorde con el contexto.

217. *Ricardo III*, I, ii, v. 259 y *Macbeth*, V, v, vv. 42-4.

218. Puede tratarse de Augusta, lady Frances Webster, lady Juliana Annesley (o su hermana Catherine) y Annabella, respectivamente.

219. *Ricardo III*, I, ii, v. 258.

220. *Ricardo III*, I, ii, v. 252.

221. *Enrique IV* (primera parte), II, ii, v. 82.

222. Al respecto, Byron escribió a Murray el 12 de marzo de 1814 en los siguientes términos: «No he tenido tiempo de leer el texto al completo, pero lo que he visto me parece muy bien escrito... [El autor] se equivoca en una cosa: no soy *ateo*, pero si piensa que he publicado algún principio que sugiera tal opinión, está en su perfecto derecho de contradecirlo. Te lo ruego, publícalo, nunca me perdonaría si llegara a pensar que yo te lo he impedido. Dale recuerdos al autor de mi parte y dile que le deseo la mejor de las suertes: sus versos bien lo merecen, y yo sería la última persona en recelar de sus motivaciones... Es un buen poema (por lo que he leído), y ese es el único extremo que *debes* valorar» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. IV, p. 81).

223. Annabella Milbanke.

224. Byron emplea la forma menos común, «*muffles*», que también utiliza en *Don Juan*, II, XCII, vv. 7-8.

225. *Quarrels of Authors* o «Peleas entre autores», de Isaac Disraeli, apareció en tres volúmenes en 1814.

226. *Enrique IV* (primera parte), IV, ii, v. 43.

227. Las tres mujeres mencionadas pertenecían al ala *whig*.

228. «La severidad que un día mostramos con cierta producción juvenil no ha impedido a su noble autor convertirse en el primer poeta de su tiempo» (cfr. *Edinburgh Review*, v. XXII, p. 416).

229. Se refiere a la crítica que el mismo *Edinburgh Review* dedicó a *Hours of Idleness*. Byron aún creía que fue Francis Jeffrey quien hizo la reseña.

230. El 9 de diciembre de 1809, según la fecha que Hobhouse anota en su diario de viaje.

231. Con las aves de corral puede que no tuviera la misma piedad, si hemos de creer en el testimonio no siempre fidedigno de Edward J. Trelawny. Mientras viajaban en barco a Génova en 1823 (poco después de que Byron anunciase que, si salía vivo de la aventura griega, escribiría el quinto canto de *Childe Harold* tomando como escenario los paisajes de Sicilia y Calabria), ambos utilizaron gansos y patos como blanco viviente para probar su puntería con las pistolas: «Aves de corral, patos o gansos, eran introducidos en una cesta, dejando fuera sólo la cabeza y el cuello, y colgados del penol mayor; rara vez teníamos que pegarle dos tiros a la misma ave» (Trelawny, *Records of Shelley, Byron, and the Author*, p. 227).

232. Moore: «El cuadro de Fuseli en el que figura Ezzelino Bracciaferro cavilando sobre Meduna, a la que asesinó por serle infiel cuando él se encontraba en Tierra Santa, se exhibió en la Real Academia en 1780. Mr. Knowles, en su *Vida* del pintor, relata la siguiente anécdota: ‘Fuseli inventaba con frecuencia los temas de sus pinturas sin la ayuda de poetas o historiadores, como en su composición de Ezzelino, Belisario y algunos otros: a esto, él lo denominaba *ideas filosóficas por la intuición o sentimiento personificado*. En cierta ocasión se divirtió mucho con la siguiente pregunta de lord Byron: ‘Durante meses he estado buscando en vano, Mr. Fuseli, en poetas e historiadores de toda Italia, el tema de la pintura que le dedica a Ezzelino; dígame, ¿dónde puedo encontrarlo?’ ‘Sólo en mi cabeza, milord,’ fue la respuesta: ‘yo lo he inventado’» (cfr. Prothero, *Letters & Journals*, v. II, p. 405n).

233. Lord Carlisle era tío de lady Charlotte Leveson por su matrimonio con la hermana del marqués de Stafford.

234. Uno de los principales diarios de París.

235. Se refiere de nuevo al poema –incluido en *El Corsario*– «Lines to a Lady Weeping», del que el *Moniteur* del 17 de marzo de 1814 afirmaba que se trataba de una novela.

236. Discípulo de Fuseli.

237. The Albany House, número 2.

238. El Cocoa Tree, antigua chocolatería *tory* fundada en tiempos de la Reina Ana. Su conversión en club debió suceder con anterioridad a 1746, dado que su primera mención como tal aparece en una carta de Horace Walpole a George Montagu datada ese mismo año. La reputación del Cocoa Tree, buena o mala, se debía sobre todo a lo que tenía lugar en sus mesas de juego, donde los caballeros no siempre se conducían con la necesaria limpieza.

239. Se trata de una deuda de 1808 que Byron había contraído con Scrope Davis y que siempre se ha considerado parte de la suma que permitió al primero financiarse el viaje de 1809. En su biografía sobre Scrope Davies, *The Rise and Fall of a Regency Dandy*, Burnett se pregunta por qué Byron eligió precisamente la primavera de 1814 para solventar la deuda que tenía contraída con su amigo. La mención que hace Scrope acerca de un próximo viaje de Byron lejos de Inglaterra (algo que nunca sucederá) le lleva a creer que quizá este decidió pagar a Davis lo que le debía antes de partir. En cualquier caso, según se desprende de los libros de contabilidad de Davis, el pago se efectuó un día antes de lo que Byron menciona en su diario. La deuda ascendía a unas 4.804 libras, 12 chelines y 4 peniques (alrededor de 200.000 libras actuales), de los cuales 5 chelines fueron descontados para pagar el sello de validación.

240. *Hamlet*, V, i, v. 273.

241. *Dística*, porque Byron además aventó su animadversión hacia lord Carlisle satirizándolo en su *English Bards and Scotch Reviewers*, vv. 725-6.
242. Gray, *The Bard*, vv. 51-2.
243. Se refiere al ejército aliado, compuesto por tropas inglesas, austriacas, prusianas y rusas.
244. Milo de Crotona, atleta griego del siglo VI a. C. quien, según la leyenda, en su vejez intentó quebrar un árbol y, tras verse atrapado en él, fue devorado por los lobos.
245. *Hamlet*, II, ii, v. 173.
246. Otway, *Venice Preserved*, IV, ii.
247. *Antonio y Cleopatra*, III, xiii, vv. 31-2.
248. En 1796, Napoleón derrotó al ejército austriaco en la batalla de Lodi.
249. Juvenal, *Sátiras*, X, v. 147: «Pésalo: ¿cuántas libras pesará el más grande de los comandantes?».
250. *Hamlet*, III, ii, v. 81.
251. *Macbeth*, V, iii, vv. 7-8.
252. *Macbeth*, V, v, vv. 22-3.
253. «Emético».
254. *Romeo y Julieta*, III, iii, v. 57.
255. *Rey Lear*, II, iv, v. 285.

DIARIO ALPINO

(17 de septiembre–29 de septiembre, 1816)

1. Peter Cochran identifica a Parry Ockenden como un caballero inglés residente en Lausana.
2. En la carta del 17, Byron vuelve a recordar el amor que siente por Augusta: «Qué idiota fui al casarme, y tampoco tú fuiste muy lista, querida. Hubiéramos podido vivir tan solteros y felices como los solterones y las viejas damas; nunca encontraré a nadie como tú, ni tú (por vano que parezca) como yo. Hemos sido hechos para pasar nuestra vida juntos y por eso estamos, o mejor dicho, estoy separado por un cúmulo de circunstancias del único ser que podría haberme amado, y a quien yo podría sentirme indisolublemente unido. Ojalá hubieras sido una monja y yo un monje, para que al menos pudiéramos hablar a través de la reja, y no con un océano de por medio... No importa: mi voz y mi corazón son siempre tuyos» (cfr. Marchand, *Byron's Letters and Journals*, v. V, p. 96).
3. La primera vez fue con Shelley, unos meses atrás.
4. Se trata del cementerio de la iglesia de San Martín.
5. Edmund Ludlow (1617-1692). «Los principales hitos de la vida del general, tan plena de sucesos, se enumeran en su epitafio; pero no estará de más añadir que fue uno de los jueces del rey Carlos I y que firmó su sentencia de muerte» (*The Gentleman's Magazine*, v. XCII (1822), p. 520).
6. Byron comete un error, que Hobhouse repara en su propio diario: la esposa de Ludlow se llamaba Elizabeth Thomas de Glamorgan.
7. Hobhouse nos ofrece el texto completo del escudo de armas de Ludlow en su diario: «*Omne solum forti patria – quia patris* 1684». La primera mitad del texto corresponde a un verso de Ovidio:

«Para el fuerte cualquier lugar es su patria» (*Fastos*, I, 493). El añadido procede de la liturgia cristiana: «Porque Dios la creó».

8. Byron había visitado el castillo de Chillon con Shelley, al tiempo que escribía *El prisionero de Chillon*.

9. Lady Mary Ross. Hobhouse también la menciona en su diario.

10. El «divino» Hugh Blair (1718-1800), autor escocés, más conocido por sus obras de retórica y su contribución a la Ilustración escocesa. Byron también lo menciona en *Don Juan*, Canto II, CLXV, v. 1318.

11. Figura en *La nueva Eloísa* (1760) de Rousseau.

12. El amante de Julia en *La nueva Eloísa*.

13. Gerhard Leberecht von Blücher (1742-1819). General prusiano que ayudó a Wellington a derrotar a Napoleón en Waterloo. Byron, que no le tenía demasiada simpatía, lo mencionó en el diario de Londres y volverá a referirse a él en las páginas de *Pensamientos aislados*. Byron le aplica la misma expresión irónica –«un gran hombre»– que dedica a Tom Cribb en el diario de Londres.

14. El perro de Augusta.

15. El perro de Mortimer Devile en *Cecilia*.

16. Hobhouse explica en su diario que se trata de L'Union de Mont D'avant, «una casa de posta en las colinas donde hay desperdigadas numerosas cabañas de pastores».

17. No hay que olvidar que Byron, aparte de las debilitadoras dietas que seguía, también era cojo.

18. En esta escena, como en muchas otras del presente diario, se inspiraría Byron para componer algunos versos de *Manfred* (cfr. I, ii, vv. 308-17).

19. Melodía para congregar a las vacas, en la que Wordsworth se inspiró para uno de sus poemas.

20. Byron se refiere a pies ingleses (30,48 centímetros).

21. Walter Scott, *The Antiquary*, II.

22. En su transcripción del diario, Moore corrige el topónimo por Stockhorn, pico próximo a la región de Thun. También sustituye el nombre de «Kletsgerberg» por «Klitzgerberg».

23. En su diario, Hobhouse cita algunos problemas con las facturas del día anterior (consideradas excesivas por el conductor de su carruaje) y con el pago del desayuno en Weissenburg (doce francos).

24. El señor de Rotenfluh mató a su hermano y acabó sus días en completa soledad. Tal vez inspiró algunas ideas para el personaje principal de *Manfred*.

25. Marchand sugiere que puede tratarse de un diminutivo para Frances Webster. Cochran, sin embargo, disiente, aduciendo que el nombre de «Fanny» nunca le fue aplicado por Byron. Pero lo cierto es que, al menos en una ocasión, sí lo hizo: en una carta fechada el 10 de junio de 1823 y enviada a lady Hardy, prima lejana suya («aunque nunca pude averiguar el parentesco»), Byron transcribe varios versos inéditos del poema «When we two parted», donde, al menos por esta vez, Frances recibe el diminutivo de «Fanny» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. X, p. 198).

26. La catarata Staubbach, a la que Goethe dedicó en 1779 el poema «Canto de los espíritus sobre las aguas».

27. En su diario, Hobhouse, con un lamento típicamente inglés, se queja de que al buscar refugio en la casita que Byron menciona no fue tratado «con demasiada ceremonia» ni por la lluvia ni por los campesinos que se alojaban en ella: «Los lugareños no están demasiado acostumbrados a los turistas».

28. *Apocalipsis* 6, 8. *Manfred*, II, ii, vv. 485-7.

29. La catarata de Staubbach podría ser el lugar elegido para la conversación entre Manfred y la Bruja de los Alpes. Cfr. *Manfred*, II, ii, vv. 480ss.

30. Nota a *Manfred*, II, ii, v. 480: «Este arco iris se forma cuando los rayos del sol tocan la parte más baja del torrente alpino... El efecto dura hasta el mediodía».

31. El monte Silberhorn, al noroeste del Jungfrau.

32. Hobhouse anota en su diario la aparición en el lugar de dos o tres mujeres a caballo «justo cuando nos felicitábamos de la superior soledad de aquel escenario comparado con Chamonix». Byron tampoco cuenta que Hobhouse y él escribieron sus nombres en un trozo de papel que ocultaron bajo una piedra junto a una flor azul. En Atenas, ambos habían grabado sus nombres en las columnas del Partenón y del templo de Poseidón, algo muy común entre los turistas del siglo XIX, sobre todo ingleses.

33. Hobhouse anota en su diario: «Llegamos... a una taberna bastante decente, donde me lo hubiera pasado mejor si la puerta de nuestro comedor hubiera sido más alta y no me hubiera dado un golpe tremendo en toda la frente».

34. Byron describe la fiesta en la siguiente entrada del diario, aunque no menciona algo que Hobhouse sí traslada al suyo: «Byron ha observado que la familia que lleva esta taberna son todos bizcos».

35. Al menos por esta vez, Hobhouse se acomoda sin mayores reparos a las costumbres locales. El único apunte que hace en su diario sobre el trayecto en bote es el siguiente: «...el marido de una de las mujeres le hizo a esta una broma obscena en presencia de su hija».

36. Juego de palabras: *man*, «hombre», y *to man*, «encargarse de algo», «tripular una barca».

37. Referencia a su esposa, Annabella Milbanke.

38. La infantería suiza, empleando una estrategia inusual para la época, desarboló a la caballería de Carlos el Temerario en la batalla de Morat (1476). Según la leyenda, un mensajero del ejército suizo corrió hasta Friburgo ondeando la rama de un árbol en señal de victoria, y allí murió por las heridas sufridas en combate. Se dice que la rama arraigó en el mismo lugar donde cayó el mensajero, aunque parece ser que el árbol era mucho más antiguo. Cfr. *Childe Harold's Pilgrimage*, Canto III, vv. 63-4: «Los nombres de Morat y Maratón permanecerán unidos, / victorias sin tacha de la auténtica gloria...».

39. En su diario, Hobhouse menciona que el equipaje pertenece a unos monjes –y no monjas– de la mencionada congregación, repatriados a Francia bajo la acusación de conspirar contra el gobierno. Anota también el rumor de que se dedicaban a castrar a los jóvenes, algo a lo que el cochero responde con una carcajada. Más adelante su carruaje pasará junto al que traslada a unas monjas, «feas y viejas» según observación de Hobhouse. Lejos de las intrigas a las que alude Hobhouse, la orden de los trapenses –cuya formación deriva de las reformas cistercienses que tuvieron lugar durante el siglo XVII en el monasterio de La Trappe– se vio obligada a la desbandada a causa de la Revolución Francesa.

40. Se trata de la duquesa de Courland. Byron se referirá al aventurero alemán Ernst Johann Bühren, duque de Courland, en *Don Juan*, Canto X, LVIII, v. 459: «Courland... / que dio a sus duques el poco elegante nombre de Biron».

41. Ciudad del norte de Inglaterra situada a veintiún kilómetros de Sunderland.

42. Jean-Baptiste Tavernier (1605-1689), viajero y aventurero francés, autor de *Les six voyages de J.B. Tavernier* (1676).

43. Actual capital de Armenia.

44. Milton, *Il Penseroso*, v. 152. La misma cita se encuentra en el diario de Rávena.

DIARIO DE RÁVENA
(4 de enero–27 de febrero, 1821)

1. En la biografía que dedicó a Byron, Moore publicó este diario, también (cómo no) expurgado, bajo el título «Extractos de un diario de lord Byron, 1821». En palabras de Doris Langley Moore, «el fragmento donde la omisión se indica de manera explícita aparece cuando Byron está a punto de contar el ‘violento, aunque *puro*, amor apasionado... del período más romántico de mi vida’. Casi con toda seguridad se trata de la ardiente amistad que profesó al corista Edleston, sobre la cual hubiera sido impagable tener su propia versión» (Doris Langley Moore, *The Late Lord Byron*, p. 273). En los archivos de John Murray existe una copia del diario de Rávena realizada en 1825 por Edward Dundas y con anotaciones marginales de Walter Scott (John Gibson Lockhart, *The Life of Sir Walter Scott* [1957], p. 490), cuya lectura, junto con la de los cuadernos que Moore le prestó, sirvió a Scott de inspiración para iniciar su propio diario. Otra edición del texto de Byron apareció en 1928, con introducción de Rowland E. Prothero.

2. Puede tratarse de una adaptación de *Antonio y Cleopatra*, I, ii, v. 80, en opinión de Cochran. La cita, sin embargo, aparece de manera literal en la obra *The Rovers* (I, i), de George Canning y John Hookham Frere (bajo el seudónimo de William Higgins), recogida en la revista satírica *The Poetry of the Anti-Jacobin* (XXX-XXXI, 1798). La cita original completa es: «De pronto se me ha ocurrido una idea. Jurémonos amistad eterna».

3. El *Messenger* de Galignani, diario en lengua inglesa publicado en París. Galignani intentó pujar posteriormente por la adquisición de las memorias de Byron.

4. Aaron Hill (1685-1750), dramaturgo, satirizó a Pope para halagar a Richardson. Pope, «el hombrecillo de la reina Ana», era el poeta preferido de Byron.

5. Alusión al *Vanitas vanitatum* del *Eclesiastés*.

6. La palabra «sepulturero» no presenta las características que el vocablo *sexton* (el que Byron utiliza en este pasaje) tiene en lengua inglesa. Como en *Hamlet*, V, i, v. 159 y en el poema de Byron «Churchill’s Grave», el *sexton* se encargaba de tocar la campanilla durante la misa y ejercía de enterrador en el cementerio de la iglesia.

7. Luigi dal Pinto, comandante militar de Rávena, asesinado frente al Palacio Guiccioli el 9 de diciembre de 1820. Byron confunde la fecha, al igual que lo hace en *Don Juan*, Canto V, XXXIII-XXXIX, donde describe el asesinato. Cfr. Marchand, *Byron’s Letters and Journals*, v. VII, p. 245.

8. Se refiere al conde Ruggiero Gamba y al hermano de Teresa, Pietro, respectivamente.

9. Obra teatral ambientada en la corte de Felipe II. Byron admiraba a Alfieri.

10. El Congreso de Laibach, al que Fernando I de Nápoles había sido invitado, fue convocado por el zar Alejandro I de Rusia, el emperador Francisco I de Austria y el rey Federico Guillermo III de Prusia el 26 de enero de 1821, con el propósito de poner fin a la revuelta napolitana y ocupar el país con el ejército austriaco. Fue allí donde el zar Alejandro supo que las provincias del Danubio habían sido invadidas, y por intermediación de Metternich inició la operación que posteriormente desencadenó el movimiento por la independencia griega.

11. Marchand opina que se refiere a Giuseppe Bossi, quien entre 1810 y 1811 publicaría dos

volúmenes sobre Da Vinci.

12. En la carta, Byron explicaba a Murray lo siguiente: «Mucha gente piensa que mi talento es ‘esencialmente antidramático’, y yo no estoy tan seguro de que no sea cierto. Si *Marino Faliero* no fracasa en la lectura, probablemente lo vuelva a intentar (pero no para la escena), y puesto que opino que el *amor* no es la pasión principal para la tragedia... no me verás convertido en un autor popular. A menos que se trate de un amor *furioso, criminal, torturado*, no servirá para hacer de él un asunto trágico» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. VIII, p. 57).

13. El conde Giuseppe Alborghetti, secretario de la legación papal en Roma y subdirector del gobierno de la Baja Romaña.

14. La condesa de Albany (1753-1824). Tras la muerte de su marido, Carlos Estuardo, en 1788, vivió con Alfieri en París y Florencia y ejerció, según se dice, una notable influencia en sus obras.

15. El vocablo *broadsword*, que Byron emplea aquí, no tiene una traducción adecuada a nuestro idioma, de modo que habitualmente es reconvertido en «sable». Se trata de un arma de hoja curvada, más ancha que la del sable normal y provista de una empuñadura que permitía infligir heridas en el cuerpo a cuerpo.

16. Probable alusión a *Las alegres comadres de Windsor*, I, i, v. 259.

17. Benjamin Hoadly, *The Suspicious Husband* (1747), V, ii. El papel de Ranger lo protagonizó Garrick, que también escribió el prólogo de la obra. Obtuvo un gran éxito por su interpretación tanto en el estreno en Covent Garden el 12 de febrero de 1747 como posteriormente en el Drury Lane. Hoadly no volvió a escribir dramas, pero sí varios opúsculos médicos.

18. Las correcciones las añadiré más tarde al *Don Juan*. Véase nota 28.

19. Joseph Spence (1699-1768). El libro que Byron menciona no fue publicado hasta 1820, al igual que la totalidad de su obra.

20. Pierre Louis Ginguené (1748-1816), embajador francés en Turín, publicó el comienzo de *Histoire Littéraire de l'Italie* en 1811, y tras su muerte Salfi completó la obra hasta 1835 en catorce volúmenes (Marchand).

21. La nota consiste en varias correcciones a los apotegmas de Bacon. Véase nota 28.

22. A esta afirmación puede añadirse el siguiente comentario, que Byron escribió en vísperas de la publicación de *Childe Harold*: «De todas las perras vivas o muertas una mujer que escribe es la más canina de todas» (Marchand, *op. cit.*, v. II, p. 132). Aun así, cabe recordar, más allá de su admiración por las obras de Madame de Staël y Maria Edgeworth, que dos de las personas por la que Byron siempre sintió una gran debilidad, y en las que reconocería una influencia intelectual mayor, eran mujeres: lady Melbourne y lady Oxford.

23. El pequeño zoo, que Byron tenía en el sótano, «consistía en un mono, un mastín, un bulldog, dos gatos, algunos cobayas y varias aves de corral... junto con el fiel Fletcher como *Major Domo* o superintendente del zoológico». En un mercadillo, cuando Fletcher regateaba el precio de un mono, Byron, impaciente, le gritó: «Cómpralo, Fletcher, cómpralo: me gustan los monos mucho más que los hombres; son divertidos y nunca llegan a cansarme» (cfr. *Life, Writings, Opinions and Times of Lord Byron* [1825], v. II, pp. 203-4).

24. William Roscoe (1753-1831) publicó *The Life of Lorenzo de Medici, called the Magnificent* en 1796 y *The Life and Pontificate of Leo the Tenth* en 1805 (Marchand).

25. Geltrude Vicari, amiga de Teresa y con quien Byron tuvo un pequeño flirteo.

26. Marchand corrige a Prothero, quien en su edición escribió «diecinueve». Teresa nació el 18 de

febrero de 1798.

27. Farquhar, *The Beaux Stratagem*, IV, ii.

28. «Te envío una larga nota para el quinto canto de *Don Juan*; ya encontrarás en qué parte del manuscrito que he enviado a Mr. Kinnaird habrá de ponerse. Recurrí a las autoridades: Arriano de Nicomedia, Plutarco, Hume, etc. para *corregir* a Bacon, pero pensé que era un poco pedante hacer eso, así que las suprimí» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. VIII, p. 58). En el último verso de la estrofa CXLVII del Canto V de *Don Juan* se añade la nota que Byron menciona en la carta, y donde se pone en duda la fiabilidad de las fuentes de que Bacon se sirve al hablar de la descendencia de Solimán. Byron aprovecha para añadir algunos ejemplos del escaso crédito que el filósofo le infunde cuando comenta sucesos históricos.

29. Obvio error de transcripción: se trata del conde Ruggiero Gamba y su hijo Pietro.

30. Sheridan, *The Rivals* (1775), IV, ii.

31. «Piña sin semillas».

32. Byron especifica que se trata de agua de Seltz, un tipo de agua mineral de Nieder-Selters, Alemania.

33. Dante, *Infierno*, XXXII-XXXIII.

34. Antonio Lega Zambelli, quien probablemente había sido apartado del sacerdocio por sus amores con Fanny Silvestrini. A la muerte de Byron, fundó junto a William Fletcher una fábrica de macarrones, aunque no tuvo ningún éxito (Doris Langley Moore, *op. cit.*, p. 195).

35. Byron menciona la sátira X de Juvenal (en la que Johnson se inspira para escribir su poema) en el diario de Londres (véase nota 249); en 1811, declaraba: «Siempre ha sido mi favorita, e imagino que será también la de todo el mundo: es la más bella receta para hacerle sentir a uno miserable en esta vida, y dichoso de salir de ella, hecha en cualquier idioma» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. II, p. 95). Precisamente, los versos 4-6 de la sátira bien podían estar presentes en la mente de Byron cuando escribió el comienzo de su primer diario: «¿Qué queremos y qué anhelamos / guiados por la razón? ¿Qué planes te trazas tan a derechas / que no te arrepientas luego de tus intentos y de la realización de tus deseos?» (trad. Vicente O. Cicalese).

36. Milton, *Il Penseroso*, v. 152.

37. *Enrique IV* (primera parte), IV, i, v. 113.

38. Cfr. *Childe Harold*, III, LXIII-LXIV. Byron rescató algunos huesos del campo de Morat, donde los suizos derrotaron a los borgoñeses en el siglo XV: «De Morat me llevé la pierna y una alita de un borgoñés: los descendientes de los vencidos, cuando estuvieron aquí por última vez al servicio de Francia, enterraron o se llevaron la mayor parte de la pila, salvo lo que los suizos habían convertido ya en *mangos para cuchillos*; pero aún quedan unos cuantos, y me hice con algunas de esas reliquias, si bien con propósitos menos sórdidos» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. V, p. 78).

39. Teoría sobre la formación de la Tierra según la cual «los estratos terrestres tienen un origen acuático. Por la apariencia que presentan los fósiles, se infiere que no se pueden haber formado por medio de la fusión; y como el otro modo en el que la fluidez o la dureza pueden tener lugar es mediante solución, debe suponerse que tal es el agente por el cual se consolidaron los materiales de la superficie del globo» (John Murray, *A Comparative View of the Huttonian and Neptunian Systems of Geology* [1802], p. 11). Entre otras cosas, la teoría neptuniana defendía que el granito no tenía origen volcánico, sino que se trataba de agua marina cristalizada.

40. Thomas Campbell, *Specimens of the British Poets* (1819).

41. Juego de palabras entre *rant* («jerigonza») y *cant* («hipocresía»).

42. Puede tratarse de un intento, probablemente frustrado, de comenzar *Sardanápalo*.

43. Byron escribió *Hints from Horace* en 1811, durante su segunda estancia en Atenas. Ya en Inglaterra, Robert Charles Dallas le pidió leer las obras que había escrito durante su viaje a Oriente. Byron le entregó esta larga sátira, que a Dallas le resultó muy mediocre, y posteriormente el primer canto del *Childe Harold*, que él mismo no tenía en mucha estima. Dallas lo leyó de un tirón y, entusiasmado, lo entregó al editor de moda, John Murray. De la noche a la mañana, Byron se convirtió en una celebridad, pero nunca pudo ver publicado *Hints from Horace*, que consideraba muy superior a *Childe Harold*.

44. Literalmente, «*sma' peculiar*». Byron repite esta misma expresión ante Edward Trelawny, que la registra en su *Records of Shelley, Byron, and the Author*, Penguin Books, Middlesex, 1973, XIX, p. 234.

45. El 15 de abril de 1810, Byron y Hobhouse, junto al capitán Bathurst y otros miembros de la fragata *Salsette*, hicieron una excursión a la «explanada de Troya», entre el Helesponto y el monte Ida: «El único vestigio de Troya o de sus destructores son los túmulos que supuestamente contienen los esqueletos de Aquiles, Antíloco, Ajax, etc., pero el monte Ida está todavía en condiciones óptimas, aunque hoy día los pastores no se parecen demasiado a Ganimedes» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. I, p. 238).

46. Jacob Bryant, autor de una obra publicada en 1796 en la que desde el propio título declaraba que ni la expedición a Troya había existido ni lo había hecho Frigia.

47. Versión burlesca de las obras de Homero publicada de forma anónima en 1720. En 1770 salió firmada por Thomas Bridges, aunque otros adjudicaban su autoría al capitán Francis Grose: «No puedo dejar de mencionar la burlesca traducción de la *Iliada* de Homero que le fue atribuida, y, según creo, fue la primera obra que escribió en el apogeo de su vida; dicha obra abunda en rasgos de un humor bastante burdo, y si bien es ciertamente divertida y lúdica, tal vez hubiera sido mejor que nunca hubiera visto la luz o que, al igual que su *Diccionario Clásico de la Lengua Vulgar*, hubiera sido arrumbada al olvido» (*Fifty Years' Recollections of an Old Bookseller* [1837], p. 91).

48. *Gertrude of Wyoming*, obra de Thomas Campbell publicada en 1809.

49. Robert Elliston puso en escena *Marino Faliero* en el teatro Drury Lane hasta en siete ocasiones, entre el 25 de abril y el 14 de mayo de 1821.

50. Byron se refiere al lacre de una de las cartas que John Murray le envía a Rávena con las pruebas de *Hints of Horace*. En la posdata de una de las cartas que Byron remite a Murray el 11 de enero le hace la siguiente pregunta: «¿No es el lacre de tu segunda carta el busto de Walter Scott?» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. VIII, p. 61).

51. Sir Richard Blackmore (1650-1729), autor de *King Arthur* y *The Creation*.

52. Esto es, que sólo en un sistema equivocado su poesía sería igual a la mejor, pero no superior. La frase de Byron se presta a la confusión.

53. Milton, *Comus*, vv. 859ss. En concreto, los versos que inspiran la asociación de ideas en Byron son los que dan comienzo a la canción «Sabrina fair»: «Escucha desde el lugar en que te sientas / bajo la cristalina, fría, / translúcida corriente...».

54. Long siempre fue uno de sus amigos más queridos. En *Recuerdos infantiles*, Byron lo recrea en la figura de Cleon, y también le dedicó un poema, «A Edward Noel Long, Esq». Su nombre figura en la capilla militar del puesto de Wellington Barracks, en la lista de bajas sufridas por los Coldstream

Guards en la Batalla de Talavera (28 de julio de 1809).

55. Byron se refiere a la segunda batalla de Copenhague (1807), en la que las tropas británicas bombardearon la capital danesa durante tres días, causando más de dos mil muertos civiles y destruyendo un tercio de los edificios de la ciudad.

56. Juego de palabras con los dos significados de la palabra *row*: «remar» y «reñir».

57. Pope, *Epistle to Dr. Arbuthnot*, v. 172.

58. *Epistles, Odes and other Poems*.

59. Uno de esos romances, posiblemente el más controvertido de la juventud de Byron, fue el que mantuvo con John Edleston, el corista de Cambridge a quien Byron dedicó la mayor parte de sus versos durante su primer año en la universidad. Byron escribió en este punto del diario acerca de su relación con él, pero Moore omitió el pasaje en su transcripción.

60. La especial relación de Hobhouse con Byron aparece sugerida en este pasaje. Por lo general, Hobhouse sentía celos de los amigos, amantes y parejas de Byron, incluida su esposa y el propio Thomas Moore, quien le resultaba especialmente antipático; sus recelos hacia Moore crecerían aún más tras la muerte de Byron, cuando supo que este lo había designado albacea de su legado literario.

61. Franz Grillparzer (1791-1872), poeta alemán nacido en Viena. En 1819 publicó *Sappho*, cuya traducción al italiano apareció ese mismo año, realizada por Guido Sorelli.

62. Annibale Caro (1507-1566). Su versión de *La Eneida* en verso libre fue publicada en Venecia en 1581.

63. Adolf Müllner (1774-1829), dramaturgo y crítico alemán. Su obra *Die Schuld*, o *La culpa* (1816), fue uno de los libros de cabecera de la escuela romántica alemana y sirvió de modelo a los dramas que dominarían su escena en los años siguientes.

64. Constance Spencer Smith, de quien Byron se enamoró en Malta en 1809: «Una mujer ciertamente extraordinaria [...] y acerca de cuya evasión el marqués de Salvo publicó una narración hace unos años; desde entonces ha pasado por un naufragio, y su vida ha sido desde su comienzo tan fértil en incidentes notables que en una novela resultarían del todo inverosímiles. Nació en Constantinopla [...] tuvo un matrimonio infeliz, aunque nunca se le ha reprochado su reputación; alentó la venganza de Bonaparte por formar parte de una conspiración, varias veces arriesgó su vida, y aún no ha cumplido veinticinco años. Está aquí de camino a Inglaterra para reunirse con su marido, al verse obligada a abandonar Trieste, adonde había acudido a visitar a su madre dada la proximidad de los franceses, y pronto embarcará en un buque de guerra. Desde mi llegada aquí apenas he tenido otra compañía. Para mí es preciosa, está llena de talento y es en extremo excéntrica. Incluso ahora, Bonaparte está tan irritado con ella que su vida se vería en peligro si fuese tomada por segunda vez como prisionera» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. I, pp. 223-4). Tres años después de aquella relación fugaz, Byron contaría a lady Melbourne su desenlace: «Durante el otoño de 1809, en el Mediterráneo, se apoderó de mí una pasión *inmortal* considerablemente más violenta por mi parte de lo que nunca antes había sentido: acordamos todos los detalles y *ambos...* decidimos huir a Friuli; pero por desgracia la paz lo trastocó todo al poner el lugar en manos de los franceses, y ese y otros sucesos ocurridos en el ínterin me decidieron a marchar a Constantinopla. Aun así, quedamos en vernos al año siguiente en una fecha determinada, por más que le dije a mi amiga que no hay momento como el presente y que no podía responder por el futuro. Ella se confió a su poder, y en ese instante no pude sino tener más dudas de ella que de mí mismo. Pasó un año [...] Ella acudió a la cita y volvimos a encontrarnos [...] La dama (que era una selecta amiga de la reina de Nápoles) tenía algo que ganar en ciertos aspectos y nada

que perder en cuanto a *reputación*, y era una mujer perfectamente dueña de sí misma y de todas las artes de la intriga, tanto personales como políticas. No estaba enamorada en absoluto, pero era muy capaz de convencerme de lo contrario, y estoy seguro de que yo hacía un compañero de viaje de lo más *conveniente* y complaciente. Me han dicho que en la actualidad está escribiendo sus memorias en Viena, en las cuales no tendré un papel muy destacado; y nada sobrevive de aquel amor ciertamente ambrosíaco, que en una ocasión me llevó a arriesgar la vida [...], salvo ciertas chucherías que, me atrevería a jurar, ahora mismo decoran las manos de media Hungría y de toda Bohemia. *Cosi finiva la musica*» (cfr. *ibidem*, v. II, pp. 198-9).

65. El pasaje aludido (Mitford, IX, pp. 311-3) fue incorporado por Byron a sus notas para *Sardanápalo*: «Alejandro halló un monumento que representaba a Sardanápalo [...] cosa que quedaba confirmada por una inscripción en [...] el antiguo idioma asirio, que los griegos, correcta o incorrectamente, tradujeron como sigue: ‘Sardanápalo hijo de Anaxindaraxis fundó en un día Anquiale y Tarso. Come, bebe, finge; todos los demás goces humanos no son dignos de un filipense’».

66. En el original, «*a glass of strong waters and single waters*»: juego de palabras entre lo que sería agua pura (*single waters*) y otros líquidos igualmente translúcidos pero con ingredientes un tanto menos puros y mucho más contundentes.

67. *El mercader de Venecia*, III, iv, v. 1807.

68. *Como gustéis*, II, vii, vv. 1074-6: «Sopla, sopla, viento invernal, / pues no eres tan inclemente / como la ingratitud del hombre».

69. Richard Lovell Edgeworth (1744-1817), padre de Maria Edgeworth, novelista irlandesa.

70. Tal y como Byron describirá a Edgeworth en el siguiente párrafo, sir Humphry Davy también era otro anciano incansable. A los ochenta y cinco años, en su lecho de muerte, consideraba que no era todavía demasiado viejo como para aprender, y pidió a uno de sus criados que le leyese en voz alta el Nuevo Testamento «para instruirle». Junto con Edgeworth y el doctor Darwin, cuyas memorias Byron citará más adelante, pertenecía al círculo de los llamados «lunáticos», inventores que pretendían cambiar el mundo mediante sus ingeniosos artefactos. Cfr. Hesketh Pearson, *Doctor Darwin* (1930), p. 106.

71. Apodo que recibía el marido de Madame de Staël, el oficial francés Jean Rocca.

72. Byron juega con los significados de *totter* («tartamudear» y «andar a trompicones») y *bounce about* («hablar dándose aires» y «andar con presunción») para representar el habla y los movimientos de Fitzpatrick y Edgeworth.

73. Literalmente, «*a ‘ryghte merrie’ and conceited jest*». La anticuada expresión *ryghte merrie* alude a la obra *My Pocket Book, or A ryghte merrie and conceited Tour in 4to, To Be Called «The Stranger in Ireland» in 1805*, de Edward Dubois, en la que ridiculizaba los viajes popularizados por sir John Garr. En 1806, Byron coincidió en España con Garr y, según relata en una carta de agosto del mismo año a su amigo Frances Hodgson, «se arrodilló ante él para que no le sacase en blanco y negro» (esto es, en letra impresa). En su primer canto de *Childe Harold* Byron añadió una estrofa sarcástica sobre Garr, que decidió retirar antes de su publicación. También le menciona en *English Bards and Scotch Reviewers*.

74. Moore, que era de origen irlandés, anota en su transcripción del diario que la frase no es suya.

75. Literalmente, «un cuerpo de Jeanie Deans». Alusión a la heroína de Walter Scott en *El corazón de Midlothian*, que se inspiraba en un personaje real. Helen Walker, la mujer a la que Scott recrea bajo el nombre de Jeanie Deans, marchó a pie desde Escocia a Londres para pedir el indulto de su hermana.

En la expresión «un cuerpo de Jeanie Deans» que menciona Byron se resumen las características con que Scott dibuja a su personaje, y que darían forma a una escocesa de pies a cabeza: «Esta circunstancia [...] que confirió a su mente, ya desde niña, un carácter serio, grave y reflexivo, una constitución excepcionalmente fuerte y sana, libre de infecciones nerviosas y de cualquier otro tipo de irregularidad de las que, al atacar al cuerpo en sus funciones más nobles, a menudo influyen en la mente, ayudó en gran medida a configurar la fortaleza, la sencillez y la determinación de su carácter» (*El corazón de Midlothian*, I).

76. Cuarta esposa de Edgeworth.

77. *Marino Faliero*.

78. Aquí Byron añade entre paréntesis la pronunciación escocesa *–[skait]–* como si fuera una palabra completamente diferente.

79. En el original, «*wafering*».

80. Cfr. *Diario de Londres*, nota 28.

81. «[...] que] Regnard y la mayor parte de los poetas cómicos eran gentes biliosas y melancólicas; y que M. de Voltaire, que es hombre muy alegre, no ha hecho más que tragedias; y que la comedia de enredo es el único género donde nunca ha tenido éxito. Y es que quien ríe y quien hace reír son dos hombres completamente diferentes».

82. Coleridge, *Christabel*, I, v. 1.

83. Horacio, *Odas*, II, xiv, vv. 1-2: «Ay, Póstumo, Póstumo, rápido pasan los años...».

84. Byron añadió el epigrama a la carta que escribió el día siguiente a Thomas Moore (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. VIII, pp. 67-8).

85. *Macbeth*, V, v, v. 2.

86. Lema de Swift, que Byron incorpora a *Hints from Horace*, v. 344.

87. Lawrence Sterne, *Tristram Shandy*, libro V, cap. 1.

88. Walter Scott, *The Black Dwarf*, XIII. La frase exacta que exclama Mareschal-Wells es: «¡Menudo par de tipos a los que fiar el cuello!».

89. Según Hobhouse, «desde el momento en que resultaron inútiles los esfuerzos para vender Newstead y las demás propiedades, las dificultades de lord Byron no hicieron sino aumentar». En 1811, Byron había asegurado a Hobhouse que la propiedad de Rochdale le rendiría unas ganancias de cuatro mil libras anuales, «si me encargo yo mismo de las minas [...], pero para que esto suceda deberé aflojar unas diez mil libras en etcéteras». El 2 de noviembre de 1824, Douglas Kinnaird anunció a Byron que Rochdale había sido vendido a James Dearden por 11.225 libras. Hanson había mantenido el caso Rochdale en los tribunales durante varios procesos seguidos después de que el quinto lord Byron hubiera vendido ilegalmente las minas en 1784 por un precio irrisorio (60 libras anuales de renta). El dinero fue invertido en la guerra de la independencia griega.

90. Pope, *Memoirs of P.P. Clerk of this Parish*.

91. Cochran anota que el carro en que Byron viajaba fue volcado por unos matones a sueldo de los estados pontificios.

92. George Colman, *The Review, or the Wags of Windsor* (1808), II, i.

93. Lord Sidney Osborne (1789-1861). Como curiosidad, la primera esposa del padre de Osborne, lady Amelia d'Arcy, era a su vez la madre de Augusta Leigh. El duque de Leeds se divorció de ella al enterarse de su fuga con un tipo apodado Jack el Loco, futuro padre de Augusta y futuro padre de

Byron. La divertida crónica de aquella aventura apareció en la revista de cotilleos *The Town and Country Magazine* [*Debilidades e indiscreciones de los díscolos y refinados*] en enero de 1779. El artículo llevaba por título «El bullicioso amante y la frívola marquesa».

94. Cita más o menos aproximada del *Fedón* de Platón.

95. Marchand sugiere el nombre de Giovanni Battista Elisei, quien solía cabalgar junto a Byron por la Pineta durante el verano de 1820.

96. Tommaso Aniello (1623-1647) dirigió una revuelta contra el virrey español en Nápoles. Sus propios seguidores lo mataron por su crueldad.

97. Byron no llegó a escribir *Tiberio*, y de *Francesca de Rimini* tradujo un fragmento de *Infierno*, V. *Caín* tendría finalmente tres actos, y no incorpora el coro.

98. «Marcado con impacientes trazos de la pluma en el original» (nota de Moore).

99. Estos versos no aparecen en la versión publicada de *Caín* (1821).

100. Wilhelm Friedrich Schlegel (1772-1829), quien publicó *Historia de la Literatura* en 1814. La frase acerca de la «música congelada», cuyo origen Byron era incapaz de localizar en su diario de 1813-1814, también fue atribuida a Schlegel (cfr. *Diario de Londres*, nota 39.) En 1816, Byron trató a su hermano August Wilhelm Schlegel. Lo consideró un charlatán.

101. Goldsmith, *El vicario de Wakefield*, XX. La cita exacta es: «El mundo ilustrado no dijo nada de mis paradojas; nada de nada, señor».

102. Cfr. *Infierno*, XXXIII y *Purgatorio*, V. Ugolino della Gherardesca, sus dos hijos y sus dos nietos fueron encerrados en una torre de Pisa con las puertas tapiadas. Uno de los hijos se ofreció a servirle de sustento al no poder soportar ver a su padre moriéndose los brazos para reprimir el hambre. Ugolino murió en Pisa en 1288. Por su parte, Pía de Tolomei, arrepentida de sus pecados en el *Purgatorio*, acusa de su muerte a su marido, Nello dei Pannochieschi. Este la había encerrado en un castillo de la Maremma para poder unirse a Margherita Aldobrandeschi.

103. Dryden, *Aureng-Zebe*, IV, i.

104. Moore dice: «En el manuscrito original, tales contraseñas están emborronadas hasta hacerse ilegibles».

105. Tadeusz Kosciusko (1746-1817), héroe del nacionalismo polaco en su alzamiento contra los rusos en 1794. Adquirió fama como general en la Guerra de Secesión americana y sirvió a Washington en Nueva York y Yorktown. Pasó sus últimos años en el exilio tras ser herido y capturado por los rusos (Marchand). Cfr. *Don Juan*, X, LIX, vv. 7-8, donde Byron lo compara al «fuego de Hecla».

106. *Marino Faliero*.

107. François de La Rochefoucauld, *Máximas morales*, 266: «No es cierto que sólo las pasiones violentas, como la ambición y el amor, pueden triunfar sobre las otras. La pereza, por muy lánguida que sea, a menudo no deja de salir victoriosa: se impone a todos los propósitos y a todas las acciones de la vida; y destruye y consume insensiblemente las pasiones y las virtudes» (trad. Carlos Pujol).

108. «Un alma que se atormenta, un espíritu violento».

109. Autores de diferentes obras sobre literatura italiana.

110. Jean-François de Saint-Lambert, *L'Automne* (1769), vv. 603-4: «Y mientras bajo su mirada la luz se desvanece / no le queda, al morir, nada por perder salvo la vida».

111. James Thomson (1700-1748), *Elegy on the Death of Mr. Aikman the Painter*, v. 42.

112. Según Edgeworth, Delaval murió tras estallarle el estómago después de haber pasado toda una

noche bebiendo.

113. Francis Le Mann, cuyo testimonio Annabella Milbanke solicitó durante el juicio del divorcio para valorar la cordura de Byron.

114. Walter Scott, *Rob Roy*, XX. La cita no es demasiado literal.

115. En 1806, el reverendo William Lisle Bowles publicó una edición de las obras de Pope en diez volúmenes donde aprovechó para criticar con severidad a Pope no sólo como poeta sino también como hombre. Thomas Campbell, en su *Essay on English Poetry*, prólogo a *Specimens of the British Poets*, defendió la poesía de Pope en un tono reposado pero implacable que Bowles contraatacó enseguida con su *Invariable Principles of Poetry, in a Letter addressed to Thomas Campbell, Esq.* Desde las páginas del *Quarterly Review* (julio de 1820), Disraeli se unió a la polémica con un texto donde apoyaba la defensa de Campbell, ridiculizando ya de paso el artículo de Bowles; al aludir en su artículo a Byron, este encontró la excusa perfecta para intervenir en la controversia. Escribió dos cartas al respecto, de las cuales sólo fue publicada la que se menciona en el diario de Rávena (en 1835 vio la luz la segunda carta, entre los muchos inéditos que aparecieron tras su muerte). El intercambio de mandobles acabó con otra respuesta de Bowles y una carta conciliadora que este enviaría posteriormente a Byron. Los artículos y cartas escritos por Bowles, Disraeli, Byron y Campbell aparecen en Prothero, *Letters and Journals*, v. XII, apéndice III, pp. 522-92.

116. *Ricardo III*, I, i, v. 24.

117. «Carta a **** * (John Murray Esq.) sobre las Críticas a la Vida y Escritos de Pope, del Reverendo W.L. Bowles», publicada por John Murray el 31 de marzo de 1821.

118. Se refiere al emperador Francisco I de Austria.

119. Baile de máscaras de carácter privado.

120. Louis Bonaparte, *Documents Historiques et Reflexions sur le Gouvernement de la Hollande* (París, 1820).

121. Literalmente, «*ragamuffins*». Byron vuelve a utilizar la expresión en una de las cartas que escribió durante su incursión militar en Grecia, citando unas líneas de la primera parte de *Enrique IV*, V, iii: «Así que el general Normann ha ‘enviado a sus pelagatos a un lugar en que han sido aplastados, de los ciento cincuenta no hay tres con vida, y estos se ven destinados a vivir en la otra punta de la ciudad’» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. X, p. 180).

122. «Y en todas partes / donde están sus ojos / se temple la Tierra». O, literalmente, «se forma la zona caliente». Según se relata en la *Correspondencia* de Grimm (Tourneux [1877-82], v. II, pp. 180-1), el filósofo y astrónomo francés Pierre Louis Moreau de Maupertuis (1698-1759) había escrito el poema citado por Byron «tras haber conocido una violenta pasión por una joven lapona, a la que llevó a Francia con él, y que murió. Le encantaba entonar aquellas estrofas que le había compuesto en el polo [...]». Además de cultivar la poesía en las regiones heladas, Maupertuis aspiraba a conocer la forma exacta de la Tierra, cuyo contorno achatado consiguió establecer mediante una serie de mediciones efectuadas en el Ecuador y las zonas polares, y aludía precisamente a los efectos de la *zone brûlante* (esa porción de tierra situada en las regiones más próximas al fleje ecuatorial) sobre quienes quedaban expuestos a ella en un discurso dirigido a la Real Academia de las Ciencias el 17 de noviembre de 1737. En estos versos, Maupertuis propone una metáfora según la cual las miradas de la amada son esos rayos luminosos que templen la tierra, al «crear» –incluso en el polo– una zona caliente.

123. «Brilla el sol, / días sin noche / nos depara en breve; / pero esos largos días / serán muy cortos / junto a Christine».

124. Anne Seward, *Memoirs of Dr. Darwin* (1804), pp. 72ss.

125. Boccaccio, *Decamerón*, jornada 5, VIII y Dryden, *Theodore and Honoria*. Byron confunde los nombres de los personajes y convierte a Nastagio degli Onesti en Ostasio. Guido degli Anastagi es el nombre del jinete fantasma.

126. *Infierno*, X.

127. Probable referencia a la censura austriaca, que había prohibido *Marino Faliero*.

128. Farquhar, *The Beaux Stratagem*, V, iv.

129. Moore agrega que la continuación se encuentra en otro cuaderno diferente.

130. Abraham Cowley (1618-1667), *Epitaphium vivi Auctoris*, v. 14: «Pues la vida se deleita en la muerte de las flores».

131. Thomas Gray, *Elegy Written in a Country Churchyard* (1750), vv. 117-20. Los versos que cita Byron sólo aparecieron en algunas de las primeras ediciones del poema.

MI DICCIONARIO

1. Como apunta Marchand, Byron comenzó este «diario» en mayo y probablemente lo dejó a causa de los tumultos relacionados con el exilio de los Gamba. Lo retomó el 15 de octubre con el nombre de *Pensamientos aislados* y prosiguió su escritura de forma intermitente hasta el 18 de mayo de 1822. Lamentablemente, la idea original (escribir un memorando de su vida a partir de ciertas palabras clave, ordenadas alfabéticamente) no fue retomada. Sin duda, Byron prefirió la asociación libre que le permitía una obra como la que tituló *Pensamientos aislados*, donde los recuerdos seguían un orden menos riguroso. La cubierta del diario presenta la siguiente inscripción: «Cuaderno de G.G.B., Ld. B. [George Gordon Byron, lord Byron]. Rávena, 1821».

2. Walter Scott, *La novia de Lammermoor*, VII. La cita original dice: «Estoy seguro de que, si le cogen, contará toda la verdad sobre mí, y veinte mentiras sobre ti, para salvarse de la soga».

3. La cita corresponde a un verso de la *Imitación de la Sátira X, de Juvenal*, de Samuel Johnson (1749). Walter Scott también cita el verso en *Kenilworth*, XXI (1821), aplicándolo al conde de Leicester.

4. *Macbeth*, I, vii, vv. 7-8. En la obra de Shakespeare se refiere a «la vida futura».

5. «Dios hizo al hombre, amémosle».

PENSAMIENTOS AISLADOS (15 de octubre, 1821–18 de mayo, 1822)

1. En la biografía que escribió sobre Byron, Moore llama en una ocasión a este diario «Libro de noticias y recuerdos», que, al fin y al cabo, es de lo que se trata.

2. Escrito en el mismo cuaderno en el que Byron había comenzado el pasaje llamado «Mi diccionario».

3. La comparación con Goethe pudo deberse a *Manfred*. El propio Goethe hizo la reseña de la obra

de Byron en *Kunst und Alterhum* (1820), donde subrayaba lo siguiente: «Este poeta intelectual y ciertamente singular ha hecho suyo mi *Fausto*, y le ha arrancado los frutos más extraños» (cfr. Prothero, *Letters and Journals*, v. V, apéndice II, p. 506).

4. Walter Scott se refería a la cabeza de Byron, según Teresa Guiccioli. Cfr. *My Recollections* (1869), v. I, ii, p. 66.

5. El parecido probablemente lo señaló Miss Randall, que comentó a Moore la semejanza entre la sonrisa de Byron y la de Napoleón. Cfr. Thomas Moore, *Memoirs, Journal, and Correspondence* (1853-56), v. III, p. 232.

6. El parecido lo estableció un anónimo viajero de paso por Brighton, quien, al ver a un amigo de Byron leyendo *Lara* (publicado conjuntamente con *Jacqueline* de Samuel Rogers), dictaminó que se trataba de unos nuevos «Sternhold y Hopkins». Thomas Sternhold y John Hopkins publicaron una antología de *Salmos* en verso en 1547, que iría creciendo con el tiempo. Cfr. Marchand, *Byron's Letters and Journals*, v. IV, p. 173.

7. La comparación con el conde apareció en *Blackwood's Edinburgh Magazine*, como el propio Byron recordaría en la carta que escribió contra la mencionada revista por la publicación de un artículo titulado «Observaciones sobre Don Juan» (XXIX, agosto de 1819). El texto íntegro de la carta de Byron aparece en Prothero, *op. cit.*, v. XI, apéndice IX, pp. 474-95.

8. *Trabajos de amor perdidos*, V, ii, v. 266.

9. Marchand sugiere que se trata del conde Guiccioli, marido de Teresa.

10. W.A. Lewis Bettany anota algunas de las referencias en *The Confessions of Lord Byron* (1905), pp. 1-2: «Young, célebre autor del siglo XVIII (1681-1765), que compuso el melancólico poema teatral *Night-Thoughts* y algunas tragedias más célebres, como *Busiris* y *The Revenge*... Pietro Aretino (1492-1556), famoso o infame, fue el autor de dieciséis sonetos a los que Carew calificó de 'lecciones divinas del gran maestro del amor, Aretino'. Aretino las compuso para acompañar varias 'poses' naturalistas dibujadas por Giulio Romano y grabadas por Marcantonio Raimondi... Tiberio, el Tiberio de Caprea cuyos monstruosos vicios Suetonio describe en detalle y aparecen mencionados, aunque de forma resumida, en los *Anales* de Tácito, Libro VI, i... Enrique VIII, por la supuesta inconstancia de sus afectos conyugales... Diógenes, por su imaginaria taciturnidad y misantropía... Milton, Pope y Dryden, quizá por el amplio abanico de sus talentos poéticos... Chatterton, por la precocidad de su genio... Charles Churchill, clérigo de vida liberal y amigo de John Wilkes, escribió la célebre sátira *The Kosciad* y, junto con Wilkes y sir Francis Dashwood, perteneció a la sociedad de los 'Monjes de la abadía de Medmenham'. Murió en 1764 a la temprana edad de treinta y tres años. En el parecido de Byron con Churchill, al que aquí se alude, se insinúan posiblemente dos semejanzas: Byron como autor de una sátira popular (*English Bards*) y como 'abad' de los falsos 'monjes' de Newstead Abbey. Pero Byron y sus amigos, no es necesario decirlo, nunca fueron telemitas en el sentido en que lo entendían y ponían en práctica los 'franciscanos'... Kean: posiblemente fue Mrs. Piozzi quien estableció el parecido en una carta escrita al Dr. Gray el 1 de septiembre de 1820, donde decía de Kean y Byron: 'Semejan almas gemelas, que se deleitan en todo lo retorcido y confunden tal cosa con la Providencia...'»

11. Humorístico juego de palabras de Byron. En el original: «*He married his housekeeper; I could not keep house with my wife*», lo que en una traducción demasiado literal sería: «Él se casó con quien le guardaba la casa; yo no pude guardar casa con mi mujer».

12. *Noche de Reyes*, III, iv, v. 261.

13. Henry Angelo, maestro de sable y *broadsword* (véase *Diario de Rávena*, nota 15) que enseñaba su arte a los Voluntarios de la Caballería Ligera de Londres y Westminster. El 20 de junio de 1799 publicó un tratado en veinticuatro grabados titulado *Hungarian & Highland Broadsword* sobre el uso (defensa y ataque) de dicha arma. Las habitaciones que Byron menciona son las que compartían el boxeador *Gentleman* Jackson y Angelo en el 13 de Bond Street.

14. Hay algunas controversias sobre la aportación que Byron tuvo en la victoria de Eton sobre Harrow en el partido celebrado el 2 de agosto de 1805 en el antiguo campo de *cricket* de Dorset Square, habida cuenta de que su cojera no le permitiría moverse con agilidad por el terreno de juego. El 4 de agosto de 1805, Byron escribía desde Southwell a su amigo Charles David Gordon anunciándole su derrota, pero añadiendo que «me alivia un poco el haber obtenido once puntos en el primer tiempo y siete en el segundo, que fue más de lo que nadie de nuestro equipo, salvo Brockman e Ipswich, contribuyó a marcar. Tras el partido [...] la mayoría estábamos bastante borrachos y nos fuimos todos juntos al teatro Haymarket, donde montamos una buena, como puedes suponer cuando tantos *Harrovianos* y *Etonianos* se encuentran en el mismo sitio» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. I, p. 71). La aportación de Byron al equipo sería muy discutida incluso por algunos de sus compañeros, en especial el capitán del «Once», J.A. Lloyd, que describió su juego como «pobre» e «indigno» del que había desplegado el resto del grupo. Henry Long, hermano menor de Edward Noel Long –y a quien Byron siempre daba un billete de cinco libras cada vez que iba a visitarlo a Harrow, cuando ni siquiera el propio Byron había alcanzado la mayoría de edad–, recordaría posteriormente, no sin cierta sorpresa, que «Byron, aunque era cojo, fue uno de los Once: siempre tuvo la ambición de hacer lo que los demás chicos, pero en esta ocasión se vio obligado a hacer que otro corriese por él» (cfr. Marchand, *Byron, a Biography*, p. 98). También lord Stratford de Redcliffe «recordaba haberle visto jugar el partido contra Eton con otro chico corriendo por él». Tuviera o no ayuda Byron en la consecución de sus puntos, lo cierto es que el libro donde se recogen los registros oficiales, conservado en la biblioteca de Eton, expone que tan sólo hizo nueve carreras en total. Sin embargo, F.S. Ashley-Cooper, en su libro *Eton v. Harrow at the Wicket* (1922), aclara que «la versión del poeta podría ser la correcta, pues los puntos que se insertaron en *Scores and Biographies* se tomaron de la mitad de un papel enviado de forma anónima [...] al Honorable Robert Grimston, quien a su vez lo remitió al editor de *Bell's Life* [...] y fue de ese papel de donde se copió a *Scores and Biographies*» (cfr. Paul Elledge, *Lord Byron at Harrow School*, p. 191, nota 7).

15. Probablemente se refiere a la Bellamy's Kitchen, situada en la vecindad de la antigua casa de los Comunes y célebre por su carne asada y su cerveza. Un folleto publicitario de la época anunciaba el local con las siguientes palabras: «¡Digan ustedes que la cámara de los Comunes no es aristocrática! ¡Tanto el pueblo llano como sus representantes no pueden ser sino ejemplos incuestionables de humildad republicana si toda la pompa y circunstancia de una buena cena puede olvidarse en la cocina de Bellamy!» (*Club Life of London*, [1865], v. II, p. 209.)

16. *Troilo y Crésida*, V, iii, v. 120.

17. Juego de palabras con la doble acepción de *bar*, traducible como «estrado», por un lado, y por otro como «la barra que separa el extremo de cada cámara en el parlamento británico». En 1793, Erskine había defendido a los editores del *Morning Chronicle* ante la corte por la publicación de la «Declaración de Derby», escrita por Erasmus Darwin, en la que este se congratulaba «del éxito de los franceses contra una confederación de reyes», manifestando a su vez «la esperanza de que prevalezcan en su libertad y extiendan su llama sagrada por toda Europa». También defendía, entre otros asuntos, el derecho al sufragio universal, al menos entre los varones adultos. Erskine consiguió un veredicto de

«no culpables» para los editores del periódico contra las protestas de lord Kenyon, que lo consideraba un «perverso libelo» (Jenny Uglow, *The Lunar Men* [2002], pp. 455-8).

18. La dedicatoria decía lo siguiente: «A la muy honorable condesa Spencer, cuya aprobación y estima fueron con justicia consideradas por Garrick el mayor panegírico que sus talentos y su persona podían recibir, este imperfecto tributo a su memoria le está dedicado, con gran deferencia, por el más obediente y humilde de sus siervos. 25 de marzo de 1779. Richard Brinsley Sheridan».

19. El 31 de octubre de 1815, en carta a Thomas Moore, Byron recuerda el incidente con más detalle: «Quizá habrás sabido ya de la respuesta al vigilante que lo encontró privado de esa ‘divina partícula de aire’ llamada razón... El vigilante encontró a Sherry en la calle, aturdido y confuso, y casi insensible. ‘¿Cuál es su nombre, caballero?’. Sin respuesta. ‘¿Cuál es su nombre?’. Un hipo. ‘¿Que cuál es su nombre!’. Respuesta (en un tono deliberadamente lento e impasible): ‘¡Wilberforce!’. ¿No es Sherry de los pies a la cabeza? Y, a mi parecer, excelente. Pobre hombre, *sus* rescoldos son mejores que ‘las enérgicas primeras llamas’ de muchos otros» (cfr. Marchand, *Byron’s Letters and Journals*, v. IV, p. 327).

20. Sir Gilbert Elliot (1751-1814), gobernador general de la India desde 1807 hasta 1813.

21. Antes de su discurso inaugural, y sólo en enero de 1812, Byron había asistido a la cámara en seis ocasiones. El 27 de febrero de 1812 realizó su primer discurso, en apoyo de los obreros de Nottingham que habían perdido sus empleos a causa de la incorporación de telares mecánicos en las fábricas. El 14 de noviembre de 1811, la destrucción de los telares provocó que el gobierno enviara varios contingentes de tropas hasta Nottingham, que en enero de 1812 habían aumentado en otros dos regimientos. En la estrategia para confeccionar su discurso, Byron tuvo el apoyo de lord Holland, que se refirió a él, al igual que lo haría Grenville, en varios discursos posteriores sobre la misma cuestión. El éxito de su discurso inaugural (que por supuesto no rehusaría las citas incendiarias: «los obreros», escribió a lord Holland en el intercambio de cartas que precedió a la reunión en la cámara, «han sido sacrificados a los criterios de ciertos individuos que se han enriquecido gracias a las prácticas que han privado a aquellos de su empleo») popularizó su nombre entre la aristocracia *whig* y allanó el camino para hacer de *Childe Harold*, publicado sólo unos meses después por Murray, el libro de versos más vendido, alabado e imitado de la temporada. Al margen de aquel discurso, la cámara de los Lores sólo recoge otras dos intervenciones de Byron: la segunda, el 21 de abril de 1812, sobre la cuestión católica (en la que sólo contó con el apoyo de Stanhope, a quien todas las partes habían marginado por su «jacobinismo»), y la última el 1 de junio de 1813, al presentar la petición de Cartwright. Véase más adelante nota 45 y *Diario de Londres*, p. 120.

22. Thomas Campbell, *The Pleasures of Hope*, II, v. 378.

23. Finca próxima a Weybridge, Surrey, adquirida por el duque de York en 1794.

24. Walter Scott, *Lay of the Last Minstrel*, Canto V, XIX, vv. 22-3.

25. Baillie «el Largo», a quien Byron consideraba «un hombre superior, si no *supremo*», había sido compañero suyo en Harrow y posteriormente amigo de Hobhouse y Matthews. Vivió en Roma más o menos en la misma época en que Byron residió en Suiza y Venecia. En marzo de 1817, Byron y Hobhouse se reunieron con Baillie en Vicenza «los minutos suficientes para que se suscitase una ligera discrepancia entre Hobhouse y él acerca de la manera más apropiada de tratar a los chicos que traen el correo». Aun así, un mes después, Byron informaba a Scrope Davies de que en Roma los dos amigos eran «tan inseparables como su excesiva desproporción podría admitir» (Baillie era alto y Hobhouse bastante bajo). Cfr Marchand, *op. cit.*, v. V, p. 198 e *ibidem*, v. XI, pp. 163 y 165.

26. El capitán Gronow, hablando de Steeven’s, comentaba que «cuando un extraño se presentaba

allí para cenar, se ‘le decía con la mayor solemnidad’, por parte de perplejos y nada complacientes camareros, que no había una sola mesa libre» a la que sentarse (Peter Quennell, *Byron, The Years of Fame*, p. 70).

27. *The Blueviad, a Satirical Poem* (1805). Edward Goulburn sirvió en la Guardia de la Caballería Real y publicó dos poemas satíricos y una novela.

28. En el *Don Juan*, Canto XI, XXIX, vv. 230-2 («Don Juan, nuestro joven y diplomático pecador, / Siguió su camino, y dejó atrás algunos hoteles, / St. James’s Palace y St. James’s Hells»), Byron añade la siguiente nota: «*Hells* se refiere a las casas de juego... Antes de mi mayoría de edad las conocía con bastante precisión, tanto las de ‘oro’ como las de ‘plata’. En cierta ocasión casi estuve a punto de ser citado a duelo por un conocido, porque cuando me preguntó dónde pensaba yo que su alma se encontraría en el futuro, le respondí: ‘En el infierno de plata’».

29. Véase *Diario de Londres*, p. 118.

30. John Wilmot, conde de Rochester, «An Allusion to the 10th Satyre of the 1st Book of Horace», v. 60.

31. Poco después de conocer a Curran, el 1 de octubre de 1813, Byron escribía a lady Melbourne en los siguientes términos: «Conocí a Curran, que me electrizó con su imaginación e hizo mis delicias con su humor. Es un hombre entre un millón: los irlandeses, *cuando* son buenos, son perfectos». Un día después, ante su amigo Moore (irlandés como Curran), tampoco escatimaría en halagos: «Nunca he conocido a otro como él. Si yo fuera mujer, y por ende virgen, este es el hombre que convertiría en mi Escamandro» (Marchand, *op. cit.*, v. III, pp. 128 y 130-1). Diez años después su admiración por Curran no había declinado, como se desprende de la semblanza que de él hizo ante lady Blessington: «Es la persona más maravillosa que jamás he conocido. En él se combinaban la imaginación más brillante y profunda con una flexibilidad e ingenio que hubiera justificado la observación aplicada a ***, de quien se decía que tenía el corazón en la cabeza» (*Journal of the Conversations of Lord Byron with the Countess of Blessington*, p. 156).

32. Personaje de la novela *El anticuario*, de Walter Scott.

33. Marchand anota lo siguiente: «Richard Meyler, un adinerado pastelero que frecuentaba los salones (y el dormitorio) de Harriette Wilson, se asoció a varios individuos con el fin de conseguir treinta mil libras para Brummell. La contribución de Meyler fue de siete mil libras. Cuando se enteró de que no había ni la más remota posibilidad de que le devolviesen su dinero, montó en cólera y desenmascaró a Brummell en el White’s Club. A raíz de aquello se ganó el sobrenombre de ‘Dick el Mata-Dandies’» (Harriette Wilson, *Memoirs* [1929], pp. 602-4).

34. *Beppo*, LXI, vv. 481-4:

Aplastado fue Napoleón por el Thor del norte,
que noqueó a su ejército con martillo de hielo:
detenido por los elementos, como un ballenero, o
un patoso principiante ante su nueva gramática francesa...

35. William Arden, lord Alvanley (1789-1849), dandi y amigo íntimo de Brummell. En opinión de un testigo de la época, el capitán Gronow, Alvanley era la excepción a la «incalificable hediondez» de los dandis de la época, pues, mientras que estos eran «agrios y despectivos», Alvanley «unía al ingenio brillante y la réplica aguda la más perfecta cordialidad». Sin embargo, podía decirse de él cualquier

cosa excepto que fuera guapo (Venetia Murray, *An Elegant Madness, High Society in Regency England* [2000], pp. 34-5).

36. Hija de Madame de Staël.

37. Selecto, pero poco duradero. Fundado en 1808, el núcleo principal lo componían Watier, cocinero del Príncipe Regente; Madison, su ayuda de cámara; y Labourie, que en la corte también se ocupaba de las labores de cocina. Bajo los auspicios del duque de York, el club funcionó durante doce años, sobre todo gracias a las partidas de cartas y dados que se celebraban cada noche. Uno de sus frequentadores era Brummell, y una anécdota protagonizada por él fue motivo de que Watier's empezara a ver cómo su distinguida clientela desertaba de sus célebres cenas y sus mesas de juego. Tras perder una abultada suma de dinero, Brummell solicitó al camarero que le trajese una vela y una pistola, con la (supuesta) finalidad de suicidarse. Bligh, un conocido demente que acudía con regularidad a Watier's, «sacó con toda calma un par de pistolas de su abrigo y las dejó junto a él, diciendo: 'Mr. Brummell, si de veras tiene el propósito de poner punto final a su existencia, me sentiré muy feliz de proveerle con los medios para hacerlo, sin molestar por ello al camarero'. El efecto que aquello produjo en los presentes puede fácilmente imaginarse, al verse en compañía de un conocido loco que llevaba consigo armas cargadas». Watier's cerró sus puertas en 1819 (cfr. *Club Life of London*, [1865], v. I, pp. 168-9 y 320-1). En abril de 1823, y poco antes de partir a la expedición griega, un Byron visiblemente melancólico recordaba el lugar de la siguiente manera: «En mi época, *Watier's* era el Club Dandi, del cual (sin ser un dandi) fui miembro, además, en la época de su mayor gloria, cuando Brummell y Mildmay, Alvanley y Pierrepont, organizaban las fiestas dandi y nosotros (esto es, el Club) dimos la famosa mascarada celebrada en Burlington House y sus jardines en honor a Wellington» (Marchand, *op. cit.*, v. X, p. 141).

38. La fiesta se celebró en los salones Argyle en julio de 1813, después de que Brummell, Mildmay, Alvanley y Pierrepont ganaran una impresionante suma de dinero en las mesas de juego. Su propósito era dar una fiesta que asombrase a todos sus amigos, pero no sabían si invitar al Príncipe Regente, que había peleado días atrás con Brummell y Mildmay. Pierrepont logró persuadirle para que acudiese a la fiesta, pero el Príncipe negó el saludo a Brummell, una demostración pública de su desafecto que contribuyó a que la noche, al menos para Brummell, resultase mucho más turbulenta de lo que se esperaba. Brummell no acompañó al Príncipe Regente a su carruaje cuando este se retiró de la fiesta, lo cual hizo imposible que uno y otro volvieran a reconducir sus malas relaciones por un cauce más pacífico. Cfr. Captain Jesse, *The Life of George Brummell, Esq, commonly called Beau Brummell* (1844), pp. 69-70.

39. Fundado en 1808 y emplazado, al igual que las oficinas de Murray, en Albemarle St., sus principales miembros eran viajeros y hombres de letras, y durante un tiempo fue el club más solicitado de la época. Uno de ellos, lord Dudley, en carta al obispo de Llandaff, decía que «somos la más vituperada, y envidiada, sociedad... Es prodigiosa la urgencia que hay por entrar en ella» (*Club Life of London*, [1865], v. I, pp. 237-9). Byron decía del Alfred que era «el más *recherché* y el más aburrido de todos [los clubes]; como bien sé, al haber sido también uno de sus miembros» (Marchand, *op. cit.*).

40. Cfr. *Diario de Londres*, nota 238.

41. Ni el Racket's ni el Union he podido identificarlos. Había un Union Club en Cockspur Street (Pall Mall), pero no parece probable que sea el mismo al que Byron se refiere.

42. Cfr. *Diario de Londres*, nota 75.

43. Literalmente, «búhos». De ahí su sobrenombre, «vuela de noche», un término que también se aplica a las personas que buscan enriquecerse rápidamente, sin que importen los medios, y a ciertos

negocios de dudosa catadura que surgen y desaparecen en poco tiempo, lo que tal vez pueda dar una idea del club en cuestión.

44. Fundado por Hobhouse en Cambridge en 1808, constaba de diez miembros, entre ellos Douglas Kinnaird. En un momento de borrachera, Byron se mofó del club y sus miembros, lo que le valió una reprimenda epistolar por parte de Hobhouse, a la que se vio obligado a responder en dos tandas, pues este no parecía muy dispuesto a aceptar sus disculpas. Cfr. Marchand, *op. cit.*, v. I, pp. 158-60.

45. Probablemente se trate de un club formado en Cambridge por antiguos alumnos del colegio de Harrow. Cuatro de los favoritos de Byron estudiaban allí con él.

46. Fundado en Londres en 1812 por John Cartwright, el primer club Hampden –que recibió su nombre del líder parlamentario John Hampden– trataba de conciliar en un mismo grupo tanto a las clases medias más moderadas como a los radicales de las clases sociales más bajas. Cartwright fue arrestado en Huddersfield en 1813.

47. *Julio César*, III, i, v. 204.

48. Juego de naipes al que era muy devota la duquesa de Devonshire, y en el que en una noche podía perder el equivalente actual a varios millones de libras. El nombre deriva de la marca de naipes francesa *Pharaoh*.

49. El juego que Byron menciona es el macao. La noche del 10 de junio de 1814, en Watier's, Scrope Davies batió la mejor marca de la casa ganando 6.065 libras de la época, alrededor de 450.000 libras actuales.

50. Se refiere al personaje del *Cándido* de Voltaire, la baronesa Thunder-ten-tronckh de Westfalia.

51. El 10 de septiembre de 1819, Byron escribía a Augusta Leigh que, «el otro día, envié a lady Byron una carta en la que adjunto algunas cartas que recibí de Alemania y que principalmente la concernían a ella, y que su autor quería que ella recibiese» (Marchand, *op. cit.*, v. VI, p. 223).

52. Coleridge, *La balada del anciano marinero*, IV, vv. 232-3.

53. Samuel Butler, *Hudibras*, I, Canto I, vv. 721-6.

54. Literalmente, «*to lose either his life or his living*».

55. Puede referirse a Pierre Cauchon, obispo de Beauvais que dirigió el proceso contra Juana de Arco.

56. El suceso tuvo lugar entre octubre y noviembre de 1811. El 16 de noviembre, Byron detalló lo ocurrido en una carta a Hobhouse, que conocía a los protagonistas: «Bland (el *reverendo*) ha estado *desafiando* a un oficial de los Dragones por una *puta*, y, solicitada mi asistencia, intervine a tiempo de evitar que perdiese su *vida* o sus *beneficios eclesiásticos*. El hombre está loco, señor, loco... y todo por una zorra que no vale ni un billete de banco. Es una vulgar furcia, tal y como el rival [de Bland] me confirmó, y aun así quiere casarse con ella: Hodgson quiso casarse con ella, el oficial quiso casarse con ella, el primero que la sedujo (diecisiete años atrás) quiso casarse con ella, ¡y todo esto se lo debemos al *cometa*! [Se refiere al Gran Cometa de 1811, que fue visible durante 280 días]. En ausencia de Bland, Hodgson [...] le ofreció su mano, que ella *no aceptó*. Bland vuelve a casa histérico perdido y pierde la razón. Hodgson se emborracha y llora, y él y Bland [...] son ahora las antípodas el uno del otro». Antes de abandonar Inglaterra durante dos años, Bland había dejado a su querida al cuidado de Hodgson, y este no había dudado en intentar seducirla. Cfr. Marchand, *op. cit.*, v. II, pp. 129-30.

57. Sir Hudson Lowe (1769-1844) era el gobernador de la isla de Santa Helena en la época en que Napoleón fue confinado en ella.

58. Marchand sugiere el nombre de Grafton.

59. En la cámara.

60. Parte de la culpa de aquel retraso la tuvo lord Carlisle. Véase *Diario de Londres*, nota 158.

61. El «negus» era un vino caliente que se mezclaba con azúcar, frutas cítricas y especias. Para calentarlo se solía utilizar unas pinzas de hierro al rojo, que se introducían en una vasija donde se contenía el vino.

62. Horacio, *Sátiras*, I, 9: «Así me salvó Apolo».

63. Pietro Giordani (1774-1848), a quien Byron conoció en Venecia. Tradujo a Madame de Staël al italiano e influyó en la obra de Leopardi, con quien entabló amistad (al principio puramente epistolar) en 1816.

64. Giuseppe Mezzofanti (1774-1849), cardenal y desde 1833 custodio de la biblioteca vaticana. Hablaba treinta y ocho idiomas.

65. Monstruo de la mitología griega, de trescientas manos, hijo de la unión entre el Cielo y la Tierra.

66. Conductores de los *vettura* o carros de alquiler de cuatro ruedas.

67. Personaje de la novela *El anticuario*, de Walter Scott.

68. Con la ayuda del padre Aucher, Byron también tradujo dos cartas del armenio –*Carta de los Corintios al apóstol San Pablo* y *Carta de San Pablo a los Corintios*– y una obra en verso (incompleta): *Las casas del placer en los veranos de Bizancio*, ambas realizadas entre «enero-febrero, 1817, en el convento de San Lázaro». El convento estaba situado en la mencionada isla, a unos tres kilómetros al sudeste de Venecia. Puesto que el padre Aucher se negó a aceptar dinero por las clases de armenio, Byron decidió sufragar la publicación de su *Gramática armenia e inglesa* (1817), a la que Aucher añadió en una edición posterior las traducciones de las epístolas y del poema que Byron emprendió bajo sus auspicios. George Eric Mackay, que visitó el convento años después, habla en su libro *Lord Byron at the Armenian Convent* (1876) de un anciano monje, ya ciego, que recordaba haber visto a Byron, el cual, decía, era «bello como un santo» (p. 24). Acerca de la estancia de Byron en el convento de San Lázaro, cfr. Prothero, *op. cit.*, v. IV, p. 9. Las traducciones de las cartas y la obra en verso están recogidas en el mismo volumen, Apéndice I (pp. 429-36).

69. El 20 de febrero de 1814, Byron describía a su amigo de Harrow James Wedderburn Webster – marido de lady Frances Webster– el asombro que le había producido ver a Kean en las tablas: «Ha saltado a escena un nuevo actor llamado Kean: es una maravilla [...] es ciertamente superior a Cooke en muchos aspectos, y mantendrá con Kemble una dura contienda. Su estilo es muy nuevo, o mejor dicho, renovado, pues es obra de la naturaleza» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. IV, p. 67). Tres años atrás, Byron había pasado el invierno asistiendo a los teatros donde John Phillip Kemble (quien, en 1814, le pediría que escribiese una tragedia) y su hermana Sarah Siddons representaban diversas obras de Shakespeare. A Annabella Milbanke, cuya familia mantenía una estrecha amistad con Sarah Siddons, Byron escribiría en octubre de 1814 para que trasladase a la actriz sus respetos: «[No imaginas] el placer que siento por poder conocerla mejor [...] Si te gusta el drama tienes que ver a Kean: es el triunfo de la mente sobre la materia, pues en él todo es rostro y expresión. Su figura es menuda, incluso nimia, pero nunca he visto mejor expresadas las pasiones (en escena al menos), salvo por Mrs. Siddons» (*Ibidem*, p. 216).

70. Samuel Johnson, *The Vanity of Human Wishes*, vv. 317-8. Se decía que en sus últimos años Swift había perdido la razón y que sus criados cobraban una pequeña suma a quienes acudían a su casa para espiarle, estratégicamente apostados entre el mobiliario, durante sus ataques de demencia.

71. *Enrique IV* (primera parte), V, i, v. 136.

72. Maria Edgeworth, *Tales of a Fashionable Life* (1809).

73. El 26 de enero de 1765, en la taberna *Star and Gate* del distrito de Pall-Mall, el quinto lord Byron y William Chaworth de Annesley Hall se batieron en duelo en una habitación casi a oscuras. Chaworth murió a resultas de una estocada y lord Byron fue acusado de asesinato y llevado como prisionero a la Torre de Londres. El juicio que siguió, celebrado entre los días 16 y 17 de abril en Westminster Hall, levantó tanta expectación que los funcionarios de la honorable casa se vieron en la obligación de expedir y vender billetes para acceder a la sala, muchos de los cuales alcanzaron la suma de seis guineas. De los ciento veintitrés pares que debían juzgarlo, ciento diecinueve se pronunciaron con un veredicto de «no culpable de asesinato, pero culpable de homicidio involuntario». Los otros cuatro lores le declararon, sencillamente, «no culpable». Los detalles del duelo y del juicio aparecen en *The Trial of William Lord Byron, Baron Byron of Rochdale, for the murder of William Chaworth, Esq.; before the Right Honourable the House of Peers, in Westminster-Hall, in Full Parliament* (publicado por orden de la cámara de los Lores, Londres, 1765). La única reimpresión prácticamente íntegra de dicho texto que he podido rastrear aparece en la amplia biografía de George Clinton, *Memoirs of the Life and Writings of Lord Byron* (1825), pp. 17-23.

74. Nombre que en el colegio de Harrow recibía cada curso. Metafóricamente, Byron se refiere a la clase poética.

75. El 21 de diciembre de 1815, Byron escribió a Maturin para informarle de que «Mr. Lamb (uno de mis colegas en el subcomité) y yo hemos leído su tragedia: Mr. Lamb está de acuerdo conmigo en considerarla una producción bastante extraordinaria [...] [y] esperamos que, con varios cambios y podas, pueda ser adaptada incluso al estado *actual* de la escena, lo que no resulta muy alentador para los hombres de talento». Ciertamente, Byron le envió en esa misma carta algo mucho más sustancioso que un mero halago: «Lamento haber sabido que no ha tenido mucha suerte en este nuestro ‘mejor de los mundos posibles’, pero ¿quién la tiene? Con la presente le adjunto un talón bancario [...] por valor de cincuenta libras: discúlpeme por la enorme libertad que me tomo al ofrecerle este préstamo» (cfr. Marchand, *op. cit.*, pp. 336-7). Byron ya había partido a Suiza cuando *Bertram*, la obra de Maturin, se representó con gran éxito en el Drury Lane (mayo de 1816).

76. Puede tratarse de la discusión que relató a Thomas Moore el 4 de noviembre de 1815, cuando las bailarinas del Drury Lane «montaron una gresca monumental» porque Miss Smith, la esposa de Oscar Byrne, se había equivocado en un baile: «El comité intervino, pero Byrne, el puñetero maestro de danza, no cedió ni un paso» (cfr. Marchand, *op. cit.*, p. 330).

77. Lady Jane, que tenía «el más tieso de los cuellos posibles», era hija de lady Oxford, con quien Byron mantuvo una relación entre 1812 y 1813. Hobhouse se encandiló con lady Jane, aunque la encontraba «*un peu libre*» en conversación y conducta para su gusto. Cfr. Lord Broughton, *Recollections of a long life*, v. I, p. 41.

78. Astley’s Circus, también llamado «anfiteatro de Astley», fue construido en 1769 por Philip Astley al pie del puente de Westminster, y en él se hacían exhibiciones ecuestres y algunos números circenses (el propio Astley solía dejarse arrastrar por la corriente del Támesis desde Westminster hasta el puente de Blackfriars con una banderita en cada mano). William Upton escribía las letras y canciones del circo.

79. Byron emplea la palabra *pantomime*, que se refiere a las comedias musicales ofrecidas durante la época navideña. La mascarada a la que Byron alude, organizada en honor del duque de Wellington por Watier, se celebró el 1 de julio de 1814 en Burlington House, y congregó a más de mil setecientas

personas y personalidades, todas, por supuesto, disfrazadas. Byron acudió a ella disfrazado de monje.

80. *Enrique IV* (primera parte), II, ii, v. 82.

81. *Hoi polloi*: «los muchos».

82. Nuevo juego de palabras entre *whoreson*, *household* y *whorehold*.

83. «Hockamore» o «Hochheimer»: vino blanco alemán de las riberas del Rin.

84. Horacio, *Odas*, I, XXVII, v. 2: «Pelear es cosa de tracios».

85. En la ley inglesa, el *deodand* (derivado del latín, *deo dandum*, «donación a Dios») es el nombre que recibía cualquier propiedad personal que había sido utilizada para causar la muerte de un individuo y que por una razón u otra se consideraba que compartía la culpa. Dicha propiedad (fuera un objeto o un animal), o su valor en dinero, se entregaba a la Corona y se aplicaba a fines caritativos. Los *deodans* quedaron abolidos en 1846. Moore menciona esta anécdota en un pasaje de sus manuscritos personales, recogidos en *Prose and Verse, Humorous, Satirical and Sentimental* (1878).

86. El hermano de Margaret, sir Peter Parker, que heredó la baronía de su abuelo, murió en América en 1814 durante la llamada Guerra de 1812. Byron le escribió un poema titulado «Elegía a la muerte de Peter Parker». Tres años atrás, un Shelley de apenas diecinueve años había escrito que «un gran poder conlleva una gran responsabilidad» (*Letters from Percy Bysshe Shelley to Elizabeth Hitchener*, Nueva York, 1908, p. 121). Un lector moderno diría que la araña del tiempo ya había empezado a tejer para ambos poetas el camino que los reuniría en 1816.

87. Los versos a los que Byron alude aparecieron en su primer libro, *Fugitive Pieces* (1806), publicado en edición privada. Tras algunas protestas por el atrevimiento de algunos de sus versos, Byron decidió reclamar (y destruir) los ejemplares que había repartido entre sus amigos, de los que sólo cuatro volúmenes se libraron de las llamas. *Hours of Idleness* (1807) se inicia con un poema escrito en 1802 en memoria de Margaret Parker, que había muerto ese mismo año. El poema, mencionado por Byron, se inicia con los siguientes versos:

Silenciosos están los bosques, y la tarde aún yace en las tinieblas,
ni siquiera el céfiro ronda por la arboleda,
mientras me dirijo de nuevo a visitar la tumba de mi Margaret
para esparcir unas flores sobre el polvo que amo.

88. Posiblemente Byron alude a su brusco despertar sexual. En 1799, Byron vivía con sus primos en Nottingham y compartía habitación con su criada personal, May Gray. Meses después de la llegada a la casa del pequeño lord, que entonces contaba once años, la familia Parkyns no tardó en escribir a John Hanson para advertirle de que May se estaba convirtiendo en la escándalo de todo Nottingham, pues no sólo mantenía relaciones con los marinos que desembarcaban en la población delante del propio niño, sino que también acudía cada noche a turbar su sueño contándole historias de fantasmas y masturbándolo después hasta que se quedaba dormido. Hanson se apresuró a avisar a Catherine Gordon, madre de Byron, para advertirle de cuanto estaba sucediendo en el, hasta entonces, casto hogar de los Parkyns: «Le aseguro, Madam, que no me habría tomado la libertad de interferir en sus disposiciones domésticas de no estimar absolutamente necesario alertarla de los procedimientos de su sirvienta, Mrs. Gray; la manera en que se ha conducido con su hijo durante su estancia en Nottingham ha sido vergonzosa [...] Y tal es el temor del niño con respecto a dicha mujer que estoy seguro de que preferirá privarse de ver a su madre si eso significa verla otra vez a ella. Él mismo me ha contado que

no hace más que pegarle, tanto que a veces le duelen hasta los huesos [...] pero Madam, eso no es todo, además, incluso [...] ha vilipendiado su buen nombre». Las palizas y las masturbaciones no obstaron para que Byron regalase a su ya depuesta criada un reloj de oro y un retrato suyo, pintado por el artista Kay de Edimburgo en 1795. Cfr. Marchand, *Byron, a Biography*, pp. 56-7.

89. El profesor Edward Daniel Clarke, de Cambridge, a quien Byron había remitido *Childe Harold* por medio de Scrope Davies, leyó el poema junto a su amigo Mathius, y ambos estaban de acuerdo en que era una gran obra. «Pero sin duda –dijo Clarke– Byron no habrá podido experimentar, a estas alturas de su vida, la profunda angustia que tantas exquisitas alusiones a lo que sólo un hombre más viejo hubiera sentido parecen denotar». Mathius respondió: «Me temo que habrá sido así; de otro modo, no hubiera podido escribir tal poema». Marchand, *op. cit.*, pp. 325-6.

90. Fueran águilas o buitres, lo cierto es que aumentaron su número a doce desde la primera mención que Byron hace en sus diarios del avistamiento de las águilas. Cfr. *Diario de Londres*, p. 149.

91. Cfr. *Diario alpino*, p. 156.

92. *Romeo y Julieta*, III, i, v. 40.

93. *Poems* (1811) de William Robert Spencer, y *Neglected Genius* (1812) de W.H. Ireland.

94. *Poems, in Two Volumes* de Wordsworth (1807).

95. *Edinburgh Review* y *Quarterly Review*.

96. En el tiempo en que Byron ingresó en Harrow, a Joseph Drury, su rector, aún se le recordaba como un magnífico orador. William Jackson, obispo de Oxford, había quedado tan maravillado de sus habilidades que cincuenta años después de haber sido compañero suyo en la escuela de Westminster aún recordaba «una severa filípica en verso» con la que Drury lo desolló en público, mostrando una pasmosa maestría y unos recursos que al futuro obispo le dejaron con la boca abierta y sin opción de réplica (cfr. Paul Elledge, *Lord Byron at Harrow School*, p. 54). Además, Drury había sido uno de los primeros espectadores en admirar el genio del actor Edmund Kean –a quien descubrió en una representación en Exeter, en 1810– y no vaciló en prestarle su apoyo para lanzarle al estrellato. Las declamaciones a las que Byron se refiere en este pasaje pertenecen a la tradicional ceremonia de Harrow, el *Speech Day*, donde los alumnos más distinguidos de la escuela competían por exhibir ante sus compañeros sus habilidades oratorias, ya fuera recitando discursos políticos de la literatura clásica o monólogos extractados de las obras de Shakespeare y Garrick. Byron hizo su primera declamación, basada en un fragmento en latín del libro XI de la *Eneida*, el 5 de junio de 1804, interpretando el papel del rey Latinus. La siguiente fue el 4 de julio de 1805 y en ella recitó un pasaje del *Rey Lear*, otra vez en el papel de rey.

97. Marchand sugiere que se trata de una adaptación de *Apocalipsis* 1, 4.

98. Literalmente, «*at the top of our remove*»: en algunos colegios británicos, *remove* es un grupo de alumnos que componen una clase; en otras palabras, una promoción.

99. Durante sus preparativos para marcharse de Cefalonia, Trelawny se despojó de unas cartas, que rasgaba en pedazos antes de arrojarlas por la borda del barco. Al verle, Byron le detuvo: «Algún día lamentarás haber hecho esto –dijo–; son partes de tu vida. Yo conservo hasta los más pequeños trozos de papel que me han escrito, cartas, notas, incluso tarjetas de invitaciones a fiestas. Hay baúles llenos en casa de Hanson, en las oficinas de Douglas Kinnaird y en las de Barry en Génova» (cfr. Trelawny, *Recollections of Shelley, Byron and the Author*, p. 239). En 1826, Charles Barry aún conservaba esos papeles (y otras posesiones de Byron, que había comprado en una subasta por motivos puramente sentimentales) en villa Albaro, que también había sido la residencia de Byron. En la visita que le hizo

aquel año, Hobhouse se asombró de encontrar tal cantidad de papeles de su amigo en la colección privada de Barry, entre ellos un poema dedicado a lady Byron (Hobhouse presumió, equivocadamente, que estaba dirigido a Caroline Lamb) titulado «A la zorra que organiza un baile de caridad», donde repicaba el siguiente estribillo: «La santa reserva la caridad para sus bailes» (Doris Langley Moore, *The Late Lord Byron*, p. 220). El propio Byron había reconocido ante Barry, en una carta fechada el 29 de octubre de 1823, que «sabes casi tanto de mis asuntos públicos y privados como yo mismo» (Marchand, *Byron's Letters and Journals*, v. XI, p. 56).

100. Leach defendió a James Johnston cuando este publicó algunos poemas que había hecho pasar por obras de Byron. «Por una carta procedente de Inglaterra –escribió Byron a su editor, John Murray, el 9 de diciembre de 1816– se me informa de que un hombre llamado Johnson ha asumido la publicación de varios poemas titulados «Una peregrinación a Jerusalén», «Una tempestad» y «Unas palabras a mi hija», etc. y me los ha atribuido a mí, añadiendo que ha pagado quinientas guineas por ellos. Responderé a esto brevemente: *Nunca escribí tales poemas, nunca recibí la suma que menciona...* ni tenía idea de que tal persona existía hasta que la noticia que recibí sobre él me ha hecho entender que tales personas existen realmente» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. V, p. 138).

101. Colman y Garrick, *The Clandestine Marriage*, II, i.

102. Sobre Erskine y su tendencia a contar anécdotas propias, véase *Diario de Londres*, p. 142. En el mismo diario, sin embargo, Byron también alude a él con admiración (cfr. p. 148).

103. Personaje de la novela *Waverley* (1814), de Walter Scott.

104. Joseph Priestley (1733-1804), teólogo, sacerdote, filósofo y teórico político. Influido por la obra de David Hartley, Priestley dedicó su vida a defender la noción de que todo cuanto describía la Biblia (y, por extensión, todo cuanto tenía que ver con la verdad del testimonio divino) eran hechos demostrables científicamente. El «materialismo cristiano» de Priestley abogaba por la no discriminación entre mente y cuerpo y por la idea de que el Universo era discernible por la mente del hombre. Al mismo tiempo, defendía que el hombre no podía discutir la existencia del alma, pues el alma era de naturaleza divina y el pensamiento humano no tenía capacidad para percibir lo divino. Pese a la escasa simpatía que manifestaba por sus ideas, Byron tenía sin saberlo un motivo para estarle agradecido: Priestley fue el inventor del agua de soda, esa bebida que calmaba sus dolores estomacales y que desde sus tiempos como estudiante en Cambridge formaba parte habitual de su dieta.

105. William Herschell (1733-1822), inmigrante alemán afincado en Bath, descubrió el planeta Urano mediante un telescopio de su invención. En 1781, la Royal Society le concedió la medalla Copley por este descubrimiento, que también le valió el nombramiento de Astrónomo Real y una asignación de cuatrocientas libras anuales. Byron se refiere en este pasaje al telescopio que Herschell terminó de construir el 27 de agosto de 1789 e instaló en Slough, a medio camino entre Bath y Windsor. Con él, William Herschell descubrió un nuevo cuerpo celeste, Saturno, pese a la dificultad que suponía «manejar un instrumento tan enorme, que requería la colaboración de dos ayudantes, además del propio observador y la persona encargada de tomar notas» (John Timb, *Stories of Inventors and Discoverers* [1860], pp. 162-5). Joshua White, en *Letters to England* (1810), cuenta que la «amanuense» de Herschell era la hermana de este, Caroline, quien, situada a una considerable distancia del astrónomo, recibía sus observaciones por medio de una trompetilla atornillada al extremo de una larga goma.

106. Posible alusión a Wellington, a quien Byron dedica el siguiente párrafo, aunque la falta de un contexto apropiado hace que la traducción en este punto sea sólo conjetural.

107. Juego de palabras, en el que Byron se vale del vocablo *cut* («cachorro») y de la expresión *lick*

into shape («poner a punto») para presentar la imagen de un Wellington lamido como un lobezno por la madre Fortuna.

108. Cfr. *Diario de Londres*, p. 141 y *Diario alpino*, p. 157.

109. Inicio de una carta de Laurence Sterne a Ignatius Sancho. Cfr. Lewis Melville, *The Life and Letters of Laurence Sterne* (1912), p. 109.

110. Tras aquella visita, Samuel Rogers comentaría que Byron, al igual que Walter Scott, no apreciaba las bellas artes (Samuel Rogers, *Recollections of the Table-Talk* [1856], p. 237).

111. Henry Fielding, *Joseph Andrews*, I, 11: «Señaló entonces que todas esas cosas ya habían tocado a su fin, ya habían pasado, tal y como si nunca hubieran ocurrido; y concluyó con una excelente observación acerca de la certeza de la muerte, a lo cual su mujer repuso que era en verdad muy cierta».

112. Oliver Goldsmith, *El vicario de Wakefield*, XX.

113. Jonathan Wild fue uno de los criminales más célebres del siglo XVIII. Fielding recreó su agitada vida en la novela *The Life and Death of Jonathan Wild, the Great* (1743).

114. El párrafo 117 se confunde entre las líneas del 115. Prothero distingue la palabra «obedecéis» donde Marchand escribe «creéis».

115. O bien, en los términos de la siempre imperfecta pero más ornamental paráfrasis:

1

No me habléis de tener un gran nombre en la historia.
Los días de amor son los días de gloria,
y al mirto y la hiedra de los veinte años
no pueden ganar los laureles de antaño.

2

¡Qué triste es ceñir de coronas marchitas
el temblor de una frente que es casi ceniza!
No me obsequiéis con adornos difuntos,
¿qué me importa esa gloria de inciertos triunfos?

3

Ah Fama, si un día incliné tu balanza,
fue más que por hambre de tus alabanzas
por dar a mi amada unos versos de ofrenda;
tal vez pudo pensar que era digno de ella.

4

No es sino lo que quise, no es sino lo que he hallado;
su mirada igualaba al mayor de tus astros;
si me ungía en su luz que ahora es sólo memoria
supe que eso era amor, y sentí que era gloria.

116. Tanto *Cain* (publicado en el mismo volumen que *Sardanápalo* y *Los dos Foscari* el 19 de diciembre de 1821) como el quinto canto de *Don Juan* habían sido duramente atacados por los críticos, mientras que *The Prophecy of Dante* recibía la más férrea censura del comisionado real de Volterra, que opinaba que el poema había sido «concebido para aumentar la agitación popular, ya lo bastante revuelta» (Marchand, *Byron, a Biography*, p. 949). En Inglaterra la popularidad de Byron había decaído mucho, de lo cual él mismo no era del todo consciente, pues Moore había aconsejado a Murray y Hobhouse que fueran prudentes y no hablasen de ello cuando se cartearan con él.

DIARIO DE CEFALONIA
(19 de junio, 1823–15 de febrero, 1824)

1. John Scott, capitán del bergantín *Hércules*.

2. Fue el 3 de agosto cuando escribió a Blaquiére desde Argóstoli. También al principio del diario duda del día en que partieron de Génova. Tres meses antes de tocar tierra en Argóstoli, Byron había encontrado tiempo para escribir a Stendhal y a Goethe, el 29 de mayo y el 22 de julio de 1823, respectivamente. A Goethe le decía, «en prosa apresurada», que «no podía haber tenido un augurio más favorable y una sorpresa más agradable que recibir unas palabras de Goethe escritas por su propia mano. Vuelvo a Grecia para ver si allí puedo ser de utilidad; si regreso, algún día haré una visita a Weimar para ofrecerle el sincero homenaje de quien es uno entre los muchos millones de sus admiradores». Lamentablemente, el devenir de la odisea griega frustró lo que hubiera sido un legendario encuentro entre Goethe y Byron. Cfr. Marchand, *Byron's Letters and Journals*, v. X, p. 213.

3. Las siete islas del Heptonesos formaban parte de la administración inglesa desde 1815. Charles Napier, que se había distinguido en las guerras napoleónicas, administraba la isla de Cefalonia desde que lo designó Thomas Maitland, alto comisionado de las islas Jónicas (e impenitente borracho), en 1822. Byron había recibido el consejo de dirigirse a Cefalonia, en lugar de Zante, porque simpatizaría con Napier, y así fue: Byron incluso propondría su nombre al Comité Griego en Londres como el candidato ideal para constituir un ejército formado por extranjeros.

4. El teniente coronel John Duffie era el segundo al mando del 8º Regimiento. Pronto se convirtió en uno de los favoritos de Byron en Cefalonia. El 9 de octubre de 1823 Byron le escribió una afectuosa carta para agradecerle el uniforme que le había enviado como regalo, «con la esperanza que los indios acarician cuando visten las prendas de un enemigo vencido, esto es, que las buenas cualidades de este se transfieran al nuevo poseedor junto a su vestuario. Pero al tratarse de la indumentaria de un amigo, confío en que serán todavía más propicias» (cfr. Marchand, *op. cit.*, v. XI, p. 43).

5. Alexander Mavrocordatos (1791-1865), elegido presidente de Grecia por la Constitución de Epidauró el 13 de enero de 1822, había formado parte del círculo de los Shelley en Pisa entre los años 1820 y 1821. Shelley le dedicó el poema «Hellas» y Mary le dio clases de inglés –que hablaba tolerablemente bien cuando Byron lo conoció– a cambio de ayudarle a ella a refrescar sus conocimientos de griego. Pese a que su trato le resultaba en ocasiones exasperante, Byron recelaba menos de él que de los demás políticos griegos. Ya en la primera comunicación con Mavrocordatos, y al margen de lo que este pudiera saber acerca de su propio país, Byron le avisaba de que «Grecia se enfrenta hoy a tres posibilidades: ganarse su libertad, convertirse en una colonia de los soberanos de Europa o convertirse en una provincia turca. Aún está a tiempo de elegir una de las tres posibilidades, pero la guerra civil no puede conducir a nada salvo a alguna de las dos últimas. Si Grecia envidia el

destino de Valaquia o de Crimea, mañana mismo obtendrá la libertad; si es el de Italia, pasado mañana. Pero si Grecia desea ser por siempre libre, legítima e independiente, será mejor que lo decida ahora o nunca, nunca, volverá a tener la oportunidad» (Cfr. Marchand, *op. cit.*, p. 71).

6. Theodoros Kolokotronis (1770-1843), comandante del ejército griego en el Peloponeso y uno de los rivales de Mavrocordatos. Lukas Kalandritsanos, el «paje» de Byron, se hallaba combatiendo entre sus filas cuando este lo tomó a su servicio.

7. Gabrielle Wright-Knox. Su marido, el capitán Knox, era comisionado en Vathi, capital de Ítaca. Trelawny no perdió oportunidad de flirtear con ella entre 1822 y 1823, como le confesaría por carta a Mary Shelley (a la cual, por otra parte, también intentó seducir).

8. Benjamin Lewis, de origen americano, había sido empleado durante un tiempo por Trelawny, y posteriormente Byron lo tomó a su servicio. Tenía nociones de francés e italiano y sabía cocinar y cuidar caballos. A la muerte de Byron, y por intermediación de Hobhouse, pudo encontrar un nuevo trabajo. Murió en 1825.

9. Durante su residencia en Ítaca, Byron había sido testigo de las penalidades que los refugiados griegos sufrían tras haber escapado de los turcos en los primeros conatos de la revolución, y a todos ellos los proveyó de casa y manutención. Así lo hizo con la pequeña Hatajè, hermosa como las heroínas de sus poemas, y a la que Byron quería enviar a Inglaterra para que creciese junto a su hija Ada, o a Italia para que la cuidase Teresa Guiccioli; y así lo haría con la familia Kalandritsanos, a cuyo hijo Lukas, que entonces contaba quince años, tomó a su cuidado en la curiosa calidad de paje personal. Lukas, que probablemente inspiraba en Byron el mismo amor que este había profesado a sus favoritos Edleston y Nicolo Giraud en Cambridge y Atenas, permaneció junto a él hasta su muerte, pero el cariño que Byron sentía por el joven nunca fue correspondido. Los tres últimos poemas que escribió en Grecia estaban dirigidos a él, pero ya denotaban la infelicidad que Byron sentía al comprobar que «habían quedado atrás los últimos vestigios de su juventud». Lukas murió tan sólo unos años después que Byron. Las tres hermanas del joven escribieron a Ada el 9 de diciembre de 1832 solicitando veladamente ayuda económica, pues, «nacida de un padre filoheleno, sabrá lamentar nuestro infortunio» (Cfr. Doris Langley Moore, *The Late Lord Byron*, pp. 175-83).

10. Corgialeño, banquero de las islas Jónicas. En no pocas ocasiones Byron se veía obligado a esperar durante días el dinero que precisaba para pagar el mantenimiento de las tropas, sus propias provisiones y las de los refugiados griegos. Ante Barry, Byron lo achacaba a la antipatía que Corgialeño sentía hacia el pueblo heleno: «El señor Corgialeño se ha mostrado muy cortés en sus tratos conmigo al afirmar que, ‘como banquero, me dará tanto como yo quiera, pero nada para el gobierno griego’. Esas fueron sus palabras exactas» (Cfr. Marchand, *op. cit.*, p. 69).

11. Susanna Centlivre, *A Bold Stroke for a Wife* (1718). En el quinto acto, el coronel Feignwell se hace pasar por otro de los personajes de la obra, Simón Puro. Cuando este coincide con él en la escena, Feignwell protesta, asegurando que él es el auténtico.

12. *Don Juan*, Canto X, LXXXIV-LXXXVI. En 1813, Elizabeth Fry marchó a socorrer a los presos de Newgate.

13. *Enrique IV* (primera parte), IV, ii, v. 40.

14. Epiménides, filósofo de Creta, escribió que «todos los cretenses era mentirosos». De ahí se deriva la paradoja a la que Byron alude en este pasaje del diario.

15. Ambos se marcharon, impacientes, ante la aparente incapacidad que Byron mostraba para abandonar Cefalonia. Browne lo achacaba tanto a «la falta de decisión» como a su «disgusto por la

locomoción (que en él constituye una enfermedad)», mientras que Trelawny, en carta a Leigh Hunt, aprobaba la resolución de Byron de que era «mejor permanecer allí hasta recibir una comunicación del Comité Inglés o del gobierno griego» (cfr. Marchand, *Byron, a Biography*, pp. 1117-8). Mucho menos conciliador se mostraría Trelawny en su posterior libro de recuerdos; en él aseguraba que Byron no se decidía a dejar atrás Cefalonia por pura pereza: «Bien sabía yo que una vez en tierra Byron recaería en sus viejas rutinas [...] Era una de sus máximas que, ‘si me detengo seis días en cualquier parte, ya no me pueden mover de allí en seis meses’» (Trelawny, *Recollections of Shelley, Byron and the Author*, p. 239).

16. Cinco días atrás había escrito a su hermana Augusta para interesarse por Ada: «Quisiera que obtuvieses de lady Byron algún detalle del carácter de Ada (hábitos, estudios y temperamento) así como de su apariencia, pues, salvo por la miniatura dibujada cuatro años atrás –y ahora casi cuenta el doble de esa edad–, no tengo la menor idea de cuál es su aspecto. Cuando se me haga saber esos puntos podré formarme alguna noción de su carácter y decidir la mejor manera de tratar sus disposiciones o indisposiciones [...] Quizá se me permita hacer alguna sugerencia [al respecto]... ¿Es imaginativa la niña? Creo recordar que a *su* edad adolecía de ciertos sentimientos y nociones que la gente ni se creería si los describiese *ahora*, de modo que mejor me los guardo para mí. ¿Es sociable o solitaria, taciturna o habladora, le gusta leer o lo contrario? [...] Espero que los dioses la hayan hecho cualquier cosa salvo *poética*: ya es bastante tener un tonto en la familia». El 23 de febrero de 1824, y tras sufrir una violenta crisis epiléptica, Byron volvió a preguntar por Ada, si bien esta vez aconsejando vigilarla por si su ataque tenía carácter hereditario. Cfr. Marchand, *Byron's Letters and Journals*, v. XI, pp. 47 y 121.

17. Maitland defendía una estricta neutralidad en el conflicto, algo que compartían muchos otros ingleses asentados en Grecia, como Byron ya había podido comprobar tras su recibimiento en la isla de Cefalonia. A su banquero, Charles F. Barry, le había comentado el 10 de agosto que «allí todo el mundo ha sido muy amable y atento, pero por supuesto sin entrar en compromisos: algo que no era de esperar y tampoco yo hubiera querido. Hablo de los ingleses [...] De los griegos no diré nada hasta que pueda decir algo mejor» (Marchand, *op. cit.*, p. 17).

18. En el *Memorial de Santa Helena*, Las Cases comentaba que Napoleón no pudo conseguir más de dos mil luises para su campaña italiana.

19. Byron se refiere a las minas de carbón de Rochdale. El 2 de noviembre de 1823 Kinnaird le informó de que habían sido vendidas a James Dearden por 11.225 libras.

20. William Parry, enviado por el Comité Griego de Londres para labores de artillería: «Parry y yo nos llevamos muy bien *de momento*», escribía el 8 de febrero a Charles Hancock, su nuevo banquero en Grecia, tras las desavenencias con Corgialeagno: «el Cielo sabrá cuánto durará esto, si bien espero que lo haga durante mucho tiempo, pues el servicio a Grecia depende de ello; pero Parry ya ha tenido algunos *roces* con el coronel Stanhope, y hago todo lo que puedo para mantener la paz entre ambos. Aun así, Parry es un buen tipo: es extremadamente activo y de talentos sólidos, probados y prácticos...» (cfr. Marchand, *op. cit.*, p. 109). A su regreso de Grecia, Parry escribió un libro sobre los últimos días de Byron, en parte para contrarrestar «los ataques a la conducta de lord Byron en Grecia [descritos] en el libro que el coronel Stanhope publicó en ese país». Doris Langley Moore describe a Parry como «el hombre que más merecía la amabilidad de los amigos de Byron y el que menos la recibió [...] [Su libro], el mejor, más vigoroso y más convincente testimonio hecho por un testigo de la campaña de Byron en Grecia, del aplomo de este en la enfermedad y el desaliento y de la personalidad de su plausible adversario, el coronel Leicester Stanhope [...] Fue escarnecido por la mayoría de los críticos y su autor, repudiado en todas partes» (Doris Langley Moore, *op. cit.*, pp. 169 y 171). Parry pasó sus

últimos días en el manicomio de Middlesex.

21. Leicester Stanhope (1784-1862), enviado por el Comité Griego de Londres. Byron, que había presentado a Stanhope ante el gobierno general de Grecia como un «miembro de una de las familias más antiguas y nobles del Imperio Británico, y uno de los más dotados oficiales de nuestras fuerzas armadas», cuyo propósito era «trabajar junto a mí por la liberación de Grecia» (cfr. Marchand, *op. cit.*, p. 68), recibió a cambio más de un varapalo en el libro que el coronel publicó en 1825. En palabras, otra vez, de Doris Langley Moore, «nadie podía escuchar [a Stanhope] sin sentirse persuadido de inmediato por la idea de que la contribución financiera de Byron a la causa griega había sido enormemente exagerada, que sus planes eran un despropósito y que su genio era tan salvaje y excesivo que le incapacitaba para dar órdenes [...] Como republicano, Stanhope no se hubiera alarmado menos si Byron hubiera aceptado la corona de Grecia, que casi con toda seguridad le fue ofrecida» (cfr. Doris Langley Moore, *op. cit.*, p. 173).

22. En una nota aparte, aunque fechada el mismo día que la última entrada al diario, Byron había escrito lo siguiente: «Habiendo tratado en vano, y a toda costa, con notables dificultades y no poco peligro, de unir a los suliotas por el bien de Grecia y el suyo propio, he llegado a la siguiente resolución: no voy a tener nada más que ver con los suliotas. Pueden irse con los turcos o al mismísimo diablo. Prefiero que me corten en tantas piezas como disensiones hay entre ellos antes que cambiar mi resolución. En cuanto a los demás, mantengo mis bienes y mi persona a disposición de la nación griega y su gobierno igual que antes». Los suliotas habían pedido un aumento de sus salarios, pero incluso a ellos les pareció una exigencia demasiado intrépida, y acordaron formar un ejército paralelo al mando del propio Byron. Sin embargo, sólo dos días después, el 17 de febrero de 1824, Byron firmaba la siguiente resolución: «El Primer Regimiento de Suliotas formará por la mañana y marchará bajo las órdenes del conde Pietro Gamba hasta su lugar de destino. La Compañía de Artilleros, bajo las órdenes del capitán Parry, formará de inmediato para las labores de barraca y para entrar en servicio. Se espera que cada oficial, sea o no comisionado, y cada soldado y civil obedezcan las órdenes que reciban con prontitud y presteza. General Noel Byron, coronel del Primer Regimiento de Suliotas y comandante en jefe de la Grecia Occidental». El rango de Byron como comandante de las fuerzas que marcharían al golfo de Lepanto no era más que una mención honorífica; con ello, Alexander Mavrocordatos esperaba retenerlo en Grecia el tiempo suficiente para seguir sirviéndose de su popularidad y del dinero que aportaba a la causa griega. Cfr. Marchand, *op. cit.*, pp. 111 y 115.

Índice

Introducción

Sobre la traducción

Notas

Bibliografía

Diario de Londres

(14 de noviembre, 1813–19 de abril, 1814)

Diario alpino

(17 de septiembre–29 de septiembre, 1816)

Diario de Rávena

(4 de enero–27 de febrero, 1821)

Mi diccionario

Pensamientos aislados

Diario de Cefalonia

(19 de junio, 1823–15 de febrero, 1824)

Notas